



# William Faulkner

## La escapada

Traducción de José Luis López Muñoz

Lectulandia

Traducida originalmente al español con el título *Los rateros*, esta novela, ganadora del premio Pulitzer en 1963, fue la última que escribió Faulkner. Cuenta la fuga de su hogar de un niño sureño de once años que parte hacia la aventura en compañía de un criado negro y el chofer de su abuelo en el coche recién adquirido de éste. El viaje será una iniciación, un aprendizaje, pero a su vez una búsqueda frustrada de la madurez inaprendida, porque la salida finaliza con un regreso y un enfrentamiento con el mundo de los adultos y su propio fracaso.

**Lectulandia**

William Faulkner

# **La escapada**

**Una reminiscencia**

ePub r1.2

Achab1951 12.12.13

Título original: *The Reivers*  
William Faulkner, 1962  
Traducción: José Luis López Muñoz

Editor digital: Achab1951  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Victoria, Mark, Paul, William, Burks.

## Nota del traductor

Como todo el mundo sabe, cuanto más breve es un texto, más complicada puede resultar, en ocasiones, su traducción. Si se trata de un sustantivo, sin otro contexto que el artículo, como en el caso de *The Reivers*, título original de la novela de Faulkner que el lector tiene entre las manos, la tarea puede resultar casi imposible.

En su primera encarnación en castellano, hace ya unos cuantos años, *The Reivers* llevaba por título *Los rateros*. Según la definición del diccionario, *ratero* es «el ladrón que hurta con maña y cautela cosas de poco valor». Lo que roban los protagonistas de esta novela no es, desde luego, una cosa de poco valor. Aunque, en realidad, tampoco roban nada: más bien lo piden prestado, y utilizo la palabra en un sentido bastante más literal que Huckleberry Finn en sus famosas aventuras.

*Reiver* es una palabra poco utilizada en inglés. El vocablo corriente al que más se parece es *raider*, que viene de *to raid*, «hacer una incursión», «atacar por sorpresa». *Raider* suele traducirse por «invasor» y también por «ladrón». *Raid*, por «correría», «incursión», «ataque».

Me doy cuenta de que se me puede criticar por atreverme a cambiar un título consagrado, si no por otra cosa, al menos por los años que lleva vigente. Lo hago porque me parece que *Los rateros* da al lector una idea falsa. También se me puede criticar por haberme liado la manta a la cabeza y elegir un nuevo título que no es una traducción del original. Lo que tiene a su favor, creo yo, es que informa, hasta cierto punto, del contenido del libro, sin desinformar, como sucedía con *Los rateros*. Como los traductores somos (quizá porque no nos queda otro remedio) muy aficionados al diccionario (o a los diccionarios) añadiré que utilizo *escapada* en la acepción número dos del de la Academia: «Abandono temporal de las ocupaciones habituales, generalmente con objeto de divertirse o distraerse».

Sólo me queda por añadir que confío en que, de todos modos, el nuevo título no sea un obstáculo para que esta *bildungroman*, o novela de formación y aprendizaje, encuentre nuevos lectores «apasionados y regocijados» en el centenario del nacimiento de William Faulkner.

JOSÉ LUIS LÓPEZ MUÑOZ

# 1

EL ABUELO DIJO:

Así entenderás la clase de persona que era Boon Hogganbeck. Colgada de la pared, esta historia habría sido su epitafio, como un gráfico del sistema Bertillon o un cartel de la policía ofreciendo una recompensa por su captura; cualquier poli del norte de Mississippi lo habría detenido con sólo leer la fecha.

Era un sábado por la mañana, a eso de las diez. Tu bisabuelo y yo, los dos, estábamos en la oficina; mi padre, sentado ante el escritorio, contaba el dinero de la bolsa de lona para ver si se correspondía con la lista de facturas que yo acababa de cobrar en la plaza; yo, por mi parte, sentado en la silla junto a la pared, esperaba a que dieran las doce, momento en que recibiría mi paga semanal de diez centavos; después iríamos a almorzar a casa y a continuación quedaría en libertad, por fin, para incorporarme (estábamos en mayo) al partido de béisbol que había empezado a disputarse sin mí a la hora del desayuno: la idea (no mía sino de tu bisabuelo) era que a los once años un hombre debía llevar ya uno pagando por el espacio que ocupaba, por el sitio de que disponía en la economía mundial (al menos en la de Jefferson, Mississippi), además de asumir la responsabilidad ajena. Todos los sábados por la mañana yo salía de casa con mi padre nada más terminar el desayuno, cuando los otros chicos de la calle se estaban pertrechando de pelotas, bates y guantes, lo mismo que mis tres hermanos quienes, por ser más jóvenes y por tanto de menor tamaño que yo, eran más afortunados, dado que la lógica de mi padre y la premisa que servía de base a sus razonamientos era la siguiente: puesto que cualquier varón adulto merecedor de tal nombre estaba en condiciones de equilibrar o compensar a cuatro niños en materia de espacio económico, cualquiera de los niños, y con más motivo el mayor, bastaba para ocuparse de los necesarios movimientos económicos, que, en este caso, consistían en ir a cobrar los sábados por la mañana las facturas por el transporte de las cajas y los cajones de mercancías que nuestros cocheros negros recogían en la estación de ferrocarril durante la semana y entregaban en la puerta de atrás de las tiendas de ultramarinos, los almacenes de suministros agrícolas y las ferreterías; en regresar con la bolsa de lona a la caballeriza para que mi padre contara el dinero y viese si cuadraban las cuentas, y en quedarme luego en la oficina el resto de la mañana, dedicado, teóricamente, a contestar las llamadas telefónicas: todo ello por la suma de diez centavos semanales, cantidad que se consideraba suficiente para cubrir mis gastos menudos.

Eso era lo que estábamos haciendo cuando Boon cruzó la puerta de un salto. Digo bien. De un salto. En realidad no había que franquear un escalón muy alto desde el pasillo (si bien John Powell, el jefe de los mozos de cuadra, había hecho que Son Thomas, el cochero más joven, encontrara en algún sitio, pidiera prestado, se llevara

—birlara para mí, por decirlo a las claras— un bloque de madera como escalón intermedio) y Boon podría haberlo superado como hacía siempre, con las zancadas propias de su metro noventa de estatura. Pero no en aquella ocasión, porque entró de un salto en la oficina. En su estado normal, Boon nunca tenía una expresión especialmente amable o serena, pero, en aquel momento, daba toda la sensación de que la cara le iba a explotar entre los hombros de pura emoción, prisa, lo que fuera, a saltos por la oficina camino del escritorio y gritándole ya a mi padre: «Quítese de en medio, señor Maury», lanzándose a través de mi padre en busca del cajón inferior del escritorio donde se guardaba el revólver de la caballeriza; no sé si fue Boon tirándose hacia el cajón quien derribó la silla (era una silla giratoria sobre ruedas) o si fue mi padre quien la empujó hacia atrás para tener sitio y poder darle una patada a la mano de Boon, con lo que los ordenados montoncitos de monedas salieron disparados en todas direcciones: mi padre gritaba también, al tiempo que pateaba el cajón o la mano de Boon o, quizá, las dos cosas al mismo tiempo:

—¡Maldita sea, estate quieto!

—¡Voy a pegarle un tiro a Ludus! —gritó Boon—. ¡Probablemente ya habrá llegado al otro extremo de la plaza! ¡Ándese con ojo, señor Maury!

—¡No! —dijo mi padre—, ¡vete de aquí!

—¿No me deja cogerlo? —preguntó Boon.

—No, maldita sea —dijo mi padre.

—Está bien —dijo Boon, saltando de nuevo, esta vez hacia la puerta, hasta salir de la oficina. Pero mi padre se quedó donde estaba. Estoy seguro de que más de una vez te has dado cuenta de lo ignorantes que son las personas de más de treinta o cuarenta años. No me refiero a olvidadizos. Es engañoso y fácil, demasiado fácil decir *Ah, a papá* (o al abuelo) o *a mamá* (o a la abuela) *lo que les pasa es que son viejos; se han olvidado*. Porque hay ciertas cosas, algunas realidades innegables de la vida, que no se olvidan, por muy viejo que se sea. Hay una zanja, una sima; de niño la cruzabas por una pasarela. Vuelves arrastrándote y chocheando a los treinta y cinco o a los cuarenta y la pasarela ha desaparecido; tal vez no la recuerdes, pero, por lo menos, no te lanzarás al vacío en el sitio donde estaba la pasarela. Eso fue lo que hizo mi padre entonces. Boon entró a saltos en la oficina sin avisar y casi derribó a mi padre, con silla y todo, tratando de llegar al cajón donde estaba el revólver, hasta que mi padre consiguió darle una patada en la mano o aplastársela, o lo que fuese que hiciera, para que la retirase; entonces Boon se dio media vuelta y salió a saltos del despacho y, al parecer, evidentemente, mi padre creyó que aquello era todo, que había terminado. Siguió, por una cuestión de principio, hasta concluir la ristra de maldiciones que había empezado, como si no tuviera nada urgente que hacer, colocó de nuevo la silla junto al escritorio y, al darse cuenta de que tendría que volver a contar todo el dinero desparramado, reanudó las maldiciones dirigidas a Boon, no ya



por la cuestión del revólver, sino sencillamente por ser Boon Hogganbeck quien era, hasta que se lo dije.

—Ha ido a ver si consigue que le presten el revólver de John Powell —le dije.

—¿Qué? —gritó mi padre. Entonces también saltó él, saltamos los dos para ser más exactos, cruzamos el despacho y corrimos por el pasillo hacia el corral detrás de la cuadra donde John Powell y Luster ayudaban a Gabe, el herrero, a herrar a tres de las mulas y a uno de los caballos de tiro, esta vez sin que mi padre perdiera ya tiempo maldiciendo: tan sólo se limitaba a gritar «¡John! ¡Boon! ¡John! ¡Boon!» cada tres pasos.

Pero también llegamos demasiado tarde. Porque Boon le engañó, nos engañó. Y es que el revólver de John Powell, además de problema moral, era también un problema sentimental de la caballeriza. Se trataba de un revólver de cañón corto de calibre 41, muy viejo pero en excelente estado, porque John lo mantenía siempre a punto desde que se lo compró a su padre el día que cumplió los veintiún años. Sólo que teóricamente no lo tenía. Quiero decir que no existía oficialmente. La regla, tan antigua como la misma caballeriza, era que la única arma de fuego relacionada con ella era la que se guardaba en el cajón inferior derecho del escritorio que había en el despacho, y se daba por sentado, mediante algo semejante a un acuerdo entre caballeros, que el personal del establecimiento no tenía nunca un arma de fuego en su poder desde el momento en que entraba a trabajar hasta que volvía a su casa ni, mucho menos aún, la traía consigo al trabajo. John, sin embargo, nos lo había explicado a todos y contaba con nuestra simpatía y comprensión colectivas, que formaban, si no se hubiera presentado aquella crisis inimaginable, cosa que no habría sucedido de no ser por Boon Hogganbeck, un frente unido e inexpugnable ante el mundo e incluso ante mi padre. John nos había contado cómo ganó el dinero para comprar el revólver trabajando fuera de casa en su tiempo libre, sin reducir por ello el número de horas que dedicaba a ayudar a su padre en la granja, ya que se trataba de un tiempo que le pertenecía y que podía dedicar a comer o a dormir, hasta que, el día que cumplió los veintiún años, le pagó a su padre la última moneda y recibió el revólver; nos había contado cómo aquella arma era el símbolo viviente de su hombría, la prueba irrefutable de que ya tenía veintiún años y de que era un hombre; que no tenía la menor intención, que renunciaba incluso a imaginar una situación en la que, por la razón que fuera, tuviera que apretar el gatillo en contra de un ser humano, pero que, sin embargo, necesitaba llevarla consigo; le resultaba tan imposible dejar el revólver en casa como lo hubiera sido dejar su hombría en un remoto armario o cajón cuando venía a trabajar; nos había dicho (y nosotros le creímos) que si alguna vez llegaba el momento en que tuviera que escoger entre dejar el revólver en casa o venir a trabajar, no se lo pensaría dos veces.

De manera que, al principio, su mujer le cosió un bolsillo muy resistente;

exactamente del tamaño del revólver, en el interior del peto del mono. Pero el mismo John se dio cuenta enseguida de que aquella solución no servía. No porque el arma se le fuera a caer en algún momento de manera irreparable, sino porque su silueta se recortaba con toda claridad a través de la tela; aquel bulto no podía ser otra cosa que un revólver. En nuestro caso daba lo mismo, porque todos sabíamos que lo tenía, desde el señor Ballott, el capataz blanco de la caballeriza, y Boon, su ayudante (que hacía el turno de noche y que en aquel momento, por lo tanto, debería haber estado en su casa, durmiendo), pasando por todos los cocheros y mozos de cuadra de raza negra, hasta llegar al último y modesto encargado de limpiar los pesebres e incluso a mí, que me encargaba de cobrar el sábado las facturas acumuladas durante la semana y de responder a las llamadas telefónicas. En el mismo caso se encontraba también el viejo Dan Grinnup, un sucio individuo de barba con manchas de tabaco, que nunca estaba completamente borracho y que no tenía ningún empleo propiamente tal en la caballeriza, en parte quizá debido al whisky, pero sobre todo en razón de su apellido, que no era Grinnup en absoluto, sino Grenier: uno de los apellidos más antiguos del distrito hasta que la familia se derrumbó —Louis Grenier, un hugonote, fue quien cruzó las montañas desde Virginia y Carolina después de la revolución, llegó a Mississippi en los años noventa del siglo XVIII, fundó Jefferson y le dio nombre—, por lo que ahora el viejo Dan carecía de domicilio fijo (y de familia, a excepción de un sobrino o un primo idiota, o algo parecido, que aún vivía en una tienda de campaña más allá de Frenchman's Bend, en una zona de espesura, junto al río, que había sido en otro tiempo parte de la plantación de los Grenier), pero siempre se presentaba en la caballeriza, nunca tan borracho que no estuviera en condiciones de conducir, a tiempo para ir con el coche de alquiler a la estación cuando llegaban los trenes de las nueve y treinta y de las cuatro y doce y depositar en el hotel a los viajeros de comercio, o, en algunas ocasiones, pasarse toda la noche trabajando si había bailes o espectáculos cómicos o dramáticos en el teatro de la ópera (en ocasiones, cuando la bebida le hacía sentirse frío y cínico, decía que en otro tiempo los Grenier dirigían la sociedad de Yoknapatawpha; ahora Grinnup la llevaba en coche), y que conservaba su empleo, decían algunos, porque la primera esposa del señor Ballott era hija suya, aunque en la caballeriza todos estábamos convencidos de que era porque mi padre, de joven, cazaba zorros con el padre del viejo Dan por los alrededores de Frenchman's Bend.

Además de nosotros, también mi padre sabía de su existencia (la del revólver). Tenía que saberlo; nuestro negocio era demasiado pequeño, estábamos todos demasiado interrelacionados, demasiado ligados unos con otros. De manera que el problema moral de mi padre era exactamente el mismo que el de John Powell; los dos lo sabían y se lo planteaban como pueden y deben planteárselo dos caballeros en sus relaciones mutuas: si mi padre se hubiera visto forzado a darse por enterado de que el

revólver estaba allí, habría tenido que decirle a John que lo dejara en casa al día siguiente o que se abstuviera de volver a trabajar. John lo sabía y, también caballero, no hubiera nunca forzado a mi padre a darse por enterado de la existencia del arma. Por ello, renunciando al peto del mono, la mujer de John le cosió el bolsillo exactamente debajo del sobaco izquierdo de la chaqueta misma, invisible (discreto, por lo menos) cuando John la llevaba puesta o cuando, en épocas de calor (como entonces), la chaqueta estaba colgada del clavo reservado para John en el cuarto donde se guardaban los arneses. Tal era la situación del revólver cuando Boon, a quien se pagaba para que estuviera en su casa y en la cama en aquel momento, algo a lo que en cierto modo se había comprometido, en lugar de rondar por la plaza, donde estaba expuesto a que le pasara lo que le había hecho volver a toda prisa a la caballeriza, entró de un salto por la puerta del despacho un minuto antes, convirtiendo por añadidura en mentirosos tanto a mi padre como a John Powell.

Sólo que mi padre llegó demasiado tarde una vez más. Boon le engañó; nos engañó a los dos. Porque también él estaba al tanto de la existencia del clavo en el cuarto de arneses. Y además era listo, demasiado listo para volver por el pasillo, lo que le hubiera obligado a cruzar por delante del despacho; cuando llegamos al corral, John, Luster y Gabe (al igual que las tres mulas y el caballo) seguían contemplando el portillo, todavía en movimiento, por el que Boon acababa de desaparecer, revólver en mano. John y mi padre se miraron durante unos diez segundos, mientras todo el edificio del acuerdo tácito entre caballeros se derrumbaba, convirtiéndose en polvo. Si bien aún subsistía el *noblesse oblige*.

—Era el mío —dijo John.

—Sí —dijo mi padre—. Ha visto a Ludus en la plaza.

—Yo lo cogeré —dijo John—. Y además le quitaré el revólver. Dígame que lo haga.

—Que alguien coja a Ludus —dijo Gabe. Sin ser alto, era un hombre tremendamente grande, más grande que Boon, con una pierna terriblemente deformada a causa de un antiguo accidente laboral; cogía la pata trasera de un caballo o de una mula y la trababa detrás de la rodilla deformada y (si había algo, un poste, cualquier cosa que le sirviera de apoyo) el caballo o la mula podían tirarse al suelo, pero nada más: ni soltarse ni conseguir el equilibrio suficiente para darle una coza con la otra pata trasera—. Tú, Luster, vete corriendo y coge...

—Que nadie se preocupe por Ludus —dijo John—. No corre ningún peligro. He visto a Boon Hogganbeck disparar otras veces —no dijo al señor Boon Hogganbeck y sabía que mi padre le estaba oyendo; algo que nunca hubiera dejado de hacer cuando le escuchaba algún blanco al que considerase su igual, porque John era un caballero. Pero también mi padre era competente en cuestiones de *noblesse*: lo imperdonable era el asunto del revólver, y mi padre lo sabía—. Autoríceme a hacerlo,

señor Maury.

—No —dijo mi padre—. Corre al despacho y telefona al señor Hampton (Efectivamente. También el sheriff de entonces se llamaba Hampton, era un Hampton). Dile de mi parte que tiene que agarrar al señor Boon lo antes que pueda — mi padre se dirigió hacia el portillo.

—Vete con él —le dijo Gabe a Luster—. Quizá necesite que alguien corra por él. Y deja cerrado el portillo cuando salgas.

Los tres subimos por el callejón hacia la plaza, yo trotando para no quedarme atrás, aunque en realidad no pretendíamos alcanzar a Boon, sino más bien situarnos entre Boon con el revólver por un lado y John Powell por otro. Y es que, como había dicho el mismo John, no había que preocuparse por Ludus. Todos sabíamos de la puntería de Boon, de manera que si disparaba contra él, Ludus, que había sido uno de nuestros cocheros hasta el martes por la mañana, estaba a salvo. Lo que sucedió fue como sigue, según la reconstrucción de los hechos, a partir de los relatos de Boon, del señor Ballott, de John Powell y también, un poco, a partir de lo que contó el mismo Ludus. Una o dos semanas antes Ludus había encontrado una nueva chica, la hija (o la mujer: no lo sabíamos) del arrendatario de una granja a unos diez kilómetros de la ciudad. El lunes a última hora de la tarde, cuando Boon se presentó para relevar al señor Ballott y hacer el turno de noche, ya habían regresado todas las parejas y todos los carros y cocheros, a excepción de Ludus. El señor Ballott le pidió a Boon que le telefonara cuando llegase Ludus, y se marchó a su casa. Ése fue el testimonio del señor Ballott. El de Boon, corroborado en parte por John Powell (mi padre se había ido algún tiempo antes), fue como sigue: el señor Ballott acababa de marcharse cuando se presentó Ludus, a pie, por la puerta de atrás, y le dijo a Boon que se le había aflojado la llanta de una de las ruedas, se había detenido en nuestra casa y había visto a mi padre, y que mi padre le había dicho que llevara el carro al estanque del pastizal, donde la madera de la rueda se hincharía hasta ajustar de nuevo con la llanta, y que llevara las mulas a nuestra cuadra, les diera de comer y volviera a recogerlas por la mañana. Una historia que cabía pensar que Boon aceptara por buena, si bien John Powell tuvo la seguridad desde el primer momento de que era mentira, porque quien conociese a cualquiera de los dos sabía que mi padre, dispusiera lo que dispusiera sobre el destino del carro aquella noche, habría ordenado a Ludus que volviera con la pareja de mulas a la caballeriza para limpiarlas y darles de comer de manera adecuada. Pero eso fue lo que Boon contó que Ludus le había dicho, y que por esa razón no interrumpió la cena del señor Ballott para comunicárselo, puesto que mi padre sabía dónde estaban el carro y las mulas, y mi padre, y no el señor Ballott, era el propietario.

Ahora viene la historia de John Powell, aunque a regañadientes; lo más probable es que no lo hubiera contado nunca si Boon no hubiera convertido su silencio (el de

John) en un problema moral más importante que la lealtad a los de su raza. Tan pronto como vio entrar a Ludus con las manos vacías por la puerta trasera de la caballeriza, un momento después de que el señor Ballott se marchara por la principal, dejando a Boon como único responsable, John no necesitó escuchar lo que Ludus fuese a decir. Se limitó a salir al corral por el pasillo, atravesarlo, llegar al callejón y recorrerlo, con lo que estaba ya al lado del carro cuando Ludus regresó. En el carro había un saco de harina, una garrafa de queroseno y (dijo John) una bolsa de caramelos de menta de cinco centavos. Eso es más o menos lo que pasó, porque si bien la palabra de John sobre cualquier caballo o mula dentro de la caballeriza hacía ley, era artículo de fe, incluso por encima de Boon, hasta llegar al señor Ballott o incluso a mi padre, allí fuera, en tierra de nadie, era un empleado más de la caballeriza de Maury Priest, y tanto Ludus como él lo sabían perfectamente. Cabe que Ludus se lo recordara, pero tengo mis dudas. Porque todo lo que Ludus necesitó decir fue, más o menos, algo así: «Si un pajarito le cuenta a Maury Priest que he pedido prestados el carro y las mulas esta noche, puede que otro pajarito vaya y le diga qué es lo que llevas cosido en la chaqueta».

Y tampoco creo que dijera eso, porque tanto John como él lo sabían, del mismo modo que sabían que si Ludus esperaba a que John informase a mi padre de lo que Ludus llamaba «pedir prestados» un carro y una pareja de mulas, mi padre nunca llegaría a saberlo, y que si John esperaba a que Ludus (o cualquier otro negro de la caballeriza o de Jefferson en general) le fuese a mi padre con el cuento del revólver, tampoco llegaría nunca a enterarse. De manera que Ludus, probablemente, guardó silencio y John se limitó a decir: «De acuerdo. Pero si las mulas no están de vuelta en la cuadra, sin una gota de sudor ni una señal de látigo y sin tener siquiera aspecto de haber dormido poco, por lo menos una hora antes de que el señor Ballott llegue aquí mañana por la mañana (te habrás dado cuenta de que los dos habían prescindido por completo de Boon en aquel asunto: ni Ludus dijo «El señor Boon sabe que estas mulas no van a pasar la noche en la cuadra; ¿no hace de jefe hasta que vuelve el señor Ballott por la mañana? », ni John le respondió «Cualquiera capaz de creerse el cuento que le has endilgado esta noche en lugar de devolver las mulas no está capacitado para ser jefe de nada. Y ni siquiera estoy del todo convencido de que se llame Boon Hogganbeck»), el señor Priest no sólo va a saber dónde no estaban anoche las mulas y el carro, sino que va a saber dónde sí estaban».

Pero John no lo dijo. Y, como no podía ser menos, aunque las mulas de Ludus llevaban ya más de una hora en la cuadra cuando amaneció, el señor Ballott mandó llamar a Ludus a las seis y cuarto de la mañana, quince minutos después de llegar a la caballeriza, y le dijo que estaba despedido.

—El señor Boon sabía que mis mulas estaban fuera —dijo Ludus—. Me mandó a que le comprara una garrafa de whisky y se la traje a eso de las cuatro.

—No te mandé a ningún sitio —respondió Boon—. Cuando se presentó aquí anoche con ese camelo de que las mulas estaban en la cuadra del señor Priest ni siquiera lo escuché. Tampoco me molesté en preguntarle dónde estaba en realidad el carro, y menos aún por qué tenía tanta necesidad de un carro y una pareja de mulas. Lo que le dije fue que, antes de devolver el carro por la mañana, contaba con que se pasara por casa de Mack Winbush y me trajera un galón del whisky de tío Cal Bookwright. Le di el dinero..., dos dólares.

—Y yo le traje el whisky —dijo Ludus—. No sé qué es lo que ha hecho con él.

—Me trajiste media garrafa de matarratas, lejía y pimentón principalmente —dijo Boon—. No sé lo que va a hacer contigo el señor Priest por tener las mulas fuera toda la noche, pero no tendrá comparación con lo que te va a hacer Calvin Bookwright cuando le enseñe ese whisky y le diga que, según tú, lo ha hecho él.

—La casa del señor Winbush queda a más de doce kilómetros de la ciudad —dijo Ludus—. Me habrían dado las doce antes de poder volver a... —y se detuvo.

—De manera que para eso necesitabas un carro —dijo Boon—. Finalmente has conseguido que se te acaben las aventuras amorosas nocturnas aquí en Jefferson y ahora tendrás que explorar todo el distrito para encontrar otra ventana trasera por donde colarte. Bien, pues vas a disponer de mucho tiempo; el único problema es que tendrás que ir andando...

—Usted me dijo una garrafa de whisky —insistió Ludus malhumorado—. Y yo le traje una garrafa...

—No estaba ni medio llena —dijo Boon. Luego añadió, volviéndose hacia el señor Ballott—: ¡Demonios coronados! Ahora ni siquiera tiene que darle la paga semanal (el sueldo de los cocheros era dos dólares a la semana; estábamos en 1905, no lo olvides). Eso es lo que me debe a mí por el whisky. ¿A qué está usted esperando? ¿A que llegue el señor Priest y lo despida él?

Aunque si el señor Ballott (y mi padre) hubieran tenido intención de despedir a Ludus de una vez por todas, le habrían dado su paga de la semana. El hecho de que no lo hicieran indicaba (y Ludus lo sabía) que, simplemente, se le suspendía de empleo y sueldo una semana por quedarse con una pareja de mulas toda la noche sin la debida autorización; al lunes siguiente Ludus se presentaría con los otros cocheros a la hora de siempre y John Powell tendría su pareja lista como si nada hubiera pasado. Pero sucedió que intervino el Destino, el Rumor, el cotilleo...

De manera que mi padre, Luster y yo nos apresuramos camino de la plaza —yo iba ya trotando—, pero una vez más llegamos tarde. Aún estábamos en el callejón cuando oímos los disparos, cinco: BUUM BUUM BUUM BUUM BUUM, así; acto seguido entramos en la plaza y vimos lo que estaba pasando (no era lejos: justo en la esquina, delante de la ferretería del primo Isaac McCaslin). Había muchísima gente; Boon había elegido bien la fecha para que no le faltaran testigos; ya por entonces el primer

sábado de mes era día de mercado, incluso en mayo, cuando cualquiera habría pensado que la gente estaba muy ocupada plantando el algodón. Pero no en el distrito de Yoknapatawpha. Estaban todos, negros y blancos: un primer grupo donde el señor Hampton (abuelo del mismo Little Hubb que es sheriff ahora o que volverá a serlo el año que viene) y dos o tres curiosos forcejeaban con Boon, y un segundo grupo, a unos seis o siete metros, en el que otro representante de la ley sujetaba a Ludus, todavía inmovilizado en actitud de correr o en la actitud inmovilizada de correr o en la actitud de correr inmovilizado, lo que sea más correcto, y un tercer grupo junto al escaparate de la tienda del primo Ike, adonde había ido a estrellarse uno de los proyectiles de Boon (nunca se averiguó adónde fueron a parar los otros cuatro) después de dejar un surco en la nalga de una chica negra que ahora estaba tumbada en el suelo, chillando, hasta que el primo Ike en persona salió corriendo de la ferretería y ahogó la voz de la víctima con la suya, rugiendo de indignación, no porque Boon le hubiera echado a perder el escaparate sino (el primo Ike, aunque joven todavía, era ya el mejor cazador y conocedor del bosque que haya habido nunca en el distrito) por su incapacidad para acertar con cinco disparos a un blanco (en este caso un negro) que sólo estaba a seis o siete metros de distancia.

A partir de entonces no decayó el ritmo de los acontecimientos. La consulta del doctor Peabody estaba al otro lado de la calle, encima del *drugstore* de Christian; bajo la dirección del señor Hampton, que empuñaba el revólver de John Powell, Luster y otro negro llevaron a la chica, que chillaba y sangraba como un cerdo degollado, escaleras arriba, seguidos por mi padre y Boon, el ayudante del sheriff, Ludus, yo mismo, y todas las personas que cupieron en la escalera, hasta que el señor Hampton se detuvo, se dio la vuelta y empezó a vociferar. El juez Stevens tenía el despacho exactamente debajo de la consulta del doctor Peabody, y el juez en persona estaba en el descansillo, de manera que nosotros —me refiero a mi padre y a mí, Boon, Ludus y el ayudante del sheriff— entramos en el despacho del juez para esperar a que el señor Hampton saliera de la consulta del doctor Peabody. No tardó mucho.

—Bien —dijo el señor Hampton—. No ha sido más que un rasguño. Cómprele un vestido nuevo (no llevaba nada debajo) y una bolsa de caramelos, además de darle diez dólares al padre, y con eso Boon quedará en paz con la chica. No he decidido todavía lo que tendrá que hacer para que yo me dé por satisfecho —lanzó un bufido en dirección a Boon; Hampton era un hombre de penetrantes ojillos grises y muy grande, tan grande como Boon en realidad, aunque no tan alto—. ¿Y bien? —le preguntó a Boon.

—Me insultó —dijo Boon—. Le dijo a Son Thomas que yo era tonto del culo.

El señor Hampton miró a Ludus.

—¿Y bien? —dijo.

—Nunca dije que fuera tonto del culo —respondió Ludus—. Sólo dije que no tenía dos dedos de frente.

—¿Qué? —gritó Boon.

—Eso es peor —dijo el juez Stevens.

—Claro que es peor —dijo, gritó Boon—. ¿No se da cuenta? Y ni siquiera tengo elección. Yo, un blanco, tengo que dejar que un condenado negro que se pasa el día peleándose con las mulas critique mi trasero o afirme en público, delante de cinco testigos, que no tengo la cabeza en su sitio. ¿No se dan cuenta? Porque no se puede retirar nada, nada en absoluto. Ni tampoco se puede rectificar, porque no hay nada que rectificar en ninguno de los dos casos —casi estaba llorando, el rostro grande, feo, colorado, tan áspero y duro como una cáscara de nuez, arrugado y torcido como el de un niño—. Incluso si logro encontrar otro revólver en algún sitio para pegarle un tiro a Son Thomas, lo más probable es que vuelva a fallar.

Mi padre se puso en pie, con rapidez y decisión. Era el único que se había sentado; el juez Stevens mismo estaba delante del hogar de la chimenea con las piernas separadas y las manos bajo los faldones de la levita exactamente como si fuese invierno y ardiera un fuego en la chimenea.

—Tengo que volver a mi trabajo —dijo mi padre—. ¿Qué dice el viejo proverbio acerca de estar mano sobre mano? —añadió, sin dirigirse especialmente a nadie—: Los quiero a los dos, a Boon y a ese muchacho, bajo fianza, a fin de mantener el orden; pongamos cien dólares por cabeza; yo pagaré la fianza. Pero quiero dos fianzas de doble acción mutua. Quiero dos fianzas y que las dos queden abrogadas, venzan, en el momento mismo en que cualquiera de los dos haga algo que..., algo que yo...

—Que a usted no le parezca bien —dijo el juez Stevens.

—Muy agradecido —dijo mi padre—... en el segundo mismo en que cualquiera de los dos altere el orden. No sé si eso es legal.

—Yo tampoco —dijo el juez Stevens—. Podemos intentarlo. Si una fianza con esas características no es legal, debería serlo.

—Muy agradecido —dijo mi padre. Los tres (mi padre, yo y detrás Boon) nos dirigimos hacia la puerta.

—Podría volver ahora, sin esperar al lunes —dijo Ludus—, si me necesitan.

—No —dijo mi padre. Los tres (mi padre, yo y detrás Boon) bajamos las escaleras y salimos a la calle. Seguía siendo primer sábado de mes y día de mercado, pero ya no era más que eso; al menos hasta que alguien llamado Boon Hogganbeck tuviera otro revólver al alcance de la mano. Regresamos calle arriba hacia la caballeriza, mi padre, yo y detrás Boon, que se puso a hablar por encima de cabeza hacia la espalda de mi padre:

—Un dólar a la semana suponen un año y cuarenta y ocho semanas más hasta



llegar a los cien dólares. Imagino que el escaparate de Ike serán otros diez o quince más, aparte de esa chica que se puso en medio. Pongamos dos años y tres meses. Tengo cuarenta dólares en metálico. Aunque se los dé como anticipo, supongo que no estaría usted dispuesto a ponernos a Ludus, a Son Thomas y a mí en una casilla vacía de la cuadra y a tener la puerta cerrada durante diez minutos. ¿Verdad que no?

—No —dijo mi padre.

## 2

Aquello sucedió un sábado. Ludus volvió a trabajar el lunes por la mañana. El viernes siguiente, mi abuelo —el otro, el padre de mi madre, tu bisabuelo— murió en Bay St Louis.

Boon no nos pertenecía en realidad. Me refiero a que no era sólo nuestro, de los Priest. Aunque más bien tendría que decir que no era sólo de los McCaslin y de los Edmonds, de quienes los Priest somos lo que podría llamarse la rama más joven. Boon tenía tres propietarios: no sólo nosotros, representados por el abuelo, junto con mi padre, el primo Ike McCaslin y nuestro otro primo, Zachary Edmonds, a cuyo padre, McCaslin Edmonds, el primo Ike había cedido la plantación McCaslin al cumplir los veintiún años; Boon pertenecía, además, al comandante De Spain y también, hasta que murió, al general Compson. Boon era una corporación, un holding en el que los tres —los McCaslin, De Spain y el general Compson— teníamos participaciones iguales, aunque completamente indefinidas, de responsabilidad, ya que la sola y única regla de la corporación era que quien estuviera más cerca en el momento de la crisis interviniera de inmediato para hacerse cargo de cualquier infracción que Boon hubiera provocado o cometido o simplemente heredado; Boon era una sociedad mutua protectora benéfica sin ánimo de lucro en la que todos los beneficios eran para Boon y la mutualidad y la beneficencia y la protección corrían a nuestro cargo.

Su abuela era hija de uno de los antiguos indios chickasaw de Issetibbeha, y se casó con un blanco traficante de whisky; unas veces, según lo que hubiera bebido, Boon declaraba tener un noventa y nueve por ciento de sangre chickasaw y ser, de hecho, descendiente en línea directa del viejo Issetibbeha; otras se mostraba dispuesto a pelearse con cualquiera que se atreviese a insinuar que corría por sus venas una sola gota de sangre india.

Boon era duro, fiel, valiente y nada de fiar; medía un metro noventa, pesaba ciento diez kilos y era como un niño; desde hacía ya más de un año mi padre repetía que, en cualquier momento, yo ya sería mayor que él.

De hecho, aunque era a todas luces un resultado biológico perfectamente normal (véanse los momentos, cuando estaba borracho, en que no sólo se mostraba preparado y dispuesto sino deseoso incluso de pelearse con cualquier hombre —u hombres— en un sentido u otro, dependiendo de la dirección por donde lo llevara el alcohol, por el derecho a su ascendencia) y, por lo tanto, había tenido que pasar en algún sitio aquellos nueve o diez u once primeros años, era como si hubiera sido creado de golpe y porrazo (y ya con nueve, diez u once años), por nosotros tres —los McCaslin-De Spain-Compson—, como solución al dilema que surgió un día en el campamento De Spain.

Se trata, efectivamente, del mismo campamento que, con toda probabilidad, tú seguirás llamando campamento McCaslin unos cuantos años después de que desaparezca tu primo Ike, del mismo modo que nosotros, tus mayores, seguíamos llamándolo campamento De Spain años después de la marcha del comandante. Pero en la época de mis mayores, cuando el comandante De Spain compró o pidió prestada o arrendó la tierra (como quiera que la gente se las apañara para conseguir títulos válidos de propiedad en Mississippi entre 1865 y 1870) y construyó el pabellón, las cuadras y las perreras, era su campamento, era él quien escogía y seleccionaba los hombres que consideraba dignos de cazar los animales que él decretaba que había que cazar, de manera que, en ese sentido, no sólo disponía quién cazaba sino dónde se cazaba e, incluso, qué se cazaba: por entonces vivían allí osos y ciervos, junto con lobos y jaguares, a menos de treinta kilómetros de Jefferson: las cuatro o cinco secciones de jungla en el lecho del río que habían sido parte del vasto sueño regio del viejo Thomas Sutpen, sueño que, a la larga, no sólo se había destruido a sí mismo, sino también a Sutpen, y que, en aquellos días, era algo así como una puerta oriental a las grandes extensiones, todavía casi vírgenes, de pantano y jungla que se prolongaban hacia el oeste, desde las colinas hasta los pueblos y las plantaciones a lo largo del Mississippi.

Por entonces sólo treinta kilómetros; nuestros padres salían de Jefferson el 15 de noviembre a media noche en calesas y carretas (un hombre a caballo tardaba menos, como es lógico) y al amanecer estaban en sus puestos, preparados para cazar ciervos u osos. En 1905 los cazaderos sólo se habían alejado treinta kilómetros más; las carretas que transportaban las armas, los alimentos y la ropa de cama tenían que ponerse en camino a la puesta de sol; una compañía maderera del norte había construido, además, para transportar los troncos, un ferrocarril de vía estrecha que enlazaba con la línea principal, y que pasaba a un kilómetro del nuevo campamento De Spain, con una parada de cortesía para permitir que el comandante y sus invitados se apearan y los recogieran las carretas llegadas el día anterior. De todos modos, hacia 1925 adivinábamos ya lo que el destino nos reservaba. De Spain y el resto de aquel grupo inicial, excepto tu primo Ike y Boon, habían desaparecido, y sus herederos (desde Jefferson hasta el apeadero De Spain todo el camino era de grava) apagaban el motor de su automóvil con un fondo de ruido de hachas y sierras donde un año antes sólo se oían ladridos de sabuesos a la carrera. Porque Manfred De Spain era banquero, no cazador como su padre; vendió arriendo, tierra y madera y, para 1940 (por entonces ya era el campamento McCaslin), se cargaba —lo cargábamos— todo en camionetas y hacíamos trescientos kilómetros por carreteras asfaltadas hasta encontrar un sitio donde plantar las tiendas; en 1980, sin embargo, el automóvil resultará un medio tan obsoleto para llegar a un cazadero como obsoleto habrá hecho el automóvil el cazadero que busca. Aunque quizá encuentren —encontréis—

cazaderos en la cara oculta de Marte o de la Luna, tal vez hasta con ciervos y osos entre su fauna.

Pero entonces, cuando Boon se materializó un día en el campamento, con todos sus aditamentos y cumplidos los diez, los once o los doce años, el comandante De Spain, el general Compson, McCaslin Edmonds, Walter Ewell, el viejo Bob Legate y media docena más, que iban y venían, sólo tenían que recorrer treinta kilómetros. El general Compson, sin embargo, aunque había mandado tropas en Shiloh con relativa solvencia cuando era coronel y de nuevo como general de brigada durante la retirada de Johnston sobre Atlanta, no andaba muy ducho en materia de orientarse sobre el terreno, no se le daba bien la topografía, y se perdía inevitablemente a los diez minutos de abandonar el campamento (la mula que gustaba de montar lo hubiera devuelto al punto de partida en cualquier momento, pero, tratándose no sólo de un general confederado en libertad condicional sino de un Compson por añadidura, rehusaba aceptar el consejo o asesoramiento de una mula), de manera que tan pronto como, terminada la expedición matutina, regresaba el último cazador, todos se turnaban tocando el cuerno de caza hasta que finalmente se presentaba el general Compson. Lo que resultaba satisfactorio, o por lo menos solucionaba el problema, hasta que al general empezó también a fallarle el oído. Una tarde, finalmente, Walter Ewell y Sam Fathers, que era mitad negro y mitad indio chickasaw, tuvieron que seguirle la pista y pasar toda la noche con él en el bosque, colocando al comandante De Spain ante la alternativa de prohibirle salir de la tienda o expulsarlo del club, cuando hete aquí que se presentó Boon Hogganbeck, un gigante ya a los diez u once años, más grande, incluso, que el general, de quien se convirtió en niñera: una criatura abandonada que parecía no poseer nada ni saber nada excepto cómo se llamaba; incluso el primo. Ike no está seguro de si fue McCaslin Edmonds o el comandante De Spain quien encontró a Boon donde lo había abandonado quien lo trajo al mundo. Todo lo que Ike sabe —recuerda— es que Boon ya estaba allí, de unos doce años de edad, en casa del viejo Carothers McCaslin, donde McCaslin Edmonds criaba ya a Ike como si fuera su padre, y que a partir de entonces, sin darle la menor importancia, McCaslin Edmonds también se quedó con Boon como si fuese su padre, si bien por aquel entonces McCaslin Edmonds no tenía más que treinta años.

En cualquier caso, tan pronto como el comandante De Spain se dio cuenta de que, o bien tenía que expulsar al general del club, lo que iba a ser difícil, o prohibirle abandonar el campamento, lo que resultaría imposible, y que, por lo tanto, estaba obligado a equipar a Compson con algo parecido a un Boon Hogganbeck, allí estaba el artículo genuino, producido por McCaslin Edmonds o quizá por ambos —Edmonds y el mismo De Spain— en una crisis simultánea. Ike recordaba lo siguiente: la operación de cargar los catres y las escopetas y la comida en la carreta el 14 de

noviembre, con Jim el de Tennie (abuelo del Bobo Beauchamp del que vas a oír hablar enseguida), Sam Fathers y Boon (Ike sólo tenía entonces cinco o seis años; aún le quedaban otros cuatro o cinco para llegar a diez y poder ir con los demás) y el mismo McCaslin, a caballo por delante de la carreta, camino del campamento donde todas las mañanas Boon seguía al general Compson en su correspondiente mula hasta que, por simple ejercicio de la fuerza, probablemente, puesto que a los doce años Boon ya era más grande que la persona a su cargo, le obligaba a tomar la dirección correcta a tiempo para volver al campamento antes del crepúsculo.

Así fue cómo el general Compson hizo de Boon, a pesar suyo, un experto en bosques, podría decirse, por una sencilla cuestión de legítima defensa. Sin embargo, el hecho de comer en la misma mesa, recorrer los mismos bosques y dormir bajo la misma lluvia que Walter Ewell no bastó para hacer de Boon un buen tirador; una de las historias favoritas del campamento hacía referencia a su manera de disparar; en ella Walter Ewell, que era el narrador, explicaba cómo, después de haber dejado a Boon en uno de los puestos (el viejo general Compson había ido por fin a reunirse con sus mayores —o al vivaque al que los viejos soldados de aquella guerra, tanto los de azul como los de gris, probablemente insistan en ir, dado que, probablemente, ningún otro lugar les convenía tanto para algo que se pareciera a una residencia permanente— y Boon era un cazador más, como cualquier otro), oyó los ladridos de los sabuesos, se dio cuenta de que un ciervo iba a pasar por delante del puesto de Boon y escuchó, acto seguido, los cinco disparos de la desvencijada escopeta de Boon (un legado del general Compson que nunca había estado en buenas condiciones cuando era propiedad del viejo soldado; Walter explicaba su gran sorpresa al comprobar que aquella arma había disparado no sólo dos sino hasta cinco veces sin encasquillarse) e inmediatamente después la voz de Boon a través del espacio de bosque que los separaba: «¡Maldita sea! ¡Se va por allí! ¡Cortadle el paso! ¡Que alguien le corte el paso!». Y cómo él —Walter— había corrido hasta el puesto de Boon para encontrar en el suelo los cinco cartuchos gastados y a menos de diez pasos las huellas del ciervo al que Boon ni siquiera había tocado.

Pero poco después mi abuelo compró el automóvil y Boon encontró su compañero del alma. Para entonces, y de manera oficial, formaba parte del personal de la caballeriza (por mutuo acuerdo McCaslin-Edmonds-Priest, ya que incluso para McCaslin Edmonds se hizo al fin la luz cuando a Boon lo suspendieron por segunda vez en tercer grado, aunque quizá la luz que verdaderamente vio McCaslin fue que Boon nunca se quedaría lo bastante en ninguna granja para llegar a ser granjero). Al principio se le confiaban cosas de poca importancia: dar de comer a los animales, limpiar arneses y calesas. Pero ya te he explicado que tenía buena mano con caballos y mulas, por lo que pronto se convirtió en cochero habitual de vehículos alquilados: pencos y cabriolés que salían a recibir a los trenes, y calesas y birlochos y carretas

ligeras que los viajeros de comercio utilizaban para hacer el recorrido por las tiendas rurales. Ahora vivía en la ciudad, excepto cuando McCaslin y Zachary —los dos— se ausentaban de noche y Boon dormía en su casa para proteger a las mujeres y a los niños. Quiero decir que vivía en Jefferson. Quiero decir que tenía una casa suya, una habitación alquilada en lo que, en tiempos de mi abuelo, era el hotel Comercial, establecido con la esperanza de hacerle la competencia a Holston House, aunque sin llegar nunca a conseguirlo, pero lo bastante solvente como para que los miembros de los jurados se alojaran y comieran allí durante las sesiones del tribunal y para que los pleiteantes y los tratantes en mulas y caballos se sintieran más a gusto que entre las alfombras, las escupideras de latón, los sillones de cuero y los manteles de hilo del otro lado de la ciudad; más tarde, en mi tiempo, pasó a llamarse hotel Snopes, con las dos eses pintadas a mano cabeza abajo, cuando el señor Flem Snopes (el banquero, asesinado hace diez o doce años por el familiar loco que tal vez no creyera que su primo lo había enviado personalmente a la cárcel, aunque sí, por lo menos, que podía haberlo sacado o, en último extremo, haberlo intentado) empezó a dirigir el éxodo de su tribu desde las tierras malditas más allá de Frenchman's Bend hasta la ciudad; luego, durante un breve periodo a mediados de los años treinta, alquilado por una dama de pelo cobrizo que salió de la nada y volvió a ella muy poco después, conocida por tu padre y la policía con el nombre de Little Chicago, y que ahora es para ti, cuando todas esas glorias no son ya más que recuerdos, la pensión de la señora Rouncewell. Pero en tiempos de Boon era aún el hotel Comercial; y, cuando mi abuelo compró el automóvil, allí vivía él, durante los intervalos en que no dormía en el suelo de la cocina de algún Compson o Edmonds o Priest.

Mi abuelo no quería ni por lo más remoto tener automóvil, pero se vio forzado a comprar uno. Por el hecho de ser banquero, presidente del banco más antiguo de Jefferson, el primer banco del distrito de Yoknapatawpha, creía por entonces, y siguió creyéndolo hasta que le sorprendió la muerte, muchos años después, cuando ya todo el mundo, incluso en el distrito de Yoknapatawpha, se había dado cuenta de que el automóvil había venido para quedarse, que el vehículo a motor era, como la seta que crece en una noche, un fenómeno sin solvencia y que, como los hongos, desaparecería con el sol del mañana. Pero el coronel Sartoris, presidente de otro banco más reciente, con cualidades de hongo, el banco de los Comerciantes y los Granjeros, le obligó a comprar uno. O, más bien, le forzó a hacerlo otro individuo poco solvente, un mago de la mecánica, soñador y miope, con ojos del color de la genciana, apellidado Buffaloe. Porque el automóvil de mi abuelo ni siquiera fue el primero de Jefferson. (No cuento el coche de carreras rojo EMF de Manfred De Spain. Aunque De Spain era su propietario y lo condujo diariamente por las calles de Jefferson por espacio de varios años, encajaba tan poco en el decoroso modelo conyugal de nuestra comunidad como el mismo Manfred, ambos incorregibles y

solteros, no en la ciudad sino sobre ella y siempre para nada bueno, como si vivieran en una ininterrumpida noche de sábado, incluso cuando Manfred era alcalde, por lo que su mismo color carmesí no era siquiera una desdeñosa manera de desafiar a la ciudad, sino, más bien, casi algo semejante a una distraída descalificación.)

El de mi abuelo no fue siquiera el primer automóvil que vio Jefferson o viceversa. Tampoco fue el primero que habitó en Jefferson. Hubo otro, dos años antes, que hizo por sus propios medios todo el camino desde Memphis, cubriendo los ciento treinta kilómetros en menos de tres días. Luego llovió, y el coche se quedó dos semanas en Jefferson, periodo durante el cual no tuvimos luz eléctrica prácticamente; ni, si la caballeriza hubiera estado únicamente a cargo de Boon, ningún medio público de transporte. Porque el señor Buffaloe era la persona que mantenía en funcionamiento la central térmica: la única persona, el único ser humano a este lado de Memphis que sabía cómo hacerlo; y desde el momento en que el automóvil indicó que no iba a llegar más lejos, al menos aquel día, el señor Buffaloe y Boon se le hicieron tan inseparables como dos sombras, una grande y otra pequeña: el gigante que olía a amoníaco y al aceite con que frotaba los arneses, y el hombrecillo cubierto de grasa y color de hollín, con ojos como dos plumas de azulejo crecidas sobre un montoncito de carbón, que apenas hubiera conseguido hacer subir la aguja de la báscula hasta los cuarenta y cinco kilos con todas sus herramientas (también las de la central térmica) en los bolsillos; el primero inmóvil, contemplando el coche con algo semejante a un ansia incrédula, como un toro con la mirada fija en la muleta; el otro soñando, amable, tierno, la mano mugrienta, suave como la de una mujer cuando lo tocaba, lo palpaba, lo acariciaba, hasta que, un momento después, se hundió hasta las caderas bajo el capó.

Luego llovió toda la noche y aún seguía lloviendo a la mañana siguiente. Al propietario del automóvil se le dijo, se le aseguró —lo hizo el señor Buffaloe, cosa un tanto extraña, ya que nadie lo había visto nunca alejarse de la central eléctrica ni del tallercito que tenía en el patio trasero de su casa lo bastante para utilizar las carreteras y estar por tanto en condiciones de profetizar sobre su estado— que las carreteras estarían inutilizables al menos durante una semana, diez días quizá. De manera que el propietario del automóvil regresó a Memphis en tren, permitiendo que le guardaran el vehículo en lo que, en cualquier otro patio trasero excepto el del señor Buffaloe, hubiera sido una cuadra o un establo. Como tampoco pudimos explicarnos lo siguiente: que el señor Buffaloe, un hombrecillo manso, dulce, de poquísimas palabras, en una constante situación de sonambulismo recubierta de grasa y ajena a todo lo mundano, poseyera medios, dotes de hipnotizador que hasta entonces ni él mismo conocía, capaces de convencer a un completo desconocido para que le confiara su costoso juguete.

Pero lo cierto es que lo hizo y que el dueño del automóvil regresó a Memphis; y a

partir de ese momento, cuando surgían problemas con la electricidad en Jefferson, alguien tenía que ir a pie, a caballo o en bicicleta hasta la casa del señor Buffaloe en las afueras de la ciudad, lugar donde se encontraba al susodicho, remoto y soñador y sin prisa y todavía limpiándose las manos, dando la vuelta a la esquina de su casa procedente del patio trasero; y al tercer día mi padre descubrió por fin dónde podía estar (dónde había estado) Boon durante todo el tiempo que debería haber pasado en la caballeriza. Porque ese día el mismo Boon reveló el secreto, descubrió el pastel, con frenética e incontenible urgencia. El señor Buffaloe y él habían llegado a lo que podría haber sido un combate a brazo partido, de no ser porque el señor Buffaloe — aquel depósito al parecer inagotable de sorpresas y capacidades— apuntó a Boon con una pistola grasienta y manchada de hollín pero perfectamente capaz de disparar.

Así fue como Boon lo contó. El señor Buffaloe y él habían estado no sólo en completo, sino instantáneo, acuerdo y entendimiento en el proceso de poner el automóvil en manos del señor Buffaloe y en sacar a su propietario de la ciudad; de manera que, pensó Boon lógicamente, el señor Buffaloe resolvería rápidamente el misterio de cómo hacer funcionar el vehículo, podrían sacarlo del patio trasero cuando fuera de noche y pasearse en él. Pero, ante el asombro, el desconcierto y la indignación de Boon, todo lo que el señor Buffaloe quería era descubrir por qué andaba.

—¡Lo ha destrozado! —dijo Boon—. ¡Le ha quitado todas las piezas para ver qué había dentro! ¡No conseguirá nunca armarlo de nuevo!

Pero Buffaloe lo hizo. Estuvo presente, dulce, grasiento y amablemente soñador, cuando, dos semanas después, regresó el propietario, lo arrancó con un golpe de manivela y se fue con él; y un año después Buffaloe se había fabricado otro, motor, caja de cambios y todo, incorporado a una calesa con ruedas de goma; aquella tarde, ruidosamente maloliente, al cruzar la plaza con todo sosiego, sin correr en absoluto, asustó a los caballos del coronel Sartoris, que se desbocaron y destruyeron casi por completo su carruaje, que, afortunadamente, estaba vacío; la noche del siguiente día ya estaba oficialmente registrada en los archivos de Jefferson una ordenanza prohibiendo el uso de cualquier vehículo de propulsión mecánica dentro de los límites del municipio. Por lo tanto, como presidente del banco más antiguo y prestigioso del distrito de Yoknapatawpha, mi abuelo se vio forzado a comprar uno o, de lo contrario, a tener que obedecer a los mandatos del presidente de un banco más reciente. ¿Entiendes lo que quiero decir? No de mayor o menor importancia en la jerarquía social de la ciudad, y menos aún rivales dentro de ella, sino banqueros, sacerdotes consagrados a los impenetrables e ineluctables misterios de las Finanzas; era como si, pese a su oposición, irreductible, rígida y eterna, a la era de las máquinas, aunque se negara a admitir incluso su existencia, a mi abuelo se le hubiera concedido en algún lugar, en los comienzos, algo así como una visión pesadillesca



del vasto e ilimitado futuro de nuestra nación en el cual la unidad básica de su economía y prosperidad sería un cubículo fabricado en serie y provisto de motor y cuatro ruedas.

Así que compró el automóvil y Boon encontró la doncella pura que su alma anhelaba, el amor virginal para su tosco e inocente corazón. Se trataba de un Winton Flyer<sup>[1]</sup>. (El primer coche del que fue propietario —fuimos propietarios— antes del White Steamer<sup>[2]</sup>, por el que mi abuelo cambió el Winton Flyer cuando mi abuela decidió, dos años después, que no soportaba el olor a gasolina.) Se le hacía arrancar manualmente, colocándose delante del vehículo, sin otro riesgo (con tal de que uno se acordara de dejarlo en punto muerto) que la ruptura de uno o dos huesos del antebrazo; disponía de lámparas de queroseno para viajar de noche y, cuando amenazaba lluvia, cinco o seis personas podían colocar fácilmente el techo y las cortinas laterales en unos diez o quince minutos, y mi abuelo en persona lo equipó además con una linterna de queroseno, un hacha nueva y un rollito de alambre de púas unido a un juego ligero de poleas para el caso de que se saliera con él más allá de los límites del municipio. Equipo con el cual se podía —y de hecho el automóvil lo hizo en una ocasión, como explicaré enseguida— llegar incluso hasta Memphis. Todos los miembros de la familia —abuelos, padres, tías, primos y niños— teníamos además un atuendo especial para viajar en él, compuesto de velo, gorra, gafas de aviador, guantes reforzados para evitar traumatismos y un largo ropaje informe cerrado hasta el cuello y de color neutro llamado guardapolvo, del que también hablaré más adelante.

Para entonces hacía ya tiempo que el señor Buffaloe había enseñado a Boon a conducir su automóvil de fabricación casera. Por supuesto, no podían utilizar las calles de Jefferson —de hecho nunca volvieron a salir con el vehículo más allá de la línea que marcaba la valla delantera del señor Buffaloe—, pero detrás de su casa había un descampado que con el tiempo el señor Buffaloe y Boon aplastaron y alisaron (en cierta medida) hasta lograr un autódromo relativamente aceptable. De manera que cuando Boon y el señor Wordwin, el cajero del banco de mi abuelo (soltero, figura social y hombre muy conocido en Jefferson; en diez años había sido trece veces padrino de boda), fueron a Memphis en tren y regresaron con el automóvil (en menos de dos días: un récord), Boon ya estaba destinado a ser el decano de los chóferes de Jefferson.

A continuación, por lo que a los sueños de Boon se refiere, mi abuelo abolió el automóvil. Lo compró, pagó lo que Boon llamaba un buen puñado de dinero en metálico, lo contempló una vez con detenimiento y de manera inescrutable y acto seguido lo eliminó de la circulación, aunque no por completo, como es lógico; aún existía la arrogante ordenanza del coronel Sartoris que mi abuelo, por ser el banquero más antiguo, no podía permitirse el lujo de respetar, fuera cual fuese su opinión sobre

los vehículos motorizados. A decir verdad, el coronel Sartoris y él estaban totalmente de acuerdo en aquel asunto; hasta el día de su muerte (para entonces el humo de gasolina perfumaba el aire diurno del distrito de Yoknapatawpha y el estrépito de parachoques en colisión y el chirriar de frenos amenizaba sus noches, las de los sábados especialmente) ninguno de los dos prestó un céntimo a cualquiera de sus conciudadanos del que simplemente sospecharan que fuese a adquirir un automóvil con el préstamo solicitado. El delito del coronel Sartoris fue sencillamente haberse adelantado a su colega más antiguo en la adopción de una medida que ambos aprobaban: la de prohibir oficialmente los automóviles en Jefferson antes incluso de que aparecieran en la ciudad. ¿Te das cuenta? Mi abuelo no compró el automóvil como desafío a la ordenanza del coronel Sartoris. Se trataba sencillamente de una tranquila abrogación, cuidadosamente meditada, de la susodicha ordenanza, aunque fuera tan sólo mediante una demostración semanal.

Ya antes de la ordenanza del coronel Sartoris, el abuelo había trasladado carruaje y caballos del patio trasero de su casa a la caballeriza, donde de hecho resultaban más accesibles a las llamadas telefónicas de la abuela que a sus gritos desde una ventana del piso alto, porque cuando sonaba el teléfono de la caballeriza siempre respondía alguien. Cosa que Ned, desde la cocina o la cuadra o dondequiera que estuviese (o se suponía que tenía que estar cuando la abuela lo necesitaba), no siempre hacía. A decir verdad, lo más frecuente era que se hallase fuera del alcance de cualquier voz procedente de casa de la abuela, puesto que una de ellas era la de su mujer. Así que ahora llegamos a Ned. Ned era el cochero del abuelo. Su mujer (la de entonces; tuvo cuatro) era Delphine, la cocinera de la abuela. Por aquella época tan sólo mi madre lo llamaba «tío» Ned. Quiero decir que era la que insistía en que nosotros, los niños — tres de cuatro, exactamente, porque Alexander aún no tenía edad de llamar nada a nadie—, lo llamásemos tío Ned. A nadie más le importaba que lo hiciésemos o no, ni siquiera a la abuela, que también era una McCaslin, ni por supuesto al mismo Ned, que ni siquiera se había ganado aquel título viviendo el tiempo suficiente para que la franja de pelo que abrazaba su calvo cráneo empezara a grisear ni mucho menos a encanecer (no le pasó nunca. Me refiero a su cabello, que nunca se volvió ni blanco ni tampoco gris. Cuando murió, a los setenta y cuatro años, con la excepción de haberse dejado cuatro esposas en el camino, no había cambiado en absoluto), y que quizá tampoco quería que se le llamara tío; nadie insistía en ello, con la excepción de mi madre, que, desde el punto de vista de los McCaslin, ni siquiera era familia nuestra. Porque Ned era un McCaslin, nacido en nuestro patio trasero en 1860. Ned era la vergüenza, el secreto de la familia; nosotros lo heredamos, cuando nos llegó el turno, junto con su leyenda (que no contaba con otro apoyo más firme que el mismo Ned) de que su madre había sido hija natural del viejo Lucius Quintus Carothers en persona y una esclava negra; Ned nunca permitió que olvidáramos que él, junto con

el primo Isaac, era nieto auténtico del viejo y venerado Lancaster, mientras que nosotros, simples Edmonds y Priest que nos ganábamos el pan con el sudor de la frente, incluso aunque tres de nosotros —tú, yo y mi abuelo— llevásemos su nombre de pila, no éramos más que parientes de segunda clase y parásitos.

Así que cuando Boon y el señor Wordwin llegaron con el automóvil, la cochera estaba lista para recibirlo: tenía un suelo y una puerta nuevos, junto con un candado todavía sin estrenar que el abuelo llevaba ya en la mano mientras se paseaba alrededor del automóvil, mirándolo exactamente como habría examinado el arado o la segadora o la carreta (al solicitante también, si vamos a ello) que algún futuro cliente del banco ofrecía para conseguir un préstamo. Luego le hizo un gesto a Boon para que lo metiera en el garaje (sí, claro, ya sabíamos que ése era el nombre de un local destinado a guardar automóviles, incluso en 1904 y en Mississippi).

—¿Qué? —dijo Boon.

—Mételo dentro —dijo el abuelo.

—¿Ni siquiera va usted a probarlo? —preguntó Boon.

—No —respondió el abuelo. Boon metió el coche en el garaje y luego salió (solo). La primera expresión de su rostro había sido asombro, sustituido ya por el susto, la intuición, algo semejante al terror—. ¿Tiene una llave? —preguntó el abuelo.

—¿Qué? —respondió Boon.

—Un pestillo. Una clavija. Un gancho. Una cosa para ponerlo en marcha —Boon se sacó lentamente algo del bolsillo y lo dejó en la mano del abuelo—. Cierra las puertas —dijo el abuelo; él mismo se acercó, colocó el candado y lo cerró y también se guardó la llave en el bolsillo. Boon mientras tanto mantenía una batalla consigo mismo. Había entrado en crisis; la situación era desesperada. Yo (nosotros, el señor Wordwin, la abuela, Ned, Delphine y todos los blancos y negros que estaban en la calle cuando llegó el automóvil) vi, vimos, cómo ganaba aquella batalla, o, por lo menos, el combate inicial entre destacamentos.

—Estaré aquí después del almuerzo, para que la señorita Sarah (se refería a la abuela) pueda probarlo. A eso de la una. Pero vendré antes si le parece demasiado tarde.

—Te mandaré recado a la caballeriza —dijo el abuelo.

Porque se trataba de un combate con todos los efectivos y no de un simple escarceo entre avanzadillas. Era todo o nada, ganar o perder; intervenían la logística y el terreno; finta, estocada y parada, engaño; pero, sobre todo, paciencia, la perspectiva a largo plazo. Duró los tres días que faltaban hasta el sábado. Boon volvió a la caballeriza; toda aquella primera tarde no estuvo nunca muy lejos del teléfono, aunque no de manera ostensible, demasiado evidente, cuidando de que no trasluciera su preocupación; incluso hizo su trabajo, o, al menos, eso fue lo que se

creyó hasta que mi padre descubrió que Boon, por su cuenta y riesgo, había delegado en Luster para que fuera con el coche de alquiler a esperar el tren de la tarde, cuya llegada (a no ser que viniera con retraso) siempre coincidía con la hora, el momento, en que el abuelo terminaba su jornada laboral en el banco. Porque si bien la batalla era todavía una acción defensiva, de resistencia, que requería —más aún, que exigía— atención y vigilancia constantes en lugar de una ofensiva capaz de progresar por impulso propio, Boon seguía sintiéndose confiado, dominador de la situación: «Sí, claro. He mandado a Luster. Tal como está creciendo esta ciudad, dentro de nada vamos a necesitar dos coches de alquiler para los trenes, y vengo pensando en Luster como segundo cochero desde hace bastante tiempo. No se preocupe; voy a tenerlo vigilado».

Pero el teléfono seguía sin sonar. Cuando el reloj dio las seis, hasta el mismo Boon admitió que no se produciría ninguna llamada. Pero se trataba de una acción de resistencia; aún no se había perdido nada y, aprovechándose de la oscuridad, Boon podía incluso cambiar un poco la posición de sus efectivos. A la mañana siguiente, a eso de las diez, él y yo —los dos— entramos en el banco como si pasáramos por allí casualmente.

—Déjeme las llaves —le dijo al abuelo—. Ese coche ya tiene debajo todo el polvo y barro de Mississippi, además del polvo y el barro de Tennessee. Me llevaré la manguera de la caballeriza, por si acaso Ned ha puesto la de ustedes en algún sitio donde no se vea.

El abuelo miraba a Boon, se limitó a mirarlo sin apresurarse, como si Boon fuese la persona que venía con una carreta o con una máquina para atar balas de algodón a pedir un préstamo de quince dólares.

—No quiero que se moje el interior de la cochera —dijo el abuelo. Pero Boon estuvo a su altura, tan despreocupado e incluso más indiferente, hasta con más tiempo disponible, utilizable.

—Claro, claro. Recuerde que el vendedor dijo que había que poner el motor en marcha todos los días. No es que haya que ir a ningún sitio: se trata tan sólo de evitar que las bujías y la magneto se oxiden y que luego cambiarlas le cueste a usted veinte o veinticinco dólares y haya que ir a buscarlas a Memphis o a algún otro sitio, incluso a la misma fábrica. No le estoy culpando a usted; todo lo que sé es que fue eso lo que dijo; yo tengo que fiarme de su palabra. Es cierto que se lo podría usted permitir. Es el dueño del automóvil, y si quiere que se oxide es asunto suyo. Un caballo sería distinto. Incluso aunque hubiera pagado menos de cien dólares por un caballo, me tendría usted ahí fuera al amanecer tirando de él al extremo de una soga, sólo para que le funcionaran bien las tripas —porque el abuelo era un buen banquero y Boon no ignoraba que no sólo sabía cuándo ejecutar una hipoteca, sino también cuándo llegar a un acuerdo o incluso anularla. De modo que se metió la mano en el bolsillo y

le entregó a Boon las dos llaves: la del candado y el artilugio que ponía el automóvil en marcha—. Vamos —me dijo Boon, dándose la vuelta.

Mientras nos acercábamos, calle adelante, oímos la voz de la abuela que gritaba desde la ventana trasera del piso alto preguntando por Ned, aunque cuando llegamos a la verja ya había renunciado. Al cruzar el patio de atrás para coger la manguera, Delphine salió por la puerta de la cocina.

—¿Dónde está Ned? —preguntó—. Llevamos llamándolo toda la mañana. ¿Es que se ha ido a la caballeriza?

—Seguro —dijo Boon—. Ya se lo diré. Pero no lo esperen

Ned estaba delante del garaje. Él y dos de mis hermanos eran como una sucesión de escalones tratando de ver por las rendijas de la puerta del garaje. Imagino que Alexander también hubiera estado allí de no haber sido porque no andaba aún; no sé por qué la tía Callie no había pensado en ello. Luego apareció; mi madre cruzó la calle desde nuestra casa con él en brazos. De manera que quizá la tía Callie estuviera todavía lavando pañales.

—Buenos días, señorita Alison —dijo Boon—. Buenos días, señorita Sarah —añadió, porque también había aparecido la abuela, seguida de Delphine. Y acto seguido se presentaron dos señoras más, vecinas, todavía con la cofia. Porque quizá Boon no era banquero, ni tampoco muy buen comerciante. Pero estaba demostrando ser un excelente guerrillero. Retiró el candado de la puerta del garaje y la abrió. Ned entró el primero.

—Bien —le dijo Boon—, has estado aquí desde el amanecer para ver algo a través de esa grieta. ¿Qué te parece?

—No me parece nada —dijo Ned—. Por ese dinero el jefe Priest se podría haber comprado el mejor caballo de doscientos dólares de todo el distrito de Yoknapatawpha.

—No hay ningún caballo de doscientos dólares en el distrito de Yoknapatawpha —dijo Boon—. Si los hubiera, se podrían comprar diez con este automóvil. Anda y enchufa la manguera.

—Anda y enchufa la manguera, Lucius —me dijo Ned; ni siquiera se volvió para mirar. Se acercó a la portezuela del automóvil y la abrió. Era la del asiento de atrás. Los asientos de delante no tenían portezuela en aquellos tiempos; subías y ya estabas dentro—. Vamos, señorita Sarah, usted y la señorita Alison —dijo Ned—. Delphine esperará con los niños al viaje siguiente.

—Tú vete a enchufar la manguera como te he dicho —repitió Boon—. Antes de hacer nada con él tengo que sacarlo de aquí.

—Supongo que no lo vas a levantar en vilo para sacarlo, ¿verdad? —dijo Ned—. Imagino que podemos montarnos mientras lo haces. Supongo que tendré que conducirlo, de manera que cuanto antes empiece, más rápido será —añadió—. Ji, ji,

ji. Vamos, señorita Sarah.

—¿No hay ningún inconveniente, Boon? —preguntó la abuela.

—Ninguno, señorita Sarah —respondió Boon. La abuela y mi madre subieron al automóvil. Antes de que Boon pudiera cerrar la puerta, Ned estaba ya en el asiento delantero.

—Sal de ahí —dijo Boon.

—No te preocupes por mí y atiende a tus asuntos, si es que sabes cómo —dijo Ned—. No pienso tocar nada hasta que sepa lo que tengo que hacer, y no voy a aprenderlo sólo con estar aquí sentado. Anda y arráncalo, o lo que sea que tienes que hacer.

Boon dio la vuelta hasta el lado del chófer y movió los interruptores y las palancas; luego se puso delante del automóvil y dio un tirón a la manivela. Al tercer intento el motor empezó a rugir.

—¡Boon! —exclamó la abuela.

—¡No se preocupe, señorita Sarah! —gritó Boon por encima del ruido, volviendo a todo correr junto al volante.

—¡Me da igual! —dijo la abuela—. ¡Sube enseguida! ¡Estoy nerviosa! —Boon se subió al coche, hizo que el motor se sosegara y cambió de sitio las palancas; pasó un momento y a continuación el automóvil retrocedió suave y lentamente hasta salir de la cochera al patio y al sol; acto seguido se detuvo.

—Ji, ji, ji —rió Ned.

—Ten cuidado, Boon —dijo la abuela. Yo veía cómo se agarraba con fuerza a una barra.

—Sí, señora —dijo Boon. El automóvil se movió de nuevo, marcha atrás, empezando a girar. Luego se movió hacia adelante, girando todavía; la mano de la abuela todavía se agarraba con fuerza a la barra. La cara de mi madre parecía la de una niña. El coche cruzó el patio tranquila y lentamente hasta situarse delante de la puerta de la cerca que daba al callejón, al mundo exterior, y allí se detuvo. Y Boon no dijo nada: se limitó a seguir allí, detrás del volante, el motor en marcha, suave y tranquilo, la cabeza suficientemente vuelta para que la abuela le viera la cara. Sí, desde luego, quizá no fuera un mago de los efectos mercantiles, como el abuelo, y había personas en Jefferson que habrían dicho que tampoco destacaba en ninguna otra actividad humana, pero con ocasión de aquella escaramuza demostró ser un luchador de consumada habilidad y elegancia. La abuela no dijo nada por espacio quizá de medio minuto. Luego aspiró muy hondo y dejó escapar el aire.

—No —dijo—. Tenemos que esperar al señor Priest —quizá no fuera una victoria, pero, de todos modos, nuestro lado (Boon) no sólo había descubierto el punto débil en el frente enemigo (el del abuelo), sino que aquella misma noche, a la hora de la cena, también lo descubriría el enemigo en persona.

Descubrió de hecho que había sido desbordado por uno de los flancos. La tarde siguiente (sábado), una vez concluida la jornada en el banco, y, a partir de entonces, todas las tardes de los sábados y, más adelante, al llegar el verano, todas las tardes, si no llovía, el abuelo delante, al lado de Boon, y el resto de nosotros por turno (la abuela, mi madre, yo y mis tres hermanos y la tía Callie, nuestra niñera, así como mi padre y Delphine y nuestros diversos parientes y vecinos y las amigas íntimas de la abuela), en el orden establecido, con los guardapolvos de hilo y las gafas de aviador, nos paseábamos por Jefferson y por los campos de los alrededores; la tía Callie y Delphine cuando les correspondía, pero no Ned. Ned sólo montó una vez en el coche: aquel minuto mientras salía lentamente del garaje marcha atrás, y los dos minutos que tardó en girar y dirigirse lentamente a través del patio hasta que a la abuela le faltó valor y dijo «No» a la puerta de la cerca y al mundo exterior, pero nunca más. Al llegar el segundo sábado ya se había dado cuenta, aceptándolo —o se había convencido al menos—, de que incluso si el abuelo se había propuesto alguna vez convertirlo en conductor y guardián del automóvil, sólo hubiera podido acercarse al vehículo pasando por encima del cadáver de Boon. Pero aunque se negó a reconocer la existencia del automóvil, el abuelo y él llegaron a un tácito acuerdo entre caballeros sobre aquel asunto: Ned nunca hablaría despreciativamente ni de su propietario ni de su presencia en la casa, y el abuelo nunca le ordenaría que lo lavara y sacara brillo como hacía con el coche de caballos; algo que tanto el abuelo como Ned sabían que este último se hubiera negado a hacer, incluso aunque Boon se lo hubiera permitido; mediante lo cual el abuelo infligía a Ned el único castigo posible por su apostasía, al negarse a darle la oportunidad pública de que se negara a lavar el automóvil antes de que Boon tuviera una oportunidad pública de negarse a dejarle hacerlo.

Porque fue entonces cuando Boon pasó —fue transferido por mutuo e instantáneo consentimiento— del turno de día al turno de noche de la caballeriza. De lo contrario el negocio de los coches de alquiler no hubiera vuelto a saber nada de él. Los componentes de la clase acomodada de Jefferson, amigos y conocidos de mi padre, o tal vez simples amigos de los caballos, que podrían haber utilizado la dirección de la caballeriza como dirección comercial permanente —en el caso de que tuvieran algún negocio o esperasen correspondencia—, eran allí menos desconocidos que Boon. Si ahora alguien, mi padre, por ejemplo, quería ver a Boon, me mandaba al patio del abuelo, donde estaría lavando y sacando brillo al automóvil; algo que hizo incluso durante aquellas primeras semanas, cuando sólo salía del patio de sábado en sábado, sacándolo marcha atrás del cobertizo y lavándolo de nuevo todas las mañanas, tiernamente absorto, de arriba abajo, hasta el último radio y la última tuerca, y luego haciendo guardia mientras se secaba.

—Va a ablandarle la pintura con tanta agua —dijo el señor Ballott—. ¿Sabe el

Jefe que tiene a ese automóvil bajo la manguera cuatro o cinco horas todos los días?

—¿Y qué más da? —dijo mi padre—. En cualquier caso se pasaría todo el día en el patio mirándolo.

—Póngalo en el turno de noche —dijo el señor Ballott—. Luego podrá hacer lo que quiera con las horas del día y John Powell se irá a casa y dormirá por la noche en cama para variar.

—Ya lo he hecho —dijo mi padre—. Tan pronto como encuentre a alguien que vaya a ese patio y se lo diga.

En el cuarto de los arneses había un colchón de vainas de mazorca en el que hasta entonces John Powell o alguno de los otros cocheros o mozos de cuadra bajo su mando pasaba siempre la noche, fundamentalmente como vigilantes nocturnos en caso de fuego. Ahora mi padre instaló una litera y un colchón en el mismo despacho, donde Boon lograba conciliar un poco el sueño, algo que necesitaba, puesto que ya podía, con total impunidad, pasarse todo el día en el patio del abuelo lavando el automóvil o simplemente mirándolo.

De manera que todas las tardes, los que cabíamos en el asiento de atrás, de acuerdo con los turnos establecidos, cruzábamos la plaza y llegábamos al campo; el abuelo había instalado ya el equipo de emergencia, que llegaría a ser una parte tan inseparable del conjunto del automóvil como el motor que lo movía.

Pero siempre pasábamos primero por la plaza. Cualquiera hubiera pensado que tan pronto como el abuelo compró el automóvil habría hecho lo mismo que habrías hecho tú si hubieses comprado el automóvil con ese fin: esperar a que apareciese el coronel Sartoris con su coche de caballos, tenderle una emboscada, atacarlo y darle una buena lección para que aprendiera a no aprobar ordenanzas municipales para restringir los derechos y privilegios de otros sin consultar primero a quienes estaban por encima de él. Pero el abuelo no hizo eso. A la larga nos dimos cuenta de que no le interesaba el coronel Sartoris: le interesaban los pares de mulas, los vehículos. Porque ya te he dicho que era un hombre clarividente, un hombre capaz de proyectarse hacia el futuro: la abuela tensa y rígida y agarrada a la barra que tenía más cerca y ni siquiera llamando al abuelo señor Priest, como venía haciendo desde que la conocíamos, sino llamándolo por su nombre de pila, como si no fuese pariente suyo, y el caballo o la pareja de mulas a los que nos acercábamos frenados con las riendas y dispuestos a asustarse y a veces incluso encabritándose y la abuela diciendo «¡Lucius! ¡Lucius!» y el abuelo (si era varón el que guiaba y no había mujeres o niños en la calesa o en la carreta) diciéndole tranquilamente a Boon:

—No pares. Sigue adelante. Pero ahora despacio.

O, cuando una mujer llevaba las riendas, diciéndole a Boon que se detuviera para apearse él mismo, hablar tranquilamente y sin pausa con el caballo asustado, conseguir sujetarlo por el bocado, hacer avanzar el vehículo hasta dejar atrás al



automóvil, quitarse luego el sombrero para saludar a las señoras de la calesa, volver e instalarse de nuevo en el asiento delantero y sólo entonces responder a la abuela:

—Tenemos que conseguir que se acostumbren. ¿Quién sabe? Quizá aparezca otro automóvil en Jefferson en los próximos diez o quince años.

A decir verdad, aquel sueño que, sin ayuda de nadie, el señor Buffaloe había hecho realidad en el patio trasero de su casa dos años atrás, estuvo a punto de curar al abuelo de un hábito que tenía desde los diecinueve años. El abuelo mascaba tabaco. La primera vez que volvió la cabeza para escupir mientras el automóvil estaba en marcha, los que estábamos en el asiento de atrás no supimos lo que iba a suceder hasta que ya era demasiado tarde. ¿Cómo hubiéramos podido saberlo? Ninguno de nosotros había recorrido antes en un automóvil (sucedió durante la primera salida) otra distancia que la que separaba la cochera de la puerta del patio, y no digamos nada de ir a una velocidad de veintitantos kilómetros por hora (aunque eso era otra historia: cuando hacíamos veinte kilómetros por hora, Boon decía siempre que íbamos a treinta; a treinta decía que a cincuenta; y cuando descubrimos un trozo recto de carretera de casi un kilómetro a poca distancia de la ciudad donde el coche llegaba a los cuarenta, a Boon le oí decir a un grupo en la plaza que allí el automóvil alcanzaba los noventa; todo eso antes de que se enterase de que sabíamos que el aparato del salpicadero que parecía un manómetro era en realidad un velocímetro), de manera que, ¿cómo podíamos esperármolo? Por otra parte, tampoco supuso la menor diferencia para los demás; todos llevábamos gafas de aviador, guardapolvo y velo, e incluso aunque los guardapolvos fuesen nuevos, las manchas y salpicaduras no eran más que manchas y salpicaduras marrones, y el hecho de que se los llamara guardapolvos no era razón para que estuvieran destinados a enfrentarse únicamente con el polvo. Quizá sucedió porque la abuela estaba sentada en el lado izquierdo (por entonces los automóviles se conducían desde el lado derecho, como las calesas; ni siquiera Henry Ford, un hombre tan clarividente como el abuelo, había adivinado aún que el volante terminaría por estar a la izquierda), exactamente detrás del abuelo e, inmediatamente, le dijo a Boon: «Para el automóvil», y se quedó allí sentada, más que furiosa, fría e implacablemente ultrajada y escandalizada. Acababa por entonces de cumplir los cincuenta (tenía quince cuando se casó con el abuelo) y en aquellos cincuenta años había creído tan poco probable que un hombre, y menos aún su marido, fuese a escupirle en la cara, como que, por ejemplo, Boon abordara una curva de la carretera sin tocar la bocina.

—Llévame a casa —dijo, sin dirigirse a nadie en particular; sin alzar siquiera la mano para limpiarse el escupitajo.

—Vamos, Sarah —dijo el abuelo—. Vamos, Sarah —tiró el trozo de tabaco de mascar y se sacó del otro bolsillo el pañuelo limpio, pero la abuela no quiso siquiera cogerlo. Boon se había puesto ya en marcha para llegar a una casa que se veía desde

el coche y conseguir una palangana con agua y jabón y una toalla, pero la abuela tampoco aceptó aquello.

—No me toques —dijo—. Sigue conduciendo —de manera que seguimos adelante, la abuela con la larga salpicadura marrón que ya se iba secando y que descendía por uno de los cristales de sus gafas de aviador hasta la mejilla, pese a que mi madre se ofreció una y otra vez a escupir en su pañuelo y a limpiársela.

—Haz el favor de dejarme tranquila, Alison —dijo la abuela.

Pero mi madre era distinta. A ella no le importaba el tabaco, al menos no le importaba en el coche. Quizá fuera ésa la razón, porque durante aquel verano éramos casi siempre mi madre, nosotros, la tía Callie y uno o dos hijos de los vecinos los que ocupábamos el asiento de atrás; el rostro de mi madre ruborizado, resplandeciente y entusiasta, como el de una muchachita. Porque había inventado una especie de escudo sobre un mango, parecido a un gran abanico, lo bastante ligero para alzarlo casi tan deprisa como el abuelo era capaz de girar la cabeza. De manera que el abuelo podía mascar sin preocuparse, mi madre siempre atenta y preparada con la pantalla protectora; de hecho todos éramos ya muy rápidos, por lo que casi antes del momento en que el abuelo descubría que iba a tener que girar la cabeza hacia la izquierda para escupir, ya estaba alzado el escudo y todos los ocupantes del asiento de atrás nos habíamos inclinado hacia la derecha, como sujetos con un alambre, a una velocidad de treinta y cuarenta kilómetros por hora, porque ya había dos vehículos a motor más en Jefferson aquel verano; era como si los automóviles mismos estuvieran alisando las carreteras mucho antes de que el dinero que representaban empezase a obligar a hacerlo a las autoridades.

—Dentro de veinticinco años se podrá conducir un automóvil por todas las carreteras del distrito, sin que importe el tiempo que haga —dijo el abuelo.

—¿No costará eso una barbaridad de dinero, papá? —preguntó mi madre.

—Costará muchísimo dinero —respondió el abuelo—. Los constructores de carreteras emitirán obligaciones. El banco las comprará.

—¿Nuestro banco? —preguntó mi madre—. ¿Comprar obligaciones que tengan que ver con automóviles?

—Sí —respondió el abuelo—. Las compraremos.

—Pero ¿qué será de nosotros? Me refiero a Maury.

—Seguirá en el negocio de llevar y traer personas y mercancías —dijo el abuelo—. Aunque tendrá un nombre nuevo. Quizá Garaje Priest, o Compañía Motorizada Priest. La gente pagará lo que sea necesario por moverse. Y hasta trabajarán en ello. Mira las bicicletas. Mira a Boon. No sabemos por qué.

Luego, al siguiente mes de mayo, murió en Bay St Louis mi otro abuelo, el padre de mi madre.

Era otra vez sábado. El siguiente, para ser exactos; Ludus volvería a cobrar aquella noche la paga semanal, como todos los sábados; quizá, incluso, había dejado ya de llevarse mulas prestadas. Acababan de dar las ocho; aún me quedaba más de la mitad del recorrido por la plaza; estaba terminando en el almacén de material agrícola, armado como siempre con las facturas por el transporte de mercancías y la bolsa de lona donde metía el dinero, cuando entró Boon, a buen paso, demasiado deprisa tratándose de él. Tendría que haber sospechado algo inmediatamente. No: tendría que haberlo sabido al instante, puesto que conocía a Boon de toda la vida y además llevaba un año viéndolo con aquel automóvil. Alargó la mano hacia la bolsa con el dinero, y me la quitó de la mano antes de que pudiera cerrar con fuerza el puño.

—Déjalo —exclamó—. Ven.

—¿Por qué? —pregunté—. No he hecho más que empezar.

—Te digo que lo dejes. Muévete. Date prisa. Tienen que coger el Veintitrés —dijo, dándose ya la vuelta. Había prescindido por completo de las facturas sin cobrar. No eran más que papel; la compañía del ferrocarril tenía otras muchas como aquéllas. Pero la bolsa contenía dinero.

—¿Quién tiene que coger el Veintitrés? —pregunté. El Veintitrés era el tren de la mañana en dirección sur. Sí, claro; entonces pasaban por Jefferson trenes de pasajeros, los suficientes para tener que numerarlos y distinguirlos así unos de otros.

—Maldita sea —dijo Boon—, ¿cómo voy a darte la noticia con delicadeza si ni siquiera me escuchas? Tu abuelo murió anoche. Tenemos que darnos prisa.

—¡Eso es mentira! —dije, grité—. Estaba esta mañana en el porche cuando hemos pasado —lo habíamos visto mi padre y yo. Estaba allí, como todas las mañanas, aguardando la hora de ir al banco: unas veces leía el periódico y otras se limitaba a esperar, de pie o sentado.

—¿Quién demonios habla del Jefe? —dijo Boon—. Me refiero a tu otro abuelo, el papá de tu mamá, que vive en Jackson o en Mobile o en donde quiera que sea.

—Ah —dije yo—. ¿Ni siquiera sabes cuál es la diferencia entre Bay St Louis y Mobile? —porque ya me había tranquilizado. Aquello era distinto. Bay St Louis estaba a cuatrocientos ochenta kilómetros y yo apenas conocía al abuelo Lessep; sólo lo había visto dos veces en Navidades en Jefferson y tres más cuando íbamos a su casa en verano. Además llevaba enfermo mucho tiempo; de hecho mi madre y yo habíamos estado allí el último verano para verlo cuando se disponía a guardar cama por última vez, aunque nosotros no lo supiéramos entonces (mi madre y la tía Callie ya habían estado el invierno anterior, cuando creyeron que tu tío abuelo Alexander se iba a morir por haber nacido con un mes de adelanto). Digo «aunque» refiriéndome a mi madre; para un niño, cuando un anciano o una anciana enferman ya han dejado de

vivir; la muerte, cuando finalmente llega, tan sólo limpia la atmósfera, por así decirlo: es incapaz de eliminar algo que ya se ha ido.

—Está bien, está bien —dijo Boon—. Lo que tienes que hacer es venir conmigo. Jackson, Mobile, Nueva Orleans: sólo sé que está por ahí abajo en algún sitio y que, sea donde sea, siguen teniendo que coger ese tren —y aquello, el nombre de *Nueva Orleans*, que, en aquel contexto, Boon no había dejado caer, sino que se le había escapado, debería habérmelo contado todo, debería haberme revelado en su totalidad su disparatado sueño, proyecto, decisión: sus complicadas maquinaciones posteriores para seducirme sólo deberían haberlo corroborado. Pero quizá aún me estaba reponiendo de la sorpresa; por otra parte, en aquel momento no disponía de tantos datos como Boon. De manera que seguimos adelante, deprisa, trotando yo para mantenerme a su altura, por el camino más corto para atravesar la plaza, hasta que llegamos a casa.

La agitación era extraordinaria. Quedaban apenas dos horas para la salida del tren y mi madre estaba tan ocupada que no tenía tiempo ni para lágrimas ni para lamentaciones: tan sólo la noté muy pálida, concentrada en lo que hacía, eficaz. Porque una vez en casa me enteré ya de lo que Boon me había dicho dos veces: que también el abuelo y la abuela iban al entierro del abuelo Lessep. El abuelo y él habían sido compañeros de habitación, alumnos del mismo curso en la universidad; cada uno de ellos había sido padrino de la boda del otro, lo que posiblemente tenía algo que ver con el hecho de que mis padres se eligieran entre todos los habitantes del mundo para mirarse a los ojos eternamente (creo que ahora llamáis a eso ir en serio) y la abuela Priest y la abuela Lessep vivían lo bastante lejos para seguir siendo corteses e incluso amables la una con la otra, madres ambas de retoños únicos. Aparte de eso, la gente se tomaba los funerales en serio en aquellos días. No la muerte, porque la muerte era nuestra constante compañera; no había familia sin anales salpicados de lápidas funerarias cuyos conmemorados habían vivido incluso demasiado poco para tener nombre, a no ser, por supuesto, que también la madre durmiera en la misma tumba, lo que sucedía con mayor frecuencia de lo que a uno le gustaría creer. Sin mencionar a los maridos, tíos y tías de veinte, de treinta y de cuarenta años, ni a los abuelos y tíos abuelos y tías abuelas sin hijos que morían por entonces en casa, en las mismas habitaciones y en las mismas camas en las que habían nacido, y no en eufemismos rectangulares de nombres relacionados con el ocaso. No la muerte, sino el funeral, la ceremonia del enterramiento, cuyos hilos tenues, pero fuertes como el acero eran capaces de estirarse indefinidamente y de soportar incluso más peso que la distancia entre Jefferson y el golfo de México.

De manera que el abuelo y la abuela también iban al funeral. Lo que quería decir, dato de poca importancia, que a falta de otros parientes cercanos en la ciudad, se nos enviaría —a mí, a mis tres hermanos y a la tía Callie— a la granja del primo Zachary

Edmonds, a veintisiete kilómetros de distancia, para que nos quedáramos allí hasta que regresaran nuestros padres; quería decir también, aunque eso tampoco tuviera importancia, que nuestros padres estarían cuatro días ausentes. Pero lo que sí tenía importancia era que mis abuelos seguirían sin volver al cabo de cuatro días. Y es que el Jefe nunca salía de Jefferson, incluso aunque sólo fuera para trasladarse a Memphis, sin pasar, a la ida o a la vuelta, dos o tres días en Nueva Orleans, ciudad que le gustaba mucho; y en aquella ocasión cabía que se hiciera acompañar por mis padres. Quería decir de hecho lo que, por inadvertencia, Boon, exuberante y todavía incrédulo, me había contado ya dos veces: que el propietario de aquel automóvil y todas las demás personas que tenían o se arrogaban autoridad sobre él estarían a cuatrocientos ochenta kilómetros de distancia por un periodo comprendido entre cuatro días y una semana. De manera que todas sus torpes maquinaciones para seducirme y corromperme sólo sirvieron de corroboración. No fueron siquiera añadidura, propina, yapa. Podría haberse llevado él solo el automóvil, y sin duda lo habría hecho si yo hubiese resultado incorruptible, incluso a sabiendas de que tendría que devolverlo o regresar él mismo para enfrentarse con unas consecuencias menos terribles de las que le esperaban si —cuando— la policía del abuelo le echaba el guante. Porque no le quedaba más remedio que volver. ¿Adónde podía ir una persona que no conocía ningún otro sitio, una persona para quien las palabras, los nombres — Jefferson, McCaslin, De Spain, Compson— eran no sólo su hogar sino también su padre y su madre? Pero ciertos restos de capacidad de juicio, algún vislumbre embrionario, aunque todavía inédito, de simple discreción y sentido común, le convencieron de probar antes conmigo, de disponer de mí a manera de rehén. Y no necesitaba intentarlo, ponerme a prueba. Cuando las personas mayores hablan de la inocencia de los niños, no saben realmente lo que dicen. Si se las presiona, dan un paso más y afirman: Bueno, ignorancia entonces. El niño no es ni inocente ni ignorante. No hay delito que un chaval de once años no haya concebido tiempo atrás. Toda su inocencia consiste en que quizá no desee los frutos del delito, lo que no es inocencia sino inapetencia; su ignorancia consiste en que no sabe cómo cometerlo, lo que no es ignorancia sino cuestión de tamaño.

Pero Boon ignoraba todo eso. Tenía que seducirme. Y disponía de muy poco tiempo: tan sólo desde que se marchara el tren hasta que oscureciese. Podría haber empezado en frío, a partir de cero, el día siguiente o el otro o cualquier día hasta el miércoles. Pero lo mejor era aprovechar aquel momento, aquel día, con el automóvil ya en movimiento, inmerso en una situación viajera a la vista de todo Jefferson; se diría que los mismos dioses le hubieran ofrecido aquellas horas gratis entre las once y dos minutos y la puesta de sol, para que corriera el riesgo que supondría despreciarlas. El automóvil apareció con el abuelo y la abuela ya en su interior y una caja de zapatos con pollo frito, huevos duros y bollo, puesto que no dispondrían de

coche-restaurante hasta que hicieran transbordo en Memphis Junction a la una, y la abuela y mi madre conocían suficientemente bien al abuelo y a mi padre para saber que no iban a esperar hasta la una para almorzar, se hubiera muerto quien se hubiese muerto. No: la abuela tampoco, si la persona más directamente afectada por el fallecimiento no hubiese sido mi madre. No; tampoco eso es cierto; la sensibilidad de la abuela iba más allá de su nuera; a la abuela quizá le hubiese bastado con que su acompañante fuera mujer. No son los hombres quienes llegan a un entendimiento con la muerte; los hombres se resisten, tratan de defenderse y en consecuencia logran que les machaque la cabeza; mientras que las mujeres la rodean, la envuelven en una blanda complicidad instantánea de no resistencia, como algodón en rama o telarañas, sin aguijón ya, inofensiva, no sólo manejable y utilizable, sino incluso útil, como uno de esos parientes pobres, solterones y solteronas, siempre disponibles para ocupar un sitio vacío o acompañar a un invitado impar hasta el comedor. Sus maletines estaban atados ya a los guardabarros y Son Thomas había sacado los de mi madre y mi padre a la calle, y enseguida aparecimos todos, mi madre con su velo negro y mi padre con su brazalete negro, nosotros tres detrás y luego la tía Callie con Alexander en brazos. «Adiós», dijo mi madre, «adiós», besándonos sin alzarse el velo, oliendo como siempre pero también con algo negro en el olor, semejante al fino velo negro que no escondía nada en realidad, como si desde los cuatrocientos ochenta kilómetros a los que estaba Bay St Louis hubiera llegado algo más que un mensaje eléctrico por el hilo de cobre; desde luego que sí, porque yo lo olí cuando me besó, mientras decía: «Ahora eres el mayor, el hombre. Has de ayudar a la tía Callie con tus hermanos, para que no molesten a la prima Louisa». Y ya estaba entrando deprisa en el automóvil para sentarse junto a la abuela, cuando Boon dijo:

—Para poder ir a la granja de McCaslin después del almuerzo, tengo que llenar antes el depósito de gasolina. Se me ha ocurrido que Lucius venga también a la estación y me ayude cuando volvamos.

Como puedes ver, iba a resultar muy fácil. Incluso demasiado fácil, haciendo que me sintiera un poco avergonzado. Era como si todas las circunstancias relacionadas con la virtud y la integridad estuvieran en contra del abuelo, la abuela, mi madre y mi padre. De acuerdo, lo reconozco: también en contra mía. Incluso el hecho de que los automóviles hubieran aparecido en Jefferson hacía sólo dos o tres años era una incitación para Boon; de acuerdo, también para mí. El señor Rouncewell, el representante de la compañía de petróleos que desde los depósitos en la vía muerta de la estación abastecía a todos los establecimientos del distrito de Yoknapatawpha, había tenido además, durante los dos últimos años, un depósito especial de gasolina, con una bomba y un negro para manejarla; todo lo que Boon o cualquier otra persona que quisiera gasolina tenía que hacer era ir hasta allí con el coche y apearse; el negro levantaba el asiento delantero, medía el nivel con un palo que tenía unas muescas,

llenaba el depósito y cobraba el importe o (si el señor Rouncewell estaba ausente) permitía que el interesado escribiera su nombre y la cantidad de gasolina en un grasiento libro de caja. Pero, aunque el abuelo era propietario del coche desde hacía ya casi un año, ninguno de ellos —ni el abuelo ni la abuela, ni mi padre ni mi madre— tenían suficientes conocimientos sobre cómo manejar coches, ni la temeridad (o quizá fuese más bien la curiosidad) de preguntarle a Boon qué era exactamente lo que hacía, ni de poner en tela de juicio sus afirmaciones.

Boon y yo nos quedamos en el andén; mi madre sacó la mano por la ventanilla y la agitó, despidiéndose, mientras el tren se alejaba. A Boon le había llegado su turno. Tendría que decir algo, tendría que empezar. Había conseguido despejar la cubierta del barco y me tenía en su poder, por lo menos hasta que la tía Callie empezara a preguntarse por qué no me presentaba para almorzar. Quiero decir que Boon no sabía que no tenía que decir nada, excepto, quizá, adónde íbamos, e incluso eso —nuestro punto de destino— carecía de importancia. Boon no había aprendido nada sobre los adultos y, al parecer, había olvidado incluso lo que sin duda supo en otro tiempo sobre los más pequeños.

Porque ahora no sabía por dónde empezar. Había rezado pidiendo suerte y de inmediato, a vuelta de correo, por así decirlo, se le había concedido más de la que sus conocimientos le permitían utilizar. Probablemente ya te habrán dicho alguna vez antes de ahora que la Fortuna es una coqueta inconstante, que nunca se niega a conceder y siempre da, bueno o malo: más de lo primero de lo que (quizá con razón) crees que mereces; más de lo segundo de lo que eres capaz de controlar. Así le sucedió a Boon. De manera que todo lo que dijo fue: «Bien».

Y yo no le ayudé, desde luego; me tomé esa venganza. Sí, de acuerdo, ¿venganza contra quién? No contra Boon, claro, sino contra mí y mi vergüenza; quizá contra mis padres, que me habían abandonado a la vergüenza; quizá contra el abuelo, cuyo automóvil había creado la posibilidad de la vergüenza; ¿quién sabe? Quizá contra el mismo señor Buffaloe: aquel sonámbulo ensimismado y tocado por la divinidad que, inocentemente, había iniciado todo aquello dos años antes. Pero también es cierto que me compadecí de Boon, ya que disponía de muy poco tiempo. Eran las once pasadas; la tía Callie esperaba mi vuelta al cabo de unos minutos, no porque supiera que no se necesitaban más de diez para volver a casa después de que se oyera el silbido que lanzaba el Veintitrés al atravesar el cruce de abajo, sino porque estaría loca de impaciencia por darnos de comer a todos y ponerse en camino hacia la granja de McCaslin; la tía Callie había nacido en el campo y seguía prefiriéndolo a la ciudad. Boon no me miraba. Evitaba hacerlo con mucho cuidado.

—Cuatrocientos ochenta kilómetros —dijo—. Buena cosa que alguien inventara los trenes. Si tuvieran que ir en carreta de mulas como solía hacerse, no llegarían allí ni en diez días, y no digamos nada de la vuelta.

—Mi padre dijo cuatro días —le respondí.

—Así es —contestó Boon—. Eso fue lo que dijo. Quizá tengamos cuatro días para volver a casa, pero, de todos modos, eso no quiere decir para siempre —volvimos al coche y nos sentamos, pero Boon no lo puso en marcha—. Quizá cuando vuelva el Jefe dentro de di..., de cuatro días me permita enseñarte a conducir este chisme. Eres lo bastante mayor. Además ya sabes cómo se hace. ¿Has pensado alguna vez en ello?

—No —respondí—. Porque no me va a dejar que aprenda.

—Bueno, no tengas demasiada prisa. Dispones de cuatro días para que cambie de opinión. Aunque, según mis cálculos, serán más bien diez —seguía sin hacer ningún movimiento para arrancar el coche—. Diez días —dijo—. ¿Qué distancia calculas que podría recorrer este automóvil en diez días?

—Mi padre dijo cuatro —insistí.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué distancia en cuatro días?

—Nunca llegaré a saberlo —le respondí—. No hay nadie por aquí que vaya a comprobarlo para decírmelo.

—Está bien —dijo. Puso el coche en marcha de repente, retrocedió y dio la vuelta, a buena velocidad ya, y sin dirigirse ni hacia la plaza ni hacia la gasolinera del señor Rouncewell.

—Creía que necesitábamos gasolina —dije. Íbamos deprisa.

—He cambiado de idea —dijo Boon—. Me ocuparé de eso después del almuerzo, antes de salir hacia la granja de McCaslin. Así será mucho menos lo que se evapore mientras el coche esté parado —recorriamos ya un callejón, avanzábamos veloces entre cabañas de negros, huertas diminutas y gallineros, con pollos y perros saltando frenéticamente desde el polvo en el último momento; del callejón salimos a un campo vacío, un yermo apenas marcado por numerosas huellas de neumáticos y ninguna de pezuñas de animales; y entonces lo reconocí: era el autódromo de fabricación casera del señor Buffaloe, el lugar donde le había recluido dos años antes la ordenanza municipal del coronel Sartoris y donde había enseñado a conducir a Boon. Pero yo seguía sin entender lo que estaba sucediendo hasta que Boon apretó el freno, detuvo el coche y me dijo—: Ponte aquí.

De manera que al final llegué tarde al almuerzo; la tía Callie estaba ya en el porche, con Alexander en brazos, gritándonos a Boon y a mí antes de que el coche se detuviera y se abriese la portezuela para dejarme salir. Porque, a decir verdad, Boon me había hecho morder el polvo en buena lid; estaba claro que no había olvidado todo lo que aprendiera sobre niños cuando era joven. Aunque ahora sé que la verdad era otra, por supuesto, e incluso lo supe también entonces: que la caída de Boon y la mía fueron no sólo instantáneas sino simultáneas y que se remontaban al instante mismo en que mi madre recibió la noticia de que había muerto el abuelo Lessep. Pero



aquello otro era lo que me hubiera gustado creer: que Boon simplemente me había ganado de manera inapelable. Eso fue al menos lo que me dije por entonces: que, a salvo tras la inviolable e ineludible rectitud inherente al apellido que llevaba, cincelada de acuerdo con las figuras caballerescas de mis antepasados varones, tal como me había sido legada —no, impuesta— de manera oral por mi padre, y que la afectuosa convicción de mi madre había reforzado, convirtiéndola al mismo tiempo en vulnerable a la vergüenza, yo no había hecho más que poner a prueba a Boon; no estaba comprobando mi virtud, sino sencillamente examinando la capacidad de Boon para socavarla; y, dada mi inocencia, confiaba excesivamente en la armadura y el escudo de la inocencia; con unas esperanzas, unas exigencias y una convicción muy superiores a las que aquel frágil tejido permitía albergar. Digo «frágil tejido» no sólo con conocimiento de causa sino de manera explícita, después de haber comprobado en mi tiempo cómo, con mucha frecuencia, los abogados de la Virtud e incluso quienes la practican albergan serias dudas sobre su invulnerabilidad como escudo, por lo que ponen su fe y confianza no en la virtud, sino más bien en el dios o en la diosa que custodia la virtud, dejando de lado, por así decirlo, la virtud, en razón de la lealtad a la divinidad misma, por lo que, en recompensa, la diosa suprema o bien alejará la tentación o al menos intercederá por ellos. Lo que explica muchísimas cosas, puesto que, del mismo modo, he comprobado en mi época que la diosa de la virtud parece ser la responsable de la fortuna y hasta es posible que de la locura.

De manera que Boon me venció en buena lid, respetando las reglas del pugilismo, tal como debe y le corresponde hacerlo a un caballero. Cuando detuvo el coche y dijo «Ponte aquí», creí saber lo que se proponía hacer. Era algo que habíamos ensayado ya en cuatro o cinco convenientes y discretas ocasiones en el patio del abuelo, yo sentado en sus rodillas, sujetando el volante y conduciendo, mientras él dejaba que el automóvil avanzara lentamente en primera o en segunda. De manera que ya estaba preparado. Me encontraba *en garde*, y había iniciado incluso la contraestocada abriendo la boca dispuesto a decir *Hoy hace demasiado calor para sentarse encima de nadie. Además será mejor que volvamos a casa* cuando vi que Boon ya se había apeado del automóvil por su lado mientras seguía hablando, allí de pie, con una mano en el volante y el motor todavía en marcha. Durante uno o dos segundos más seguí sin creérmelo.

—Date prisa —dijo—. Callie puede aparecer en cualquier momento a la carrera por ese callejón con el bebé bajo el brazo y gritando ya.

Así que me coloqué al volante y, con Boon a mi lado, sobre mí, rodeándome, sus manos sobre las mías para cambiar las marchas y manejar el embrague, avanzamos y retrocedimos por el yermo deslumbrante de sol, un poquito hacia adelante, un poquito hacia atrás, concentrados, abolido el tiempo, inmersos, absortos los dos por igual, Boon dándome confianza (era mucho lo que se jugaba, compréndelo), fuera, más allá

del tiempo, invulnerables al tiempo hasta que el reloj del palacio de justicia, al dar las campanadas de las doce a un kilómetro de distancia nos devolvió, nos lanzó con violencia a la dura realidad inminente de la trampa y el engaño.

—Ya está bien —dijo Boon—, deprisa —sin esperar siquiera, alzándome en vilo mientras se colocaba al volante, para regresar velozmente por el campo en dirección a casa mientras hablábamos ya de hombre a hombre, compañeros en el delito, cómplices por supuesto pero no coetáneos aún en razón de mi inocencia; disponiéndome ya a preguntar *¿Qué hago ahora? Tendrás que decírmelo*, cuando una vez más Boon habló primero y nos puso también al mismo nivel—: ¿Has pensado ya cómo hacerlo? No tenemos mucho tiempo.

—Está bien —dije—. Sigue. Vuelve a casa antes de que la tía Callie empiece a gritar.

¿Ves a qué me refería cuando hablaba de la Virtud? Has oído hablar a la gente —o, en todo caso, los oirás antes o después— de tiempos inicuos o de una generación perversa. Esas cosas no existen. Ninguna época histórica ni generación alguna de seres humanos tuvo, tiene o tendrá la importancia suficiente para acaparar la falta de virtud de ningún momento determinado, como tampoco puede contener todo el aire en ningún momento dado; tan sólo la esperanza de mancharse lo menos posible durante su paso por ese momento. Porque, ¡qué pena que la Virtud no se ocupe de los suyos —posiblemente no puede— como lo hace la No-virtud! Probablemente le es imposible, puesto que a los devotos de la Virtud les ofrece como recompensa tan sólo virtud fría, inodora e insípida, lo que no es nada si se compara no sólo con las deslumbrantes recompensas del pecado y del placer sino con la habilidad omniprevisora —esa increíble capacidad sin parangón para la invención y la fantasía —, incansable y siempre vigilante, que guía con mano firme y decidida incluso los vacilantes pasos de la infancia por un camino de rosas. Porque —sí, ¡ya lo creo que sí!— yo había madurado asombrosamente desde que aquel reloj diera las campanadas dos minutos antes. He podido comprobar repetidamente que, excepto en algunos casos excepcionales de lo que podría denominarse hiperprecocidad malévola, los niños, como los poetas, mienten más por placer que por provecho. O, al menos, eso pensaba yo que había hecho hasta entonces, con algunas excepciones desdeñables relacionadas con la simple autodefensa frente a criaturas (mis padres) mayores y más fuertes que yo. Pero ya no. O, por lo menos, no en aquel momento. Me había desviado del buen camino tanto como Boon y —al menos durante el paso siguiente— fui incluso más culpable. Porque (me daba cuenta; no: sabía; era evidente; el interesado mismo lo reconoció sin el menor rodeo) yo era más listo. Supe —embargado de pronto por el mismo febril relámpago exultante que posiblemente experimentara Fausto— que de nosotros dos, condenados ya de manera irrevocable, yo era el líder, el jefe, el señor.

La tía Callie estaba en el porche delantero, con Alexander en brazos, y gritando.

—Cierra la boca —dije—. ¿No está listo el almuerzo? El automóvil ha tenido una avería. No hemos podido ir por la gasolina y ahora necesito comer a toda prisa, volver y ayudar a Boon a llenar el depósito —entré en el comedor. El almuerzo estaba en la mesa. Lessep y Maury habían empezado a comer. La tía Callie los había vestido, para recorrer los veintisiete kilómetros hasta la granja del primo Zack donde iban a pasar cuatro días, como si fueran a Memphis; ignoro el motivo, aunque quizá fuese porque no había tenido otra cosa que hacer desde que se marcharon mis padres hasta la hora del almuerzo. Porque Maury y Alexander tendrían los dos que echarse la siesta antes de salir, pero, dado el estado del delantero de la blusa de Maury, a la tía Callie no le quedaría más remedio que lavarlo y vestirlo de nuevo.

De todos modos terminé antes que mis hermanos y volví (la tía Callie seguía gritando, aunque no tanto dentro de casa, por supuesto. Pero ¿qué podía hacer, completamente sola, y de raza negra por añadidura, contra la No-virtud?) a casa del abuelo atravesando la calle. Probablemente Ned se habría ido a la ciudad tan pronto como el automóvil se puso en marcha. Pero era igualmente probable que volviera para almorzar. Efectivamente. Había vuelto. Estaba en el patio trasero. Me miró con asombro. Con mucha frecuencia, la mayor parte del tiempo a decir verdad, sus ojos tenían un tono rojizo, como los de un zorro.

—¿Por qué no quieres quedarte en la granja? —me preguntó.

—He prometido a unos chicos escaparme mañana para ir a pescar a una nueva charca que conoce uno de ellos.

Ned parpadeó de nuevo.

—Así que te propones ir a la granja de McCaslin con Boon Hogganbeck para luego volver aquí con él. Pero necesitas decirle algo a la señorita Louisa para que te deje volver y por eso me quieres a mí de tapadera.

—No —dije—. No te necesito. Te lo digo para que sepas dónde estoy y no te echen la culpa. Ni siquiera voy a tener que molestarte. Voy a quedarme con el primo Ike —antes de que llegaran los demás, me refiero a mis hermanos, cuando mis padres salían de noche y también se marchaban los abuelos, yo solía quedarme con Ned y Delphine. A veces pasaba toda la noche en su casa, sólo porque era divertido. Podría haberlo hecho ahora si hubiera funcionado. Pero el primo Ike vivía solo en una habitación situada encima de la ferretería. Incluso aunque Ned (o algún otro interesado) le preguntase a bocajarro si había pasado con él la noche del sábado, para entonces ya estaríamos por lo menos a lunes, y yo había decidido, con rapidez y firmeza, no pensar en el lunes. Como ves, si la gente no se negara, con rapidez y firmeza, a pensar en el lunes siguiente, la Virtud no tendría por delante una tarea tan dura y tan desagradecida.

—Ya entiendo —dijo Ned—. No te hago falta. Te limitas a ser generoso para

evitarme molestias y para que no tenga que preocuparme por ti. Quieres evitarle a todo el mundo las molestias y la preocupación que se presentan si se quiere saber por qué no estás en la granja de McCaslin, donde tu papá te dijo que estuvieras —me guiñó un ojo—. Ji, ji, ji —añadió.

—De acuerdo —dije—. Dile a mi padre que me fui a pescar el domingo mientras ellos estaban fuera. Verás lo que me importa.

—No tengo intención de decir nada a nadie acerca de ti —respondió Ned—. No eres asunto mío. Hasta que vuelva tu mamá, eres responsabilidad de Callie. A no ser que te vayas a la tienda del señor Ike, como me has dicho —me guiñó un ojo—. ¿Cuándo vuelve Boon Hogganbeck a buscarte?

—Muy pronto ya —dije—. Y ten cuidado de que ni mi padre ni el Jefe te oigan llamarlo Boon Hogganbeck.

—Le he llamado señor muchas más veces de las que se lo ha ganado —dijo Ned—. Y no digamos nada de merecérselo —dijo—. Ji, ji, ji.

¿Te das cuenta? Lo estaba haciendo lo mejor que podía. El problema eran las herramientas que tenía que utilizar. La inocencia y la ignorancia: no sólo carecía de la fuerza y los conocimientos, sino que además me faltaba tiempo. Cuando los hados, los dioses —de acuerdo, la No-virtud— te proporcionan oportunidades, lo menos que pueden hacer es darte espacio. Aunque, por lo menos, al primo Ike no era difícil encontrarlo los sábados.

—Claro que sí —me dijo—. Ven y quédate conmigo esta noche. Quizá vayamos a pescar mañana, pero no se lo digas a tu padre.

—No, señor —respondí—. No voy a quedarme con usted esta noche, sino con Ned y Delphine, como hago siempre. Sólo quería que usted lo supiera, porque mi madre no está aquí para poder contárselo, quiero decir, para poder preguntárselo.

Ya te das cuenta de que lo hacía lo mejor que podía con los medios a mi alcance, con lo que sabía. No era que estuviera perdiendo fe en el éxito final: me parecía, sencillamente, que la No-virtud estaba malgastando en probarme un tiempo que se necesitaba con urgencia y desesperadamente para fines más importantes. Volví a casa, pero sin correr: Jefferson no debía verme correr; pero lo más deprisa que pude sin llegar a correr. Compréndelo, desconfiaba de cómo se portaría Boon devuelto a manos de la tía Callie.

Llegué a tiempo. De hecho los que se retrasaron fueron Boon y el automóvil. La tía Callie, incluso, había vestido de nuevo a Maury y a Alexander; si habían dormido después de almorzar, era la siesta más corta y más rápida en los anales de nuestra casa. Ned también estaba allí, donde nada se le había perdido. No, eso no es cierto. Quiero decir que su presencia olía a chamusquina: no el hecho de estar en nuestra casa, porque estaba allí con frecuencia, sino que, después de marcharse de viaje el abuelo y la abuela, estuviera en un sitio donde podía hacer algo útil. Porque Ned

estaba sacando el equipaje —el cesto de mimbre con los pañales de Alexander y otras cosillas personales, los maletines que contenían cuatro días de ropa para Lessep, para Maury y para mí, y el hatillo de la tía Callie, envuelto en un trozo de tela—, amontonándolo sin orden junto a la puerta de la verja y diciéndole a la tía Callie:

—Será mejor que te sientes y descanses. Seguro que Boon Hogganbeck ha averiado ese cacharro y estará por ahí tratando de arreglarlo. Si de verdad quieres llegar a la granja de McCaslin antes de la cena, telefona al señor Ballott en la caballeriza y dile que mande a Son Thomas con el coche de caballos y yo os llevaré tal como deben viajar las personas decentes.

Al cabo de un rato empezamos a tener la impresión de que Ned estaba en lo cierto. Cuando el reloj dio la una y media (Alexander y Maury podrían haber empleado aquel tiempo en dormir) Boon seguía sin aparecer; luego Maury y Alexander podrían haber dormido incluso media hora más; Ned repitió tantas veces «Ya te lo dije» que la tía Callie dejó de gritar quejándose de Boon y se volvió contra Ned, hasta que Ned fue a sentarse bajo el emparrado de moscatel; la tía Callie estaba a punto de mandarme a buscarlos —Boon y el automóvil— cuando aparecieron. Al ver a Boon sentí terror. Se había cambiado de ropa. Quiero decir que se había afeitado y se había puesto una camisa no sólo blanca sino además limpia, con su correspondiente cuello y corbata; cuando se apeara para cargar el equipaje y ayudarnos a subir, llevaría sin duda la chaqueta al brazo, y la primera cosa que la tía Callie vería dentro del coche sería su maletín. Terror, pero también indignación, aunque no contra Boon (descubrí, me di cuenta de ello al instante), sino contra mí mismo, que tendría que haberlo sabido, haberlo previsto, puesto que sabía desde siempre (también me daba cuenta de ello entonces) que quien trataba con Boon trataba con un niño, y tenía no sólo que enfrentarse con sus imprevisibles excentricidades, sino preverlas; no el disparate de que Boon careciera de los más elementales rudimentos de sentido común, sino la vergüenza mía por no haber sido capaz de prever, de dar por sentado que le faltarían, diciendo, gritando a Quienquiera que se acusa en tales crisis *¿Es que no te das cuenta de que sólo tengo once años? ¿Cómo esperas que haga todo esto con sólo once años? ¿No ves que me estás cargando con más de lo que puedo aguantar?* Pero un segundo después indignación también contra Boon, y no sólo porque su estupidez hubiera echado a perder definitivamente nuestro viaje en automóvil hasta Memphis (tienes razón, Memphis como nuestro punto de destino aún no se ha mencionado, ni al dirigirme a ti ni en las conversaciones entre Boon y yo. ¿Qué necesidad había? ¿A qué otro sitio podíamos ir? A decir verdad, ¿a qué otro sitio podía querer ir cualquier habitante del norte de Mississippi? Alguna persona con muchos años a cuestas, acabada ya, o en su lecho de muerte, tal vez considerase o temiera otro destino más lejano, pero ni Boon ni yo estábamos en ese caso). De hecho, en aquel momento deseé no haber sabido nunca

nada ni de Memphis, ni de Boon, ni del automóvil; estaba ya del lado del coronel Sartoris, deseoso de abolir de la faz de la tierra al señor Buffaloe, junto con su sueño, en el instante mismo de iniciarse. Odiaba a Boon por haber destruido, por haber derribado con aquel error infantil, semejante al ciego puntapié de un bebé, el precario y frenético cúmulo de mis mentiras, falsas promesas y falsos juramentos; por poner de manifiesto la impostura con pies de barro por la que había cambiado —no, condenado— mi alma; o quizá por dejar al descubierto la verdadera vileza de un alma despreciable por la que había creído, en mi vanidad, que el diablo estaría dispuesto a pagar cualquier cosa; aquello era lo mismo que perder la virginidad por algún absurdo infortunio provocado por un descuido, como no reparar en el sitio a donde se va, e ir allí sin esperanza siquiera de placer, y menos aún de pecado. Luego desapareció incluso la indignación. No quedó nada, absolutamente nada. No quería ir a ningún sitio, estar en ningún sitio. Quiero decir que no quería *ser ni estar* en presente en ningún sitio. Si tenía que ser o estar, que fuese en el pasado. Dije y creí (sé que me lo creí porque lo he dicho mil veces desde entonces y todavía me lo creo y desafío a cualquiera que afirme lo contrario) *Nunca volveré a mentir. Resulta demasiado complicado. Se parece demasiado a tratar de mantener erguida una pluma en un plato de arena. Nunca se le ve el fin. No se descansa nunca. No terminas nunca. Como nunca gastas toda la arena, tampoco dejas de intentarlo.*

Pero no sucedió nada de lo que había temido. Boon se apeó sin chaqueta al brazo. Ned estaba ya subiendo al coche maletines, cestos y hatos.

—Ji, ji, ji, —dijo torvamente—. Vamos, ponte en camino para que puedas tener la avería y te quede tiempo para arreglarla y volver a la ciudad antes de que oscurezca —así que ahora estaba hablando con Boon—. ¿Vas a volver a la ciudad antes de marcharte?

—¿Marcharme adónde? —dijo Boon.

—Marcharte para cenar —dijo Ned—. ¿Adónde va cualquier persona con sentido común al ponerse el sol?

—Ah —dijo Boon—. Ocupate de tu cena. Ésa es la única que tiene que preocuparte.

Subimos todos y el automóvil se puso en marcha, con Boon y conmigo delante y los demás detrás. Cruzamos la plaza, abarrotada de gente como sucedía siempre los sábados por la tarde, y salimos de la ciudad. Pero seguíamos donde estábamos. Quiero decir que no habíamos avanzado nada. Muy pronto llegaríamos a la bifurcación donde tomaríamos el camino que llevaba a casa del primo Zach, y entonces iríamos incluso en la dirección contraria. Pero aunque hubiésemos estado en la buena dirección, seguiríamos sin ser libres; mientras tuviésemos a la tía Callie, Lessep, Maury y Alexander en el asiento de atrás, sólo nos habríamos librado de Ned, surgido donde nadie en el mundo esperaba que estuviese y diciendo Ji, ji, ji y Vas a

volver a la ciudad antes de... Boon no me había mirado ni una sola vez, ni yo a él. Tampoco había hablado conmigo; es posible que se diera cuenta de que me había asustado con la camisa limpia y el cuello y la corbata y el afeitado a mediodía y todos los demás componentes de la atmósfera que denunciaba el viaje, la marcha, la separación, la despedida; que se diera cuenta de que yo estaba no sólo asustado sino irritado por saberme vulnerable al miedo; la soleada carretera de primera hora de la tarde se extendía por delante de nosotros a lo largo de veintisiete kilómetros en los que tendríamos que decidir algo, acordar algo; atravesábamos la tierra resplandeciente de mayo, con el polvo saliendo a chorros y enroscándose sobre sí mismo detrás del coche a no ser que tuviéramos que reducir la velocidad por un puente o un fragmento arenoso de carretera que exigían poner la primera o la segunda; los veintisiete kilómetros que no durarían eternamente aunque fuesen veintisiete los mojones que pasaban a toda velocidad, aunque era imprescindible hacer algo y quedaba cada vez menos espacio y menos tiempo y yo seguía sin saber qué era lo que íbamos a hacer; aunque quizá se tratara únicamente de algo dicho, de una voz, ruido, sonido humano, puesto que, cualquiera que sea la amarga compensación, prenda, que la No-virtud pueda luego arrancarte, exigirte, la soledad, el aislamiento, el silencio no deberían ser parte de ella. Pero Boon al menos lo intentó. O quizá en su caso le agobiaba precisamente el silencio y cualquier quiebra del silencio era mejor, prescindiendo de lo estúpida que resultara y de que estuviera desde mucho antes condenada al fracaso. No, era más que eso; nos faltaba ya menos de la mitad de camino y había que hacer algo, empezar algo, quitarle la mecha a la situación:

—Las carreteras están ahora muy bien en todas partes, incluso más allá del distrito de Yoknapatawpha. Nadie podría desear mejores carreteras que las de ahora para un viaje largo, como asistir a un funeral o algo parecido. ¿Qué distancia podría recorrer este coche desde ahora hasta la puesta de sol?

¿Te das cuenta? Una pregunta que no iba dirigida a nadie, semejante a la mano desesperada que saca por encima de la superficie del agua el hombre que se ahoga, esperando encontrar algo a lo que agarrarse. Pero Boon no encontró nada.

—No lo sé —dijo la tía Callie desde el asiento de atrás, con Alexander (dormido desde que salimos de Jefferson y que no se merecía un paseo en coche de un kilómetro y menos aún de veintisiete) en brazos—. Y tú tampoco lo vas a saber, a no ser que te dediques a estudiarlo esta noche, sentado donde estás, con el automóvil encerrado en el cobertizo del patio trasero del Jefe.

Casi estábamos llegando.

—Así que quieres... —dijo Boon, hablando con un lado de la boca, y exactamente lo bastante alto para que yo le oyera, dirigiéndose exactamente a mi oído derecho como el proyectil de un arma de fuego, o una flecha o quizá un puñado de

arena contra el cristal de una ventana.

—Cierra el pico —le dije, exactamente de la misma manera. El procedimiento más sencillo y más cobarde sería decirle de repente que parase y, mientras lo hacía, saltar del coche, corriendo ya, y ofrecer a la tía Callie la disyuntiva, que tendría que resolver en una fracción de segundo, de dejar a Alexander con Boon y correr tratando de alcanzarme entre la maleza, o seguir con Alexander y perseguirme únicamente con sus gritos. Me refiero a que podía hacer que Boon siguiera adelante y los dejara en la finca del primo Zac, y luego salir de un lado del camino y saltar a bordo cuando pasara de nuevo, ya de vuelta a la ciudad o en cualquier dirección que me alejara de todos los que iban a advertir mi ausencia y tenían autoridad sobre mí; la manera cobarde, de modo que ¿cuál fue la razón de que no la empleara, siendo como era ya un mentiroso empedernido, condenado por mis engaños? ¿Por qué no seguir hasta el final y ser cobarde además, tan irrevocable e irremediabilmente como había llegado a ser Fausto? ¿Gloriarme en la vileza, hacer, obligar a mi nuevo Dueño a respetarme por emplearme tan a fondo, incluso aunque despreciara mi tamaño? La única respuesta es que no lo hice. No habría funcionado y por lo menos uno de nosotros tenía que ser práctico; aunque es cierto que Boon y yo nos habríamos alejado ya un buen trecho antes de que la prima Louisa pudiera enviar a alguien a los campos donde el primo Zac estaría a las tres de la tarde en la época de la sementera e igualmente cierto que el primo Zack no hubiera podido alcanzarnos a caballo, lo cierto era que tampoco lo habría intentado: se habría dirigido directamente a la ciudad y, después de conversar por espacio de un minuto en cada caso con Ned y el primo Ike, habría sabido exactamente qué hacer y lo hubiera hecho, recurriendo al teléfono y a la policía.

Ya estábamos allí. Me apeé y abrí la puerta de la cerca (las jambas eran las mismas de la época del viejo Lucius Quintus Carothers; tu primo Carothers, el dueño actual, tiene tan sólo un dispositivo para que no pase el ganado, aunque sí los automóviles, sin necesidad de abrir ninguna puerta) y nos dirigimos hacia la casa por el paseo de algarrobos (aún sigue allí el edificio de dos habitaciones, hecho con troncos, las grietas tapadas con barro, mitad domicilio y mitad fuerte, que construyera el viejo Lucius cuando, en 1813, llegó desde Carolina a través de las montañas con sus esclavos y sus perros raposeros; aún sigue allí, escondido detrás de las chillas, del estilo arquitectónico caracterizado por la imitación de los órdenes griegos, y de las volutas en madera típicas de los barcos de vapor fluviales, que las mujeres con las que los sucesivos Edmonds se han casado le han ido añadiendo).

La prima Louisa y todos los demás nos habían oído acercarnos y (excepto probablemente aquellos que el primo Zack veía directamente desde su caballo) estaban en el porche delantero, en los escalones y en el patio cuando llegamos delante de la casa y nos detuvimos.



—Está bien —dijo Boon, de nuevo con un lado de la boca—, decide.

Porque, como decís ahora, había llegado el momento de la verdad; ya no había tiempo y menos aún posibilidad de aislamiento para tener algún —cualquier— barrunto de lo que Boon necesitaba ya saber desesperadamente. Porque los dos éramos unos perfectos novatos, compréndelo. Éramos peores que aficionados: inexpertos, completamente inexpertos en el robo de automóviles, aunque ninguno de los dos lo hubiera llamado robo, puesto que nos proponíamos devolverlo sin causarle daño alguno; e incluso aunque la gente, el mundo (Jefferson, por lo menos) nos hubiera dejado en paz, sin echarnos de menos. Incluso aunque yo hubiera podido responderle si me lo hubiera preguntado. Porque todavía era peor para mí que para él; los dos estábamos desesperados, pero mi desesperación era mucho más apremiante que la suya, puesto que yo tenía que hacer algo, y de prisa, en cuestión de segundos ya, mientras que él sólo tenía que seguir en el coche, todo lo más con los dedos cruzados. Y yo no sabía qué hacer; había contado ya más mentiras de las que me hubiera creído capaz de inventar, y había conseguido que fueran creídas o por lo menos aceptadas con una regularidad que me tenía fascinado o más bien horrorizado; me encontraba en la posición de aquel negro viejo que decía: «Aquí estoy, Señor. Si quieres salvarme, aquí tienes, delante de los ojos, la mejor oportunidad que vas a encontrar jamás». Había disparado mi arco y también el de Boon. Si la No-virtud aún nos quería a cualquiera de los dos, tenía en aquel momento la oportunidad de demostrarlo.

Y eso fue lo que hizo, disfrazada del primo Zachary Edmonds, que salió en aquel momento por la puerta principal. En el mismo instante vi en el patio a un chico negro que sujetaba las riendas de su caballo de silla. ¿Ves lo que quiero decir? Zachary Edmonds, a quien nunca se veía en Jefferson los días de entre semana desde el primer roturado de la tierra en marzo hasta que se la termina de cultivar en julio, había ido a la ciudad por la mañana (algo urgente relacionado con el molino de grano) y había hecho una visita a la tienda del primo Ike tan sólo unos minutos después que yo, lo que, perfecta y exactamente encajado con la hora y pico que la No-virtud había necesitado para afeitarse a Boon y cambiarlo de camisa, había proporcionado al primo Zack exactamente el tiempo necesario para regresar y apearse del caballo a la puerta de su casa en el momento en que nos oyeron llegar.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me dijo—. Ike me ha contado que ibas a quedarte esta noche en Jefferson y que mañana te va a llevar de pesca.

De manera que, por supuesto, la tía Callie empezó a gritar en aquel mismo momento, por lo que no tuve necesidad de decir nada, incluso aunque hubiera sabido qué decir.

—¿De pesca? —aulló la tía Callie—. ¿En domingo? Si su papá oyera eso, ¡saltaría del tren en este mismo instante sin esperar a mandar un telegrama! ¡Y su

mamá haría lo mismo! ¡La señorita Alison no le ha dicho que se quede en la ciudad con el señor Ike ni con nadie! ¡Le dijo que se viniera aquí conmigo y con sus hermanos, y que si no se portaba bien, el señor Zack se encargaría de encarrilarlo!

—Está bien, está bien —dijo el primo Zack—. Deja de gritar un momento; no oigo lo que dice. Quizá haya cambiado de idea. ¿No es así?

—Sí, señor —dije—. Quiero decir, no, señor.

—Bien, ¿en qué quedamos? ¿Te vas a quedar aquí o vas o volverte con Boon?

—Sí, señor —dije—. Me vuelvo. El primo Ike me dijo que le preguntara a usted si podía.

Y la tía Callie volvió a gritar (nunca había dejado de hacerlo en realidad, excepto quizá para respirar hondo cuando el primo Zack le dijo que se callara), pero eso fue todo: ella gritando y el primo Zack diciendo:

—Cállate de una vez. No me oigo ni a mí mismo. Si Ike no lo trae mañana, mandaré a recogerlo el lunes.

Me volví al coche; Boon ya tenía el motor en marcha.

—Que me aspen —dijo, no en voz alta, pero con mucho respeto, incluso con un poco de admiración.

—Vamos —dije—. Salgamos de aquí —nos pusimos en marcha, con suavidad pero deprisa, cada vez más, por el paseo de algarrobos, hacia la cerca.

—Quizá estemos desperdiciando algo, limitándonos a gastarlo en un simple viaje en automóvil —dijo Boon—. Quizás debiera utilizarte para algo que tenga que ver con ganar dinero.

—Haz el favor de seguir adelante —dije. Porque, ¿cómo podía contárselo, cómo decírselo? *Estoy hasta las narices de mentir, de tener que mentir.* Porque sabía, me daba cuenta de que no había hecho más que empezar; que no acabaría nunca, que no sólo no se acabarían nunca las mentiras que tendría que seguir contando simplemente para defender las anteriores, sino que nunca me libraría de las viejas y desgastadas que ya había utilizado y agotado.

Volvimos a Jefferson. Esta vez fuimos deprisa; si había paisaje, ninguno de los ocupantes del automóvil lo utilizó en lo más mínimo. Serían muy pronto las cinco. Boon habló, tenso y apremiante, pero sin perder la calma:

—Tenemos que dejar que las cosas se enfríen un poco. Me han visto salir de la ciudad para llevaros a McCaslin; van a verme volver sólo contigo y esperarán que deje el automóvil en la cochera del Jefe. Luego tienen que vernos a ti y a mí, pero separados, cada uno por su lado, paseando como si nada sucediera.

Pero ¿cómo decirle aquello otro? *No. Vámonos ahora mismo. Si tengo que decir más mentiras, por lo menos que sea a desconocidos.*

Boon seguía hablando—:

—...coche. ¿Qué fue lo que dijo sobre si íbamos a pasar por la ciudad antes de

marcharnos?

—¿Cómo? ¿Quién dijo eso?

—Ned. En tu casa, antes de que saliéramos.

—No lo recuerdo —dije—. ¿Qué decías sobre el coche?

—Hablaba de dónde dejarlo, mientras yo me doy una vuelta por la plaza y tú te vas a casa y coges una camisa limpia o cualquier cosa que vayas a necesitar. Recuerda que tuve que descargar el equipaje de todos en la granja de McCaslin. El tuyo también. Me refiero a la posibilidad de que algún entrometido metomentodo esté rondando, por si se le presentara una oportunidad —los dos sabíamos a quién aludía.

—¿Por qué no lo encierras en la cochera?

—No tengo la llave —respondió—. No me han dejado más que el candado. El Jefe me quitó la llave esta mañana, abrió el candado y le dio la llave al señor Ballott para que la guarde hasta su regreso. Se supone que tengo que encerrar el coche en cuanto vuelva de la granja de McCaslin y echar el candado; el Jefe telegrafiará al señor Ballott en qué tren vuelve para que retire el candado y yo pueda ir a la estación a recogerlos.

—En ese caso tendremos que correr el riesgo —dije.

—Sí, tendremos que correrlo. Quizá con el Jefe y la señorita Sarah fuera de la ciudad, puede que ni siquiera Delphine vuelva a ver a Ned hasta el lunes por la mañana.

De manera que tuvimos que arriesgarnos. Boon entró con el automóvil en la cochera, sacó el maletín y la chaqueta de donde los había escondido en el pajar; y cuando de nuevo alzó la mano para buscar a tientas encontró una lona alquitranada con varios dobleces; metió debajo el maletín y la chaqueta y la dejó en el suelo, delante del asiento de atrás. El bidón de gasolina estaba listo: un bidón completamente nuevo de veinticinco litros —que el abuelo obligó más o menos a rehacer al hojalatero que había hecho la caja de herramientas hasta suprimir por completo el olor, porque a la abuela le molestaba ya el de la gasolina—, que no habíamos usado aún dado que el automóvil no había llegado nunca tan lejos; el embudo y la gamuza para filtrar se hallaban ya en la caja de herramientas, junto con los instrumentos para cambiar las ruedas, el gato y las llaves inglesas que venían con el coche, y también la linterna, el hacha, la pala, el rollo de alambre espinoso y el juego de poleas que había añadido el abuelo, junto con el cubo para volver a llenar el radiador cuando pasásemos cerca de arroyos o acequias. Boon puso atrás el bidón (estaba lleno; quizá empleara en eso el tiempo de más que tardó en venir a buscarnos) y desplegó un tanto la lona alquitranada, sin extenderla por completo, tan sólo dejándola caer hasta ocultarlo todo y lograr que el conjunto pareciera un revoltijo de lona alquitranada.

—Esconderemos tus cosas de la misma manera —dijo—. Así parecerá un simple

trozo de lona que algún perezoso no se ha molestado en doblar. Lo mejor que puedes hacer es ir a casa, coger una camisa limpia, regresar directamente aquí y esperar. No tardaré mucho: sólo voy a darme una vuelta por la plaza, no sea que también a Ike le dé por hacer preguntas. Después nos iremos.

Cerramos la puerta. Boon se dispuso a colgar de la armella el candado abierto.

—No —dije; ni siquiera hubiese sabido explicar por qué, tan rápidos eran mis progresos en la maldad—. Guárdatelo en el bolsillo.

Pero Boon sí supo por qué y me lo dijo.

—Tienes muchísima razón. Hemos trabajado demasiado para que aparezca alguien y, como \$lisien no quiere la cosa, lo cierre pensando que a mí se me ha olvidado.

Me fui a casa. Sólo tuve que cruzar la calle. Ahora hay allí una gasolinera, y lo que era la casa del abuelo está dividido en apartamentos con inquilinos que nunca duran mucho. No había nadie, pero la puerta no estaba cerrada con llave, porque en Jefferson, en aquellos días de inocencia, nadie cerraba con llave una simple casa. Acababan de dar las cinco y aún faltaba mucho tiempo para la puesta del sol, pero la jornada estaba terminada, concluido el trabajo del día; aunque no hubiera nadie y reinase el silencio, la casa no estaba vacía, sino llena de presencias semejantes a respiraciones contenidas; y, de repente, eché de menos a mi madre; quise prescindir de todo aquello, prescindir del libre albedrío; quise regresar, renunciar, sentirme seguro, a salvo de decisiones cuyo hermano gemelo adoptivo era robar un automóvil. Pero ya era demasiado tarde; había escogido, tomado mi decisión; ya que había vendido mi alma a Satanás por un plato de lentejas, no me quedaba otro remedio que aceptar el plato y comérmelo: ¿no me lo había recordado el mismo Boon, casi como si hubiera previsto aquel momento de debilidad y vacilación en la casa vacía, advirtiéndomelo: «Hemos trabajado demasiado para permitir que nada nos detenga ahora?».

Mi ropa —camisas limpias, pantalones, calcetines, el cepillo de dientes— estaba ya en la granja de McCaslin. Tenía más de todo en el cajón de la cómoda, por supuesto, menos cepillo de dientes, en el que, ausente mi madre, era más que probable que no reparasen ni la tía Callie ni la prima Louisa. Pero no cogí ropa, no me llevé nada; no porque lo olvidase, sino, probablemente, porque nunca tuve intención de hacerlo. Entré en casa y me quedé allí el tiempo suficiente para demostrarme a mí mismo que de los dos (Boon y yo) no sería yo el que fallara y, a continuación, crucé la calle y llegué hasta el patio por la parte trasera de la casa del abuelo. Tampoco sería Boon quien nos fallara; antes de llegar a la cochera oí ya el discreto ruido del motor al ralentí. Boon se hallaba al volante; creo que tenía incluso metida la primera.

—¿Dónde está la camisa limpia? —me preguntó—. No importa. Te compraré una

en Memphis. Sube. Ya podemos irnos —sacó el coche marcha atrás. El candado abierto colgaba una vez más de la armella—. Vamos —dijo—. No te pares a cerrarlo. Ya es demasiado tarde.

—No —respondí. Tampoco entonces hubiera sabido decir por qué: con el candado bien cerrado y pasado por la armella y el gancho de la puerta, parecería que el automóvil estaba sano y salvo en su interior. Y así tenía que ser: toda la aventura convertida en sueño del que yo despertaría mañana, quizás ahora, dentro de un momento, y me sentiría seguro, a salvo. De manera que cerré la puerta y el candado y abrí la puerta de la cerca para que Boon saliera con el coche, volví a cerrarla y monté de nuevo, el coche ya en movimiento, si es que en realidad se había parado del todo en algún momento.

—Si tomamos el camino de atrás, podemos evitar la plaza —dije.

—Ya es demasiado tarde —respondió Boon—. Lo más que podrán hacer será gritar.

Pero nadie gritó. E incluso después de haber dejado atrás la plaza, todavía no era demasiado tarde. La decisión irrevocable quedaba a kilómetro y medio de distancia, en el cruce donde la carretera para llegar a la granja de McCaslin se separaba de la carretera de Memphis, porque aún podría decir *Para. Deja que me apee*, y Boon lo haría. Más aún, también podría decir *He cambiado de idea. Llévame a la granja de McCaslin*, y sabía que también lo haría. Luego comprendí de repente que si decía *Da la vuelta. Voy a pedirle la llave al señor Ballott y encerraremos el automóvil en la cochera, donde el Jefe cree que ya está en este momento*, Boon lo haría igualmente. Y más aún: Boon quería que lo hiciese, me suplicaba en silencio que lo hiciera; él y yo, los dos, horrorizados, más que de su temeridad personal, de nuestra complicidad en la osadía, y del hecho de que a Boon no se le ocultaba que carecía de fuerza para oponerse a su propia temeridad, por lo que tenía que buscar apoyo en mi fortaleza y rectitud. ¿Te das cuenta? ¿Qué es lo que te he dicho sobre la No-virtud? Si las cosas hubieran sido al revés, y yo le hubiera suplicado en silencio que diera la vuelta, hubiera contado con su virtud y su compasión, mientras que aquél a quien Boon suplicaba carecía de ambas.

De manera que no dije nada; la bifurcación, la última frágil mano impotente descendió para salvarme, volvió a subir, pasó de largo y huyó, irrevocablemente perdida; *De acuerdo entonces*, dije. *Allá voy*. Cabe que Boon lo oyera, puesto que yo seguía siendo el jefe. Lo cierto, en cualquier caso, fue que dejó Jefferson atrás; Satanás defendería al menos a sus fieles durante el primero o los dos primeros días.

—No tenemos que preocuparnos de nada, en realidad, excepto el paso por Hell Creek, mañana por la mañana. Harrykin Creek carece de importancia.

—¿Quién ha dicho que la tuviera? —respondí.

Hurricane Creek queda a seis kilómetros de la ciudad; probablemente has pasado

por encima tan deprisa toda tu vida que ni siquiera sabes cómo se llama. Pero la gente que lo cruzaba entonces sí sabía su nombre. Había un puente de madera sobre el arroyo, pero incluso en pleno verano el acceso por ambos lados era una sucesión de baches llenos de barro.

—Precisamente te estoy diciendo —replicó Boon— que no la tiene. El año pasado el señor Wordwin y yo lo cruzamos sin tener que usar siquiera el juego de poleas; bastó con una pala y un hacha que al señor Wordwin le prestaron en una casa a eso de un kilómetro de distancia, aunque, ahora que lo dices, no recuerdo que las devolviera. Pero es posible que el dueño viniera y se las llevara al día siguiente.

Acertó casi del todo. Atravesamos el primer bache lleno de fango y cruzamos incluso el puente. Pero el bache del otro lado nos detuvo. El automóvil dio un bandazo, luego otro, se ladeó y las ruedas empezaron a patinar. Boon no se lo pensó dos veces: se quitó inmediatamente los zapatos (he olvidado decir que había hecho que se limpiaran), se remangó las perneras del pantalón y se metió en el barro.

—Ponte al volante —dijo—. Mete la primera y empieza a mover el coche cuando yo te diga. Vamos. Sabes cómo hacerlo, lo has aprendido esta mañana.

Me coloqué al volante. Boon no se paró siquiera para coger el juego de poleas.

—No lo necesito. Llevaría demasiado tiempo sacarlo primero y guardarlo después, y no disponemos de tanto tiempo.

Era verdad que no lo necesitaba. Había una cerca junto a la carretera; arrancó el travesaño superior y, hundido hasta la rodilla en barro y agua, colocó el extremo a modo de cuña bajo el eje trasero, dijo «Ahora echa toda la carne en el asador», levantó el automóvil entero y lo lanzó hacia adelante, a empujones, sacándolo del hoyo a viva fuerza, mientras me gritaba «¡Apaga el motor!», cosa que hice, que conseguí hacer, y Boon vino, me apartó y se puso al volante; ni siquiera se detuvo para bajarse las embarradas perneras del pantalón.

Porque el sol estaba ya muy cerca del horizonte; habría oscurecido cuando llegásemos a la casa de Ballenbaugh, donde pasaríamos la noche; seguimos adelante lo más deprisa posible y pronto, con el sol dándole ya por detrás, pasamos ante la casa del señor Wyott —un amigo de nuestra familia; mi padre me había llevado allí de caza la Navidad anterior—, a trece kilómetros de Jefferson y todavía a seis del río. La luna saldría al cabo de un rato, una fuente de luz más conveniente que los faros de queroseno, más útil para que los demás vieran que se acercaba un vehículo que para facilitar la conducción. Y, de repente, Boon dijo «¿Qué olor es ése? ¿Has sido tú?» Pero antes de que pudiera rechazar su acusación, detuvo bruscamente el automóvil, se quedó quieto un momento, luego se volvió, se inclinó y retiró el amasijo revuelto de la lona alquitranada que llenaba la parte trasera del coche. Ned se incorporó. Llevaba puesto el traje negro y el sombrero, así como la camisa blanca con el pasador de oro para el cuello, aunque sin cuello duro ni corbata, que se ponía los domingos; llevaba

incluso la cartera muy estropeada (ahora tú llamarías a eso *attaché*) que había pertenecido al viejo Lucius McCaslin antes incluso de que naciera mi padre. No sé qué otras cosas podía llevar en aquella cartera en otros tiempos; todo lo que yo llegué a ver dentro fue una Biblia (probablemente la de la tatarabuela McCaslin), que Ned no sabía leer, y una botella plana de medio litro que contenía aproximadamente dos buenas cucharadas de whisky.

—Seré imbécil —exclamó Boon.

—A mí también me apetece viajar —dijo Ned—. Ji, ji, ji.

Tengo tanto derecho a un viaje como tú y Lucius —dijo Ned—. Incluso más. Este automóvil aquí presente pertenece al Jefe, Lucius no es más que su nieto y tú ni siquiera llegas a pariente suyo.

—Está bien, está bien —dijo Boon—. Hablo de todo el tiempo que has estado ahí, debajo de la lona, y has dejado que me meta en el barro y saque el coche yo solo a pura fuerza.

—No creas que no hacía calor ahí debajo, caramba —dijo Ned—. Ni siquiera sé cómo lo he aguantado. Tenía además que sujetar esta condenada lechera para que no me aplastara los sesos cada vez que dabas un salto con el coche, y no digamos nada de estar pendiente de que la gasolina o como quiera que llaméis a eso se agitara tanto que también decidiera explotar. ¿Qué querías que hiciera? Estábamos sólo a seis kilómetros de Jefferson. Me hubieras hecho volver a casa andando.

—Ahora estamos a dieciséis —dijo Boon—. ¿Por qué crees que desde aquí no?

—¿Te has olvidado? —intervine rápida, precipitadamente—. La casa de Wyott está a unos tres kilómetros. Es como estar a tres kilómetros de Bay St Louis.

—Muy cierto —dijo Ned, todo amabilidad—. Desde aquí no sería tanto lo que tuviera que andar.

Boon no se le quedó mirando mucho tiempo.

—Sal de ahí y dobla la lona para que no ocupe más sitio del necesario —le dijo—. Y airéala un poco si tenemos que seguir viajando con ella.

—Han sido todos esos saltos y bandazos que das —se defendió Ned—. Hablas como si hubiera descuidado aposta mis buenos modales para que me descubrierais.

Boon aprovechó la parada para encender los faros y además se limpió los pies y las piernas con una punta de la lona; luego se puso los calcetines y los zapatos y se bajó las perneras del pantalón, que ya empezaban a secarse. El sol se había puesto y brillaba la luna. Sería noche cerrada cuando llegásemos a Ballenbaugh.

Tengo entendido que ahora Ballenbaugh es un campamento de pesca, regentado por un italiano, contrabandista intermitente de bebidas alcohólicas: me refiero a que cada cuatro años deja de serlo durante la semana o las dos semanas que tarda el nuevo sheriff en descubrir lo que verdaderamente quieren las personas que lo han votado; todo aquel tramo de tierras llanas junto al río que fue parte del imposible sueño feudal de Thomas Sutpen y emplazamiento del campamento de caza del comandante De Spain es ahora una cuenca hidrográfica; el algodón y el maíz han domesticado las tierras vírgenes en las que, de joven, el mismo Boon cazaba osos, ciervos y panteras (o, por lo menos, estaba presente mientras los demás lo hacían), y el mismo Wyott's Crossing no es ya más que un nombre.

Incluso en 1905 las tierras vírgenes no habían desaparecido por completo, aunque



sí lo habían hecho la mayor parte de los ciervos, los osos y las panteras (al igual que el comandante De Spain y sus cazadores); también había desaparecido el transbordador, y a Wyatt's Crossing lo llamábamos el Puente de Hierro, con artículo determinado, porque se trataba del primero y, durante años, único puente de hierro que tuvimos en el distrito de Yoknapatawpha o sobre el que teníamos información. Pero en los viejos tiempos, en la época de nuestros reyezuelos chickasaw, Issetibbeha, Mocketubbe y el regicida y usurpador que se dio a sí mismo el nombre de Muerte, cuando apareció el primer Wyatt y los indios le enseñaron el paso y él construyó el almacén y el transbordador y le puso su nombre, se trataba no sólo del único paso en muchos kilómetros a la redonda sino que era además cabecera de navegación; hasta la puerta misma de Wyatt, por así decirlo, llegaban las embarcaciones (en la época de las crecidas invernales incluso pequeños buques de vapor) trayéndole whisky y arados y queroseno y caramelos de menta desde Vicksburg, para volverse luego con algodón y pieles.

Pero más cerca que Vicksburg estaba Memphis, incluso utilizando parejas de mulas como medio de transporte, de manera que se construyó una carretera lo más recta posible desde Jefferson hasta la orilla meridional del paso de Wyatt, y otra — también lo más recta posible— desde la orilla septentrional hasta Memphis. De manera que las distintas mercancías y el algodón empezaron a ir y venir por ese camino, acarreados por mulas y bueyes; momento en que surgió de la nada como por ensalmo un gigante sin ascendencia que se daba el nombre de Ballenbaugh; algunos dijeron que de verdad le compró a Wyatt la oscura y tranquila casita de una habitación que, hasta entonces, era al mismo tiempo residencia y almacén, incluido cualquier derecho que Wyatt creyera tener sobre el antiguo paso chickasaw; otros dijeron que Ballenbaugh se limitó a indicar a Wyatt que ya llevaba allí el tiempo suficiente y que le había llegado el momento de trasladarse seis kilómetros río abajo y convertirse en granjero.

En cualquier caso eso fue lo que Wyatt hizo. Y a partir de entonces su solitaria ermita se convirtió, sin duda alguna, en un lugar de vertiginosa actividad, transformándose en posada, casa de comidas y taberna para los transportistas transeúntes y los equipos permanentes de arrieros mal hablados y de corazón endurecido que esperaban a las carretas en los dos extremos de la zona de aluvión del río con dos y tres y (en caso de necesidad) cuatro parejas de mulas ya aparejadas, para, entre maldiciones, llevar a las pesadas carretas hasta el transbordador y luego, una vez más, desde el transbordador hasta terreno seguro por el otro lado. Un lugar muy animado que sólo frecuentaban varones. Y gente dura únicamente, nada más, hasta que el coronel Sartoris (no me refiero al banquero, de honorífico rango militar, adquirido en parte por herencia y en parte por afinidad, responsable de que Boon y yo estuviéramos donde estábamos en aquel momento; me refiero a su padre, al auténtico

coronel de los Estados Confederados de América: soldado, hombre de Estado, político, duelista y, según dicen los primos y sobrinos por descendencia colateral de un joven veinteañero del distrito de Yoknapatawpha, también asesino) construyó su ferrocarril a mediados de los años setenta y acabó con aquel negocio.

Aunque no con Ballenbaugh's y menos aún con el mismo Ballenbaugh. Primero las caravanas de carretas echaron a los barcos del río y Wyott's Crossing pasó a llamarse Ballenbaugh's Ferry; después llegó el ferrocarril y retiró las balas de algodón de las carretas y, en consecuencia, quitó el transbordador de Ballenbaugh's, pero eso fue todo; cuarenta años antes, en la época de Wyott, que no era más que un modesto comerciante, Ballenbaugh se mostró perfectamente capaz de prever la ola del futuro y de avanzar montado en ella; ahora, en la persona de su hijo, otro gigante que en 1865 regresó (según se decía) con el abrigo forrado de billetes de banco de los Estados Unidos de América, todavía sin cortar, y procedente (según dijo el interesado) de Arkansas, donde (según la misma fuente) había hecho la guerra con un grupo de guerrilleros, licenciándose con todos los honores, aunque después nunca fuera capaz de recordar el apellido de su comandante, demostró que no había perdido nada de su antigua destreza, habilidad y omnisciencia. Antes la gente utilizaba Ballenbaugh's para pasar la noche; ahora llegaban siempre de noche y con mucha prisa, la mayor parte de las veces, a fin de que Ballenbaugh dispusiera de más tiempo para ocultar en el pantano el caballo o la vaca antes de que apareciera la justicia o su legítimo propietario. Porque, además de las partidas de granjeros indignados que seguían las huellas de ida (pero sin vuelta) de caballerías y ganado, y de los sheriffs que seguían las de auténticos asesinos hasta Ballenbaugh's, se sabe al menos de un agente federal de hacienda que sólo dejó huellas de ida. Porque si bien el viejo Ballenbaugh se limitaba a vender whisky, este otro lo fabricaba; era ya el patrón de uno de esos establecimientos que se designan con el término general de salón de baile, de manera que, para mediados de los años ochenta, Ballenbaugh's era, en muchos kilómetros a la redonda, el símbolo de todo lo horrible e indignante; clérigos y ancianas damas trataban de que se nombrara a un sheriff cuyo programa electoral consistiera principalmente en echar a Ballenbaugh y a sus borrachines, violinistas, jugadores y chicas de vida alegre del distrito de Yoknapatawpha e incluso, si fuera posible, del Estado de Mississippi. Pero Ballenbaugh y su séquito —establo, casa de recreo, lo que se le quiera llamar— nunca nos molestaban a nosotros, los forasteros: nunca salían de su fortaleza y no existía ley alguna que obligase a nadie a ir allí; por otra parte, su nueva ocupación (avatar) era tan fructífera que pronto se extendió la voz de que cualquier persona con perspectivas y ambiciones limitadas a un caballo con esparaván o a una novilla sin leche no sería bien recibido. De manera que las personas sensatas se abstuvieron de molestar a Ballenbaugh. Personas entre las que, sin duda, figuraban los sheriffs, que no sólo eran sensatos, sino además padres de

familia, y que tenían el ejemplo del agente federal de hacienda desaparecido por aquellos pagos no mucho tiempo atrás.

Es decir, lo dejaron tranquilo hasta el verano de 1886, cuando un clérigo baptista llamado Hiram Hightower, otro gigante, tan alto y casi tan grande como el mismo Ballenbaugh, y que todos los domingos, desde 1861 hasta 1865, había sido uno de los capellanes de la compañía de Forrest y los restantes días de la semana uno de sus soldados más duros y despiadados, entró a caballo en Ballenbaugh's sin más armas que sus manos y la Biblia y convirtió a todos los presentes con la fuerza de sus puños, de uno en uno cuando le fue posible, y de dos en dos o de tres en tres si no le quedaba más remedio. De manera que cuando Boon, Ned y yo llegamos en aquel anochecer de mayo de 1905, Ballenbaugh estaba llevando a cabo su tercer avatar en la persona de una doncella de cincuenta años, hija única, mujer recatada, enteca, severa y entrecana que cultivaba algodón y maíz en un pedazo de buena tierra de aluvi3n y regentaba un pequeño almacén con un sobrado que contenía una hilera de colchones rellenos de vainas de mazorcas, todos ellos con sábanas muy limpias, fundas de almohadas y mantas, preparados para acoger a los cazadores de zorros y mapaches y a los pescadores, que (según se decía) repetían la visita no por la caza y la pesca sino por la excelente mesa de la señorita Ballenbaugh.

También ella nos oyó. Y no éramos los primeros; nos explicó que hacíamos el número trece de los automóviles que habían pasado por allí en los dos últimos años y el cinco de los aparecidos en los últimos cuarenta días; ya había perdido dos gallinas y probablemente tendría que encerrar a todos sus animales, incluidos los sabuesos. Ella, la cocinera y otro negro estaban en el porche de delante, protegiéndose los ojos con la mano del fantasmal parpadeo de nuestros faros mientras entrábamos con el coche. La señorita Ballenbaugh no sólo conocía a Boon desde antiguo, sino que empezó por reconocer el automóvil; aunque sólo había visto trece, ya tenía buen ojo para los distintos modelos.

—De manera que llegó usted a Jefferson, después de todo —dijo ella.

—¿Al cabo de un año? —dijo Boon—. Cielo santo, señorita Ballenbaugh, este automóvil ha estado más de cien veces más allá de Jefferson desde entonces. Mil veces. Será mejor que renuncie: tiene usted que acostumbrarse a los automóviles como todo el mundo —eso fue cuando nos habló de los trece coches en dos años y de las dos gallinas.

—Las pobres, por lo menos, fueron en automóvil durante un rato —dijo—. Que es más de lo que yo he hecho.

—¿Quiere decirme que nunca ha paseado en automóvil? —preguntó Boon—. Vamos, Ned —dijo—, sal de ahí y llévate también los maletines. Lucius, deja que la señorita Ballenbaugh se siente delante, donde pueda ver mejor.

—Espere —dijo la señorita Ballenbaugh—. Tengo que hablar con Alice de la

cena.

—Que espere la cena —dijo Boon—. Apuesto cualquier cosa a que Alice tampoco ha paseado nunca en coche. Vamos, Alice. ¿Quién es el que está contigo? ¿Tu marido?

—No tengo intención de casarme —dijo la cocinera—. Y si la tuviera, no sería con Ephum.

—Que suba también, de todos modos —dijo Boon. La cocinera y el negro subieron detrás, con el bidón de gasolina y la lona plegada. Ned y yo nos quedamos en el trozo iluminado junto a la puerta abierta, y vimos cómo el automóvil, con el farolillo rojo trasero, se alejaba por la carretera, se detenía y daba la vuelta y regresaba hacia nosotros hasta dejarnos atrás, Boon tocando la bocina, la señorita Ballenbaugh muy erguida y un poco tensa en el asiento delantero, y Alice y Ephum en el de atrás, saludándonos con la mano mientras pasaban.

—¡Caramba, chico! —le gritó Ephum a Ned—. ¡Consíguete un caballo!<sup>[3]</sup>

—Dándose pisto —dijo Ned; se refería a Boon—. Más le valdría alegrarse de que el Jefe Priest no esté aquí, porque le iba a enseñar a darse pisto.

El coche se detuvo, retrocedió, dio la vuelta, vino hacia nosotros y se paró definitivamente. Al cabo de un momento, la señorita Ballenbaugh dijo:

—Bien —después empezó a moverse—. Vamos, Alice —añadió con tono enérgico.

De manera que cenamos y supe por qué cazadores y pescadores repetían la visita. Luego Ned se marchó con Ephum, yo di las buenas noches a la señorita Ballenbaugh, Boon se hizo cargo de la lámpara y subimos al sobrado situado encima del almacén.

—¿No has traído nada? —preguntó Boon—. ¿Ni siquiera un pañuelo limpio?

—No voy a necesitar nada —dije.

—Bueno, pero no puedes dormir así. Mira lo limpias que están esas sábanas. Por lo menos quítate los zapatos y los pantalones. Y tu mamá haría que te lavarás los dientes.

—No, no lo haría —dije—. No podría. No tengo con que lavármelos.

—Eso no se lo impediría, y lo sabes perfectamente. Si no encontrases algo, fabricarías algo para hacerlo o para saber la razón.

—De acuerdo —dije. Me había tumbado ya en mi catre—. Buenas noches.

Boon se detuvo, la mano levantada ya para apagar la lámpara.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó.

—Cierra el pico —dije.

—No tienes más que decirlo y nos volvemos a casa. No ahora, mañana por la mañana.

—¿Has esperado hasta este momento para asustarte? —respondí.

—Buenas noches —dijo Boon. Apagó la lámpara y se acostó. Y entonces

sentimos toda la oscuridad de la primavera: las grandes ranas de las ciénagas con voz de bajo, el ruido que hacen los bosques, los grandes bosques, las tierras todavía vírgenes con sus animales salvajes, mapaches y conejos y armiños y ratas almizcladas y los grandes búhos y las grandes serpientes (mocasines y serpientes de cascabel) y quizá incluso la respiración de los árboles y del mismo río, sin mencionar los fantasmas: los antiguos chickasaw que dieron nombre a la tierra antes de que la viera el hombre blanco y también los blancos, Wyott y el viejo Sutpen y los cazadores del comandante De Spain y las chalanas cargadas de algodón y las caravanas de carros y los carreteros pendencieros y la sucesión de bandidos y asesinos que terminaba desembocando en la señorita Ballenbaugh; de repente me di cuenta de la clase de ruido que estaba haciendo Boon.

—¿De qué te ríes? —dije.

—Estoy pensando en Hell Creek. Nos tropezaremos con él mañana por la mañana a eso de las once.

—¿No habías dicho que tendríamos problemas?

—Ya lo creo que sí —respondió Boon—. Necesitaremos el hacha y la pala y el alambre espinoso y el juego de poleas y las tablas de las cercas y yo y tú y Ned, los tres. De eso es de lo que me estoy riendo, de Ned. Para cuando hayamos cruzado mañana Hell Creek, va a lamentar haber descuidado, como él dice, sus buenos modales y hubiera preferido quedarse bajo esa lona sin comer ni beber ni nada hasta sentir bajo las ruedas el suelo del mismo Memphis.

A la mañana siguiente Boon me despertó muy temprano. A mí y a todo el mundo en un kilómetro a la redonda, aunque todavía hizo falta algún tiempo más para levantar a Ned, que había dormido en casa de Ephum, y llevarlo a la cocina para desayunar (y algo más aún para sacarlo de una cocina con una mujer dentro). Desayunamos —tan abundantemente que, si yo hubiera sido cazador o pescador no hubiera tenido ganas de ir andando después a ningún sitio durante un buen rato—, Boon paseó otra vez a la señorita Ballenbaugh en el automóvil, pero esta vez sin Alice ni Ephum, aunque Ephum estaba disponible. Luego llenamos —lo hizo Boon— el depósito de gasolina y el radiador, no porque lo necesitaran sino porque, creo yo, la señorita Ballenbaugh y Ephum estaban allí mirando. Después nos pusimos en marcha. El sol salía cuando cruzamos el Puente de Hierro sobre el río (y dejamos también atrás el fantasma de aquel barco de vapor; me había olvidado de él por la noche) para entrar en tierra desconocida, en otro distrito; por la noche se trataría ya de otro Estado y de Memphis.

—Con tal de que logremos pasar Hell Creek —dijo Boon.

—Quizá lo consigamos si dejas de hablar de ello —le respondí.

—Claro —dijo Boon—. A Hell Creek le da lo mismo que hables o que no hables de él. Le tiene completamente sin cuidado. Ya lo verás —luego dijo—: Ahí está.

Era muy poco después de las diez; habíamos avanzado a buen ritmo siguiendo las ondulaciones del terreno, los caminos secos y polvorientos entre campos que empezaban a germinar, la tierra vacía y dominicalmente tranquila, la gente en el porche ya, con su ropa de día festivo, los niños y los perros corriendo hacia la cerca o la carretera para vernos pasar; después en birlochos, calesas y carros y a lomos de caballos y mulas: de una a tres personas sobre los caballos pero no sobre las mulas (poco después de las nueve nos cruzamos con otro automóvil; Boon dijo que era un Ford; tenía buen ojo para los automóviles, igual que la señorita Ballenbaugh), de camino hacia las iglesitas blancas entre las arboledas primaverales.

Se extendía ante nosotros un amplio valle, con la carretera que descendía desde la meseta hacia un grupo de sauces y cipreses<sup>[4]</sup> que marcaban el arroyo. A mí no me pareció demasiado mal, mucho menos ancho que el que ya habíamos cruzado, y se veía incluso la polvorienta cuchillada de la carretera subiendo hacia la meseta del otro lado. Pero Boon había empezado a soltar maldiciones, conduciendo más deprisa incluso colina abajo, como si estuviera impaciente, ansioso de llegar y entrar en combate, como si se tratara de algo con sensaciones, no simplemente hostil sino absolutamente perverso, como un enemigo humano, como otro hombre.

—Míralo bien —dijo—. Inocente como un huevo recién puesto. Se ve incluso la carretera al otro lado, como si se estuviera riendo de nosotros, como diciendo Si pudieras llegar aquí casi verías Memphis; sólo que comprueba antes si puedes llegar hasta aquí.

—Si es tan difícil, ¿por qué no damos la vuelta alrededor? —preguntó Ned—. Eso es lo que haría yo si estuviera sentado donde tú estás.

—Porque con Hell Creek no hay alrededor que valga —dijo Boon con ferocidad—. Si vas por un lado terminarás en Alabama; si tomas la otra dirección te caerás al río Mississippi.

—Vi una vez el río Mississippi en Memphis —dijo Ned—. Ahora que lo mencionas, también he visto Memphis. Pero no he estado nunca en Alabama. Quizá me gustara hacer un viaje hasta allí.

—Tampoco has visitado nunca el cruce por Hell Creek —dijo Boon—, suponiendo que el motivo de que te escondieras ayer bajo la lona fuese mejorar tu educación. ¿Por qué crees que los dos únicos automóviles que hemos visto de aquí a Jefferson han sido éste y el Ford de antes? Pues porque son los únicos automóviles en Mississippi a este lado de Hell Creek, ésa es la razón.

—Según la señorita Ballenbaugh han pasado trece por su casa en los dos últimos años —dije yo.

—Dos de esos trece eran éste —respondió Boon—. Y en cuanto a los otros once, no los contó cuando cruzaban Hell Creek.

—Quizá dependa de quién vaya conduciendo —dijo Ned—. Ji, ji, ji.

Boon detuvo bruscamente el coche.

—De acuerdo —dijo, volviendo la cabeza—. Sal del automóvil. Si quieres visitar Alabama ya llevas quince minutos de retraso por darle a la sin hueso.

—¿Por qué tienes que meterte con una persona que no hace más que darte conversación? —dijo Ned.

Pero Boon no le estaba escuchando. Ni creo que estuviera hablando con Ned en realidad. Se había apeado ya del coche; abrió la caja de herramientas que el abuelo había colocado en el estribo para guardar el juego de poleas, el hacha, la pala y la linterna, sacándolo todo, menos la linterna, y tirándolo revuelto en el asiento de atrás, junto a Ned.

—De manera que no vamos a perder tiempo —dijo, hablando deprisa, pero muy tranquilo, sereno, sin histeria ni excesiva urgencia, cerrando la caja de herramientas y colocándose otra vez ante el volante—. Vamos a ello. ¿A qué estamos esperando?

Aún seguía sin parecerme demasiado mal: tan sólo otra carretera comarcal que cruzaba un arroyo pantanoso; el suelo ya no estaba seco, ni tampoco muy mojado todavía, con los hoyos y trozos pantanosos llenos ya con malezas y ramas por anteriores pioneros en beneficio nuestro y, en algunos sitios, incluso con estacas cruzadas sobre el barro (sí, claro, me di cuenta de repente de que la carretera —por falta de un término más exacto— estaba llena de agua), de manera que quizá Boon en persona fuese responsable; quizá él mismo había poblado la penumbra estancada, entre los arcos formados por sauces y cipreses y el zumbar de los mosquitos, con los espectros de automóviles atascados y de personas sudorosas y maldicientes. Luego pensé que ya lo habíamos cruzado, si bien no sólo no se veía ningún terreno alto más seco que indicase que estábamos alcanzando, que nos acercábamos al otro lado del pantano, sino que tampoco veía siquiera el arroyo mismo, y menos aún un puente. De nuevo el automóvil dio un bandazo, se escoró y se quedó colgado como había hecho el día anterior en Hurricane Creek; Boon estaba otra vez quitándose los zapatos y los calcetines y remangándose el pantalón.

—De acuerdo —le dijo a Ned por encima del hombro—, sal.

—No sabría qué hacer —dijo Ned, sin moverse—. No he aprendido nada sobre automóviles aún. No haría más que estorbarte. Me quedaré aquí sentado con Lucius para que puedas moverte a gusto.

—Ji, ji, ji —rió Boon, imitándolo esta vez con violencia y crueldad—. Querías un viaje. Ya lo tienes. Baja del coche.

—Llevo la ropa de los domingos —dijo Ned.

—Yo también —dijo Boon—. Si yo no me asusto por un par de pantalones, tampoco necesitas asustarte tú.

—Para ti es muy fácil hablar —dijo Ned—. Tú tienes al señor Maury. A mí me toca trabajar para ganar dinero. Cuando la ropa se me estropea o se gasta, soy yo

quien tiene que comprar la nueva.

—No te has comprado un traje ni unos zapatos ni un sombrero en toda tu vida —dijo Boon—. Sé que tienes un frac que usó el viejo

Lucius McCaslin en persona, sin mencionar al general Compson, al comandante De Spain y al mismo Jefe. Te puedes remangar los pantalones y quitarte los zapatos o no, como gustes, eso es asunto tuyo. Pero vas a bajarte del automóvil.

—Que se baje Lucius —dijo Ned. Es más joven que yo y también más corpulento para su tamaño.

—Tiene que conducir el coche —dijo Boon.

—Lo haré yo, si es eso lo que necesitas —dijo Ned—. Llevo, por así decirlo, conduciendo caballos y mulas y bueyes toda la vida y supongo que izquierda y derecha con ese volante es lo mismo que izquierda y derecha con unas riendas o una aguijada —hablándome a mí—. Salta, chico, y ayuda al señor Boon. Será mejor que te quites los zapatos y los calcetines...

—¿Vas a bajar o tendré que levantarte con una mano y quitarte el automóvil de debajo con la otra? —dijo Boon.

Ned se movió entonces, con cierta rapidez, cuando por fin aceptó que no le quedaba otro remedio, tan sólo gruñendo un poco mientras se quitaba los zapatos, se remangaba los pantalones y se desprendía de la chaqueta. Cuando miré de nuevo a Boon, ya estaba arrastrando dos estacas, que eran troncos de árboles jóvenes, de entre la maleza y las zarzas.

—¿No vas a usar aún el juego de poleas? —pregunté.

—¡Qué va! —dijo Boon—. Cuando llegue el momento no necesitarás preguntarlo. Lo sabrás —*De manera que se trata del puente, pensé. Quizá ni siquiera haya un puente y sea ése el problema.* Pero Boon también adivinó lo que estaba pensando—. No te preocupes por el puente. Todavía no hemos llegado.

Con el tiempo llegaría a enterarme de lo que quería decir con eso, pero ese momento no había llegado aún. Ned, con cautela, bajó un pie hasta el agua.

—Esta agua está sucia —dijo—. Si hay algo que me molesta es la suciedad entre los dedos de los pies.

—Eso es porque no se te ha calentado aún la sangre —dijo Boon—. Agarra esta estaca. Has dicho que no estás familiarizado aún con los automóviles. Te aseguro que no tendrás que volver a lamentarte de eso durante el resto de tu vida. De acuerdo —dirigiéndose a mí—: suelta un poco las riendas y, cuando notes que muerde, déjalo que siga —así lo hicimos, Boon y Ned apalancando con las estacas bajo el eje trasero, levantando el coche para otro salto de medio o de un metro o incluso de dos, hasta que patinaba de nuevo, con lo que las ruedas traseras, girando muy deprisa, los rebozaban a ambos de pies a cabeza como si los hubieran rociado con una de esas boquillas que usan ahora los pintores de brocha gorda—. ¿Entiendes ya a qué me



refería... —dijo Boon, escupiendo, mientras levantaba el coche y le daba otro empujón terrorífico, lanzándonos hacia adelante—... cuando hablaba de familiarizarse con los automóviles? Sucede exactamente lo mismo que con los caballos y las mulas: nunca te coloques detrás de uno cuando ya ha levantado la pata trasera.

Entonces vi el puente. Habíamos llegado a un trozo de tierra tan seco (en comparación) que Boon y Ned, a los que era ya casi imposible distinguir del barro, tuvieron que ir al trote con sus estacas, y aún así se iban quedando atrás, mientras Boon gritaba, jadeante, «¡Sigue! ¡No te detengas!» hasta que vi el puente a cien metros de distancia y luego vi también lo que había aún entre nosotros y el puente y comprendí de qué había estado hablando. Detuve el coche. La carretera (el paso, como se lo quiera llamar) que teníamos delante más que alterarse se había metamorfoseado, había cambiado de términos, de elementos. Ahora se parecía a un gran recipiente de café con leche del que sobresalían aquí y allá unos pocos restos, melancólicos, impotentes, desesperanzados, de palos y maleza y troncos y alguna que otra joroba de tierra de verdad que sorprendentemente parecía como si hubiera sido arrojada aposta por un arado. A continuación vi algo más, y entendí lo que Boon me había estado diciendo de manera indirecta sobre Hell Creek desde hacía ya más de un año y lo que había repetido con algo semejante a una absorta y atormentada obsesión desde que salimos de Jefferson el día anterior. Atadas a un árbol justo a un lado de la carretera (canal) había una pareja de mulas con el aparejo para arar: es decir, con bridas, colleras y horcates, las correas de los tirantes enrolladas sobre los horcates y los cabos finos de algodón para guiar a las mulas enrollados en ovillos muy bien hechos que también colgaban de los horcates; apoyado contra otro árbol cercano se hallaba un pesado arado plano para dos mulas, todo él cubierto con el mismo barro que estaba encerrando rápidamente a Boon y a Ned en respectivos moldes rígidos, y a su lado, y apoyada en él, una barra, también cubierta de barro; inmediatamente detrás, una cabaña nueva de dos habitaciones con un espacio abierto intermedio, en cuya galería estaba sentado un hombre, la silla inclinada sobre dos patas, descalzo, con los tirantes caídos, y los zapatones (también embarrados) pegados a la pared, junto a la silla. Y comprendí que allí, y no en Hurricane Creek, era donde (según Boon) el señor Wordwin y él habían tenido que pedir prestada la pala, que (según Boon) el señor Wordwin se había olvidado de devolver, y que podría igualmente haberse olvidado de pedir prestada, dado el nulo servicio que les prestó.

Ned también lo había visto. Primero miró con frío detenimiento el bache lleno de barro. Luego examinó las mulas ya preparadas, moviendo la cola para espantar a los mosquitos mientras nos esperaban.

—Vaya —dijo—; eso es lo que yo llamo una buena...

—Cierra el pico —dijo Boon con un susurro feroz—. Ni una palabra. No hagáis

el menor ruido —hablaba con una tensa furia controlada, apalancando el coche con su estaca embarrada y sacando el juego de poleas, el alambre espinoso, el hacha y la pala. Repitió tres veces Hijo de mala madre. Y luego me dijo a mí—: Tú también.

—¿Yo? —dije.

—Pero mira a esas mulas —dijo Ned—. Tienen incluso una cadena muy larga enganchada ya a esa barra...

—¿No me has oído decir que cierres el pico? —murmuró Boon con aquel feroz susurro suyo, bastante cortés—. Si no he hablado con suficiente claridad, perdóname. Lo que estoy tratando de decir es que te calles.

—Sólo que, ¿para qué demonios necesita ese arado plano? —preguntó Ned—. Y lleno de barro hasta el mango. Como si..., ¿vas a decirme que viene aquí con esa pareja y labra este sitio como si fuera una tierra de labranza para mantenerlo pantanoso? —Boon tenía en las manos, al mismo tiempo, la pala, el hacha y el juego de poleas. Por un momento temí que fuera a golpear a Ned con cualquiera de las tres cosas y quizá con las tres al mismo tiempo.

—¿Qué quieres que haga? —me apresuré a preguntarle a Boon.

—Sí —dijo Boon—. Vamos a tener que hacerlo entre todos. Tuve..., el señor Wordwin y yo tuvimos algunos problemas con él el año pasado; pero esta vez lo atravesaremos...

—¿Cuánto le pagasteis el año pasado para que os sacara? —preguntó Ned.

—Dos dólares —dijo Boon—. Así que más vale que te quites los pantalones, y también la camisa; este sitio está bien para...

—¿Dos dólares? —dijo Ned—. ¡Eso es mucho mejor que cultivar algodón! Hace la cosecha aquí mismo, sentado a la sombra, sin tener siquiera que moverse. Lo que yo quiero que me consiga el Jefe es un bache lleno de barro por donde pase mucha gente.

—Estupendo —dijo Boon—. Vas a aprender con éste —le dio a Ned el juego de poleas y el trozo de alambre espinoso—. Llévalo hasta aquel sauce, el grande, y sujétalo bien —Ned desenrolló la cuerda y llevó la rueda de la polea hasta el árbol. Yo me quité los zapatos y los pantalones y me metí en el barro. La sensación era agradable, fresca. Quizá Boon sintiera lo mismo. O quizá en su caso (también en el de Ned) fuese sólo alivio, saberse libre de no tener que perder más tiempo tratando de no mancharse. En cualquier caso, a partir de aquel momento hizo caso omiso del barro, acuclillándose en él, diciendo Hijo de mala madre con calma e ininterrumpidamente mientras manipulaba el otro trozo de alambre espinoso hasta formar un lazo en la parte delantera del automóvil para enganchar la polea—. Oye —me dijo—, será mejor que traigas parte de esa maleza —leyéndome el pensamiento una vez más: Tampoco yo sé cómo ha llegado hasta ahí. Quizá la amontone él mismo para que la gente la tenga a mano y descubra lo mucho que se merece los dos dólares.

De manera que coloqué la maleza, ramas, arbustos enteros, en el barro delante del coche, mientras Boon y Ned colocaban la cuerda en la polea y nos preparábamos, Ned y yo al final de la cuerda de la que había que tirar y Boon detrás del automóvil, una vez más con su recia estaca.

—Vuestra tarea es fácil —nos dijo—. Todo lo que tenéis que hacer es agarrar y sujetar cuando yo empuje. De acuerdo —dijo—. Manos a la obra.

Había algo de sueño en todo aquello. No una pesadilla; tan sólo un sueño: el marco pacífico, tranquilo, remoto, silvestre, casi primitivo, de cieno y fango, vegetación de jungla y calor, en donde las mulas mismas, agitando serenamente la cola y espantando la vida innumerable y hormigueante, infinitesimal e invisible, y que era el aire mismo en el que nos movíamos y respirábamos, no sólo no resultaban ajenas sino, de hecho, curiosamente apropiadas, por su condición de callejones sin salida biológicos y, por consiguiente, obsoletas ya antes de nacer; el automóvil: el costoso juguete mecánico perfectamente inútil, al que se compara, por poderío y fuerza, con docenas de caballos, y sin embargo convertido en impotente y desvalido en las garras casi infantiles de unos cuantos centímetros de alianza momentánea entre dos elementos humildes y pacíficos (tierra y agua), alianza que las más frágiles unidades de movimiento, producidas por los métodos más antiguos y ajenos a la mecánica, habían vencido por espacio de innumerables generaciones sin darse en realidad cuenta de ello; nosotros tres, bípedos idénticos y ahora irreconocibles bajo la capa de barro, empeñados con ella en un combate a vida o muerte, cuyo progreso —si lo había— era preciso medirlo en terribles centímetros, como se mide el avance de los glaciares. Y durante todo aquel tiempo, el dueño de las mulas seguía en su galería, recostado en la silla sostenida sobre dos patas, contemplándonos mientras Ned y yo luchábamos por cada centímetro de cuerda, cuerda que, con el tiempo, cada vez más resbaladiza, se nos escurría de las manos, mientras detrás del coche Boon forcejeaba como un demonio, titánico, metiendo la estaca bajo el automóvil y levantándolo y empujándolo hacia adelante; llegó un momento en que renunció, lanzó lejos la estaca y, agachándose, agarró el vehículo con las manos y de hecho consiguió que avanzara alrededor de medio metro, como si se tratara de una carretilla. Nadie podía soportarlo. Nadie debería tener que hacerlo. Finalmente lo dije. Dejé de tirar y dije, jadeando: «No. No podemos hacerlo. Sencillamente no podemos». Y Boon, con voz desfallecida, tan débil y tierna como el susurro del amor:

—En ese caso quítate de en medio o de lo contrario te arrollaré.

—No —dije. Regresé junto a él a trompicones, resbalando y zambulléndome—. No —dije—. Te vas a matar.

—No estoy cansado —dijo Boon con aquella voz frágil y seca—. Estoy empezando a cogerle el tranquilo. Pero tú y Ned podéis descansar un rato. Y mientras recobras el aliento, ¿qué tal si trajeras un poco más de maleza...?

—No —dije—. ¡No! ¡Ahí viene! ¿Lo quieres por testigo? —porque lo veíamos además de oírlo: el golpe de las pezuñas de las mulas al descender y el ruido como de succión al levantarlas, mientras elegían, melindrosas, el camino por el borde del bache, el ruido casi musical de las cadenas enrolladas, con el propietario montado en una y guiando a la otra, los zapatos juntos, atados por los cordones y colgados de uno de los horcates, sosteniendo la barra en equilibrio por delante de él, como los cazadores de búfalos de las películas llevaban el rifle; un hombre enteco, de más edad de lo que nos había parecido, de lo que a mí me había parecido, al menos.

—Buenos días, muchachos —dijo—. Parece que ya estáis listos para solicitar mis servicios. Qué tal, Jefferson —le dijo a Boon—. Así que conseguiste atravesarlo el verano pasado, después de todo.

—Eso parece —dijo Boon. Había cambiado, de manera instantánea y completa, como cuando se vuelve la página: el jugador de póker que acaba de ver cómo una mano al otro lado de la mesa recibe el segundo comodín—. También podríamos haber pasado esta vez si no criaran ustedes tanto barro por estas partes.

—No nos lo tome a mal —dijo el otro—. El barro es una de nuestras mejores cosechas.

—A dos dólares el bache, debería de ser la mejor —dijo Ned. El otro parpadeó un momento en su dirección.

—Es muy posible que no te falte razón —dijo—. Ten. Coge esta barra; pareces una persona que sabe en qué lado de una mula hay que engancharla.

—Agáchese y hágalo usted mismo —dijo Boon—. ¿Por qué, si no, le vamos a pagar dos dólares en calidad de experto? El año pasado lo hizo usted.

—Eso fue el año pasado —dijo el otro—. Chapotear en esta agua engancho cadenas me ha minado la salud y para provocarme un ataque de reumatismo basta con escupirme encima —de manera que no se movió. Se limitó a acercar las mulas y a darles la vuelta, una al lado de la otra, mientras Boon y Ned enganchaban las cadenas de los tirantes a los balancines y luego Boon se acuclillaba en el barro para sujetar la cadena al automóvil.

—¿Dónde quiere que la enganche? —preguntó Boon.

—A mí me da igual —dijo el otro—. Engánchala a cualquier parte de ese cacharro que quieras sacar del barro. Y si quieres que salga todo al mismo tiempo, te diría que la engancharas del eje. Pero antes volved a meter todas las palas y las cuerdas en el automóvil. No las vais a necesitar más, por lo menos aquí —de manera que Ned y yo hicimos lo que decía mientras Boon enganchaba la cadena, y los tres nos apartamos y miramos. No había duda de que era un experto, pero, por su manera de sacar el automóvil del barro, de mantener equilibrada la tensión sobre la barra con delicadeza de funámbulo, de poner el automóvil en movimiento y mantenerlo así, sin otra guía que una palabra de cuando en cuando por parte del hombre que montaba el

animal de la izquierda, y algún toque con la varita pelada que llevaba en la mano, puede decirse que también las mulas eran expertas; finalmente llegaron con el coche hasta donde ya el suelo era más tierra que agua.

—Ya está, Ned —dijo Boon—. Desengánchalo.

—Aún no —dijo el otro—. Hay un segundo bache justo antes del puente; y ése os lo voy a pasar sin que os cueste nada. No has estado por aquí desde hace un año —y a Ned le dijo—: Lo llamamos el bancal de reserva.

—Quiere usted decir el medio de Navidad —dijo Ned.

—Quizá sea eso —dijo el otro—. ¿En qué consiste?

Ned se lo explicó.

—Era lo que hacíamos en las tierras de McCaslin antes de la Rendición, cuando el viejo Lucius Quintus vivía aún, y lo que hace todavía el negro que trabaja para los Edmonds. Todas las primaveras se hacía una señal en un campo de la mejor tierra, siguiendo la línea divisoria entre dos hileras de plantas de algodón, y los tallos que quedaban entre esa línea y el extremo del campo pertenecían al fondo de Navidad, no para el dueño, sino para que los negros de McCaslin tuvieran su parte navideña de algodón. Eso es un medio de Navidad. Es muy posible que ustedes, los granjeros del barro, no hayan oído nunca hablar de ello —el otro se quedó un rato mirando a Ned. Y al cabo de un rato Ned dijo—: Ji, ji, ji.

—Eso está mejor —dijo el otro—. Por un minuto he pensado que tú y yo estábamos a punto de malinterpretarnos el uno al otro —dirigiéndose a Boon—: Quizá sea mejor que alguien conduzca.

—Sí —dijo Boon—. De acuerdo —me dijo. De manera que me senté al volante, barro incluido. Pero no nos movimos aún.

—Había olvidado mencionarlo, de manera que será mejor que lo haga ahora —dijo el otro—. Han subido los precios desde el año pasado. Ahora cuesta el doble.

—¿Por qué? —preguntó Boon—. Es el mismo coche y el mismo bache; que me aspen si no estoy casi seguro de que se trata del mismo barro.

—Eso era el año pasado. Ahora hay mucho más trabajo. Tanto que no he podido permitirme el lujo de no subir los precios.

—Está bien, maldita sea —dijo Boon—. Adelante —así que seguimos adelante, de manera ignominiosa, al ritmo de las mulas, hasta el siguiente bache, y salimos de él sin detenernos. Teníamos ya el puente delante de nosotros; más allá, se veía cómo la carretera llegaba hasta el límite de la depresión y a un sitio seguro.

—Ya se les han acabado los problemas —dijo el hombre de las mulas—. Hasta que regresen —Boon desenganchó la cadena mientras Ned soltaba los tirantes y devolvía la barra a su propietario.

—No vamos a volver por este camino —dijo Boon.

—Yo tampoco lo haría —dijo el otro. Boon regresó junto al último charco, se

lavó parte del barro que tenía en las manos, regresó y sacó cuatro dólares del billetero. El otro no hizo ademán de tomarlos.

—Son seis dólares —dijo.

—El año pasado fueron dos dólares —dijo Boon—. Usted ha dicho que ahora costaba el doble. El doble de dos es cuatro. De acuerdo. Aquí tiene cuatro dólares.

Cobraba a dólar por pasajero —dijo el otro—. El año pasado erais dos. Dos dólares. Ahora cuesta el doble. Sois tres. Eso hace seis dólares. Quizá prefieras volver andando a Jefferson en lugar de pagar dos dólares, pero puede que el chico y ese negro piensen de otra manera.

—Y quizá yo tampoco he subido —dijo Boon—. Supongamos que no le pago los seis dólares. Supongamos que no le pago nada.

—También puedes hacer eso —dijo el otro—. Estas mulas han tenido un día muy duro, pero calculo que todavía les quedan fuerzas para volver a dejar ese cacharro donde lo encontraron.

Pero Boon ya había abandonado, había renunciado, se había rendido.

—Maldita sea —dijo—, ¡este chico no es más que un niño! Seguro que en el caso de alguien que no es más que un niño...

—Quizá volver andando a Jefferson le resulte más llevadero —dijo el otro—. Pero no más corto.

—Está bien —dijo Boon—, pero ¿y ese otro? ¡Cuando se quite el barro ni siquiera será blanco!

El dueño de las mulas contempló el horizonte unos momentos. Luego miró a Boon.

—Hijo mío —respondió—, estas pobres mulas mías son daltónicas.

Boon nos había dicho que tan pronto como superásemos Hell Creek estaríamos en la civilización; trazó un cuadro en el que, a partir de allí, todas las carreteras estaban tan plagadas de automóviles como un perro de pulgas. Aunque quizá primero fuese necesario dejar muy atrás Hell Creek, como si se tratara del limbo o del olvido o, por lo menos, perderlo de vista por completo; quizá no nos hiciéramos dignos de la civilización hasta que nos quitásemos de encima el barro de Hell Creek. En cualquier caso, de momento aún no pasaba nada. El dueño de las mulas se embolsó los seis dólares y se alejó con sus animales y su aparejo; me fijé en que no volvía a la casita sino que se daba la vuelta, atravesaba el pantano y desaparecía, como si hubiera terminado su jornada laboral; también Ned se dio cuenta.

—No se mata a trabajar —dijo Ned—. No le hace falta. Ya se ha ganado seis dólares y ni siquiera es hora de almorzar.

—Por lo que a mí se refiere, sí que es hora —dijo Boon—. Trae también el almuerzo.

Así que cogimos la comida que nos había preparado la señorita Ballenbaugh, el juego de poleas, el hacha, la pala, los zapatos, los calcetines y mis pantalones (no podíamos hacer nada con el automóvil, aparte de que hubiera sido trabajar en balde; primero teníamos que llegar a Memphis, donde sin duda —al menos eso esperábamos— no encontraríamos ya más baches llenos de barro), volvimos con todo ello al río, lavamos las herramientas y enrollamos el juego de poleas. Tampoco se podía hacer mucho más con la ropa de Boon y de Ned, aunque Boon se metió vestido en el agua, se lavó y trató de convencer a Ned para que hiciera lo mismo, ya que él —Boon— llevaba una muda de ropa en la bolsa de mano. Pero Ned se limitó a quitarse la camisa y a ponerse de nuevo la chaqueta. Creo que ya te he hablado de su cartera, que más que llevarla cuando iba de viaje, formaba parte de su indumentaria, como pasa con los diplomáticos, que, en ocasiones, llevan todavía menos (menos de lo que Ned llevaba en la suya: la Biblia y dos cucharadas de whisky, el mejor del abuelo, probablemente).

Almorzamos —jamón y pollo frito y bollos y peras en compota hechas en casa y tarta y una jarra de suero de leche— y guardamos el equipo de emergencia con que teníamos que desafiar el barro (y que al final no había sido desafío sino humillante baladronada), medimos la gasolina que quedaba en el depósito —una precaución relacionada con el tiempo más que con la distancia— y seguimos adelante. Porque la suerte ya estaba echada; no nos paramos a sentir remordimientos ni pesar ni nos detuvimos a meditar sobre lo que podría haber sido; si al atravesar el Puente de Hierro y cambiar de distrito habíamos cruzado el Rubicón, cuando superamos Hell Creek alzamos la compuerta y prendimos fuego al puente. Y nos pareció que

habíamos ganado una suspensión de pena como recompensa por la invencible firmeza, o por la negativa a admitir la derrota cuando nos enfrentábamos con ella o ella se enfrentaba con nosotros. O quizá fuese que la Virtud se había rendido, dejando que la No-virtud nos cuidara y nutriera y mimara del modo a que nos habíamos hecho acreedores al aceptar la venta ya inevitable de nuestras almas.

La tierra misma parecía haber cambiado. Las granjas eran más grandes, más prósperas, con cercas mejor cerradas y las casas bien pintadas, incluidos los graneros; el aire mismo resultaba ciudadano. Finalmente llegamos a una carretera ancha que se extendía hasta muy lejos recta como una plomada, y en la que había señales de muchas ruedas. «¿Qué os había dicho? La carretera que lleva a Memphis», dijo Boon con tono triunfal, como si hubiéramos puesto en duda sus palabras o la hubiera inventado él para refutarnos; como si la hubiera creado, limpiándola de vegetación y nivelándola y alisándola con sus propias manos (añadiendo incluso las señales de las ruedas). Alcanzábamos con la vista a kilómetros de distancia, pero mucho más cerca se divisaba, creciendo rápidamente, una nube de polvo que tenía algo de portento, de promesa. Era indudablemente real, viajaba muy deprisa y su tamaño no tenía nada de despreciable; ni siquiera nos sorprendió que contuviera un automóvil; nos cruzamos, entremezclando nuestro polvo en una nube gigantesca a modo de columna, poste indicador levantado y destinado a cubrir la tierra con el presagio del futuro: las hormigas que van y vienen, la incurable comezón del pago aplazado; el inevitable destino mecanizado, motorizado de los Estados Unidos de América.

Y ya, grises de polvo desde la punta del pie hasta las cejas (en especial Boon, con la ropa todavía mojada), podíamos hacer tiempo, aunque no ir deprisa durante un rato; sin apagar el motor Boon se apeó y, con paso enérgico, dio la vuelta alrededor del coche, hasta llegar a donde yo estaba y me dijo con tono igualmente enérgico:

—Bien. Córrete. Ya sabes cómo se hace. Pero no creas que eres una locomotora de las que van a sesenta kilómetros por hora.

Así que conduje a través de la soleada tarde de mayo. Pero no pude verla, porque estaba demasiado ocupado, demasiado concentrado (de acuerdo, demasiado nervioso y orgulloso): la tarde del día del Señor, tarde de descanso; de algodón y maíz creciendo tranquilos, de mulas domingueras y ociosas en los pastos; de gente, todavía con la ropa de los días de fiesta, sentada en galerías o en patios umbrosos con un vaso de limonada o un plato con el helado que había sobrado del almuerzo. Luego también aumentamos la velocidad; Boon dijo: «Ahora vamos a pasar por algunos pueblos. Será mejor que me ponga yo al volante». Seguimos avanzando. Se multiplicaban los signos de civilización: tiendas rurales aisladas y caseríos en los cruces de caminos; apenas dejábamos uno atrás cuando ya aparecía otro; el comercio abundaba a nuestro alrededor, el aire era sin duda ciudadano, el mismo polvo que levantábamos y movíamos tenía sabor metropolitano al posársenos en la lengua y en las ventanillas de



la nariz; ni los niños ni los perros corrían ya hasta verjas y cercas para vernos ni lo habían hecho tampoco para ver los otros tres automóviles con que nos habíamos cruzado en los últimos veinte kilómetros.

Luego el campo desapareció por completo. Ya no había intervalos entre las casas, las tiendas y los almacenes; de repente tuvimos delante un bulevar muy ancho con árboles equidistantes a los lados y raíles en el centro; y, efectivamente, allí estaba el tranvía en persona, el cobrador y el maquinista bajando el trole trasero y alzando el de delante para cambiar de dirección y volver a la calle Mayor.

—Dos minutos para las cinco —dijo Boon—. Hace veintitrés horas y media estábamos en Jefferson, Mississippi<sup>[5]</sup>, a ciento veinte kilómetros. Un récord.

Yo había estado ya en Memphis (Ned también. Nos lo había dicho por la mañana; treinta minutos después nos lo probaría), pero siempre había hecho el viaje en tren, nunca de aquel modo: viendo cómo Memphis crecía, aumentaba; asimilándolo pausadamente como una cucharada de helado deshaciéndose en la boca. Nunca había pensado en ello excepto para dar por sentado que iríamos al hotel Gayoso, como mi familia —yo, por lo menos— había hecho siempre. De manera que no sé a quién le leyó esta vez el pensamiento Boon.

—Vamos a ir a una especie de pensión que conozco —dijo—. Te gustará. La semana pasada tuve carta de una de las ch... señoras de allí diciéndome que su sobrino había venido a visitarla, de manera que tendrás incluso alguien con quien jugar. La cocinera le encontrará también a Ned un sitio donde dormir.

—Ji, ji, ji —dijo Ned.

Además de los tranvías había abundancia de calesas, birlochos, faetones, cabriolés, al menos una victoria (los caballos poniendo un poco los ojos en blanco al vernos pero sin espantarse; era evidente que ya estaban acostumbrados a los automóviles), de manera que Boon no podía volver la cabeza para mirar a Ned, pero sí un ojo.

—¿Qué es exactamente lo que quieres decir con eso? —preguntó.

—Nada —dijo Ned—. Fíjate por dónde vas y no te preocupes de mí. No te preocupes de mí en absoluto. También yo tengo amigos aquí. Sólo tienes que decirme dónde estará el coche mañana por la mañana y allí estaré yo.

—Más te valdrá —dijo Boon—. Si es que quieres volver a Jefferson en él. Ni yo ni Lucius te invitamos a hacer este viaje, así que no eres responsabilidad mía ni suya. Por lo que a mí y a Jefferson se refiere, me importa un comino que vuelvas o que te quedes.

—Cuando volvamos con el automóvil a Jefferson y tengamos que mirar cara a cara al Jefe Priest y al señor Maury, ninguno vamos a tener tiempo de que le importe un comino quién ha vuelto y quién no —dijo Ned. Pero ya era tarde, demasiado tarde para seguir sacando a relucir aquello. De manera que Boon se limitó a decir:

—Está bien, está bien. Todo lo que he dicho es que si quieres estar de vuelta en Jefferson cuando empieces a no tener tiempo para que te importe un comino, mejor será que estés donde te vea cuando sea la hora de salir.

Nos estábamos acercando a la calle Mayor: los edificios altos, las tiendas, los hoteles: el Gaston (desaparecido ya), el Peabody (lo han cambiado de sitio) y el Gayoso, al que todos nosotros, los McCaslin-Edmonds-Priest, habíamos jurado fidelidad como si se tratara de un santuario familiar, porque nuestro remoto tío y primo, Theophilus McCaslin, padre del primo Ike, había formado parte del grupo de jinetes a los que, según la leyenda (es decir, leyenda para algunas personas, para nosotros, hecho histórico), el hermano del general Forrest condujo al galope hasta el vestíbulo mismo, casi capturando a un general yanki. Pero nosotros no llegamos tan lejos. Boon torció por una bocacalle, casi un callejón, con dos bares en la esquina y con casas que no parecían ni viejas ni nuevas, todo muy tranquilo, tan tranquilo como Jefferson mismo un domingo por la tarde. De hecho eso fue lo que dijo Boon.

—Tendrías que haberla visto anoche, ¡ya lo creo! Cualquier sábado por la noche. O incluso cualquier día de la semana cuando hay en la ciudad alguna asamblea de bomberos o de policías o se reúne una asociación benéfica o algo parecido.

—Quizá estén todos en la iglesia —dije.

—No —dijo Boon—. No creo. Imagino que estarán descansando.

—¿De qué? —pregunté yo.

—Ji, ji, ji —dijo Ned en el asiento de atrás. Evidentemente, lo estábamos comprobando, había estado antes en Memphis. Aunque, con toda probabilidad, ni siquiera el abuelo, que quizá supiera cuándo, estuviera enterado de con qué frecuencia. Y, date cuenta, yo sólo tenía once años. Esta vez, como la calle estaba vacía, Boon volvió la cabeza.

—Una más y te vas a enterar —le dijo a Ned.

—¿Una más de qué? —preguntó Ned—. Sólo te he pedido que me digas dónde va a estar este cacharro mañana por la mañana; ya me encargaré yo de estar sentado dentro cuando se vaya.

Así que Boon se lo dijo. Casi habíamos llegado: una casa que necesitaba más o menos la misma cantidad de pintura que las otras, rodeada por un patinillo sin hierba y, delante de la puerta principal, una especie de vestíbulo con enrejado, como la caseta de un pozo. Boon detuvo el coche junto a la acera. Ahora pudo volverse y mirar a Ned.

—Está bien —dijo—. Te cojo la palabra. Y más vale que tú cojas la mía. Mañana por la mañana al dar las ocho. Y hablo de la primera campanada, no de la última. Porque no estaré aquí para oírla.

Ned se estaba apeando ya, con la cartera y la camisa embarrada.

—¿No tienes bastantes problemas propios en la cabeza, sin tratar de cargar

también con los míos? —dijo—. Si tú puedes acabar lo que tienes que hacer aquí para las ocho de la mañana, ¿por qué crees que yo no? —después de dar unos pasos añadió, sin dejar de andar y sin volver la cabeza—: Ji, ji, ji.

—Vamos —dijo Boon—. La señorita Reba nos dejará que nos lavemos.

Bajamos del coche. Boon alargó el brazo hacia la parte de atrás, disponiéndose a coger el maletín, pero cambió de idea, dijo: «Sí, claro», se volvió hacia el salpicadero, retiró la llave de contacto, se la metió en el bolsillo, se dispuso de nuevo a coger el maletín, pero se detuvo, se sacó la llave del bolsillo y dijo:

—Ten. Guárdala tú. Quizá yo la deje en algún sitio y la pierda. Ponla en el bolsillo bueno para que no se caiga. Cúbrela con el pañuelo.

Cogí la llave, Boon extendió otra vez el brazo para coger el maletín, se detuvo de nuevo, miró deprisa por encima del hombro a la pensión, se volvió un poco de lado, se sacó el billetero del bolsillo de atrás, lo abrió sin apartárselo del cuerpo, sacó un billete de cinco dólares, se paró, luego sacó otro de un dólar, cerró el billetero y lo deslizó hacia mí por detrás del cuerpo, diciendo, sin hablar deprisa pero en voz muy baja:

—Guárdame también esto. Podría olvidármelo en algún sitio. Cuando necesitemos dinero, ya te diré lo que tienes que darme.

Porque yo no había estado nunca en una pensión; y no olvides que sólo tenía once años. Así que también me guardé el billetero en el bolsillo y Boon cogió el maletín, cruzamos la verja, subimos por el camino y llegamos al vestíbulo con el enrejado, donde estaba la puerta principal. Boon apenas había tocado la campanilla cuando oímos ruido de pies dentro.

—¿Qué te había dicho? —Boon habló muy deprisa—. Seguro que están todas mirando el automóvil desde detrás de la ventana.

Una negra joven abrió la puerta, pero antes de que pudiera abrir la boca, una blanca la apartó de un empujón; también era joven y bien parecida, pero con gesto duro, el pelo demasiado rojo y en las orejas dos de los diamantes de color amarillo más grandes que yo había visto nunca.

Maldita sea, Boon —dijo—. Tan pronto como Corrie recibió ayer ese despacho, le dije que te telegrafiara para que no trajeras a ese niño. Tengo otro desde hace una semana, y un demonio suelto es más que suficiente para cualquier casa y hasta para cualquier calle, si vamos a eso. O incluso para todo Memphis, con tal de que sea el que ya tenemos. Y no me mientas diciendo que no te llegó el mensaje.

—No lo he recibido —dijo Boon—. Seguro que nos marchamos de Jefferson antes de que llegara. ¿Qué quieres que haga con él, atarlo en el patio?

—Entrad —respondió ella. Se hizo a un lado para que pudiéramos pasar; tan pronto como estuvimos dentro, la criada cerró de nuevo la puerta. Entonces no supe por qué; quizá fuese la costumbre de Memphis, incluso cuando había gente en casa.

La entrada era como cualquier otra, con una escalera que llevaba al piso alto, aunque enseguida olí algo peculiar; toda la casa olía del mismo modo y era un olor que no conocía. No es que no me gustara; tan sólo me sorprendió. Quiero decir que tan pronto como lo olí, fue como si llevara toda la vida esperándolo. Creo que a uno sólo se le debe meter por las bravas, sin avisar, en algo, cuando se trata de una experiencia que muy bien pudieras pasarte el resto de tu vida sin tener que encontrar. Pero con una inevitable (sí, necesaria), es realmente una indecencia, por parte de las Circunstancias, del Destino, no prepararte primero, sobre todo si la preparación es tan sencilla como tener quince años. Ésa era la clase de olor que estaba notando. Nuestra anfitriona seguía aún en el uso de la palabra—: Sabes tan bien como yo que al señor Binford le parece fatal que los chicos usen las casas para las vacaciones; le oíste el verano pasado cuando Corrie trajo por primera vez a ese enano h.d.p. porque dice que no ve suficientes personas refinadas en esa granja de aparceros de Arkansas. Como dice el señor Binford, los tendremos aquí bien pronto, de todos modos, así que ¿para qué meterles prisa en lugar de esperar a que tengan un poco de pasta y sean capaces de gustarla? Y no digamos nada de los clientes, que vienen pensando que esto es un sitio serio y se encuentran en cambio con un condenado jardín de infancia —estábamos ya en el comedor, que tenía una pianola—. ¿Cómo se llama? —preguntó.

—Lucius —respondió Boon—. Presenta tus respetos a la señorita Reba —me dijo. Yo lo hice como lo hago siempre: supongo que como la madre del abuelo le enseñó a él, la abuela enseñó a mi padre y mi madre nos ha enseñado a nosotros; lo que Ned llamaba «arrastrar el pie». Cuando me erguí de nuevo, la señorita Reba me estaba mirando fijamente con una expresión muy curiosa.

—Que me aspen —dijo—. Minnie, ¿has visto eso? ¿Está la señorita Corrie...?

—Se está vistiendo lo más deprisa que puede —respondió la criada—. Y entonces fue cuando lo vi. Me refiero al diente de Minnie. Quiero decir que era así, o era por qué, yo, tú, la gente, todo el mundo, recordaba a Minnie. Lo cierto era que tenía unos dientes muy bonitos, como pequeñas lápidas alabastrinas muy iguales y cortadas a la misma altura, que destacaban sobre el cálido chocolate de su cara cuando sonreía o hablaba. Pero aún tenía algo más. El diente central derecho de arriba era de oro; en su rostro oscuro dominaba como una reina entre el resplandor blanco de los otros, dando incluso la sensación de brillar, de lanzar rayos como si dispusiera de un lento fuego interior o irradiación de más que oro, por lo que parecía hasta más grande que los dos diamantes amarillos de la señorita Reba. (Más adelante supe —no importa cómo— que se había hecho quitar el diente de oro para ponerse otro blanco, igual que los de todo el mundo; y lo lamenté. Pensaba que, si hubiera sido de su raza y hubiese tenido su edad, habría merecido la pena ser su marido sólo para ver todos los días aquel diente en acción al otro lado de la mesa; niño de once años, me parecía que la comida misma que masticase tenía que saber distinto, mejor.)

La señorita Reba se volvió de nuevo hacia Boon.

—¿Qué has estado haciendo? ¿Pelearte con un cerdo?

Nos encontramos un bache lleno de barro en la carretera. Hemos venido en coche. El automóvil está ahí fuera.

—Ya lo he visto —dijo la señorita Reba, que me estaba mirando—. Lucius —dijo, sin dirigirse a nadie—, es una lástima que no hayas llegado antes. Al señor Binford le gustan los chicos. Le siguen gustando incluso después de empezar a tener dudas, y esta última semana hubiera hecho dudar a cualquiera que no fuese una momia. Quiero decir que aún estaba dispuesto a dar otra oportunidad a Otis y llevarlo al zoo nada más almorzar. Lucius podría haber ido también. Aunque, por otra parte, quizá no. Si Otis sigue desaprovechando oportunidades a la misma velocidad que antes de que salieran de aquí, no creo que vuelva, con tal de que haya alguna manera de acercarlo lo bastante a la jaula para que lo alcance uno de los tigres o de los leones; y con tal de que a un león o a un tigre les interese Otis, cosa nada probable si hubieran pasado una semana con él en la misma casa —aún seguía mirándome—. Lucius —dijo de nuevo, sin dirigirse a nadie. Después se volvió hacia Minnie—: Sube y dile a todo el mundo que no se acerquen al cuarto de baño durante media hora. ¿Has traído más ropa? —le preguntó a Boon.

—Sí —dijo Boon.

—Entonces lávate y póntela; esta casa es un sitio decente, no una taberna de tres al cuarto. Que usen la habitación de Vera, Minnie. Vera se ha ido a Paducah a ver a su familia —le dijo a Boon, o quizá nos lo dijo a los dos—: A Otis le hemos puesto una cama en el ático. Lucius puede dormir con él esta noche...

Se oyó ruido de pasos en la escalera, luego en el vestíbulo y en la puerta. Esta vez era una muchacha grande. No estoy diciendo gorda: sólo grande, como Boon era grande, pero muchacha de todos modos, joven además, de pelo negro y ojos azules; al principio me pareció que no era guapa. Pero entró en la habitación mirándome ya y supe que no importaba la cara que tuviese.

—Hola, chiquilla —dijo Boon. Pero no le hizo ningún caso; la señorita Reba y ella no hacían más que mirarme.

—Ahora atiende bien —dijo la señorita Reba—. Lucius, ésta es la señorita Corrie. Yo le presenté mis respetos.

—¿Ves lo que quiero decir? —exclamó la señorita Reba—. Trajiste a ese sobrino tuyo a la caza de refinamiento. Pues ahí está, esperándole. No sabrá lo que significa, y menos aún por qué lo hace. Pero quizá Lucius pueda enseñarle a imitarlo. Está bien —le dijo a Boon—. Subid y adcentaos un poco.

—Quizá Corrie pueda venir a ayudarnos —dijo Boon. Le había cogido una mano a la señorita Corrie—. Hola, chiquilla —repitió.

—No mientras sigas teniendo ese aspecto de cazador furtivo y pobre de

solemnidad, todo en una pieza. Estoy decidida a que por lo menos los domingos esta puñetera casa tenga aspecto respetable.

Minnie nos enseñó dónde estaban la habitación y el baño en el piso de arriba, nos dio una pastilla de jabón y una toalla a cada uno y se marchó. Boon dejó el maletín sobre la cama, lo abrió y sacó una camisa limpia y el otro par de pantalones. Eran los pantalones de diario, pero los de los días festivos que llevaba puestos no podría volver a usarlos hasta que se los limpiaran, probablemente con nafta.

—¿Ves? Te lo dije. Hice todo lo que pude para que trajeras por lo menos una camisa limpia.

—No tengo la blusa manchada de barro —respondí.

—Pero tendrías que tener una limpia por principio y ponértela después de bañarte.

—No me voy a bañar —dije—. Me bañé ayer.

—También yo —dijo—. Pero ya has oído a la señorita Reba, ¿no es cierto?

—La he oído —respondí—. No he conocido ninguna señora en ningún sitio que no estuviera siempre convenciendo a alguien para darse un baño.

—Después de haberla tratado unas horas más, descubrirás que has ampliado tus conocimientos sobre las señoras: descubrirás que cuando te sugiera que hagas algo, es una buena idea hacerlo cuando aún estás decidiendo si lo vas a hacer o no —ya había sacado los otros pantalones y la camisa. No lleva mucho tiempo sacar un par de pantalones y una camisa de un maletín, pero Boon parecía tener problemas, sobre todo acerca de dónde colocarlos después de sacarlos, sin mirarme, inclinado sobre el maletín abierto, preocupado, con la camisa en la mano mientras decidía dónde poner los pantalones, luego dejando la camisa en la cama y cogiendo otra vez los pantalones para moverlos unos treinta centímetros, coger de nuevo la camisa y dejarla donde estaban antes los pantalones; a continuación se aclaró la garganta con fuerza, fue a la ventana, la abrió, se inclinó hacia el exterior, escupió, cerró la ventana, volvió junto a la cama, sin mirarme, y empezó a hablar muy alto, como alguien que sube el primero a tu cuarto la mañana de Navidad y te dice el regalo que vas a encontrar junto al árbol y que no es lo que pediste en la carta a san Nicolás:

—¿No es extraordinario lo mucho que una persona puede aprender y en qué poco tiempo, acerca de algo de lo que no sólo no sabía nada antes, sino que ni siquiera se le había ocurrido que fuese a querer saberlo, y menos aún que fuese a resultarle útil para lo que le queda de vida..., con tal de que lo conserve, de que no permita nunca que se le escape de las manos? Tú mismo, por ejemplo. Piensa un momento. No era más que ayer por la mañana, no han pasado siquiera dos días, y date cuenta de lo mucho que has aprendido: cómo conducir un automóvil, cómo llegar a Memphis a campo traviesa sin depender del ferrocarril, incluso cómo sacar un automóvil de un bache lleno de barro. De manera que cuando seas mayor y tengas un automóvil propio, no sólo sabrás ya cómo conducirlo, sino también la carretera para ir a

Memphis e incluso cómo sacarlo de un bache lleno de barro.

—El Jefe dice que cuando sea lo bastante mayor para tener automóvil, no habrá baches llenos de barro donde meterlo. Que todas las carreteras en todas partes serán tan lisas y firmes que los bancos podrán ejecutar las hipotecas y recuperar los automóviles, que llegarán incluso a caerse de viejos sin haber visto nunca un bache lleno de barro.

—Claro, claro —dijo Boon—, de acuerdo. Admitamos que no sea necesario saber cómo salir de un bache, pero por lo menos tú siempre sabrás cómo hacerlo. ¿Y por qué? Porque no habrás pasado a nadie ese conocimiento.

—¿Cómo podría hacerlo? —pregunté—. ¿Quién iba a querer saberlo si ya no hay baches llenos de barro?

—Está bien, está bien —dijo Boon—. Escúchame un momento, ¿quieres? No estoy hablando de baches llenos de barro. Estoy hablando de las cosas que una persona..., que un muchacho puede aprender y en las que ni siquiera había pensado antes, y que para siempre después, cuando las necesite, las tendrá ya. Porque aprendas lo que aprendas llegará alguna vez el día en que lo necesites o le encuentres algún uso..., con tal de que todavía lo tengas, con tal de que no hayas dejado que se te escape por casualidad o, peor aún, te desprendas de ello por descuido o simple y puramente por hacer un juicio erróneo. ¿Ves ahora lo que quiero decir? ¿Está claro?

—No lo sé —dijo. Debe de estarlo, porque de lo contrario no podrías seguir hablando de ello.

—De acuerdo —dijo—. Ése es el punto número uno. Pasemos al punto número dos. Tú y yo hemos sido buenos amigos desde que nos conocemos, estamos haciendo juntos un viaje muy agradable; ya has aprendido unas cuantas cosas que no habías visto ni oído antes, y estoy orgulloso de ser quien te acompaña y te ayuda a aprenderlas. Y esta noche vas a aprender algunas cosas más en las que tampoco creo que hayas pensado antes..., cosas e información y hechos que mucha gente de Jefferson y de otros sitios afirmarían que no eres aún lo bastante mayor para molestarte en conocerlas. Pero, caracoles, un chico que no sólo ha aprendido a conducir un automóvil, sino cómo llevarlo hasta Memphis y sacarlo incluso de un bache lleno de barro, que es como si fuera propiedad particular de ese hijo de mala madre, todo en el mismo día, es lo bastante mayor para enfrentarse con cualquier cosa que se le ponga por delante. Sólo que... —tuvo que toser una vez más, con fuerza, y aclararse la garganta y luego ir hasta la ventana, abrirla, escupir de nuevo y volver a cerrarla. A continuación regresó junto a la cama.

—Y ése es el punto número tres. Eso es lo que estoy tratando de hacerte ver. Todo lo que un h..., un t..., un muchacho ve y aprende y sobre lo que oye hablar, incluso aunque no lo entienda en el momento mismo y ni siquiera se imagine que le vaya a servir de algo saberlo, algún día podrá utilizarlo y lo necesitará, con tal de que

todavía lo conserve y no se lo haya dado a nadie. Y entonces agradecerá al cielo el buen amigo que lo ha sido desde que lo llevó a hombros todavía bebé por la caballeriza y que lo sostuvo sobre el primer caballo que montó, y que le avisó a tiempo para que no tirase y perdiese para siempre, por olvido o accidente o mala suerte, o quizá incluso por amistoso parloteo acerca de lo que no es asunto de nadie, y tan sólo suyo...

—Lo que quieres decir es que, cualquier cosa que vea en este viaje, no se lo cuente ni al Jefe, ni a mi padre, ni a mi madre, ni a la abuela cuando volvamos a casa. ¿No es eso?

—¿Verdad que estás de acuerdo? —dijo

Boon—. ¿No te parece que no es más que sentido común puro y simple y que no le importa a nadie excepto a ti y a mí? ¿No estás de acuerdo?

—Entonces, ¿por qué no has empezado por ahí y lo has dicho? —pregunté. Pero todavía se acordó de hacer que me bañara otra vez; el cuarto de baño olía incluso más. No quiero decir un olor más fuerte: sólo quiero decir más. Yo no sabía mucho sobre casas de huéspedes, de manera que quizá tuvieran un cuarto de baño sólo para señoras. Se lo pregunté a Boon; estábamos bajando las escaleras; empezaba a oscurecer y yo tenía hambre.

—Puedes estar bien seguro de que son señoras —dijo—. Y si te pilló descarándote con cualquiera de ellas...

—Lo que quiero decir es, ¿no hay ningún hombre que se aloje aquí? ¿Que viva aquí?

—No. Aquí propiamente no vive ningún hombre excepto el señor Binford, ni tampoco hay hospedaje propiamente tal. Pero reciben muchas visitas, gente que viene y que va después de la cena y todavía más tarde; ya lo verás. Por supuesto hoy se trata de un domingo por la noche, y el señor Binford es muy estricto con los domingos; ni bailes ni diversiones; tan sólo visitar a las amistades de cada uno de manera tranquila y cortés y sin perder demasiado tiempo, porque el señor Binford se ocupa de que se porten bien y decentemente mientras están aquí. A decir verdad, ésa es también en buena medida su política las noches de entre semana. Lo que me recuerda algo. Todo lo que tú tienes que hacer es mostrarte tranquilo y cortés y pasarlo bien y escuchar atentamente en el caso de que te diga algo en particular, porque nunca habla muy alto, y no le gusta tener que repetir las cosas. Por aquí. Seguro que están en el cuarto de la señorita Reba.

Allí estaban: la señorita Reba, la señorita Corrie, el señor Binford y Otis. La señorita Reba llevaba esta vez un vestido negro y tres diamantes más que también amarilleaban. El señor Binford era pequeño, el más pequeño del cuarto, a excepción de Otis y de mí. Llevaba un traje negro de domingo y gemelos de oro y una gran cadena de reloj también de oro y un denso bigote, y un bastón con el puño de oro y



sombrero hongo y un vaso de whisky en la mesa junto al brazo. Pero lo primero que notabas de él eran los ojos, porque antes de que te dieras cuenta ya te estaba mirando. Otis también llevaba ropa de domingo. Ni siquiera era tan grande como yo, pero había algo en él que estaba mal.

—Buenas noches, Boon —dijo el señor Binford.

—Buenas noches, señor Binford —dijo Boon—. Éste es un amigo mío, Lucius Priest.

Pero cuando le presenté mis respetos no dijo nada. Sólo dejó de mirarme.

—Reba —dijo—, invita a beber algo a Boon y a Corrie. Y dile a Minnie que les haga un poco de limonada a estos chicos.

—Minnie está preparando la cena —dijo la señorita Reba. Abrió la puerta del armario. Dentro tenía algo parecido a un bar: un anaquel con copas, otro con vasos—. Además, al de Corrie le apetece la limonada tan poco como a Boon. Quiere cerveza.

—Ya estoy al tanto —dijo el señor Binford—. Se me escabulló mientras estábamos en el parque. La hubiera conseguido, pero no encontró a nadie que entrara en el bar por él. ¿También el tuyo prefiere la cerveza, Boon?

—No, señor —dijo—. No bebo cerveza.

—¿Por qué? —dijo el señor Binford—. ¿No te gusta o es que no puedes conseguirla?

—No, señor —dijo—. Aún no tengo edad.

—¿Whisky, entonces? —dijo el señor Binford.

—No, señor —dijo—. No bebo nada. Se lo prometí a mi madre, a no ser que mi padre o el Jefe me invitaran.

—¿Quién es su jefe? —le preguntó el señor Binford a Boon.

—Quiere decir su abuelo —dijo Boon.

—Ah —dijo el señor Binford—. El propietario del automóvil. Entonces está claro que al Jefe nadie le prometió nada.

—No hace falta —dijo Boon—. Te dice lo que tienes que hacer y lo haces.

—Suena como si también tú lo llamaras Jefe —dijo el señor Binford—. A veces.

—Es cierto —dijo Boon. Eso era lo que quería decir, acerca del señor Binford: ya me estaba mirando, antes incluso de que me diera cuenta.

—Pero tu madre no está aquí —dijo—. Ahora te estás corriendo una juerga con Boon. A ciento treinta kilómetros de distancia, ¿no es eso?

—No, señor —dijo—. Se lo prometí.

—Ya veo —dijo el señor Binford—. Le prometiste que no beberías con Boon. Pero no que no irías de putas con él.

—Hijo de mala madre —dijo la señorita Reba. No sé cómo decirlo. Sin moverse, la señorita Corrie y ella saltaron, se pusieron en tensión, se confederaron, la señorita Reba con la botella de whisky en una mano y tres vasos en la otra.

—Ya está bien dijo el señor Binford.

—Y un cuerno —dijo la señorita Reba—. También te puedo echar a ti. No pienses que no lo haría. ¿Qué manera de hablar es ésa, maldita sea?

—¡Y tú también! —dijo la señorita Corrie, dirigiéndose a la señorita Reba—. ¡Hablas igual de mal! Delante de...

—He dicho que ya está bien —intervino el señor Binford—. A uno de ellos no le dejan y el otro no bebe cerveza, así que quizá los dos hayan venido en busca de refinamiento y educación. Digamos que ya han encontrado un poco. Acaban de aprender que puta e hijo de mala madre son dos palabras que hay que pensarse antes de apretar el gatillo, porque en los dos casos te puede salir el tiro por la culata.

—Vamos, señor Binford —dijo Boon.

—Caramba, que me aspen si no hay otro gorrino más en esta pocilga —dijo el señor Binford—. Y bien grande, además. Despierta, señorita Reba, antes de que estas personas se asfixien por falta de humedad —la señorita Reba sirvió el whisky, temblándole la mano lo suficiente para que la botella chocara contra el vaso, diciendo hijo de mala madre, hijo de mala madre, en un ronco susurro feroz—. Eso ya está mejor —dijo el señor Binford—. Tengamos paz. Bebamos por la paz —alzó el vaso y estaba diciendo—: Señoras y caballeros todos... —cuando alguien, supongo que Minnie, empezó a tocar una campanilla en la parte trasera de la casa. El señor Binford se puso en pie—. Eso todavía está mejor —dijo—. La hora del manduque. Nos va a enseñar a todos el refinamiento y la educación de que existe un uso mejor para la boca que airear con ella opiniones personales.

Nos encaminamos hacia el comedor, aunque sin prisa, dirigidos por el señor Binford. Se oyeron pies de nuevo, apresurándose; otras dos señoras, muchachas (es decir, una era todavía una muchacha), bajaban corriendo las escaleras, todavía abotonándose la ropa, una con un vestido rojo y la otra rosa, jadeando un poco.

—Hemos corrido todo lo que hemos podido —se apresuró a decirle al señor Binford una de ellas—. No llegamos tarde.

—Me alegro —dijo el señor Binford—. Hoy no me siento partidario de que haya retrasos.

Entramos en el comedor. Había sitio de sobra en la mesa, incluso contando con Otis y conmigo. Minnie aún estaba trayendo cosas de la cocina, todas frías, pollo frito y bollos y verduras que habían sobrado del almuerzo, excepto para el señor Binford. Su cena era caliente: no un plato, sino una fuente, situada a la cabecera de la mesa, con un enorme bistec cubierto de cebolla frita (¿Te das cuenta de que el señor Binford iba muy por delante de su época? Ya era republicano. No me refiero a republicano de 1905; no sé qué pensaba de la política de Tennessee, ni siquiera si tenía una opinión personal; me refiero a republicano de 1961. Más aún: era conservador. Me explico: un republicano es un hombre que ha hecho dinero; un liberal es alguien que lo

hereda; un demócrata es un liberal descalzo en una carrera a campo traviesa; un conservador es un republicano que ha aprendido a leer y a escribir). Nos sentamos todos, las dos recién llegadas también; había conocido a tanta gente nueva que ya no me enteraba de los nombres y había dejado de esforzarme; además, a aquellas dos nunca volví a verlas. Empezamos a comer. Quizá la razón de que el bistec del señor Binford oliera tan bien era que el resto de los alimentos ya habían soltado todo el olor que tenían a la hora del almuerzo. Luego, una de las señoras que acababan de llegar, la que no era muy joven, dijo:

—¿Hemos llegado, señor Binford? —y entonces la otra, la joven, también dejó de comer.

—¿Habéis llegado adónde? —preguntó el señor Binford.

—Ya sabe de qué hablamos —dijo, gritó la muchacha—. Señorita Reba —dijo—, usted sabe que lo hacemos lo mejor que podemos; no nos atrevemos a meter ruido; no tenemos música los domingos aunque la tengan en todos los otros sitios; siempre mandamos callar a nuestros clientes cada vez que quieren una pequeña diversión extra, pero si no estamos sentadas cuando él asoma la nariz por la puerta del comedor, el sábado que viene tenemos que echar veinticinco centavos en esa condenada caja...

—Son las reglas de la casa —dijo el señor Binford—. Una casa sin reglas no es una casa. El problema con vosotras las zorras es que tenéis que comportaros como señoras algunos ratos, pero no sabéis cómo hacerlo. Y yo os estoy enseñando.

—A mí no me hable usted así —dijo la de más edad.

—De acuerdo —dijo el señor Binford—. Le daremos la vuelta. El problema con vosotras las señoras es que no sabéis cuándo tenéis que dejar de comportaros como zorras.

La de más edad se había puesto de pie. También había algo en ella que estaba mal. No era que fuese vieja, como es vieja la abuela, porque no lo era. Lo que le sucedía era que estaba sola, que no debería tener que estar allí, sola, tener que aguantar todo aquello. No, tampoco era eso. Era que nadie debería tener que estar nunca tan solo: nadie, nunca.

—Lo siento, señorita Reba —dijo—. Voy a mudarme de casa. Hoy mismo.

—¿Dónde? —dijo el señor Binford—. ¿Te vas a ir con Birdie Watt, al otro lado de la calle? Quizá esta vez te deje que vuelvas con el baúl, a no ser que ya lo haya vendido.

—Señorita Reba —dijo la otra sin levantar la voz—. Señorita Reba.

—Está bien —dijo la señorita Reba con decisión—. Siéntate y cómete la cena; no vas a ningún sitio. Sí —dijo—; a mí también me gusta un poco de paz. Así que sólo voy a mencionar una cosa más, y luego vamos a zanjar este asunto de una vez por todas —ahora hablaba hacia la cabecera de la mesa, en dirección al señor Binford—.

¿Qué demonios te pasa? ¿Qué demonios ha pasado esta tarde para que estés de un humor tan condenado?

—Nada de lo que yo me haya dado cuenta —dijo el señor Binford.

—Eso es cierto —dijo Otis de repente—. Es verdad que no ha pasado nada. Ni siquiera corrió —hubo algo, como una diminuta chispa de electricidad; la señorita Reba se quedó con la boca abierta y el tenedor a mitad de camino. Yo no entendía aún lo que pasaba, pero todos los demás, sí, incluso Boon. Y un minuto después, también yo.

—¿Quién no corrió? —preguntó la señorita Reba.

—El caballo —dijo Otis—. El caballo y la calesa por los que apostamos en la carrera. ¿Verdad que no corrieron, señor Binford? —ahora el silencio no fue solamente eléctrico, sino conmocionado, electrocutado. Acuérdate de que te dije que había algo de Otis que estaba mal. Aunque no pensé que fuera exactamente aquello o, al menos, que fuese todo. Pero la señorita Reba todavía peleaba. Porque las mujeres son maravillosas. Aguantan cualquier cosa; son lo bastante prudentes para saber que todo lo que se tiene que hacer con el dolor y el sufrimiento es sencillamente atravesarlos y salir por el otro lado. Creo que son capaces de hacerlo porque no sólo se niegan a ennoblecer el dolor corporal tomándose lo en serio, sino porque ni siquiera les avergüenza la idea de quedar fuera de combate. Tampoco se rindió, ni siquiera entonces.

—¿Una carrera de caballos? —preguntó—. ¿En el zoo? ¿En Overton Park?

—No era Overton Park —dijo Otis—. Era el sitio donde hacen las carreras. Nos encontramos con un tipo en el tranvía que sabía qué caballo y qué calesa iban a ganar, e hizo que cambiáramos de idea sobre ir a Overton Park. Sólo que no ganaron, ¿verdad que no, señor Binford? Pero de todos modos no perdimos tanto como el otro, ni siquiera llegamos a los cuarenta dólares, porque el señor Binford me dio veinticinco centavos para que no lo contara, de manera que todo lo que perdimos fueron treinta y nueve dólares con setenta y cinco centavos. Aunque, además de eso, también yo me quedé sin los veinticinco centavos en el lío con la cerveza del que hablaba el señor Binford. ¿No es verdad, señor Binford? —luego el silencio se prolongó un poco más. Un silencio lleno de calma.

—Hijo de mala madre —dijo después la señorita Reba. Luego añadió—: Termina primero el bistec, si quieres —y el señor Binford tampoco era una persona que se rindiera fácilmente. También tenía su orgullo: no daba cuartel ni lo aceptaba, como un gallo de pelea. Cruzó pulcramente y sin prisa el tenedor y el cuchillo sobre el bistec que apenas había empezado a cortar; incluso dobló la servilleta, volvió a meterla en el servilletero, se levantó y dijo:

—Serán tan amables de disculparme todos ustedes —y se fue, sin mirar a nadie, ni siquiera a Otis.

—Cielo santo —dijo la más joven de las dos que habían llegado las últimas, la que todavía era una muchacha; entonces vi a Minnie en la puerta de la cocina, abierta a medias—. ¿Quién iba a decirlo?

—Idos al infierno con viento fresco —le dijo la señorita Reba a la chica—. Las dos —la chica y la mujer se levantaron muy deprisa.

—¿Quiere decir..., marcharnos? —preguntó la muchacha.

—No —dijo la señorita Corrie—. Sólo que salgáis de aquí. Si no esperáis a nadie en los próximos minutos, ¿por qué no os dais una vuelta a la manzana o algo parecido? —tampoco ellas perdieron el tiempo. La señorita Corrie se puso en pie—. Tú también —le dijo a Otis—. Sube a tu cuarto y quédate allí.

—Tendrá que pasar por delante de la puerta de la señorita Reba para llegar allí —dijo Boon—. ¿Te has olvidado de esos veinticinco centavos?

—Han sido más de veinticinco centavos —dijo Otis—. Estaban los ochenta y cinco que saqué dando al manubrio de la pianola para que bailaran el sábado por la noche. Cuando se enteró de lo de la cerveza, también me los quitó —pero la señorita Reba se lo quedó mirando.

—Así que lo has vendido por ochenta y cinco centavos —dijo.

—Vete a la cocina —le dijo la señorita Corrie a Otis—. Déjale que vuelva ahí, Minnie.

—Está bien —dijo Minnie—. Trataré de que no abra la nevera. Pero es demasiado rápido para mí.

—Qué demonios, déjalo que se quede aquí —dijo la señorita Reba—. Ya es demasiado tarde. Habría que haberlo mandado a algún otro sitio antes incluso de que se apeara de ese tren de Arkansas la semana pasada —la señorita Corrie se sentó en la silla que estaba junto a la de la señorita Reba.

—¿Por qué no vas y lo ayudas a hacer la maleta? —dijo, muy amablemente.

—¿A quién demonios estás acusando? —dijo la señorita Reba—. Le confiaría hasta el último céntimo que tengo. Excepto por esos condenados caballos que Dios confunda —se levantó de repente, con aquel cuerpo suyo tan elegante, el rostro, bien parecido aunque un poco duro, y aquel cabello que era demasiado rojo—. ¿Por qué demonios no me las puedo arreglar sin él? —dijo—. ¿Por qué demonios no?

—Vamos, vamos —dijo la señorita Corrie—. Necesitas un trago. Dale las llaves a Minnie... No, no puede ir a tu cuarto todavía...

—Se ha ido ya —dijo Minnie—. He oído la puerta principal. No necesita mucho tiempo. Siempre tarda poco.

—Tiene mucha razón —dijo la señorita Reba—. Minnie y yo ya hemos pasado antes por esto, ¿no es cierto, Minnie? —se sentó después de darle las llaves a Minnie, que salió y regresó con una botella de ginebra, y todos se tomaron una copa, Minnie incluida (aunque se negaba a beber en compañía de tantos blancos, de manera que se

llevaba la copa a la cocina y un momento después la devolvía vacía), excepto Otis y yo. Y así fue como supe lo del señor Binford.

Era el casero. Ése era su título y designación oficial, aunque no constara por escrito en ninguna parte. Todos los establecimientos, todas las casas como aquélla, tenían uno, era necesario que lo tuvieran. En el mundo exterior que era lo bastante afortunado para no tener que ganarse la vida de aquella manera tan dura, tan sin esperanza y tan autodestructora, la función del señor Binford tenía otro nombre, más cruel y despectivo. Pero allí, en lo que no llegaba siquiera a simple hogar de mujeres, en lo que no pasaba de nido de histeria, el varón solitario no sólo era señor, sino el catalizador a quien nadie daba las gracias y todos miraban mal, el único frágil poder, revestido con la necesaria aura de respetabilidad para introducir el orden suficiente en la histeria de manera que el grupo siguiera siendo solvente, o por lo menos siguiera comiendo; era el agente que contaba el dinero y guardaba los comprobantes de haber pagado los impuestos y los recibos del agua y del gas, el que se entendía con los proveedores, desde los que traían las bebidas alcohólicas, pasando por tenderos de ultramarinos y carboneros, hasta los fontaneros que derretían el hielo de las tuberías en invierno y hasta la mano de obra no profesional que limpiaba las chimeneas y las alcantarillas y quitaba las malas hierbas del patio; suya era la mano que pagaba el chantaje de los representantes de la justicia; suya la voz que luchaba las batallas perdidas con el recaudador de la contribución y el de las tasas del ayuntamiento, así como el que insultaba al repartidor de los periódicos al día siguiente de que no llegara el diario. Y, en aquella sociedad, el señor Binford era, de todos ellos (me refiero a los caseros), el príncipe y el modelo: un hombre con estilo y presencia y modales e ideales; incorruptible en sus principios, moralmente impecable, más fiel que muchos esposos durante los cinco años completos que había sido el amante de la señorita Reba: cuyo solo y único vicio eran los caballos de carreras como objeto de apuestas. Eso era incapaz de resistirlo; lo reconocía como flaqueza y luchaba contra ello. Pero siempre, al grito de «¡Ya han salido!», era como masilla en las manos de cualquier desconocido que dispusiera de un dólar para hacer una apuesta.

—Lo sabía perfectamente —dijo Minnie—. Se avergonzaba de sí mismo y le daba vergüenza ser tan débil, le daba vergüenza que hubiera algo más grande que él, descubrir que no era más grande que cualquier cosa que pudiera encontrar, prescindiendo de dónde o qué, aunque en el exterior las personas que no lo conocían pensaran que no era más que un gallo presumido. De manera que nos lo prometía y lo hacía de verdad, como aquella vez hace dos años, cuando al final hubo que echarlo. Usted se acuerda de lo mucho que tuvimos que trabajar para que volviera —le dijo a la señorita Reba.

—Me acuerdo muy bien —dijo la señorita Reba—. Sirve otra ronda.

—No sé cómo se las va a arreglar —dijo Minnie—. Porque cuando se marcha, no

se lleva más ropa que la puesta, porque todo se ha pagado con dinero de la señorita Reba. Pero no pasarán más de dos días antes de que aparezca en la puerta un mensajero que traerá hasta el último centavo de esos cuarenta dólares...

—Querrás decir treinta y nueve con setenta y cinco —la interrumpió Boon.

—No —dijo Minnie—. Todos y cada uno de los cuarenta dólares, incluidos esos veinticinco centavos, eran de la señorita Reba. No se contentará con menos. Luego la señorita Reba mandará por él y no vendrá; el año pasado, cuando por fin lo encontramos, estaba trabajando con una cuadrilla que tendía el alcantarillado más allá de la estación de San Francisco, y la señorita tuvo que suplicarle de rodillas que volviera...

—Vamos —dijo la señorita Reba—. Deja de darle a la sin hueso el tiempo suficiente para servir la ginebra, si no lo tienes a mal —Minnie empezó a servir. Luego se detuvo, la botella suspendida en el aire.

—¿Qué son esos gritos? —preguntó. Enseguida lo oímos todos: un débil vociferar que llegaba de algún sitio desde detrás de la casa.

—Ve a ver —dijo la señorita Reba—. Vamos, dame la botella —Minnie se la dio y volvió a la cocina. La señorita Reba se sirvió y pasó la botella.

—Ahora es dos años mayor —dijo la señorita Corrie—. Tendrá más sentido común...

—¿Para qué lo está reservando? —preguntó la señorita Reba—. Vamos. Pásala. Minnie regresó de la cocina.

—Hay un hombre en el patio de atrás, junto a la pared de la casa, gritando señor Boon Hogganbeck. Tiene algo grande con él.

Corrimos, detrás de Boon, atravesando la cocina, hasta salir al porche de atrás. La nebrura era total; la luna no estaba lo bastante alta para iluminar nada. En medio del patio trasero había dos cosas oscuras, una pequeña y otra grande; la pequeña gritaba «¡Boon Hogganbeck! ¡Señor Boon Hogganbeck! Oiga. Oiga» hacia las ventanas de arriba, hasta que Boon pudo con él a fuerza de simple volumen.

—¡Cállate! ¡Cállate!

Era Ned. Al lado tenía un caballo.

Estábamos todos en la cocina.

—Dios todopoderoso —dijo Boon—, ¿has cambiado el automóvil del Jefe por un *caballo*?

Tuvo incluso que decirlo dos veces, porque Ned seguía mirando el diente de Minnie. Quiero decir que estaba esperando para verlo de nuevo. Quizá la señorita Reba le había preguntado algo a Minnie, o esta última había hablado por propia iniciativa. Lo que recuerdo es el lujoso destello momentáneo del oro en el centro de lo que fuera que Minnie dijo, con la luz eléctrica de la cocina, como si el diente mismo hubiera adquirido un nuevo brillo, palidez, por la luz más suave de la lámpara en la oscuridad exterior, como había sucedido con los ojos del caballo: recuerdo eso y su efecto en Ned.

Lo había parado en seco en aquel momento, en aquel instante, convertido en estatua de sal. Lo mismo me pasó a mí la primera vez, de manera que supe lo que Ned estaba sintiendo. Sólo que en su caso era más intenso. Porque también de eso, aunque vagamente, me daba cuenta, incluso a los once años: que me separaba una distancia demasiado grande, no sólo por motivos de raza sino de edad, para sentir lo que Ned sentía; en mi caso sólo se trataba de sorpresa, asombro y complacencia; pero no podía, como Ned, participar en aquel diente. Allí, en la secular batalla de los sexos, había un enemigo digno de su acero; en la antigua solidaridad mística de la raza, había una suma sacerdotisa por quien merecía la pena morir, si tan grande era la capacidad personal de devoción: lo que, como quedó enseguida patente, no era lo que Ned se proponía hacer (al menos lo que esperaba hacer) con Minnie. De manera que Boon tuvo que repetir la pregunta para que Ned le oyera o, por lo menos, advirtiera su presencia.

—Sabes tan bien como yo —dijo Ned— que al Jefe no le interesan los automóviles. Compró esa cosa porque tenía que hacerlo, porque el coronel Sartoris le obligó. Tenía que comprar el automóvil para volver a ponerlo en el sitio que le correspondía. Lo que al Jefe le gusta es un *caballo*, y no me refiero a esos pencos de tiro con muchas pretensiones que el señor Maury y tú tenéis en la caballeriza, sino a un *caballo*. Y le he conseguido uno. En el momento en que lo vea, va a decir al instante te quedo muy agradecido por estar donde has podido conseguírmelo antes de que otro se lo llevara... —era como un sueño, como una pesadilla; sabes que lo es, y que te bastará tocar algo consistente, real, presente, intacto, para despertar; Boon y yo pensamos lo mismo al mismo tiempo: yo me moví más deprisa, sencillamente porque había menos de mí que poner en movimiento. Ned nos detuvo; supo lo que pensábamos los dos—. No hace falta que vayáis a mirar —dijo—. Ya ha venido y se lo ha llevado —Boon, inmovilizado a media zancada, me miró con ira, compartiendo



los dos la misma horrorizada incredulidad mientras yo me hurgaba en el bolsillo. Pero la llave del arranque seguía allí—. Claro que sí —dijo Ned—. No le hizo ninguna falta. Es un experto. Me aseguró que sabía cómo meter la mano por detrás y ponerlo en marcha. Y así lo hizo. Yo tampoco me lo creía hasta que le vi hacerlo. No le causó el menor problema. Incluso nos ha regalado el ronzal junto con el caballo...

Nosotros (Boon y yo), sin correr, pero suficientemente deprisa, fuimos hacia la puerta principal, y también las señoritas Reba y Corrie. El automóvil había desaparecido. Entonces me di cuenta de que las señoritas Reba y Corrie también estaban allí, y que ninguna de las dos había dicho nada, que no habían manifestado ni sorpresa ni susto; veían y escuchaban, sin perderse nada pero sin decir tampoco nada, como si pertenecieran a una sociedad, especie, diferente y separada, ajena a Boon y a mí y a Ned y al automóvil del abuelo y al caballo (de quien quiera que fuese) y no tuvieran otro interés en nosotros y lo que hacíamos que pasar el rato; y me acordé de que aquélla era exactamente la manera en que mi madre nos miraba a mí y a mis hermanos y a cualquier chico del barrio que participara en nuestros juegos, sin perderse nada, muy constante y segura, incluso cordial, alegre y amable, pero aparte, hasta el momento en que se planteaba la necesidad de abolir la manzana de la discordia y (si hacía falta) restañar la consiguiente efusión de sangre.

Volvimos a la cocina, donde habíamos dejado a Ned y a Minnie.

—... el dinero del que hablas, hermosura, lo tengo ya o lo puedo conseguir. Deja que meta el caballo en la cuadra y le dé de comer y tú y yo vamos a salir y a dejar que ese diente tuyo lance su brillo junto a algo lo bastante bueno para estar a su altura, como un plato de anguila o quizá de lomo de cerdo, si es que ese diente prefiere la carne de cerdo...

—Está bien —dijo Boon—. Ve a por el caballo. ¿Dónde vive ese hombre?

—¿Qué hombre? —dijo Ned—. ¿Para qué lo quieres?

—Para que devuelva el automóvil del Jefe. Después decidiré si te meto en la cárcel aquí o te llevo a Jefferson y le dejo esa diversión al Jefe.

—¿Quieres dejar de hablar un minuto y escucharme? —dijo Ned—. Claro que sé dónde vive: ¿no acabo de cambiarle un caballo esta noche misma? Déjalo tranquilo. Todavía no lo necesitamos. Sólo nos hará falta después de la carrera. Porque no sólo tenemos el caballo: nos ha regalado además la carrera. Hay un tipo en Possum que tiene un caballo y en este momento mismo está esperando para correr contra el nuestro tan pronto como lleguemos allí. En el caso de que ustedes, señoras, no sepan dónde está Possum, es el sitio por donde llega el ferrocarril de Jefferson y se cruza con el de Memphis, y donde hay que cambiar de vagón a no ser que se venga en automóvil como hemos hecho nosotros...

—Muy bien —dijo Boon—. Un tipo de Possum...

—Ah —dijo la señorita Reba—. Parsham.

—Precisamente —dijo Ned—. Donde hacen el concurso de los perdigueros. Está ahí al lado... Tiene un caballo que ya ha corrido con éste una carrera de tres mangas, cincuenta dólares la manga, el que gana se lo lleva todo. Pero eso no es nada: eso no son más que ciento cincuenta dólares. Lo que haremos será recuperar el automóvil.

—¿Cómo? —preguntó Boon—. ¿Cómo demonios vas a usar ese caballo para que un tipo te devuelva el automóvil por el que ya te ha dado el caballo?

—Porque ese tipo no cree que nuestro caballo sepa correr. ¿Por qué crees que me lo ha cambiado por un automóvil? ¿Por qué no se queda con el caballo y gana el automóvil, si es que quiere uno, y tiene así las dos cosas, el caballo y además el automóvil?

—Te dejo que me lo expliques —le respondió Boon—. ¿Por qué?

—Te lo acabo de decir. A este caballo le ha ganado ya dos veces el de Possum porque no ha habido nunca nadie que supiera cómo hacerle correr. De manera que el tipo creerá que si el caballo no ha corrido las otras dos veces, tampoco correrá ésta. Así que todo lo que tenemos que hacer es apostarle el caballo contra el automóvil del Jefe. Cosa que hará con mucho gusto, porque, naturalmente, no le importará quedarse otra vez con el caballo, siempre que siga teniendo el automóvil, sobre todo si no corre otro riesgo que ponerse a esperar en la línea de meta hasta que finalmente llegue el caballo a un sitio donde pueda cogerlo, atarlo detrás del automóvil y volverse con él a Memphis...

—Jesús —dijo la señorita Reba. Era la primera vez que hablaba.

—... porque no se cree que yo pueda hacer correr a ese caballo. Pero a no ser que me haya anquilosado en mi oficio y haya cometido una equivocación, cosa que no me consta, tampoco está tan convencido como para no ir a Possum pasado mañana para comprobarlo. Y si no eres capaz de conseguir entre estas señoras aquí presentes suficiente dinero extra para interesarle de verdad en que apueste ese automóvil, sería mejor que no le hubieras echado la vista encima al Jefe Priest en toda tu vida. Habría hecho falta un hombre más valiente que yo para ir sin más y devolverle el automóvil. Pero quizá ese caballo te salve. Porque en el momento en que le he puesto los ojos encima a ese caballo, me he acordado...

—Jii, jii, jii —hizo Boon, en áspera y salvaje parodia—. Das el automóvil del Jefe por un caballo incapaz de correr, y ahora te preparas a devolverle el caballo con tal de que yo reúna el dinero suficiente para que le interese apostar...

—Déjame acabar —dijo Ned. Boon se calló—. ¿Me vas a dejar que acabe?

—Acaba pues —dijo Boon—. Y hazlo de...

—... me he acordado de un mulo que tuve —dijo Ned. Se quedaron los dos callados, mirándose; y todos los demás tampoco los perdíamos de vista. Al cabo de un momento Ned dijo, suavemente, con entonación casi soñadora—: Estas señoras no tuvieron ocasión de conocer a aquel mulo. Cosa lógica, siendo como son unas señoras

tan jóvenes, aparte de lo lejos que están del distrito de Yoknapatawpha. Es una lástima que el Jefe o el señor Maury no estén aquí para hablarles de él.

Podría haberlo hecho yo. Porque aquel mulo era una de las leyendas familiares. Su historia se remontaba a cuando mi padre y Ned eran jóvenes, a antes de que el abuelo se trasladara desde McCaslin a Jefferson para convertirse en banquero. Un día, cuando el primo McCaslin (el tío del primo Zack) estaba ausente, Ned apareó el borrico de la granja y la yegua de la pareja conjuntada que tiraba del coche. Cuando se agotó el consiguiente alboroto y parió la yegua, el primo McCaslin hizo que Ned le comprara el mulo quitándole todas las semanas diez centavos del sueldo. Ned tardó tres años en pagarlo, pero para entonces había vencido a todos los machos de veinte a treinta kilómetros a la redonda que se le habían enfrentado, ya le llegaban desafíos desde cincuenta y sesenta kilómetros y aún seguía ganando.

Tú has nacido demasiado tarde para saber de mulas y entender por tanto el contenido sorprendente, incluso desconcertante, de esta afirmación. Una mula que galope, aunque sólo sea una vez, por espacio de un kilómetro en la dirección elegida por su jinete se convierte en una leyenda local; y una que lo haga de manera sistemática se convierte en un fenómeno increíble. Porque, a diferencia del caballo, una mula es demasiado inteligente para partirse el pecho por la gloria de correr en torno al borde de un óvalo de una milla de perímetro. A decir verdad, a la mula sólo la pongo por detrás de la rata en inteligencia, la mula seguida en orden descendente por el gato, el perro y el último el caballo, con tal de que, por supuesto, aceptes mi definición de inteligencia como la habilidad para adaptarse al entorno, lo que significa aceptar el entorno aunque conservando un mínimo de libertad personal.

Coloco primero a la rata sin el menor género de dudas. Vive en tu casa sin ayudarte ni a comprarla, ni a construirla, ni a repararla, ni a pagar la contribución; come lo que tú comes sin ayudarte ni a cultivarlo, ni a comprarlo y ni siquiera a meterlo dentro de casa; no te puedes librar de ella; si no fuera porque practica el canibalismo hace mucho tiempo que habría heredado la tierra. El gato viene en tercer lugar, con algunas de las mismas cualidades, aunque se trata de una criatura más débil, más enclenque; ni siembra ni teje; es un parásito tuyo, pero no te quiere; morirá, cesará de existir, desaparecerá de la tierra (me refiero a las especies llamadas domésticas), pero hasta el momento no ha tenido que hacerlo. (Existe una fábula, china según creo, estoy seguro de que literaria, en la que se habla de un periodo remoto en el que las criaturas dominantes eran gatos, los cuales, después de milenios de tratar de resolver las angustias de la mortalidad —hambruna, peste, guerra, injusticia, locura, avaricia—, de llegar, en una palabra, al gobierno civilizado, reunieron en un congreso a los más sabios entre los gatos filósofos para ver si se podía hacer algo; y en ese congreso, después de largas deliberaciones, se llegó a la conclusión de que el dilema, los problemas mismos, eran insolubles y que la única

solución práctica consistiría en renunciar, abandonar, abdicar, mediante la selección, entre las criaturas inferiores, de una especie, de una raza lo bastante optimista como para creer que el problema moral podía resolverse, y lo bastante ignorante para no salir nunca de su error. No otra es la razón de que el gato viva contigo y dependa completamente de ti para la comida y la habitación, pero no levante una zarpa para ayudarte, ni tampoco te quiera; en una palabra, de que te mire como te mira.)

Al perro lo pongo en cuarto lugar. Es valeroso, fiel, monógamo en su devoción; también parásito tuyo; su fallo (al compararlo con el gato) es que trabaja para ti, quiero decir que lo hace de buena gana, que es feliz, que aprenderá cualquier truco, sin importarle lo estúpido que sea, sólo para agradarte, por una palmadita en la cabeza; tan buen parásito y tan de primera clase como el que más, pero su fallo es que es un adulator, convencido de que tiene además que demostrar su gratitud; degradará y violará su dignidad para que te diviertas; te hará fiestas en respuesta a una patada, dará la vida por ti en el combate y se dejará morir de hambre sobre tus huesos. Al caballo lo sitúo en último lugar. Una criatura capaz únicamente de una idea a la vez y cuyas cualidades más destacadas son la timidez y el miedo. Hasta un niño lo puede engañar o engatusar para que se rompa las patas, o incluso el corazón, corriendo demasiado a demasiada velocidad o saltando cosas demasiado anchas o difíciles o altas; comerá hasta reventar si no se le vigila como a un bebé; si tuviera sólo un gramo de la inteligencia que posee la rata menos despierta, sería el jinete.

A la mula la sitúo en segundo lugar, y no en primero, porque puedes hacer que trabaje para ti, aunque sólo sea dentro de las reglas muy estrictas que ella misma se impone. Nunca come demasiado. Tirará de un carro o de un arado, pero no participará en una carrera. No tratará de saltar nada que no sepa de antemano y con toda certeza que puede saltar; no entrará en ningún sitio si no sabe lo que hay al otro lado; trabajará pacientemente para ti durante diez años en espera de que se presente la ocasión de darte una coza. En pocas palabras, libre de obligaciones hacia sus antepasados y de responsabilidades con la posteridad, ha conquistado no sólo la vida sino también la muerte, por lo que es inmortal; si hoy desapareciese de la tierra, la misma combinación biológica casual que la produjo ayer, volvería a producirla dentro de mil años, inalterada, idéntica, todavía incorregible dentro de las limitaciones que ella misma ha puesto a prueba y comprobado; siempre libre, siempre arreglándoselas. Razón por la que el macho de Ned era único, un verdadero fenómeno. Si se pone a una docena de mulas en un hipódromo, al dar la señal para que empiece la carrera, saldrán en doce direcciones diferentes, como huyen los insectos asustados sobre la superficie de un estanque; de esas doce direcciones, la que por casualidad coincida con la de la pista ganará inevitablemente.

Pero no así el mulo de Ned. Mi padre decía que corría como un caballo, pero sin el frenético frenesí del caballo, los respingos y los titubeos y los asustados y

desgarradores estallidos de velocidad. El mulo de Ned corría una carrera como quien hace un trabajo: alcanzaba lo que ya había calculado que sería la velocidad necesaria bajo el toque de Ned (o atendiendo a su voz o la que fuera su señal), y esa velocidad no se modificaba hasta que cruzaba la meta y Ned lo detenía. Y nadie, ni siquiera mi padre (que era..., no el mozo de cuadra de Ned, exactamente, sino, más bien, su lugarteniente y agente de apuestas), supo nunca qué era exactamente lo que Ned hacía con él. Como es lógico, también la leyenda creció y se amplió (sin perjudicar en absoluto a la caballeriza). Me refiero precisamente a saber qué clase de magia Ned había descubierto o inventado para hacer que aquel mulo corriese de manera completamente distinta a cualquier otro animal de su misma especie. Pero nunca supieron (supimos) qué era, ni tampoco hubo nunca ninguna otra persona que lo montase, incluso después de que Ned creciera en edad y peso, hasta que murió, invicto, a los veintidós años; su tumba (sin duda más de un Edmonds te la habrá enseñado ya) está en la granja McCaslin.

Ned hablaba de eso y Boon lo sabía, y Ned sabía que Boon lo sabía. Se miraron el uno al otro.

—Lo que tienes ahí no es un mulo —dijo Boon—. Es un caballo.

—Este caballo tiene la misma clase de discernimiento que aquel mulo —dijo Ned—. No tiene tanto, pero es de la misma clase.

Siguieron mirándose el uno al otro. Luego Boon dijo:

—Vamos a echarle una ojeada.

Minnie encendió una lámpara, Boon la cogió, y salimos todos al porche de atrás y luego al patio, junto con Minnie y las señoritas Corrie y Reba. La luna estaba empezando a alzarse y se veía un poco más. El caballo estaba atado a un algarrobo, en una esquina. Le brillaron los ojos y luego desvió la cabeza; resopló y oímos cómo, nervioso, golpeaba el suelo con una pata.

—Ustedes, señoras, tengan la amabilidad de retroceder un momento, por favor —dijo Ned—. Aún no está muy acostumbrado al trato social —todos nos detuvimos. Boon alzó la lámpara; los ojos del caballo brillaron de nuevo, fríos y nerviosos; Ned le habló mientras se acercaba hasta tocarle la paletilla, acariciándosela, siempre sin dejar de hablar, hasta que tuvo el ronzal en la mano—. Ahora no te acerques con esa lámpara —le dijo a Boon—. Sube los escalones y sostén la luz donde las señoras puedan ver un *caballo*, si es que les apetece. Y cuando digo caballo, quiero decir *caballo*. No esos pencos a los que llaman caballos en Jefferson.

—Deja de hablar y tráelo donde lo podamos ver —dijo Boon.

—Ya lo estás mirando —dijo Ned—. Sostén la lámpara bien alta.

De todos modos acercó el caballo y le hizo moverse un poco. Sí, claro que lo recuerdo: un animal de tres años, alazán castrado con tres cuartos de purasangre (por lo menos, quizá más: yo no era lo bastante experto para saberlo), no muy grande,

menos de dieciséis palmos, pero de cuello largo para el equilibrio, las espaldillas muy atrás para la velocidad y los corvejones grandes para el impulso (y, según Ned, tenía además a Ned McCaslin para proporcionarle corazón y voluntad). Así que, si bien yo sólo tenía once años, creo que pensaba exactamente lo que un momento después se demostró que también Boon estaba pensando. Boon examinó el caballo. Luego miró a Ned. Pero cuando habló su voz no era más que un murmullo:

—Este caballo es...

—Espera —dijo la señorita Corrie. Efectivamente. Yo ni siquiera había visto a Otis. Ésa era otra característica suya: cuando te dabas cuenta de su presencia, ya no faltaba más que un segundo para que fuese demasiado tarde. Pero, en su caso, tampoco era eso lo que estaba mal.

—Cielos, sí —dijo la señorita Reba. Créeme, las mujeres son maravillosas—. Sal de aquí —le dijo a Otis.

—Entra en la casa, Otis —dijo la señorita Corrie.

—Ya lo creo que sí —dijo Otis—. Vamos, Lucius.

—No —dijo la señorita Corrie—. Tú solo. Vete ahora. Ya puedes subir a tu cuarto.

—Todavía es pronto —dijo Otis—. Y tampoco tengo sueño.

—No te lo voy a decir dos veces —intervino la señorita Reba. Boon esperó a que Otis entrara en la casa. Esperamos todos, Boon levantando mucho la lámpara, de manera que la luz cayera sobre todo en su cara y en la de Ned, hasta que habló de nuevo en un susurro sin inflexiones, él y también Ned:

—Ese caballo es robado —murmuró Boon.

—¿Cómo llamarías al automóvil? —murmuró Ned.

Sí, maravilloso; la señorita Reba alzó la voz tan poco como Boon y como Ned, pero habló con más energía:

—Hay que sacarlo de la ciudad.

—Con esa intención lo he traído hasta aquí —dijo Ned—. Tan pronto como haya cenado, él y yo nos pondremos en camino hacia Possum.

—¿Tienes idea de lo lejos que está Possum, aparte de en qué dirección? —dijo Boon.

—¿Importa eso? —dijo Ned—. Cuando el Jefe se marchó sin llevarse el automóvil debajo del brazo, ¿te preocupaba mucho saber lo lejos que estaba Memphis?

La señorita Reba empezó a moverse.

—Entren en casa —dijo—. ¿Puede verlo alguien ahí donde está? —le preguntó a Ned.

—No, señora —dijo Ned—. No soy tan tonto. Ya me he ocupado de eso —ató de nuevo el caballo al árbol y todos seguimos a la señorita Reba, que subía ya los

escalones del porche.

—La cocina —dijo—. Casi es hora de que empiece a llegar gente.

En la cocina le dijo a Minnie:

—Quédate en mi habitación para que puedas atender la puerta. ¿Me has devuelto las llaves o...? Está bien. No fíes a nadie si no lo conoces; si puedes, devuelve el cambio antes incluso de descorchar la botella. Y entérate también de quién está ya en casa. Si alguien pregunta por la señorita Corrie, límitate a decir que se ha presentado en la ciudad su amigo de Chicago.

—Si alguno de ellos no te cree, diles que den la vuelta por el callejón y llamen por la puerta de atrás —dijo Boon.

—Por el amor de Dios —dijo la señorita Reba—. ¿Es que no tienes ya suficientes problemas para mantenerte ocupado? Si no quieres que Corrie reciba visitas, ¿por qué demonios no la compras al contado en lugar de alquilarla una vez cada seis meses?

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Boon.

—Y entérate también de dónde está todo el mundo —le dijo la señorita Reba a Minnie.

—De Otis ya me ocupo yo —dijo la señorita Corrie.

—Haz que siga donde está —dijo la señorita Reba—. Ya ha organizado todos los líos con caballos que estoy dispuesta a aguantar por hoy —la señorita Corrie se marchó. La señorita Reba fue en persona a cerrar la puerta y se quedó mirando a Ned—. ¿Quieres decir que pensabas ir montado en ese caballo hasta Parsham?

—Eso es —respondió Ned.

—¿Sabes lo lejos que está Parsham?

—¿Importa eso? —repitió Ned—. No necesito saber lo lejos que está Possum. Todo lo que necesito es Possum. Por eso he cambiado de idea sobre montarlo: puede ser lejos. Al principio pensé, puesto que están ustedes en el negocio de las relaciones...

—¿Qué demonios quieres decir? —le interrumpió la señorita Reba—. Dirijo una casa. A cualquiera que no llame a las cosas por su nombre por exceso de delicadeza no lo quiero ni en la puerta principal ni tampoco en la de atrás.

—Me refiero a algún conocido suyo —dijo Ned—. Alguien que tenga un caballo de silla o de labranza, o incluso una mula que yo pudiera montar, mientras Lucius llevaba el potro, e ir a Possum de esa manera. Pero no tenemos que correr una vez una milla pasado mañana; tenemos que correr tres veces y, por lo menos dos, llegar antes que el otro caballo. Así que voy a llevarlo andando.

—Muy bien —dijo la señorita Reba—. Tú y ese caballo ya estáis en Parsham. Todo lo que necesitas a continuación es una carrera.

—Quienquiera que tenga un caballo encuentra una carrera en cualquier sitio —dijo Ned—. Todo lo que necesita es que los dos se mantengan en pie el tiempo

suficiente para empezar.

—¿Eres capaz de hacer que ése se mantenga en pie el tiempo suficiente?

—Sí, señora —dijo Ned.

—¿Cómo lo sabes?

—Hice correr a aquel mulo —dijo Ned.

—¿Qué mulo? —dijo la señorita Reba. En aquel momento entró la señorita Corrie y volvió a cerrar la puerta.

—Asegúrate de que está bien cerrada —dijo la señorita Reba. Luego siguió con Ned—: De acuerdo. Cuéntame lo de esa carrera —Ned se la quedó mirando durante todo un cuarto de minuto; habían desaparecido por completo la insolencia, por su condición de servidor privilegiado, consentido e inmune, que caracterizaba sus relaciones con Boon, y la mandonería casi paternal de sus relaciones conmigo.

—Parece como si quisiera usted hablar en serio para variar —dijo.

—Ponme a prueba —dijo la señorita Reba.

—Muy bien —dijo Ned—. Un individuo, otro blanco rico (no sé su nombre pero sé cómo encontrarlo; en Possum no hay otro caballo igual en treinta kilómetros a la redonda, y menos aún en quince), es propietario de un purasangre que ya corrió dos veces contra este potro el invierno pasado y le ganó las dos. El purasangre de Possum ganó de manera tan clara la primera vez que el propietario de este caballo apostó el doble la segunda vez. Y volvió a perder todavía de manera más clara, así que cuando este potro aparezca en Possum pasado mañana, pidiendo otra carrera, el dueño del otro no sólo estará dispuesto a dejar que su purasangre corra otra vez, sino que probablemente se enorgullecerá y se avergonzará al mismo tiempo de quedarse con el dinero.

—De acuerdo —dijo la señorita Reba—. Sigue.

—Eso es todo —dijo Ned—. Sé cómo hacer correr a este caballo. Sólo que hasta ahora el único que lo sabe soy yo. De modo que en el caso de que a ustedes, señoras, les apetezca hacer una pequeña apuesta, yo y Lucius y el señor Hogganbeck también podemos encargarnos de eso.

—¿Eso incluye al que tiene ahora el automóvil? —preguntó la señorita Reba—. Me refiero a si figura entre los que no saben que puedes hacer que ese potro corra.

—Sí, señora —dijo Ned.

—En ese caso, ¿por qué no le ha evitado molestias a todo el mundo y os ha mandado al caballo y a ti a Parsham, si está tan convencido de que todo lo que tiene que hacer para quedarse con los dos, el caballo y el automóvil, es que se celebre esa carrera? —el silencio fue total; se limitaron a mirarse el uno al otro—. Vamos —dijo la señorita Reba—. Tienes que decir algo. ¿Cómo te llamas?

—Ned William McCaslin Jefferson Mississippi —dijo Ned.

—¿Y bien? —dijo la señorita Reba.



—Quizá no se lo pueda permitir —dijo Ned.

—Maldita sea —dijo Boon—. Tampoco nosotros...

—Cierra la boca —le dijo la señorita Reba a Boon—. Creía que habías dicho que era rico.

—Estoy hablando de la persona con quien hice el trueque.

—¿Esa persona le compró el caballo al blanco rico?

—Tenía el caballo.

—¿Te dio un documento de alguna clase cuando hicisteis el trueque?

—Me dio el caballo —dijo Ned.

—¿No sabes leer? —dijo la señorita Reba—. ¿Verdad?

—Tengo el caballo —dijo Ned. La señorita Reba se le quedó mirando.

—Tienes el caballo. Lo llevas a Parsham. Dices que tienes un sistema que lo hará correr. ¿Servirá ese sistema para llevar el automóvil a Parsham?

—Use el sentido común —dijo Ned—. Tiene usted más que suficiente. Ha entendido más y más deprisa que las demás personas aquí presentes. Esfuércese un poco más y piense en que la gente con la que hice el trueque...

—¿La gente? —preguntó la señorita Reba—. Dijiste una persona —pero Ned ni siquiera se detuvo:

—... están exactamente en el mismo aprieto que nosotros: más pronto o más tarde tendrán que volver a casa.

—Tanto si el interesado se llama Ned William McCaslin o Boon Hogganbeck o como quiera que se llamen las personas con las que se ha hecho el trueque, volver a casa sólo con el caballo o sólo con el automóvil no va a ser suficiente: tiene que presentarse con las dos cosas. ¿No es así? —dijo la señorita Reba.

—Aún no se acerca lo bastante —dijo Ned—. ¿No es eso lo que estoy tratando de decirle desde hace dos horas? —la señorita Reba miró fijamente a Ned. Luego respiró hondo una vez.

—De manera que ahora vas a llevarlo andando a Parsham, con todos los polis del oeste de Tennessee olfateando las carreteras que salen de Memphis en busca de boñigas...

—¡Reba! —dijo la señorita Corrie.

—... tan pronto como amanezca.

—Sí, señora —dijo Ned—. Ya hemos llegado demasiado lejos para permitir que ahora pillen a nadie. Pero lo está usted haciendo muy bien. Estupendamente. Dígame lo que se le ocurre —la señorita Reba lo seguía mirando; ahora respiró hondo dos veces; ni siquiera movió los ojos cuando habló con la señorita Corrie.

—Ese guardafrenos...

—¿Qué guardafrenos? —dijo la señorita Corrie.

—Ya sabes a quién me refiero. Uno al que el tío, o el primo o lo que sea, de su

madre...

—No es guardafrenos —dijo la señorita Corrie—. Es guardavía. Se encarga del Especial de Memphis, el que va a Nueva York. Y también lleva uniforme, igual que el revisor...

—De acuerdo —dijo la señorita Reba—. Guardavía —ahora se dirigió a Boon—: Entre las relaciones de Corrie... —miró un momento a Ned—. Quizá me guste esa palabra tuya después de todo. El tío de su madre, o algo parecido, es vicepresidente, o algo así, del ferrocarril que cruza por Parsham...

—Su tío es inspector de sección —dijo la señorita Corrie.

—Inspector de sección —dijo la señorita Reba—. Es decir, lo es excepto cuando se marcha al hipódromo de aquí o de cualquier otra ciudad por la que pasan sus trenes, hipódromos en los que puede presenciar carreras de caballos mientras su sobrino se va abriendo camino en el ferrocarril, siempre con la protección de la buena estrella de su tío y siempre que no llame la atención por recurrir a ella con demasiada frecuencia. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—El furgón de equipajes —dijo Boon.

—Precisamente —dijo la señorita Reba—. En ese caso estarían en Parsham, e incluso retirados de la circulación, mañana al amanecer.

—Incluso con el furgón de equipajes, todavía costará dinero —dijo Boon—. Luego tendrán que esconderse hasta que se celebre la carrera y además hay que reunir ciento cincuenta dólares para la carrera misma, y todo lo que yo tengo son quince o veinte —se puso en pie—. Ve a por el caballo —le dijo a Ned—. ¿Dónde has dicho que vivía el tipo que se llevó el automóvil?

—Siéntate —dijo la señorita Reba—. Dios bendito, a pesar de los problemas que inevitablemente vas a tener cuando vuelvas a Jefferson, aún te queda tiempo para contar céntimos —miró otra vez a Ned—. ¿Cómo has dicho que te llamas?

Ned se lo dijo de nuevo.

—Quiere usted saber lo de aquel mulo. Pregúntele a Boon Hogganbeck.

—¿No haces nunca que te llame señor? —le dijo a Boon la señorita Reba.

—Siempre le llamo señor —dijo Ned—. Señor Boon Hogganbeck. Pregúntele sobre aquel mulo.

La señorita Reba se volvió hacia la señorita Corrie.

—¿Sam está esta noche en la ciudad?

—Sí —dijo la señorita Corrie.

—¿Te puedes poner ahora mismo en contacto con él?

—Sí —dijo la señorita Corrie.

La señorita Reba se volvió hacia Boon.

—Vete de aquí. Paséate durante un par de horas. O vete a casa de Birdie Watt si lo prefieres. Pero no te emborraches, por lo que más quieras. ¿Con qué demonios crees

que Corrie come y paga el alquiler mientras tú estás en esa ciénaga de Mississippi robando automóviles y raptando niños? ¿Con aire?

—No me voy a ir a ningún sitio —dijo Boon—. Demonios coronados —le dijo a Ned—, ve a por ese caballo.

—No necesito invitarlo a venir —dijo la señorita Corrie—. Puedo llamarlo por teléfono —no lo dijo ni pagada de sí misma ni haciendo remilgos: tan sólo con serenidad. Era una chica demasiado grande, había demasiado de ella para autocomplacencia o para remilgos. Pero la serenidad le sentaba perfectamente.

—¿Estás segura? —preguntó la señorita

—Sí —dijo la señorita Corrie.

—Entonces manos a la obra —dijo la señorita Reba.

—Ven aquí —dijo Boon. La señorita Corrie se detuvo—. He dicho que vengas aquí —dijo Boon. Ella se le acercó, aunque no lo bastante para que pudiera alcanzarla; de repente noté que no estaba mirando a Boon en absoluto, sino que me estaba mirando a mí. Quizá por eso Boon, todavía sentado, pudo cogerla de repente por el brazo antes de que lograra escabullirse, y tirar de ella, aunque la señorita Corrie hiciera además de resistirse, como era inevitable tratándose de una chica tan grande, sin dejar de mirarme.

—Suéltame —dijo—. Tengo que ir a telefonar.

—Claro, claro —dijo Boon—; hay tiempo de sobra —acercándose; hasta que, con esa falsa compostura, con esa desesperada voluntad de parecer a la vez enérgico e inofensivo, con que se le tira la manzana que se lleva en la mano (o cualquier otro objeto que sirva de momentánea distracción) al toro que de repente se descubre que está del mismo lado de la valla que nosotros, la señorita Corrie se inclinó decidida, le dio a Boon un beso muy veloz en lo alto de la cabeza, retirándose ya. Pero lo hizo de nuevo demasiado tarde, ya que la mano de Boon descendió, apoderándose de un carrillo de su trasero, a la vista de todos, la señorita Corrie echándose para atrás y mirándome de nuevo con algo oscuro y suplicante en los ojos (vergüenza, pesar, no lo sé) mientras se le encendía el rostro lentamente, aquel rostro suyo que no tenía en absoluto nada de vulgar, excepto al principio. Pero sólo un momento; seguía decidida a ser una señora. Forcejeó incluso como una dama. Pero era sencillamente demasiado grande, demasiado fuerte para que nadie, ni siquiera alguien tan grande y tan fuerte como Boon la retuviera sólo con una mano, sin otro asidero que aquél; enseguida quedó libre.

—Deberías avergonzarte —le dijo.

—¿No puedes siquiera contenerte lo bastante para que haga una llamada telefónica? —le dijo a Boon la señorita Reba— Si te va a subir la temperatura con la preocupación de preservar su pureza, ¿por qué demonios no la instalas en un sitio para ella sola donde pueda mantenerse pura y seguir comiendo? —luego a la señorita

Corrie—: Vete y telefona. Ya son las nueve.

Tarde ya para todo lo que teníamos que hacer. La casa había empezado a despertarse; comenzaba la «movida», como decís ahora. Pero de manera decorosa; sin alboroto a causa de la música ni por la alegría del ambiente; el fantasma del señor Binford reinaba aún, todavía ensombrecía las grutas donde se rendía culto a las nalgas bien proporcionadas, puesto que sólo dos de las damas sabían de su ausencia y los clientes aún no le habían echado de menos; habíamos oído el timbre y la voz lejana de Minnie al abrir la puerta; desde la escalera nos habían llegado los pasos de las mismas ninfas al descender, e incluso mientras la señorita Corrie tenía la mano en el tirador de la puerta, el tintineo de las copas se mezclaba rítmicamente con el grave murmullo de los agasajados y los gritos más agudos de sus agasajadoras del otro lado de la puerta que procedió a abrir, por la que pasó y que volvió a cerrar después. Luego también se presentó Minnie; al parecer las damas desocupadas se turnarían como receptionistas durante la emergencia.

Ya ves, cómo, efectivamente, el niño es padre del hombre y la niña, igualmente, madre de la mujer. En Jefferson yo había pensado que el motivo de que la corrupción, la No-virtud hubiera tropezado en mí con un contrincante tan insignificante, hasta el punto de no ser siquiera digno de ese nombre, era mi inexperiencia y la inocencia que acompaña a la juventud. Pero aquella victoria había exigido al menos las tres horas transcurridas desde el momento en que supe de la muerte del abuelo Lessep y aquél en que el tren empezó a moverse y comprendí que Boon iba a disfrutar de la posesión indiscutida de la llave del automóvil del abuelo durante un mínimo de cuatro días. Allí, en cambio, estaban las señoritas Reba y Corrie, contrincantes que cualquiera consideraría endurecidas, aunque quizá no más sabias, en razón de la constante experiencia diaria, ante cualquier ardid o asalto que la No-virtud (o la Virtud) pudiera inventar contra ellas, objeto ya de saqueos y pillajes, y que treinta minutos antes ni siquiera sabían de la existencia de Ned, y mucho menos de la de aquel caballo. Y no digamos nada del completo desconocido por el que la señorita Corrie acababa de abandonar la habitación, con la tranquila convicción de que lo conquistaría sin otra arma que el teléfono.

Llevaba ausente casi dos minutos ya. Minnie había cogido la lámpara para volver al porche de atrás; me di cuenta de que tampoco Ned estaba presente.

—Minnie —dijo la señorita Reba en dirección a la puerta de atrás—, quedaba algo de ese pollo...

—Sí, señora —dijo Minnie—. Le he preparado un plato. Ya lo tiene delante en este momento —Ned dijo algo, que no oímos, pero sí la respuesta de Minnie—: Si todo lo que tiene para saciar el apetito soy yo, va usted a morir dos veces de hambre desde ahora hasta que amanezca —tampoco pudimos oír lo que dijo Ned. Hacía ya casi cuatro minutos que la señorita Corrie se había marchado. Boon se puso

en pie de un salto.

—Maldita sea... —dijo.

—¿Estás celoso hasta de un teléfono? —le preguntó la señorita Reba—. ¿Qué demonios va a hacerle a través de ese maldito auricular de gutapercha?

Pero oíamos a Minnie: un ruido brusco y apagado, luego sus pasos. Entró en la habitación, con la respiración un poco agitada, aunque no mucho.

—¿Pasa algo? —preguntó la señorita Reba.

—No pasa nada —dijo Minnie—. Es como la mayoría. Tiene mucho apetito, pero no sabe muy bien dónde está localizado.

—Dale una botella de cerveza. A no ser que tengas miedo de volver a salir ahí fuera.

—No me da miedo —dijo Minnie—. Le gusta tocar el género. Puede que un poco más de lo corriente. Estoy acostumbrada. Hay cantidad de ellos que son así: les gusta tanto el género que nadie descansa hasta que se van a dormir.

—Seguro que estás acostumbrada —dijo Boon—. Es el diente ése. El mismo problema de todas las mujeres, que nunca podéis dejar que las cosas sigan como están.

—¿Qué quieres decir? —intervino la señorita Reba.

—Sabes muy bien lo que quiero decir —respondió Boon—. No renunciáis nunca. No estáis nunca satisfechas. No tenéis nunca compasión de un pobre desgraciado. Mírala: no se ha quedado tranquila hasta que ha ahorrado y economizado para ponerse un diente de oro, un *diente de oro* en mitad de la cara sólo para volver loco a un pobre negro ignorante que viene del campo...

—... o pasarse cinco minutos hablando dentro de una cabina sólo para volver loco a otro pobre cabrón ignorante que no ha hecho otra cosa en toda su vida que robar primero un automóvil y ahora un caballo. Nunca he conocido a nadie tan necesitado de casarse como tú.

—Ya lo creo que sí —dijo Minnie desde la puerta—. Eso le curaría. Yo lo he probado dos veces y desde luego aprendí la lección...

La señorita Corrie entró en la habitación.

—Ya está —dijo: serena, tan poco vulgar como una gran lámpara de porcelana con su mecha ardiendo dentro—. También él viene. Nos va a ayudar. Dice...

—A mí no —dijo Boon—. Ese hijo de mala madre no me va a ayudar a mí.

—Entonces esfúmate —dijo la señorita Reba—. Márchate con viento fresco. ¿Qué es lo que vas a hacer? ¿Vas a volver a Mississippi andando o montado a caballo? Vamos. Siéntate. Más te valdrá mientras esperamos. Cuéntanos —le dijo a la señorita Corrie.

¿Te das cuenta? «¡No es guardafrenos! ¡Es *guardavía!* Lleva uniforme exactamente igual que el revisor. Nos va a ayudar.» A todo el mundo le gusta un

amante, dijo (según creo) el Cisne de Avon<sup>[6]</sup>, que profundizó más que nadie en el corazón del hombre. Es una lástima que no estuviera familiarizado con los caballos para haber añadido, A todo el mundo, al parecer, le gusta también un caballo de carreras robado. La señorita Corrie nos lo explicó; y Otis se hallaba otra vez en la habitación, aunque yo no le había visto entrar; y había algo en él que estaba mal, aunque tampoco fuese no reparar en él hasta que casi era ya demasiado tarde.

—Hará falta comprar por lo menos un billete hasta Possum para tener...

—Es Parsham —dijo la señorita Reba.

—De acuerdo —dijo la señorita Corrie—... Algo con que facturarlos como equipaje, como se hace con un baúl. Sam traerá el billete y el talón de equipajes. Pero todo saldrá bien; en una vía muerta habrá un furgón vacío (Sam sabrá dónde), y lo único que tenemos que hacer es subir al caballo, y Sam ha dicho que hay que tapiarlo en un rincón con unos tablones para que no pueda dejarse caer; también tendrá preparados algunos tablones y clavos; dice que es todo lo que puede hacer en tan poco tiempo. No se atreve a contarle a su tío más de lo necesario, porque de lo contrario su tío querrá venir también. Así que según Sam el único riesgo será llevar el caballo desde aquí hasta donde está esperando el furgón. Dice que sería un error que... —se detuvo, mirando a Ned.

—Ned William McCaslin Jefferson Mississippi —dijo Ned.

—... que Ned pasara incluso por una callejuela a estas horas de la noche llevando un caballo; el primer policía con que se tropezara lo detendría. De manera que vendrá él mismo con una manta y se pondrá el uniforme para que él y Boon y yo llevemos el caballo a la estación y nadie note nada. Ah, sí, el tren de pasajeros...

—¡Ira de Dios! —dijo la señorita Reba—. Una puta, un revisor de coche cama y una rata de ciénaga de Mississippi del tamaño de un depósito de agua llevando de las riendas a un caballo de carreras por las calles de Memphis el domingo a medianoche ¿y nadie va a notar nada?

—¡Para ya! —dijo la señorita Corrie.

—¿Que pare qué? —preguntó la señorita Reba.

—Ya sabes. Hablar de esa manera delante de...

—Ah —dijo la señorita Reba—. Si se hubiera dejado caer por aquí desde Mississippi con Boon para hacernos una visita de amigos, por así decirlo, quizá podríamos esforzarnos para no ofender sus oídos. Pero si utilizan esta casa como cuartel general mientras roban automóviles y caballos, tiene que arriesgarse como cualquier hijo de vecino. ¿Qué era lo que decías sobre el tren?

—Sí. El tren de pasajeros que sale hacia Washington a las cuatro de la madrugada recogerá el furgón, y estaremos todos en Possum antes de que amanezca.

—Parsham, maldita sea —dijo la señorita Reba—. ¿Estaremos?

—¿Es que tú no vienes? —preguntó la señorita Corrie.

Eso fue lo que hicimos. Aunque primero Sam tuvo que ver el caballo. Entró por detrás, pasando por la cocina, con la manta. Llevaba el uniforme y era casi tan grande como Boon.

De manera que volvimos —todos otra vez— al patio de atrás; esta vez era Ned quien sostenía la lámpara, para iluminar con su luz no el caballo sino la chaqueta y el chaleco de Sam con botones de latón y la gorra con letras doradas en la parte delantera. Yo me temía que Ned planteara problemas acerca de Sam y el caballo, pero estaba equivocado.

—¿Quién, yo? —dijo Ned—. ¿Con qué motivo? No estaríamos mejor si fuese un policía quien llevara a ese caballo hasta Possum.

Por el contrario, los problemas que íbamos a tener con motivo de Sam vendrían de Boon. Sam estuvo viendo el caballo.

—Es un buen caballo —dijo—. A mí me parece un caballo estupendo.

—Seguro —dijo Boon—. No tiene ni silbato ni campana. Ni siquiera un farol. Me sorprende que sea usted capaz de verlo.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Sam.

—No quiero decir nada —respondió Boon—. Sólo lo que he dicho. A usted le van los caballos de hierro. Quizá sea mejor que se ponga en camino de la estación sin esperarnos.

—Hijo de... —exclamó la señorita Reba. Luego empezó de nuevo—: ¿Es que no te das cuenta de que está intentando ayudarte? ¿Que se está tomando muchísimas molestias para que en el momento mismo que vuelvas a casa, el primer ser vivo con que te encuentres no sea el sheriff? Es él quien tendría que invitarte a que te vuelvas con viento fresco por donde has venido y te lledes de paso tu condenado caballo. Pídele disculpas.

—Está bien —dijo Boon—. Olvídelo.

—¿A eso le llamas disculparte? —preguntó la señorita Reba.

—¿Qué es lo que quiere? —dijo Boon—. ¿Que me agache y que le invite a...?

—¡Cierra la boca! ¡Ni una palabra más! —dijo la señorita Corrie.

—Y tú tampoco ayudas nada —dijo Boon—. A la señorita Reba y a mí nos has puesto en una situación en la que los dos vamos a tener que tratar de olvidar todo el idioma inglés antes siquiera de saludarnos.

—En eso no le falta razón —dijo la señorita Reba—. El que has traído desde Arkansas ya es bastante problema, con una mano en la cerveza de la nevera cada vez que no mira nadie y la otra a la caza de cualquier cosa que sea pequeña y no esté clavada. Y ahora ése que ha traído Boon Hogganbeck me tiene tan asustada que no me atrevo a abrir la boca en su presencia.

—¡No es verdad! —dijo la señorita Corrie—. ¡Otis no coge nada sin preguntar antes! ¿No es cierto, Otis?

—Eso está bien —dijo la señorita Reba—. Pregúntaselo a él. Desde luego tendría que saberlo.

—Señoras, señoras, señoras —dijo Sam—. ¿Ese caballo quiere o no quiere llegar esta noche a Parsham?

De manera que nos pusimos en camino. Pero antes la señorita Corrie seguía aún mirándonos a Otis y a mí.

—Deberían estar en la cama —dijo.

—Claro que sí —respondió la señorita Reba—. En Arkansas o allá abajo en Mississippi, o incluso más lejos, si de mí dependiera. Pero ya es demasiado tarde. No puedes mandar a uno a la cama sin el otro, y el de Boon es propietario de parte del caballo —sólo que al final tampoco pudo ir la señorita Reba. No era posible prescindir ni de ella ni de Minnie. La casa estaba en plena efervescencia, aunque muy discretamente aún, con perfecto decoro dominical: la marea agonizante del sábado por la noche deshaciéndose en una última elevación espumosa antes de la dura monotonía cotidiana de simple comida y casa.

Ned y Boon le pusieron la manta al caballo. Luego, desde la acera, los tres — Ned, Otis y yo— vimos, de arco voltaico en arco voltaico, a Boon y a Sam, si no en amistad, quizá en armisticio poliándrico, con la señorita Corrie entre ambos, llevando al caballo por el centro de la calzada, a través de la tranquila noche dominical de las calles Segunda y Tercera, hacia la estación de la Unión. Habían dado ya las diez; quedaban pocas luces, y únicamente en las otras pensiones (yo era ya una persona con experiencia; una persona sofisticada; no un entendido, por supuesto, pero competente por lo menos: capaz de reconocer un lugar semejante al de la señorita Reba cuando me tropezaba con él). Los bares, sin embargo, estaban completamente a oscuras. Es decir, yo no reconocía un bar sólo con pasar por delante; aún quedaban algunos matices que se me escapaban; fue Ned quien nos dijo —a Otis y a mí— que eran bares y que estaban cerrados. Yo no esperaba de ellos ni una cosa ni otra: ni que estuvieran cerrados ni que estuvieran abiertos; recuerda que llevaba en Memphis (o en la calle Catalpa) menos de seis horas, y sin mi madre ni mi padre para instruirme; no lo estaba haciendo nada mal a decir verdad.

—Lo llaman la ley azul —dijo Ned.

—¿Qué es una ley azul? —pregunté.

—Yo tampoco lo sé —dijo Ned—. A no ser que signifique que ya se gastaron todo el dinero el sábado por la noche y a nadie le queda lo bastante para que merezca la pena consumir queroseno.

—Eso es sólo para los bares —dijo Otis—. De esa manera no se perjudica a nadie. Lo que no venden el domingo por la noche, sencillamente lo guardan y el lunes



se lo venden a alguien, quizá a los mismos tipos. Pero con el foqui-foqui es diferente. Lo puedes vender hoy por la noche, dar media vuelta, y volver a venderlo mañana. Sin que se pierda nada. Probablemente, si trataran de poner esa ley azul para el foqui-foqui, vendría la policía y lo pararía.

—¿Qué es el foqui-foqui? —pregunté.

—Sabes una barbaridad, ¿no es cierto? —le dijo Ned a Otis—. No es extraño que Arkansas se te haya quedado pequeño. Si la demás gente de allí sabe tanto como tú a la edad que tienes, cuando cumplan los veintiuno ni siquiera Texas será lo bastante grande.

—Y una mierda en bote —dijo Otis.

—¿Qué es el foqui-foqui? —volví a preguntar.

—Trata de pensar en cómo vamos a conseguir algo de pienso para ese caballo —me dijo Ned, alzando más la voz—. En cómo vamos a conseguir que esté tranquilo el tiempo necesario para llevarlo hasta Possum y, antes de nada, para meterlo en ese tren. A ese revisor propietario de trenes, que mueve furgones de aquí para allá sin sacarse siquiera las manos de los bolsillos, ¿le ha recordado alguien ese detalle? Tampoco estaría de más un cubo de agua con jabón, para que tu tía —ahora hablaba con Otis— haga un aparte contigo y te lave la boca.

—Y una mierda en bote —dijo Otis.

—O tal vez el palo más manejable que se le ponga a tiro —dijo Ned.

—Y una mierda en bote —repitió Otis. Y, como no podía ser menos, nos encontramos con un policía. Otis lo vio antes incluso de que el policía viese el caballo—. Corta el rollo, cara bollo —dijo. El policía conocía a la señorita Corrie. Y también, al parecer, a Sam.

—¿Adónde vais con eso? —dijo—. ¿Lo habéis robado?

—Nos lo han prestado —dijo Sam. No se detuvieron—. Hemos ido con él al servicio religioso en la capilla y ahora volvemos a casa —seguimos adelante. Otis repitió «Corta el bollo, cara rollo.»

—No lo había visto nunca —dijo—. A todos los policías con que me he tropezado, antes de empezar a hablar siempre les dan algo. Como Minnie y la señorita Reba, que tienen una botella de cerveza esperándolo antes incluso de que cruce la puerta, aunque la señorita Reba lo maldiga antes de que llegue y vuelva a maldecirlo después de que se marche. Y desde que estuve aquí el verano pasado y me enteré de lo que pasaba, iba todos los días a Court Square, donde el espagueti ese tiene un puesto de fruta y cacahuetes y, claro que sí, llegaba el policía e incluso sin darse cuenta cogía una manzana o un puñado de cacahuetes —casi tenía que trotar para mantenerse a nuestra altura, tanta era la diferencia de tamaño conmigo. Había algo suyo que estaba mal. Cuando piensas en ti, te dices *El año que viene seré más grande que ahora*, simplemente porque crecer no sólo es natural sino inevitable; ni

siquiera importa que no te imagines qué aspecto tendrás o qué parecerás para entonces. Y a otros niños les pasa lo mismo; tampoco lo pueden evitar. Pero Otis daba la sensación de que dos o tres años antes había llegado ya a donde tú no ibas a llegar hasta el año siguiente, y que desde entonces no había hecho más que menguar. Aún seguía hablando—: Así que lo que pensé entonces fue que había que ser policía. Pero no tardé mucho en convencerme de que no. Es demasiado limitado.

—¿Limitado a qué? —preguntó Ned.

—A cerveza y manzanas y cacahuets —dijo Otis—. ¿Quién va a perder el tiempo con cerveza, manzanas y cacahuets? —ahora dijo tres veces seguidas «Corta el bollo, cara rollo»—. Aquí es donde están las talegas.

—¿Talegos? —dijo Ned—. Claro que hay talegos en Memphis. Aquí y en cualquier otro sitio.

—Talegas —dijo Otis—. Machacantes. Parné. Cuando pienso en todo el tiempo que perdí en Arkansas sin que nadie me hablara de Memphis. Ese diente. ¿Cuánto suponéis que vale ese diente, él solo? Si Minnie entrara en un banco, se lo sacara de la boca, lo dejase sobre el mostrador y dijera «Déme el cambio.»

—Sí —dijo Ned—. Recuerdo a un muchacho como tú, allá en Jefferson, que también se pasaba todo el día pensando en dinero. ¿Sabes dónde está ahora?

—Estará en Memphis, si no es tonto —dijo Otis.

—No llegó nunca tan lejos —dijo Ned—. No pasó de la penitenciaría del Estado. Y a la velocidad que vas tú, ahí será donde vayas a dar con tus huesos.

—Pero no mañana —dijo Otis—. Ni quizá tampoco al día siguiente. En un sitio donde basta que pase un gilí de policía para que le pongan en la mano una manzana o un puñado de cacahuets o una cerveza antes siquiera de que lo pida, hay que estar a la que salta. Piensa en los ochenta y cinco centavos que me dieron anoche aquellos tipos por darle al manubrio de la pianola, y que esta tarde me ha birlado ese hijo de mala madre. Porque podría haberle dado gratis al manubrio si no me hubiera enterado por pura casualidad de que tenían intención de pagarme; si por casualidad hubiera salido un momento, me podía haber quedado sin la pasta. Y si ni siquiera hubiese estado allí, de todas formas se lo habrían dado a alguien, al primero que pasara por delante. ¿Veis lo que quiero decir? A veces, sólo de pensar en ello, me dan ganas de renunciar, de dejarlo.

—¿Dejar qué? —preguntó Ned—. ¿Dejarlo para qué?

—Sólo dejarlo —dijo Otis—. Cuando pienso en todos los años que he pasado en una estúpida granja de Arkansas, con Memphis aquí, al otro lado del río, y yo sin saberlo. Cuando pienso que cuando tenía cuatro o cinco años podría haber sabido lo que he tenido que esperar hasta el año pasado para enterarme, a veces me dan ganas de renunciar y dejarlo. Pero calculo que no lo haré. Calculo que a lo mejor puedo recuperar el tiempo perdido. ¿Cuánto suponéis que vais a ganar con ese caballo?

—No te preocupes por ese caballo —dijo Ned—. Y para recuperar el tiempo perdido todo lo que tienes que hacer es darte la vuelta por esa calle camino de donde vayas a dormir esta noche y meterte en la cama —se detuvo incluso, volviéndose a medias—. ¿Sabes cómo volver?

—Allí no se consigue nada —dijo Otis—. Ya lo he intentado. Están demasiado pendientes. No es lo mismo que en Arkansas, cuando tía Corrie estaba aún en casa de tía Fittie y yo tenía aquel agujero para mirar. Si diste el automóvil a cambio, debes de contar por lo menos con doscientos... —esta vez Ned se volvió por completo. Otis se apartó, dio un salto, insultando a Ned, llamándolo maldito negro, algo que mi padre y mi abuelo debieron enseñarme a no hacer desde muy pequeño, porque no recuerdo cuándo empezó, tan sólo que era así como tenía que ser: un caballero jamás alude a nadie por su raza o su religión.

—Vamos —dije—. Nos hemos quedado atrás —y así era: ya nos sacaban dos manzanas de ventaja y estaban doblando una esquina; corrimos, trotamos, Ned también, para alcanzarlos y lo conseguimos por los pelos: la estación se hallaba delante de nosotros y Sam hablaba con otro individuo, vestido con un mono grasiento y un farol en la mano: un guardagujas, un empleado del ferrocarril por lo menos.

—¿Ves lo que quiero decir? —comentó Ned—. ¿Te imaginas a la policía mandando a un tipo con un farol para enseñarnos el camino? Y tú también entiendes lo que quiero decir: todo el mundo (me refiero al caso de un caballo de carreras robado); quien sirve a la Virtud trabaja solo, sin ayuda, en un gélido vacío de personas que se reservan su opinión; mientras que si te comprometes con la No-virtud todo el territorio hierve de voluntarios dispuestos a ayudarte. Al parecer, Sam trataba de convencer a la señorita Corrie para que esperase en la estación con Otis y conmigo mientras ellos localizaban el furgón y cargaban el caballo, sugiriendo incluso espontáneamente que Boon se quedara también para protegernos con su tamaño, edad y sexo, demostrando que por lo menos la mitad correspondiente a Sam en el punto muerto poliándrico era amistosa y confiada. Pero la señorita Corrie rechazó de plano aquella idea, hablando en nombre de todos nosotros. Así que, siguiendo el farol, nos desviamos para atravesar una verja y penetrar en un laberinto de andenes de carga y de vías; Ned tuvo que adelantarse, coger al caballo por el ronzal y tranquilizarlo para que pudiéramos seguir, envueltos ya en la atmósfera que creaban el intenso tufo amoniacal del caballo (no has olido nunca un caballo asustado, verdad?) y el ininterrumpido murmullo de la voz de Ned al hablarle; los dos —murmullo y olor— espesos, densos, concentrados sobre las oscuras siluetas de furgones de equipajes y vagones de pasajeros entre los resplandores verdes y encarnados de los cambios de agujas; hasta que dejamos atrás la zona de pasajeros y seguimos un sendero de cenizas junto a una vía muerta que llevaba a un gran depósito de mercancías, también a oscuras, que tenía delante un andén de carga. Y allí estaba el furgón, iluminados por

la luna (teníamos efectivamente luz de luna; distantes ya las luces de las calles y de la estación, todos lo advertimos, incluido yo) los ocho metros, por lo menos, que lo separaban del comienzo del andén: un buen salto incluso para un caballo especializado en obstáculos, y no digamos nada de un caballo de carreras de tres años que de todos modos (según Ned) tenía algunos problemas para correr. Sam maldijo sin levantar la voz a todo el personal de la estación: guardagujas, empleados diversos y hasta expendedores de billetes.

—Iré a buscar la cabra —dijo el individuo del farol.

—No necesitamos ninguna cabra —dijo Ned—, por mucho que salte. Lo que tenemos que hacer es mover el andén o el furgón.

—Está hablando de la máquina de maniobras —le dijo Sam a Ned—. No —le dijo al ferroviario con el farol—. Contaba con ello. Para una cuadrilla de maniobras, equivocarse sólo por ocho metros es casi lo mismo que no equivocarse. Por eso te he dicho que trajeras la llave de la caseta. Ve a buscar las palancas. Quizá al señor Boon no le importe ayudarte.

—¿Por qué no va usted mismo? —dijo Boon—. Es su ferrocarril. Yo soy forastero.

—¿Por qué no te llevas a estos chicos a casa para que se acuesten, si eres tan tímido con las personas que no conoces? —dijo la señorita Corrie.

—¿Por qué no te los llevas a casa tú misma? —dijo Boon—. Aquí tu amiguito te ha dicho ya una vez que no se te ha perdido nada en este sitio.

—Iré yo con él a buscar las palancas —le dijo la señorita Corrie a Sam—. ¿Me harás el favor de no perder de vista a los chicos?

—Está bien, está bien —dijo Boon—. Hagamos algo, por el amor del cielo. Ese tren aparecerá dentro de cuatro o cinco horas y todavía estaremos discutiendo quién tiene la precedencia. ¿Dónde está la caseta de las herramientas, Jack? —de manera que se fue con el tipo del farol; sólo teníamos ya la luz de la luna. El olor a miedo del caballo había desaparecido casi por completo y yo veía que frotaba el hocico contra la chaqueta de Ned como si se conocieran de toda la vida. Y Sam pensaba lo mismo que yo había estado pensando desde que vi el andén.

—Hay una rampa en la parte de atrás —le dijo a Ned—. ¿Ha caminado alguna vez ese caballo por una rampa? ¿Por qué no se lo lleva y deja que le eche una ojeada? Cuando tengamos el vagón colocado, podremos ayudarle todos a subirlo si es que hace falta...

—No se preocupe por nosotros —dijo Ned—. Todo lo que tiene que hacer es poner el furgón donde no tengamos que dar un salto de tres metros. Este caballo está tan deseoso como usted de salir de Memphis —sólo que yo tenía miedo de que Sam dijera, ¿no quieres que el chico vaya contigo? Porque me apetecía ver cómo movían el furgón. No acababa de creérmelo. Así que esperamos. No pasó mucho tiempo;

Boon y el hombre del farol regresaron con dos palancas que medían más de dos metros y estuve mirándolos (la señorita Corrie y Otis también) mientras lo hacían. El ferroviario dejó el farol en el suelo, subió por la escalera hasta el techo e hizo girar la rueda del freno, mientras Boon y Sam metían los extremos de las barras entre las ruedas traseras y los raíles, haciendo fuerza y empujando con golpes cortos, como si sacaran agua con una bomba, aunque yo seguía sin creérmelo: el vagón, negro, cuadrado y alto a la luz de la luna, sólido y rectangular como un muro negro dentro del estrecho marco plateado del claro de luna, con una insignificante figura en lo alto, tirando con fuerza de la rueda del freno, y otras dos figuras insignificantes agachándose, arrastrándose, empujando con las barras de hierro plateadas por la luna por detrás de las ruedas traseras; tan enorme y tan inmóvil que al principio se tenía la impresión, no de que el furgón avanzara, sino más bien de que Boon y Sam, mediante aterradoras reverencias como de pantomima, empujaban infinitesimalmente hacia atrás, por debajo de la masa fija y cimentada del furgón, la redondez de la tierra hechizada por la luna: con un equilibrio tan delicado en el centro masivo del Movimiento que Sam y Boon dejaron caer las barras y Boon, solo, empujó suavemente el furgón con las manos como si fuera un cochecito de niño, haciéndolo avanzar hasta el sitio adecuado, y entonces Sam dijo:

—Ahí vale —y el que estaba en el techo volvió a apretar la rueda del freno. De manera que todo lo que nos quedaba por hacer era meter dentro el caballo, que era como decir, Ya estamos en Alaska, sólo falta encontrar la mina de oro. Dimos la vuelta por detrás del depósito de mercancías. Había una rampa de madera, pero el andén había sido construido a la altura adecuada para que los vagones planos de mercancías se cargaran y descargaran desde él, por lo que la rampa era poco más que un carril para carretillas y carritos de mano, lo bastante sólido, pero con un ancho aproximado de metro y medio y sin barandillas. Ned estuvo hablándole al caballo.

—Ya lo ha visto —dijo—. Sabe que queremos que suba por ahí, pero todavía no ha decidido si está dispuesto a hacerlo. Ahora siento que al señor Furgón no se le haya ocurrido además pedir prestada una fusta.

—Tú tienes una —dijo Boon, refiriéndose a mí: uno de mis trucos, de mis habilidades. Lo hacía con la lengua, contra la caja de resonancia de la boca, de la garganta; un sonido muy seco y fuerte, tan seco y fuerte cuando se hacía bien como el restallar de un látigo; mi madre finalmente me prohibió hacerlo en el patio y aún menos dentro de casa. Pero todavía en una ocasión hice que la abuela diera un salto y dijese una palabra malsonante. Casi había pasado ya un año, y era posible que me hubiera olvidado de cómo hacerlo.

—Es verdad —dijo Ned—. Tenemos una —y a mí me dijo—: Consíguete una varita larga. Debe de haberlas en ese matorral de ahí.

Así fue: era un aligustre; todo aquello fue probablemente el césped o el jardín de

alguien antes de que llegaran el progreso, la industria, el comercio, los ferrocarriles. Corté la varita y regresé. Ned acercó el caballo, mirando hacia la rampa.

—Ahora, ustedes, señor Boon y señor Furgón, que son personas de buen tamaño, acérquense, uno por cada lado, como si fueran los postes —así lo hicieron, Ned subido ya hasta la mitad de la rampa, la brida en la mano, vuelto hacia el caballo y hablándole—. Ya estás —dijo—. Todo recto, por esta escalerita para gallinas, se llega a la gloria y a Possum, en Tennessee, mañana al amanecer.

Bajó de nuevo, haciendo girar ya al caballo, moviéndose con bastante rapidez y hablándome a mí:

—Ya ha visto la varita. Ponte exactamente detrás de él. No lo toques ni hagas el ruido hasta que yo te diga.

Así lo hice, lo hicimos los tres —Ned, el caballo y después yo—, alejándonos de la rampa como unos veinte metros, hasta que, sin detenerse, Ned se dio la vuelta e hizo girar al caballo, yo siguiéndolos siempre, hasta colocarse frente al comienzo de la rampa, entre Boon y Sam, a veinte metros de distancia. Cuando el caballo vio la rampa, se detuvo.

—Haz el ruido —dijo Ned. Imité el golpe de la fusta y me salió bastante bien; el caballo saltó un poco, Ned moviéndose ya, ahora un poco más deprisa, en dirección a la rampa—. Esta vez, cuando te diga que hagas el ruido, tócalo con la varita. No lo golpees: tócalo suavemente en el arranque de la cola un segundo después de hacer el ruido —ya había pasado entre Boon y Sam y estaba sobre la rampa. El caballo trataba ahora de decidir lo que iba a hacer: inmovilizarse, salirse de la rampa (con el problema añadido de tener que decidir cuál de los dos, Boon y Sam, sería más fácil de arrollar) o, simplemente, girar en redondo y pasar por encima de todos. Casi se veía que era eso lo que le estaba sucediendo, y quizá Ned contaba con eso: una inteligencia con tendencia al pánico, asustadiza y capaz tan sólo de una idea a la vez, en la que la aparición de una segunda idea provoca de inmediato el caos—. Haz el ruido —dijo Ned. Ahora toqué además al caballo con la vara, como Ned me había dicho. El animal se levantó, saltó, las patas delanteras a mitad de la rampa, la trasera más adelantada (por el lado de Boon) golpeando el borde de la rampa y escurriéndose hacia fuera hasta que Boon, antes de que Ned pudiera hablar, agarró la pata con las dos manos y volvió a colocarla en la rampa, apoyándose con todo su peso contra el costado del caballo, inmóvil ya, tembloroso, las cuatro extremidades en la rampa—. Ahora —dijo Ned—, apoya todo el largo de la varita sobre los corvejones, para que sepa que tiene algo detrás que le impedirá caerse.

—Que no le dejaré retroceder y bajarse de la rampa, querrás decir —intervino Sam—. Necesitamos una de las palancas. Ve a por ella, Charley.

—Es cierto —dijo Ned—. Vamos a necesitar esa palanca dentro de un momento. Pero ahora sólo nos hace falta la varita. Eres demasiado pequeño —me dijo—. Deja

que la cojan el señor Boon y el señor Furgón. Pásensela por detrás de los corvejones, como si fuera una retranca —así lo hicieron, cada uno a un extremo de la varita flexible—. Cuando te lo diga esta vez, haz un ruido muy fuerte, para que piense que el golpe también va a ser más fuerte —pero no tuve que hacer nada. Ned le dijo al caballo—: Adelante, hijo. Vámonos a Possum —y el caballo se movió, Boon y Sam moviéndose con él, la varita como un trozo de cuerda que lo empujara, las patas delanteras ya en el suelo firme, luego un impulso final, entre gateo y arrastrar de pezuñas, el andén resonando como si el caballo hubiera saltado sobre un puente de madera.

—Va a hacer falta algo más que la varita o ese muchacho chasqueando la lengua para meterlo en el vagón —dijo Sam.

—Lo que hará que suba a ese furgón es la palanca —dijo Ned—. ¿No ha llegado todavía? —lo hizo en aquel momento—. Apalanquen esa rampa para soltarla —dijo Ned.

—Un momento —dijo Sam—. ¿Para qué?

—Para que suba por ella hasta el furgón —dijo Ned—. Ahora ya está acostumbrado. Ya ha descubierto que no hay nada al otro extremo que le vaya a hacer daño o a asustar.

—Pero aún no ha oído el interior de un furgón vacío —dijo Sam—. Es en eso en lo que estoy pensando —pero la idea de Ned era razonable. Además, habíamos ido ya demasiado lejos para tener dudas, pese a que Ned nos había mandado que derribásemos las dos paredes del depósito de mercancías para que el caballo no tuviera que doblar esquinas. De manera que Boon y el empleado del ferrocarril apalancaron la rampa, separándola del andén.

—Demonios coronados —dijo Sam—. ¿Es que no podéis hacerlo en silencio?

—¿No está también usted aquí con nosotros? —dijo Ned—. Estoy seguro de que, además de pasearse con ellos, puede sacarles un poco más de partido a esos botones de latón —aunque todos tuvimos que colaborar, incluida la señorita Corrie, para subir la rampa hasta el andén, cruzarlo con ella, y colocarla, a modo de puente, desde el andén hasta el negro bostezo de la puerta abierta del furgón. Luego Ned llevó el caballo hasta allí, y entendí de inmediato lo que Sam había querido decir. El animal no sólo no había oído nunca un furgón vacío, sino que, a diferencia de los seres humanos, era capaz de ver lo que había dentro; recuerdo que pensé *Ahora que hemos arrancado la rampa, ni siquiera vamos a poder devolverla a su sitio antes de que nos pille la luz del día*. Pero no sucedió nada parecido. Quiero decir que no sucedió nada. Quiero decir que no sé lo que sucedió; ninguno de nosotros lo supo. Ned llevó al caballo, las pezuñas resonando con fuerza y a hueco sobre las tablas, hasta el final de la rampa que era ahora un puente, y se inmovilizó sobre el puente, hablando al caballo, tirando suavemente de la brida, hasta que el animal adelantó una pata,

colocándola sobre el puente, y yo ya no sé qué era lo que estaba pensando; un momento antes tenía la seguridad de que no había en todo Memphis gente suficiente para meter al caballo por aquel agujero negro, pero un instante después esperaba ya que el mismo impulso y salto que antes le había hecho atravesar la rampa lo llevara dentro del furgón; pero en aquel momento el animal levantó la pata adelantada y retrocedió para colocarla de nuevo sobre el andén, Ned y él frente a frente como formando un cuadro. Oí que Ned respiraba hondo una vez.

—Ustedes retrocedan hasta la pared —dijo, y así lo hicimos. No sé cómo se las arregló, sólo le vi, con una mano sosteniendo la brida, con la otra frotando, tocando el hocico del animal. Luego retrocedió hasta entrar en el vagón y desaparecer; la brida se tensó, pero sólo llegó su voz hasta el exterior—: Vamos, hijo. Aquí lo tengo.

—Que me aspen si lo entiendo —dijo Sam. Porque aquello fue todo. El puente bamboleante se estremeció un poco, la cavernosa oscuridad del interior del furgón resonó bajo las pezuñas, pero eso fue todo. Entramos con el farol; los ojos del caballo brillaron fríamente y desaparecieron en el rincón donde Ned y él se habían instalado.

—¿Dónde están las tablas y los clavos de los que nos habló? —le preguntó Ned a Sam—. Traiga aquí dentro esa escalerita para gallinas; con eso tenemos ya toda una pared.

—Demonios coronados —dijo Sam—. Eso es demasiado.

—La gente que venga aquí mañana por la mañana y eche en falta todo un furgón —dijo Ned—, no va a tener tiempo de preocuparse por una escalerita de fabricación casera sacada de algún gallinero —de modo que todos nosotros de nuevo, con excepción de Ned (la señorita Corrie incluida), metimos la rampa en el furgón, la colocamos y la mantuvimos en su sitio mientras Boon, Sam y el ferroviario (Sam tenía las tablas y los clavos preparados) construían una casilla alrededor del caballo en un extremo del furgón; antes incluso de que Ned pudiera quejarse, Sam apareció con un cubo de agua, un cajón con grano y hasta un buen montón de heno; todos nos quedamos quietos, compartiendo la atmósfera creada por el satisfecho roncar del caballo—. Es como si ya estuviera en Possum en este mismo momento —dijo Ned.

—Lo que tienen ustedes que desear es que pasado mañana cruce el primero la línea de meta —dijo Sam—. ¿Qué hora es? —y acto seguido nos lo dijo él mismo—: Acaban de dar las doce. Hora de dormir un poco antes de que salga el tren a las cuatro —ahora hablaba con Boon—. Usted y Ned querrán quedarse aquí con su caballo, como es lógico; por eso he traído heno de sobra. Acuéstense aquí y yo me llevaré a Corrie y a los chicos a casa, y nos reuniremos a...

—Eso es lo que usted dice —le interrumpió Boon, no con aspereza sino con algo semejante a una fría inflexibilidad—. Será usted el que se reúna aquí a las cuatro. Si no se queda dormido, tal vez lo veamos —ya se había dado la vuelta—. Vamos, Corrie.



—¿Va usted a dejar el automóvil de su jefe..., quiero decir el caballo de su jefe..., me refiero a este caballo, quienquiera que sea su dueño, aquí, sin nadie que lo vigile, excepto ese hombre de color? —le preguntó Sam.

—No —dijo Boon—. Ese caballo pertenece ahora al ferrocarril. Tengo un talón de equipajes para demostrarlo. Quizá pidió usted prestado ese uniforme de ferroviario para impresionar a mujeres y niños pequeños, pero mientras lo lleve puesto será mejor que lo utilice para impresionar a este talón de equipajes, porque quizá al ferrocarril no le guste lo contrario.

—¡Boon! —dijo la señorita Corrie—. ¡Yo no me vuelvo a casa con nadie! Vamos, Lucius, tú y Otis.

—No tiene importancia —dijo Sam—. Se nos olvida que Boon necesita trabajar cinco o seis meses como un negro en ese algodón, o lo que quiera que sea, para pasar una noche en la calle Catalpa. Idos todos. Os veré en el tren.

—¿No puedes decir siquiera muchas gracias? —le preguntó la señorita Corrie a Boon.

—Por supuesto —dijo Boon—. ¿A quién se las debo? ¿Al caballo?

—Inténtelo con Ned —dijo Sam. Y volviéndose hacia Ned—: ¿Quieres que me quede aquí contigo?

—Estaremos perfectamente —dijo Ned—. Quizá, si ustedes también se marchan, haya por aquí el silencio suficiente para que alguien duerma un poco. Sólo me gustaría haber pensado a tiempo en...

—Lo hice yo —dijo Sam—. ¿Dónde está el otro cubo, Charley? —el ferroviario, guardagujas, lo que quiera que fuese, también lo tenía; estaba en la misma esquina del vagón que las tablas, los clavos, las herramientas y el pienso; contenía un enorme bocadillo de jamón, una botella de agua de litro y otra de whisky de medio litro—. Ahí lo tienes —dijo Sam—. Desayuno incluido.

—Ya veo —dijo Ned—. ¿Cómo se llama usted, blanco?

—Sam Caldwell.

—Sam Caldwell —repitió Ned—. Se me ocurre que Sam Caldwell es dos veces mejor nombre para este tipo de negocio con caballos que algunos otros que se podrían mencionar en la presente compañía. Un poco más, y llegaría a desear que usted y yo nos frecuentáramos lo bastante para ser permanentes. Se lo agradezco mucho.

—El gusto es mío —dijo Sam.

De manera que todos dimos las buenas noches a Sam y a Ned y a Charley (todos nosotros, excepto Boon y Otis, para ser exactos) y volvimos a casa de la señorita Reba. Las calles estaban vacías y tranquilas; Memphis utilizaba el deshilachado y gastado extremo de la semana a fin de conseguir al menos un poco de sueño y de descanso con que enfrentarse a la mañana del lunes; también nosotros caminamos en

silencio de luz en luz entre ventanas y paredes oscuras, con la excepción de un débil resplandor aislado en el que mi nuevo instinto infalible de libertino reconoció de inmediato un competidor de la señorita Reba; y detrás de las cortinas de esta última una sola luz, semejante en palidez, porque también allí la angustia debía de haberse gastado para entonces; incluso la misma Minnie se había ido a la cama, o a su casa o a dondequiera que se retirase después del equivalente a vísperas en la profesión que compartía con la señorita Reba. Porque fue esta última quien nos abrió la puerta principal, con un fuerte olor a ginebra y, a su manera dura, competente y bien parecida, empezando incluso a acusar los efectos. Se había cambiado de vestido. El nuevo apenas tenía parte superior y en aquellos días las damas —las mujeres— no se pintaban en realidad la cara, así que aquella fue también la primera vez que lo vi. Y aún llevaba más diamantes, tan grandes y amarillentos como los dos primeros. No: cinco. Pero tampoco Minnie se había ido a la cama. La vimos de pie, en la puerta de la habitación de la señorita Reba, con aire de estar completamente agotada.

—¿Todo resuelto? —dijo la señorita Reba, esperando a que termináramos de entrar para cerrar la puerta con llave.

—Sí —dijo la señorita Corrie—. ¿Por qué no te acuestas? Minnie, haz que se vaya a la cama.

—Eso me lo podía usted haber dicho hace una hora —dijo Minnie—. Sólo quisiera que nadie me lo siga pidiendo aún dentro de dos horas. Pero usted no estaba aquí la otra vez hace dos años.

—Vete a la cama —dijo la señorita Corrie—. Cuando volvamos el miércoles de Possum...

—Ira de Dios, Parsham —dijo la señorita Reba.

—De acuerdo —dijo la señorita Corrie—. Cuando volvamos el miércoles, Minnie se habrá enterado de dónde está y podremos ir a buscarlo.

—Seguro —dijo la señorita Reba—. Esta vez para enterrarlo allí mismo, en la zanja donde esté, con el pico y la pala y todo lo demás, si me quedara un poco de sentido común. ¿Quieres un trago? —le dijo a Boon—. Minnie es cientista o republicana o algo parecido y no quiere beber.

—Aquí tiene que haber alguien capaz de decir que no —dijo Minnie—. Y no necesito ser republicana para eso. Todo lo que hace falta es estar agotada y querer irse a la cama.

—Eso es lo que nos hace falta a todos —dijo la señorita Corrie—. Ese tren sale a las cuatro y es más de la una. Vamos, ahora mismo.

—Vete a la cama, entonces —dijo la señorita Reba—. ¿Quién demonios te lo impide?

De manera que subimos al piso alto, y Otis y yo aún más arriba; Otis conocía el camino hasta el ático, donde no había más que baúles y cajas y un colchón sobre el

suelo a modo de cama. Otis tenía camisa de dormir (que conservaba aún los pliegues con que la guardaban en la tienda donde supongo que la señorita Corrie se la había comprado), pero se acostó como también tuve que hacerlo yo: se quitó los zapatos y los pantalones, apagó la luz y se tumbó. Por la ventanita se veía la luna; y al cabo de un rato se distinguían incluso las cosas del cuarto gracias a su luz; a Otis le pasaba algo raro; yo estaba cansado y, mientras subía las escaleras, iba pensando en que me quedaría dormido antes casi de tumbarme. Pero sentía a Otis a mi lado, no sólo completamente despierto, sino más bien como algo que no había dormido nunca y que ni siquiera lo sabía. Y de repente también a mí me pasaba algo raro. La impresión era que no sabía aún lo que era: sólo que había algo que estaba mal y que al cabo de un minuto me enteraría y no me gustaría; y, de repente, quise no estar allí en absoluto, no estar en Memphis ni haber oído siquiera hablar de Memphis: quise estar en casa. Otis dijo otra vez Corta el rollo, cara bollo.

—La pasta que hay aquí —dijo—. Hasta se huele. No es justo que sólo las mujeres ganen dinero con el foqui-foqui mientras que un hombre tiene que conformarse con tratar de agarrar un poco mientras le pasa por delante... —allí estaba la palabra otra vez, la palabra que yo había preguntado ya dos veces lo que quería decir. Pero no, nunca más: allí tumbado, tenso y rígido con el rayo de luna que entraba por la ventanita sobre mis piernas y las de Otis, tratando de no oírle pero sin poder evitarlo—:... una de las habitaciones está justo aquí debajo; en una noche concurrida como fue la del sábado, se les oye perfectamente a través del suelo. Pero aquí no tengo ninguna posibilidad. Aunque consiguiera un taladro e hiciera un agujero, esa negra y la señorita Reba no me dejarían traer a nadie para ganarme un poco de dinero y, aunque pudiera, probablemente me lo quitarían como hizo hoy ese hijo de puta con el dinero de la pianola. Era distinto en mi tierra, en casa de tía Fittie, cuando Bee... —se calló de pronto, quedándose completamente inmóvil. Luego volvió a decir Corta el rollo, cara bollo.

—¿Bee? —dije. Pero era demasiado tarde. No, no era demasiado tarde. Porque para entonces ya lo sabía.

—¿Cuántos años tienes? —dijo.

—Once —le respondí.

—Entonces me llevas un año —dijo—. Es una lástima que sea ésta tu última noche. Si te quedaras la semana que viene, podríamos arreglar lo del agujero de algún modo.

—¿Para qué? —dije. ¿Te das cuenta? Tenía que preguntarlo. Porque lo que quería era volver a casa. Quería a mi madre. Porque se debe estar preparado para la experiencia, el conocimiento, la información, y no que te golpeen de improviso en la oscuridad, como si cayeras en manos de un bandolero o de un salteador de caminos. Recuerda que sólo tenía once años. Hay cosas, circunstancias, situaciones en el

mundo que no debieran estar allí pero están, y no puedes escaparte; de hecho tampoco escaparías aunque pudieras elegir, porque también son parte del Movimiento, de participar en la vida, de estar vivo. Pero deberían llegar con delicadeza, decentemente. Estaba teniendo que aprender demasiado y demasiado deprisa, sin ayuda de nadie; carecía de sitio donde poner todo aquello, de receptáculo, de casilla preparada para recibirlo sin dolor ni desgarramiento. Otis seguía tumbado boca arriba, igual que yo. No se había movido, ni siquiera había movido los ojos. Pero yo sentía que me estaba vigilando.

—¿Estás bastante en la inopia, verdad? —dijo—. ¿De dónde has dicho que eres?

—Missippi —dije.

—Caramba —dijo—. No me extraña que no sepas nada.

—Está bien —dije—. Bee es la señorita Corrie.

—Aquí me tienes, tirando dinero como si tal cosa —dijo—. Pero quizá tú y yo podamos aún sacar algo en limpio. Seguro que sí. Se llama Everbe Corinthia, por la abuela. Y vaya un condenado nombre para el trabajo. Malo incluso en Kiblett, donde algunos ya lo sabían y estaban acostumbrados y los otros de ordinario tenían demasiada prisa para que les importara un rábano si se llamaba así o de otra manera. Pero aquí en Memphis es distinto, en una casa como ésta, donde me dicen que todas las chicas de Memphis tratan de meterse en cuanto hay una habitación libre. De manera que nunca tuvo mucha importancia allí en Kiblett, después de la muerte de su madre, cuando la tía Fittie la recogió para criarla y la puso a trabajar tan pronto como creció lo suficiente. Luego, cuando supo que en Memphis había mucho más dinero y se vino aquí, nadie se enteró nunca del Everbe y consiguió que la llamaran Corrie. Por eso a mí, cuando estoy de visita, como el verano pasado y ahora, me da todos los días cinco centavos para que no le diga a nadie lo de Everbe. ¿Te das cuenta? En lugar de distraerme y contártelo, que es lo que he hecho, tenía que haber ido a decirle: A cinco centavos al día puedo intentar que no se me olvide, pero por diez centavos será mucho más seguro. Pero no te preocupes; mañana le diré que tú también lo sabes, y quizá entre los dos...

—¿Quién era la tía Fittie? —dije.

—No lo sé —dijo Otis—. La gente la llamaba tía Fittie. Quizá fuese familia de algunos de nosotros, pero no lo sé. Vivía sola en una casa a las afueras del pueblo hasta que recogió a Bee después de la muerte de su madre, y en cuanto Bee fue lo bastante grande..., no es que tuviera que pasar mucho tiempo, porque ya era grande incluso antes de los diez o los once o los doce, o cuando fuera, y empezó...

—¿Empezó qué? —dije. ¿Te das cuenta? Tenía que hacerlo. Había llegado demasiado lejos para pararme ya, como el día anterior en Jefferson..., ¿o no era el día anterior? El año pasado: otro tiempo: otra vida: otro Lucius Priest—. ¿Qué es el foqui-foqui?

Me lo dijo, con algo de desprecio, pero, sobre todo, con algo semejante a un asombro incrédulo, casi admirado, casi respetuoso.

—Allí era donde tenía el sitio para mirar, el agujero en la pared de atrás, por un nudo en la madera, con una tapa corrediza de estaño que sólo yo sabía manejar, mientras delante, la tía Fittie cobraba y vigilaba. La gente de tu tamaño tenía que subirse a una caja y yo les cobraba cinco centavos hasta que la tía Fittie descubrió que por diez centavos dejaba mirar a personas mayores que de lo contrario pagarían medio dólar por entrar, y empezó a chillar como un gato montés...

De pie ya, le estaba golpeando, sorprendiéndole tanto (sorpresa compartida por mí) que tuve que agacharme, agarrarlo y ponerlo en pie al alcance de mis manos. Yo no sabía nada sobre boxeo y muy poco sobre peleas. Pero sabía exactamente lo que quería hacer: no sólo hacerle daño sino destruirlo; recuerdo que lamenté, quizá sólo durante un segundo (desde sólo Dios sabe qué remota encarnación en los campos de deportes de Eton), que no fuese de mi mismo tamaño. Pero sólo un segundo; no golpeaba, arañaba y pegaba patadas a un escuchimizado niño de diez años, sino a Otis y a la alcahueta al mismo tiempo: el niño demonio que degradó la intimidad de Everbe y la bruja que corrompió su inocencia: una carne que magullar y reventar, un sistema nervioso que retorcer y angustiar; más: no sólo ellos dos, sino todos los que habían participado en aquella degradación: no sólo los dos proxenetas, sino los niños canallas y sin sentimientos y los hombres brutales y sin vergüenza que pagaban sus centavos por presenciar la degradación indefensa, indefendida y nunca vengada. Otis se había dejado caer sobre el colchón, a cuatro patas ahora, hurgando en los pantalones que no llevaba puestos; yo no sabía para qué (ni me importaba), ni siquiera cuando sacó la mano y la alzó. Sólo entonces vi la hoja de la navaja en su puño, aunque tampoco me importó; aquello nos hacía en cierto modo del mismo tamaño; era mi *carte blanche*. Le quité la navaja. No sé cómo; nunca sentí la hoja; cuando tiré el arma lejos y lo golpeé de nuevo, la sangre que le vi en la cara pensé que era suya.

Luego Boon me estaba sujetando, los pies lejos del suelo, debatiéndome y llorando ya. Boon iba descalzo y sólo llevaba puestos los pantalones. También había aparecido la señorita Corrie, con quimono y el pelo suelto, que le llegaba por debajo de la cintura. Otis se había acurrucado contra la pared, sin llorar, pero maldiciendo como lo había hecho con Ned.

—Por todos los demonios del infierno —dijo Boon.

—La mano —dijo la señorita Corrie. Hizo una pausa el tiempo suficiente para mirar a Otis—. Vete a mi cuarto —le dijo—. Vamos —Otis salió del ático y Boon me depositó en el suelo—. Déjame verlo —pidió. Entonces supe de dónde salía la sangre: un limpio corte transversal en la base de los cuatro dedos; debí de agarrar la hoja en el momento en que Otis trataba de apartarla. Todavía sangraba. Es decir,

volvió a sangrar cuando la señorita Corrie me abrió la mano.

—¿Por qué demonios os habéis peleado? —dijo Boon.

—Por nada —dije, retirando la mano.

—Tenla cerrada hasta que yo vuelva —dijo la señorita Corrie. Regresó con una palangana con agua, una toalla, una botella de algo y lo que parecía un trozo de camisa de hombre. Me lavó la sangre y destapó la botella—. Te va a escocer —dijo. Así fue. Rasgó una tira de la camisa y me vendó la mano.

—Sigue sin querer decir por qué —comentó Boon—. Espero que empezara él: no tiene ni la mitad de tu tamaño, aunque sea un año mayor. No es de extrañar que sacara la navaja...

—No es mayor que yo —protesté—. Sólo tiene diez años.

—A mí me dijo que tenía doce —dijo Boon. Entonces descubrí cuál era el problema con Otis.

—¿Doce? —dijo la señorita Corrie—. Cumpliré los quince el lunes que viene —me estaba mirando—. ¿Quieres...?

—Que no vuelva aquí —dije—. Estoy cansado. Quiero dormir.

—No te preocupes por Otis —dijo—. Regresaré a casa hoy mismo. Hay un tren que sale a las nueve. Le diré a Minnie que lo acompañe a la estación y que se asegure de que se sube y que se queda donde ella pueda verle la cara por la ventanilla hasta que el tren se ponga en marcha.

—Claro —dijo Boon—. Y que coja mi maletín para llevarse el refinamiento y la cultura. ¡Mira que traerlo a pasar una semana en una casa...

—Haz el favor de callarte —dijo la señorita Corrie.

—... de Memphis para proporcionarle refinamiento y cultura! Quizá los haya encontrado; podría haber buscado durante años por todas las casas de putas de Arkansas sin encontrar a nadie de un tamaño lo bastante parecido al suyo para sacar esa navaja...

—¡Ya está bien! ¡Basta ya! —dijo la señorita Corrie.

—Claro que sí —dijo Boon—. Aunque, después de todo, Lucius tiene que saber el nombre del sitio donde está para poder presumir luego —apagaron la luz y se marcharon. O eso creía yo. La primera vez fue Boon, que volvió a encender la luz.

—Será mejor que me cuentes lo que ha pasado —dijo.

—Nada —le respondí. Me miró desde arriba, enorme, desnudo de la cintura para arriba, la mano en la luz para apagarla de nuevo.

—Once años —dijo—, y ya con un navajazo en una pelea de casa de putas —se me quedó mirando—. Quisiera haberte conocido hace treinta. Si cuando tenía once años hubiera contado contigo para que me enseñaras, quizá a estas alturas tendría un poco más de sentido común. Buenas noches.

—Buenas noches —dije. Apagó la luz. Luego me quedé dormido, y esta vez fue

la señorita Corrie, arrodillada junto al colchón; distinguía la forma de la cara y el brillo de la luna en el pelo. Esta vez era ella la que lloraba; una chica grande, demasiado grande para saber cómo llorar con delicadeza aunque no hiciera ruido.

—He hecho que me lo contara —dijo—. Te has peleado por causa mía. Ha habido gente, borrachos, que se han peleado por mí, pero tú eres el primero que se ha peleado por defenderme. No estoy acostumbrada a eso, compréndelo. Ésa es la razón de que no sepa qué hacer. Excepto una cosa. Eso sí lo puedo hacer. Quiero prometerte una cosa. Allí en Arkansas tuve yo la culpa. Pero nunca más volverá a ser culpa mía —¿te das cuenta?—, hay que aprender demasiado deprisa; hay que saltar a oscuras y confiar en que Algo..., ellos..., te coloquen el pie en el buen sitio. Así que, quizá, después de todo, haya otras cosas además de la Pobreza y la No-virtud que se ocupan de los suyos.

—Tampoco tuviste tú la culpa —dije.

—Sí que la tuve. Se puede escoger. Se puede decidir. Se puede decir que no. Se puede encontrar un empleo y trabajar. Pero se ha acabado. Ésa es la promesa que quiero hacerte. Para no romperla, como tampoco tú has roto la tuya, la que le explicaste al señor Binford antes de cenar. Tienes que aceptar la mía. ¿La aceptas?

—De acuerdo —dije.

—Pero has de decir que la aceptas. Decirlo en voz alta.

—Sí —dije—. La acepto.

—Y ahora trata de volver a dormir —dijo—. He traído una silla y me voy a quedar aquí, así estaré preparada y te despertaré a tiempo para ir a la estación.

—Vete tú también a la cama —dije.

—No tengo sueño —dijo ella—. Voy a quedarme aquí sentada. Duérmete.

Y esta vez, de nuevo Boon. La luz de luna que entraba por la ventana había cambiado de sitio, así que me había dormido, su voz tratando al menos de no ser más que un susurro o por lo menos de hablar sin levantar la voz, asomando, todavía desnudo de medio cuerpo para arriba, por encima de la silla donde Everbe (quiero decir la señorita Corrie) estaba sentada, la mano de Boon tirándole hacia atrás del brazo:

—Ven. No nos queda más que una hora.

—Suéltame —también su voz era un susurro—. Es demasiado tarde. Suéltame — luego el murmullo áspero de Boon, todavía intentándolo, tratando de llamarse susurro:

—¿Por qué demonios crees que he venido desde tan lejos, he esperado todo este tiempo, tanto trabajar y ahorrar y esperar?... —luego la luz de la luna que entraba por la ventana había vuelto a cambiar de sitio y oí cantar a un gallo en alguna parte y la mano con el corte estaba en parte debajo de mi cuerpo y me dolía, lo que fue quizá la causa de que me despertara. De manera que no podría decir si era la misma vez o si

Boon se había marchado y había vuelto: sólo las voces, todavía tratando de no ser más que un murmullo y, si un gallo estaba cantando, ya era hora de levantarse. Y, ah, sí, Everbe estaba otra vez llorando.

—¡No! ¡No quiero! ¡Déjame en paz!

—Está bien, está bien. Pero hoy no es más que hoy; mañana por la noche, cuando nos hayamos instalado en Possum...

—¡No! ¡Mañana tampoco! ¡No puedo! ¡No puedo! ¡Déjame en paz! ¡Por favor, Boon, por favor!



Everbe, Boon y yo llegamos con tiempo de sobra o, por lo menos, eso creíamos. Vimos en primer lugar a Ned, que nos esperaba delante de la estación. Llevaba puesta una camisa limpia: o se trataba de una nueva, o había conseguido de algún modo que le lavaran la otra. Pero casi de inmediato todo empezó a ir demasiado deprisa para que nadie se enterase aún de que el propietario de la camisa era Sam. Ned ni siquiera dio tiempo a Boon de abrir la boca.

—Cálmate —le dijo—. El señor Sam está cuidando de Lightning mientras yo termino de arreglar las cosas de fuera. Ya han recogido el furgón y lo han enganchado al tren que está esperando detrás de la estación a que suban todos ustedes. Cuando el señor Sam Caldwell dirige un ferrocarril todo va sobre ruedas, ya lo creo que sí. También le hemos puesto nombre: Forkid Lightning —después me vio la mano vendada. Casi dio un salto—. ¿Qué te ha pasado?

—Un corte —dijo—. Estoy perfectamente.

—¿Qué clase de corte? —preguntó.

—Un corte transversal debajo de los cuatro dedos —dijo Everbe—. Ni siquiera debería mover la mano.

Tampoco Ned perdió más tiempo con aquello. Echó una ojeada alrededor.

—¿Dónde está ese otro? —preguntó.

—¿Ese otro qué? —dijo Boon.

—Pantalones-de-pana —dijo Ned—. Ese renacuajo que sólo habla de dinero y estaba anoche con nosotros. Puede que se necesiten dos manos para ese caballo. ¿Quién crees que va a montar a Lightning en esa carrera? ¿Yo? ¿O tú, que pesas por lo menos dos veces más que yo? Iba a hacerlo Lucius, pero si tenemos a ese otro no hace falta que nos arriesguemos. Pesa incluso menos que Lucius y, aunque no tenga tanto discernimiento, no le falta la suficiente mala idea como para montar un caballo de carreras, le gusta el dinero lo bastante como para querer ganar y probablemente es demasiado cobarde para soltar las riendas y caerse del caballo. Que es todo lo que necesitamos. ¿Dónde está?

—Camino de Arkansas —dijo Boon—. ¿Qué edad le echas?

—La que aparenta —dijo Ned—. Unos quince, ¿no es eso? ¿Arkansas? Pues que alguien vaya a buscarlo y deprisita.

—Sí —dijo Everbe—. Iré yo. Ya no hay tiempo antes de que salga el tren. Me quedaré aquí y lo llevaré por la tarde en el siguiente.

—Eso está bien —dijo Ned—. El próximo tren es el del señor Sam. Sólo tiene que entregarle a Pantalones-de-pana; el señor Sam sabrá manejarlo.

—Claro —le dijo Boon a Everbe—. Eso te dejará una hora entera para que practiques el No con Sam. Puede que sea más hombre que yo y no se conforme pero

ella se limitó a mirarlo fijamente.

—Entonces, ¿por qué no te quedas tú y traes a Otis y nos reunimos por la noche contigo en Parsham? —dijo. Esta vez fue Boon quien se me quedó mirando.

—Vaya, vaya —exclamó—. ¿Qué fue lo que dijo anoche el señor Binford? Que me aspen si no hay un cerdo nuevo en este barrizal. Excepto que éste no es todavía más que un lechón. O por lo menos eso era lo que yo creía.

—Por favor, Boon —dijo Everbe. De esa manera—: por favor, Boon.

—Llévatelo también; volved los dos con mil demonios a ese matadero del que quizá no tendrías que haber salido nunca en primer lugar —dijo Boon. Esta vez Everbe no respondió. Se quedó donde estaba, bajando un poco los ojos: una muchacha grande a la que tampoco le sentaba mal estarse quieta. Luego se dio la vuelta, caminando ya.

—Quizá lo haga yo —dije—. Volverme directamente a casa. Ned tiene a otro para montar ese caballo y en cuanto a ti parece que no sabes qué hacer con ninguna de las personas que tratan de ayudarnos.

Me miró, fulminándome con la mirada: durante un segundo, quizá.

—Está bien —dijo. Se adelantó hasta alcanzar a Everbe—. He dicho que bueno —dijo—. ¿No es suficiente?

—Sí —dijo ella.

—Iré a la estación a esperar el primer tren. Si no apareces, volveré para el siguiente. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo ella y siguió andando.

—Apuesto a que ninguno de vosotros se ha acordado de traerme la cartera —dijo Ned.

—¿Cómo? —dijo Boon.

—¿Dónde está? —pregunté.

—Seguirá en la cocina, en el sitio donde la dejé —dijo Ned—. Me vio esa chica de piel clara con el diente de oro.

—La señorita Corrie te la traerá esta noche —dije—. Vamos.

Entramos en la estación. Boon compró los billetes; los pasajeros ya estaban subiendo al tren. Por delante veíamos el furgón. Sam y el revisor y otros dos ferroviarios se hallaban junto a la puerta abierta; uno de ellos debía de ser el maquinista. ¿Te das cuenta? No un simple guardavía fuera de servicio, sino la dotación completa de un tren en funcionamiento.

—¿Es hoy la carrera? —preguntó el revisor.

—Mañana —dijo Boon.

—Primero tenemos que llevarlo hasta allí —dijo el revisor, consultando su reloj—. ¿Quién acompaña al caballo?

—Yo —dijo Ned—. En cuanto encuentre un cajón o algo para subirme al tren.

—Dame el pie —dijo Sam. Ned alzó la rodilla y Sam lo lanzó dentro del furgón —. Te veré mañana en Parsham —dijo.

—Creí que seguías hasta Washington —dijo Boon.

—¿Quién, yo? —dijo Sam—. Hasta Washington sólo va el tren. Yo tomaré esta noche en Chattanooga el Dos Cero Nueve para volver. Mañana por la mañana a las siete estaré en Parsham. Podría ir con vosotros ahora y tomar por la noche el Dos Cero Ocho en Parsham, pero tengo que recuperar algo de sueño. Además, no me vais a necesitar. Con Ned estaréis seguros hasta entonces.

Lo mismo nos pasaba a Boon y a mí. Me refiero a la falta de sueño. Conseguimos dormir algo, hasta que nos despertó el revisor, en Parsham ya, con las primeras luces del día; vimos cómo la locomotora (allí había una rampa para descargar ganado) colocaba el furgón, esta vez en el sitio adecuado, enganchaba de nuevo el tren y reanudaba la marcha, y cómo las ruedas de los otros vagones, una a una, repiqueteaban al cruzar las otras vías que se dirigían hacia el sur, en dirección a Jefferson. Luego, entre los tres desarmamos la casilla montada dentro del furgón y Ned bajó con el caballo; y por supuesto, como era de esperar, al final de la rampa, y como por encanto, se materializó un negro joven de unos diecinueve años y aspecto agradable, que dijo:

—Qué tal, señor McCaslin.

—¿Eres tú, hijo? —preguntó Ned—. ¿En qué dirección?

Así que, por el momento, nos separamos de Boon; su misión era poner los engranajes en movimiento, hacer las gestiones: encontrar un sitio donde alojarnos todos; no sólo él y yo, sino Otis y Everbe cuando llegaran por la noche; localizar a un individuo cuyo nombre Ned ni siquiera sabía, y que nadie, excepto Ned, afirmaba que fuese propietario de un caballo, y luego convencerlo de que lo hiciera correr, de que lo pusiera a competir —una invención de la mente de Ned tenía que poner a correr a otra invención— en una futura carrera hipotética, inexistente por tanto, contra un caballo al que ya había ganado en dos ocasiones (esto, igualmente, sin otra prueba que las palabras de Ned, es decir, invención número tres), como resultado de todo lo cual Ned se proponía recuperar el automóvil del abuelo; Boon, además, tenía que hacer todo eso evitando al mismo tiempo que se le interrogase sobre quién era el verdadero propietario del caballo. Nosotros —Ned, el negro joven y yo— abandonamos enseguida la población, ya que en aquellos días sólo había que dejar atrás unas cuantas casas y dos o tres tiendas en el sitio donde se cruzaban los ferrocarriles, la estación, la rampa para descargar el ganado, el almacén para las mercancías y un andén para las balas de algodón. Aunque también es cierto que algunas cosas no han cambiado desde entonces: el hotel, grande y laberíntico, de numerosos pisos y galerías y con el peculiar estilo gótico de los barcos fluviales, donde los aficionados, vestidos con el mono que les servía de uniforme, los

profesionales que entrenaban a los perdigueros y los millonarios del norte que eran sus propietarios (una noche de 1933, en el salón, cuando su negocio de Ohio, como todos los demás, se hallaba bajo la espada de Damocles del cierre de los bancos por orden federal, yo mismo oí cómo Horace Lytle<sup>[7]</sup> rechazaba cinco mil dólares por Mary Montrose<sup>[8]</sup>), se reunían durante dos semanas todos los febreros; también acudía Paul Rainey<sup>[9]</sup> a quien le gustaba nuestra tierra —o por lo menos nuestros osos, ciervos y pumas— lo bastante como para emplear algo del dinero de Wall Street en la compra de la suficiente tierra de Mississippi para que sus amigos y él pudieran cazarlos allí: un deportista siempre ligado a los perros, que llevó a África su jauría de sabuesos cazadores de osos para ver qué hacían con los leones o viceversa.

—Este chico se va a dormir andando —dijo el joven negro—. ¿No tienes una silla de montar?

Pero yo no me iba a dormir todavía. Tenía que enterarme, que preguntarle a Ned:

—Yo no sabía siquiera que conocieras aquí a nadie, y menos aún que pudieras mandarles aviso por adelantado.

Ned siguió andando como si yo no hubiera abierto la boca. Al cabo de un rato, dijo por encima del hombro:

—Así que quieres saber cómo, ¿no es eso? —siguió andando. Luego dijo—: el abuelo de este muchacho y yo somos masones.

—¿Por qué hablas tan bajo? —dije—. El Jefe también es masón, pero nunca le he oído hablar de ello cuchicheando.

—No sabía que estaba cuchicheando —dijo Ned—. Pero supongamos que sea cierto. ¿Para qué quieres pertenecer a una logia, a no ser que sea una cosa tan secreta que prácticamente nadie más pueda entrar? ¿Y cómo vas a guardar el secreto a no ser que lo trates como tal?

—Pero ¿cómo has hecho para avisarlos? —pregunté.

—Déjame decirte una cosa —respondió Ned—. Si alguna vez necesitas hacer algo, no sólo hacerlo, sino hacerlo deprisa y sin ruido, de manera que puedas confiar en el resultado y estar seguro de que nadie se va a ir de la lengua, tienes que ponerte a buscar hasta que encuentres a alguien como el señor Sam Caldwell y confiarle el asunto. No lo olvides. A los habitantes de Jefferson no les vendría mal contar con uno como él. Podrían usar un buen montón de gente como Sam Caldwell.

Luego ya habíamos llegado. El sol estaba en lo alto del cielo. La casa era una cabaña de dos habitaciones con un espacio abierto en medio, sin pintar, pero en buen estado y muy limpia, entre algarrobos y árboles del paraíso, con un patio muy bien barrido dentro de una cerca en la que no faltaba ninguna estaca y una puerta con goznes que funcionaban, pollos que picoteaban en el polvo y una vaca y un par de mulas en el establo que quedaba detrás, así como dos buenos perros de caza que ya habían reconocido al muchacho que nos acompañaba, y un anciano en lo alto de los

escalones que llevaban al porche: un anciano de piel muy oscura y camisa blanca, tirantes, sombrero de terrateniente y bigote y perilla perfectamente blancos, que bajó los escalones y cruzó el patio para examinar el caballo. Porque él conocía, recordaba el caballo, de manera que así, al menos, una de las invenciones de Ned se convirtió en realidad.

—¿Lo habéis comprado? —preguntó.

—Lo tenemos —respondió Ned.

—¿El tiempo suficiente para que corra?

—Por lo menos para que corra una vez —dijo Ned. Luego a mí me dijo—: Presenta tus respetos al tío Possum Hood —así lo hice.

—Por mí no te molestes —dijo el tío Parsham—. Supongo que no os vendrá mal desayunar —yo lo estaba oliendo ya, me refiero al jamón.

—Lo único que quiero es acostarme —dije.

—Se ha pasado en pie toda la noche —dijo Ned—. La hemos pasado los dos. Aunque él en una casa llena de mujeres que gritaban por qué y cuánto, y yo en un furgón vacío con un caballo —pero yo tenía aún que ayudar a poner a Lightning en la cuadra y a darle de comer. No me lo permitieron—. Ve con Lycurgus y duerme un poco —dijo Ned—. Voy a necesitarte pronto, antes de que haga demasiado calor. Tenemos que saber lo que da de sí este caballo, y cuanto antes empecemos, antes nos enteraremos —me fui detrás de Lycurgus, a una habitación añadida a la casa con entrada independiente, en la que había una cama con una colcha hecha de retazos y de colores vivos perfectamente limpia; me pareció que me dormía antes incluso de tumbarme, y que Ned me zarandeaba antes siquiera de empezar a dormir. Traía un grueso calcetín de lana recién lavado y un trozo de cordel. Ahora yo sí tenía hambre —. Desayunarás después —dijo Ned—. Se conoce mejor a un caballo con el estómago vacío. Vamos... —separando los bordes del calcetín—. Pantalones-de-pana no ha aparecido todavía. Quizá sea mejor que no se presente. Es de los que por mucho que creas que te hace falta, siempre descubres después que estabas mejor sin él. Extiende la mano —se refería a la vendada. La metió dentro del calcetín, venda incluida, y me lo ató a la muñeca con el cordel—. Todavía puedes usar el pulgar, pero el calcetín impedirá que te olvides de los cortes, trates de abrir la mano y hagas que salten otra vez.

El tío Parsham y Lycurgus esperaban con el caballo. Estaba embridado y llevaba una vieja silla de montar de tipo McClellan, muy usada pero en perfecto estado de conservación. Ned estuvo mirando a Lightning.

—Quizá hagamos la carrera a pelo, a no ser que esté prohibido. Pero deja la silla donde está. Podemos intentarlo de las dos maneras y dejarle que decida cuál prefiere.

Había un pequeño pastizal junto al arroyo, llano y liso, en buenas condiciones. Ned acertó las acciones de los estribos, no tanto en beneficio mío como del caballo, y

me ayudó a montar.

—Ya sabes lo que tienes que hacer; lo mismo que con los potros en la granja de McCaslin. Deja que sea él quien se preocupe de cuál es la mano que lo lleva; lo más probable es que lo único que hayan tratado de enseñarle sea a correr todo lo deprisa que le permita el bocado, en la dirección en la que quienquiera que sea le apunte la cabeza, que es todo lo que nos hace falta. Todavía no necesitas una varita. Además, no queremos saber cómo funciona una varita: queremos saber cómo funciona él. En marcha.

Lo llevé hasta el pastizal y lo puse al trote. Tenía la boca muy blanda; una telaraña lo habría detenido. Así se lo dije a Ned.

—Seguro —me contestó—. Apuesto a que tiene muchos más callos de fusta en el trasero que rozaduras de bocado en la mandíbula. Sigue. Haz que se mueva —pero no había manera. Le di patadas, le clavé los talones, pero se limitó a trotar, un poco más deprisa al volver (seguíamos un recorrido circular, como el que habíamos preparado en el potrero del primo Zack) hasta que me di cuenta de que aceleraba el paso para regresar junto a Ned. Pero siempre detrás del bocado; sin tirar ni una sola vez de las riendas, toda la cabeza vuelta y remetida pero sin hacer fuerza sobre la mano, como si el bocado fuese una corteza de jamón y él un mahometano (o el bocado una espina de pescado y él un candidato a alguacil de Mississippi al que la oposición baptista acusa de cortejar el voto católico, o una de las cartas del puño y letra de la señora Roosevelt y un secretario del Consejo de Ciudadanos Blancos, o la colilla del puro del senador Goldwater y el miembro más joven de la ADA<sup>[10]</sup>, así hasta que llegó a donde estaba Ned y, con un tirón que sentí incluso en el hombro, liberó la cabeza y empezó a restregar el hocico contra la camisa de Ned—. Vaya, vaya —dijo Ned. Tenía una mano a la espalda; y ahora yo veía ya la varita pelada que llevaba—. Haz que retroceda. Tienes que aprender a no volver corriendo hacia mí —le dijo al caballo— hasta que mande a buscarte —luego me dijo a mí—: Esta vez no se va a parar. Pero has de hacer como ha hecho él: exactamente un paso antes de donde, si tú fueras él, pensarías en girar para acercarte a mí, extiende la mano hacia atrás y golpéalo con toda la fuerza que puedas. Ahora agárrate bien —se echó para atrás y azotó al caballo con fuerza en la grupa.

Lightning saltó, se puso al galope: el movimiento (no nuestra velocidad ni tampoco nuestro avance) parecía extraordinario: desprovisto de elegancia, por supuesto, pero extraordinario, de todos modos. Porque era un simple reflejo ante el miedo, y el miedo no sienta bien a los caballos. No están hechos para eso, porque no son más que masa y simetría, mientras que el miedo requiere fluidez y gracia y extravagancia y la capacidad de encantar y cautivar e incluso horrorizar y asustar, como un impala o una jirafa o una serpiente; incluso mientras el miedo se desvanecía, sentí, advertí cómo el movimiento se convertía en simple obediencia, no más que un

obediente galope sostenido, por la recta de atrás y el giro para llegar luego a lo que iba a ser la última recta, cuando hice lo que Ned me había mandado: una zancada antes del punto en el que se había vuelto hacia Ned la primera vez, extendí el brazo y le golpeé con la palma de la mano sana con toda la fuerza que me fue posible; y de nuevo el salto, el impulso hacia adelante, pero sólo a modo de buena disposición, obediencia, alarma: ni enfado ni siquiera impaciencia.

—Eso es suficiente —dijo Ned—. Tráelo —nos acercamos y nos detuvimos. Lightning sudaba un poco, pero eso era todo—. ¿Qué sensación te ha dado? —preguntó Ned.

Intenté explicárselo.

—La mitad de delante no quiere correr.

—Se estiró perfectamente cuando lo toqué —dijo Ned.

Lo intenté de nuevo.

—No me refiero a las patas de delante, que están perfectamente. Es la cabeza la que no quiere ir a ningún sitio.

—Ah, ah —dijo Ned. Se volvió hacia el tío Parsham—: Tú has visto una de esas carreras. ¿Qué sucedió?

—Vi las dos —dijo el tío Parsham—. No sucedió nada. Estaba corriendo bien hasta que, de repente, debió de levantar la cabeza y ver que por delante no tenía más que un trozo de pista vacía.

—Ah, ah —dijo Ned—. Desmonta —me bajé del caballo y él le quitó la silla—. Dame el pie.

—¿Cómo sabes que lo han montado a pelo antes de ahora? —preguntó el tío Parsham.

—No lo sé —dijo Ned—. Tenemos que enterarnos.

—Ese chico no puede utilizar más que una mano —dijo el tío Parsham—. Lycurgus, ven aquí...

Pero Ned ya se había apoderado de mi pie.

—Este chico aprendió con los potros de Zack Edmonds allá en Mississippi. Una vez al menos cuando lo estaba viendo no supe con qué se agarraba al animal, como no fuera con los dientes —me tiró encima del caballo, que no hizo nada: se agachó, vaciló un momento, tembló ligeramente, y eso fue todo—. Ah, ah —dijo Ned—. Vamos a desayunar. Pantalones-de-pana estará aquí esta noche para trabajar con él, y quizá entonces también Lightning empiece a divertirse un poco con todo esto.

La cocina olía a verduras porque la madre de Lycurgus (e hija del tío Parsham) estaba preparando el almuerzo, pero no había dejado que se me enfriara el desayuno: tocino frito, maíz, bollitos calientes y suero de leche o leche con azúcar o café; me desató el calcetín que había servido de guante a fin de que pudiera comer, un tanto sorprendida de que no hubiera probado nunca el café, ya que Lycurgus venía

tomándolo los domingos por la mañana desde los dos años. Y yo creía que no tenía más que hambre hasta que me quedé dormido encima del plato y Lycurgus tuvo que medio llevarme y medio arrastrarme hasta su cama en la habitación independiente. Y, como Ned decía, el señor Sam Caldwell era todo un Sam Caldwell; Everbe y Otis se apearon del furgón de cola de un tren de mercancías que, unos minutos antes del mediodía, se detuvo en Parsham el tiempo suficiente. Era un tren directo, que de acuerdo con su horario no tenía que parar hasta llegar a Florence, en Alabama, o un sitio parecido. No sé cuánto carbón suplementario hubo que gastar para que el freno de aire detuviera por completo el mercancías en Parsham y para alimentar después el fuego de la caldera lo suficiente a fin de recuperar velocidad y compensar por el tiempo perdido. No había muchos como Sam Caldwell. Corta el rollo, cara bollo, habría dicho Otis.

De manera que cuando una voz desconocida que hablaba muy alto me despertó, y salí al exterior después de que la madre de Lycurgus me atara de nuevo el calcetín para montar, sacándolo de donde lo había guardado cuando me quedé dormido encima del plato, me los encontré allí a todos: un birlocho atado junto a la cerca y al tío Parsham una vez más en lo alto de los escalones de la entrada, todavía con el sombrero puesto, Ned sentado en el penúltimo escalón y Lycurgus de pie en la esquina entre los escalones y el porche, como si los tres se dispusieran a defender la casa; y en el patio, frente a ellos, Everbe (sí, la había traído, me refiero a la cartera de Ned) y Otis y Boon y el tipo que hablaba a voces (casi tan grande como Boon y casi tan feo, de rostro encarnado, una insignia y un revólver, con su funda, metido en el bolsillo de atrás del pantalón), situado entre Boon y Everbe, que aún trataba de soltarse de la mano que la tenía sujeta por el brazo.

—Sí —estaba diciendo—, conozco al viejo Possum Hood. Y, lo que es más, el viejo Possum Hood también me conoce, ¿no es cierto, muchacho?

—Aquí todos lo conocemos, señor Butch —dijo el tío Parsham con un tono de voz totalmente neutro.

—Si hay alguien que no me conoce, se trata de un descuido que se remedia muy pronto —dijo Butch—. Tal vez las mujeres de la casa estén demasiado ocupadas limpiando el polvo y barriendo para invitarnos a entrar, pero díganles que traigan aquí unas sillas para que pueda sentarse esta joven. Tú, muchacho —le dijo a Lycurgus—, pásame dos de las sillas del porche para que tú y yo —ahora hablaba con Everbe— nos sentemos a la sombra y empecemos a conocernos, mientras Pico de Oro —se refería a Boon, aunque no sé cómo lo adiviné— va con los muchachos a echar una ojeada a ese caballo. ¿Eh? —aún sujetaba a Everbe por el codo, la inclinaba suavemente, apartándola de él, hasta que ella casi perdía el equilibrio; a continuación, un poco más deprisa, pero sin que llegara a ser un verdadero tirón, la atraía hacia sí nuevamente, mientras Everbe seguía tratando de librarse, y enseguida recurrió a la



otra mano, tirándole de la muñeca. Yo estaba ya vigilando a Boon—. ¿Estás segura de que no te he visto en alguna parte? ¿En casa de Birdie Watts, quizá? ¿Dónde ha estado escondida, en cualquier caso, una chica de tan buen ver como tú? —ahora Ned se puso en pie, sin apresurarse.

—Buenos días, señor Boon —dijo—. ¿Usted y el señor Shurf quieren que Lucius saque el caballo? —Butch dejó de zarandear a Everbe. Pero sin soltarla.

—¿Quién es ése? —dijo—. Como regla general, por estos alrededores no nos caen bien los negros que no conocemos. Tampoco es que les pongamos objeciones, con tal de que se presenten a las autoridades y mantengan la boca cerrada.

—Ned William McCaslin Jefferson Mississippi —dijo Ned.

—Demasiado nombre —dijo Butch—. Necesitas algo corto y sencillo para que contestes cuando te llamen, hasta que consigas un bigote blanco y una perilla como los del viejo Possum aquí presente y te lo ganes. Tampoco nos importa de dónde vengas; todo lo que necesitas es un sitio donde volver. Pero es probable que no tengas problemas; por lo menos no te falta el suficiente sentido común para reconocer a la justicia cuando te encuentras con ella.

—Sí, señor —dijo Ned—. Estoy familiarizado con la justicia. También la tenemos en Jefferson —y a Boon le dijo—: ¿Quiere el caballo?

—No —dijo Everbe; había logrado soltarse y se alejó deprisa; podía haberlo hecho antes por el procedimiento de decírselo a Boon, que era lo que Butch (ayudante de sheriff o lo que fuese) quería que hiciera, y eso también lo sabíamos todos. Everbe se movió, deprisa para una chica de su tamaño, hasta que me tuvo a mí entre ella y Butch, agarrada ahora a mí; yo sentía que le temblaba un poco la mano mientras me apretaba el brazo—. Vamos, Lucius. Enséñanos el camino —dijo, con voz tensa: un murmullo, casi apasionado—: ¿Cómo tienes la mano? ¿Te duele?

—Estoy bien —dije.

—¿Seguro? ¿No me engañas? ¿Te ayuda llevar ese calcetín?

—Estoy bien —dije—. No te engaño —regresamos así hasta la cuadra, con Everbe casi arrastrándome para mantenerme entre ella y Butch. Pero no sirvió de nada, porque el otro simplemente me apartó, adelantándose; ahora me llegó su olor (sudor y whisky) y vi también la parte superior de la botella de medio litro que llevaba en el otro bolsillo trasero; tenía una vez más a Everbe sujeta por el codo y de repente tuve miedo, porque comprendí que no la conocía aún lo bastante bien (y no estaba seguro de que Boon la conociese mejor que yo). No: miedo no, no era ésa la palabra; no tuve miedo por nosotros, porque le hubiéramos quitado la pistola (lo habría hecho Boon sin ayuda de nadie) y después le habríamos dado una buena paliza, pero sí por Everbe y el tío Parsham, y por la casa y la familia del tío Parsham cuando eso ocurriera. Aunque sentía más que miedo. Sentía vergüenza de que existiera una razón así para temer por el tío Parsham, que vivía, que existía en un

lugar como aquél; sentía aborrecimiento por todo (no se trataba del aborrecimiento del tío Parsham sino del mío); aborrecimiento hacia todos nosotros por ser las pobres víctimas indefensas de nuestra condición de estar vivos, de tener que estar vivos; aborrecimiento a Everbe por ser la víctima destacada, vulnerable e indefensa; y a Boon por ser el vulnerable e indefenso objeto de la persecución; y al tío Parsham y a Lycurgus por estar donde tenían que ver, donde no les quedaba otro remedio que ver a los blancos comportarse exactamente como, según presumían los blancos, sólo los negros se comportaban; de la misma manera que había aborrecido a Otis por contarme lo de Everbe en Arkansas y había aborrecido a Everbe por ser la indefensa materia de la degradación humana que Otis me había explicado, al mismo tiempo que me aborrecía también a mí mismo por escuchar, por tener que oírlo, por enterarme, por saberlo; llevándoseme los demonios porque cosas así no sólo sucedieran, sino tuvieran que suceder, no quedara más remedio que sucedieran si la vida tenía que continuar y la humanidad ser parte de ella.

Y de repente me dominó la nostalgia, llenándome de angustia, dolor y opresión: no ya volver atrás para estar en casa, sino retractarme, borrar: hacer que Ned devolviera el caballo a dondequiera, a quienquiera y comoquiera que lo hubiera conseguido y recuperar el coche del abuelo y llevarlo a Jefferson, marcha atrás si era necesario, viajar desandando lo andado, para devolver al Noes, al Nunca-fue, todo el recorrido por carreteras de tierra, baches llenos de barro, el negro y las mulas daltónicas, la señorita Ballenbaugh y Alice y Ephum, de manera que, por lo que a mí se refería, nunca hubieran existido; cuando de repente y de manera tranquila y con toda claridad algo dentro de mí dijo *¿Por qué no lo haces?* Porque podía; bastaba con decirle a Boon, «Nos vamos a casa», y Ned hubiera devuelto el caballo y mi abyecta confesión haría que se localizara el automóvil y que la policía lo recuperase por el modesto precio de mi vergüenza. Pero no podía ya. Era demasiado tarde. Quizá hubiera sido posible ayer, cuando aún era niño, pero no ahora; la inocencia y la infancia estaban perdidas para siempre, me habían dicho adiós para siempre. Y Everbe se había soltado de nuevo. No me enteré de cómo lo hizo esta vez: sólo de que estaba libre, frente a él; dijo algo inaudible, deprisa; en todo caso él ni siquiera la estaba tocando, sólo la miraba desde arriba, sonriendo:

—Claro, claro —dijo—. Resístete un poco; quizá también a mí me guste; y le causa mejor impresión al bueno de Pico de Oro. Muy bien, muchacho —le dijo a Ned—. Veamos ese caballo.

—Espera aquí —me dijo Ned—. Lo traeremos Lycurgus y yo —de manera que seguí donde estaba, junto a la cerca, al lado de Everbe, que me había vuelto a coger del brazo, la mano temblándole todavía un poco. Sacaron el caballo y Ned miró de inmediato en nuestra dirección; enseguida preguntó—: ¿Dónde está ese otro?

—No me digas que tenéis dos —dijo Butch. Pero yo ya sabía de qué hablaba

Ned. Everbe también. Se volvió deprisa.

—¡Otis! —dijo. Pero no se le veía por ninguna parte.

—Corre —le dijo Ned a Lycurgus—. Si no ha entrado aún en la casa quizá puedas cortarle la retirada. Dile que su tía quiere verlo. Y tú no lo pierdas de vista —Lycurgus ni siquiera esperó a decir Sí, señor: le pasó el ronzal a Ned y se marchó a la carrera. Los demás nos quedamos junto a la cerca; Everbe tratando de inmovilizarse, dado que eso era todo lo que estaba en su mano para desaparecer, aunque demasiado grande para ello, como la cierva es demasiado grande para el ciruelo silvestre que es su único recurso para ponerse a salvo; Boon furioso y bufando, conteniéndose como nunca lo había hecho antes por nada. No a causa del miedo; te aseguro que no le asustaban ni la pistola ni la insignia: podía quitarle ambas a Butch y se las hubiera quitado, para luego, en un gesto que tendría algo de glorioso, arrojar la pistola al suelo a mitad de camino entre los dos y conceder a Butch el primer paso hacia ella; y sólo en parte a causa de la lealtad que me protegería a mí y a mi familia (su familia) del desenlace de semejante batalla, prescindiendo de quién resultase vencedor. Porque la otra parte era caballeridad: proteger a una mujer, incluso a una puta, de uno de los depredadores que degradan las insignias de la autoridad y las utilizan para aprovecharse impunemente de las de su indefensa especie. Y un poco más lejos, distante aunque presente, el tío Parsham, el patricio (llevaba en su nombre de pila el patronímico de la tierra misma que nos sostenía), el aristócrata entre todos nosotros y nuestro juez.

—Demonios —dijo Butch—. No va a ganar carreras quedándose quieto al extremo de un ronzal. Vamos. Hazlo trotar un poco.

—Están buscando al jinete —dijo Ned—. Entonces lo verá trabajar —y luego añadió—: A no ser que le corra mucha prisa volver a lo suyo.

—¿A lo mío? —preguntó Butch.

—Su trabajo con la justicia —dijo Ned—. En Possum o dondequiera que sea.

—¿Después de haber hecho todo el camino hasta aquí para presenciar una carrera de caballos? —dijo Butch—. Hasta ahora todo lo que he visto es un penco medio dormido que no se mueve del sitio.

—Me alegro de que me lo diga —respondió Ned—. Creía que tal vez no estaba usted interesado —se volvió hacia Boon—. Quizá lo mejor que usted y la señorita Corrie pueden hacer es volver ahora a la ciudad y prepararse para recibir a los demás cuando llegue el tren. Después mande el birlocho para el señor Butch y Lucius y el otro chico para cuando hayamos trabajado un poco con Lightning.

—Ja, ja, ja —rió Butch, sin alegría, sin nada—. ¿No está nada mal esa idea? ¿Eh, Pico de Oro? Tú y Perita en Dulce andan andandito de vuelta al hotel ahora, mientras que yo, el tío Remus y lord Fauntleroy<sup>[11]</sup> volveremos cuando podamos, a cualquier hora hasta medianoche, con tal de que, por supuesto, hayamos acabado aquí —se

movió con calma a lo largo de la cerca hasta donde se encontraba Boon, vigilándolo aunque dirigiéndose a Ned—: No puedo permitir que Pico de Oro se marche sin mí. Tengo que estar a su lado todo el tiempo, porque podría complicarle la vida a todo el mundo. Ahora hay una ley sobre cruzar la frontera del Estado en compañía de chicas guapas con lo que llaman propósitos inmorales. Pico de Oro es forastero aquí; no sabe exactamente dónde está la frontera del Estado, y se le podría escurrir el pie mientras tiene la cabeza en otra cosa: en algo que no es precisamente un pie. Al menos, no es así como lo llamamos por estos andurriales. ¿Eh, Pico de Oro? —le dio una palmada en la espalda, todavía sonriendo, vigilando a Boon; una de esas palmadas que los hombres joviales se dan unos a otros, pero más fuerte, un poco pasada, pero no excesivamente. Boon no se movió, las manos, que estaban demasiado morenas o quizá demasiado sucias para palidecer, agarradas al barrote superior de la cerca. Pero sí noté el relieve de los músculos—. Sí, señor —dijo Butch, mirando siempre a Boon y sonriendo—, los amigos, todos juntos, durante un rato al menos. Si se va uno, se van todos, o no se va nadie..., durante un rato más, en cualquier caso. Por lo menos hasta que suceda algo que pueda poner fuera de circulación a un hombre que no se fija mucho en lo que está haciendo..., pongamos, por ejemplo, a un forastero a quien nadie fuese a echar de menos. ¿Eh, Pico de Oro? —y volvió a palmear a Boon en la espalda, todavía más fuerte, vigilándolo, sonriente. Y esta vez también Everbe vio la mano de Boon, y dijo, de prisa, aunque sin levantar la voz:

—Boon —así—: Boon.

También intervino el tío Parsham.

—Aquí viene el otro chico —dijo. Otis acababa de aparecer dando la vuelta a la esquina de la casa, seguido de cerca por Lycurgus, que le doblaba la estatura. Incluso saber lo que no estaba bien con Otis tampoco ayudaba mucho. Pero era Ned quien lo miraba con severidad. Otis se acercó sin prisa, como si estuviera paseando.

—¿Alguien quiere hablar conmigo? —preguntó.

—Yo —dijo Ned—. Pero no te había visto antes a la luz del sol y quizá cambie de idea. Trae el equipo —le dijo a Lycurgus. Así que ensillamos (ensillaron) a Lightning, y Lycurgus y Ned fueron delante por el camino hasta el pastizal junto al arroyo, seguidos por los demás; e incluso Butch parecía prestar atención al asunto que teníamos entre manos, a no ser que, como hace el pescador, estuviera dando deliberadamente un pequeño descanso a Everbe, con el fin de que recuperase fuerzas y corriese y se debatiera una vez más contra el anzuelo de la estrella de hojalata sobre su camisa sudada. Cuando llegamos al pastizal, Ned y Otis estaban ya frente a frente a unos tres metros de distancia y, detrás de ellos, Lycurgus con el caballo. Ned parecía tenso y cansado. Por lo que yo sabía, no había pegado ojo, a no ser que hubiera conseguido dormir una hora, más o menos, en el heno del furgón. Pero eso era todo lo que le pasaba: no exhausto, sino tan sólo molesto por la falta de sueño.

Otis se estaba hurgando la nariz, todavía sin prisa—. Un chico que sabe mucho —decía Ned—. Tanto como el que más. Sólo espero que cuando tengas el doble de años todavía sepas la mitad que ahora.

—Muy agradecido —dijo Otis.

—¿Sabes montar a caballo? —preguntó Ned.

—He vivido en una granja de Arkansas durante un buen número de años —dijo Otis.

—¿Sabes montar a caballo? —dijo Ned—. Olvídate de dónde vivías o todavía vives.

—Eso depende, como dijo el otro —respondió Otis—. Me había hecho a la idea de volver hoy a casa, y en este momento llevaría ya un buen rato en Kiblett, Arkansas, si no se hubiera cambiado de planes sin pedir mi opinión, así que todavía no he decidido lo que voy a hacer. ¿Cuánto pagáis por montar ese caballo?

—¡Otis! —dijo Everbe.

—Aún no hemos llegado a eso —dijo Ned, con tanta suavidad como Otis—. Lo primero es correr las tres mangas y terminar por delante en dos. Luego pasaremos al cuánto.

—Je, je, je —dijo Otis, sin reír tampoco—. Quiere decirse que no va a haber nada con que pagar a nadie hasta que ganéis: ésos sois vosotros. Y ni siquiera podéis correr sin alguien sentado en el caballo: ése soy yo. ¿Estoy en lo cierto?

—¡Otis! —dijo Everbe.

—Así es —dijo Ned—. Todos estamos trabajando por una participación en los beneficios, de manera que tengamos algo que repartirnos al final. Tu participación tendrá que esperar también, como la nuestra.

—Entiendo —dijo Otis—. En Arkansas he visto esa clase de participación en el negocio del algodón. El problema es que la participación de los que trabajan es siempre un poco distinta de la del que hace la división. Los que trabajan todavía están esperando su participación porque no han conseguido saber dónde está. Así que, de ahora en adelante, sólo aceptaré la participación con el dinero por adelantado, y os dejaré que hagáis vosotros todas las divisiones.

—¿A cuánto asciende eso? —preguntó Ned.

—No creo que te interese, dado que ni siquiera habéis corrido una sola manga, y no digamos nada de ganarla. Pero no me importa que lo sepas, de manera confidencial, por así decirlo. Serán diez dólares.

—¡Otis! —exclamó Everbe. Esta vez se puso en movimiento—: ¿No te da vergüenza?

—Aguarde un momento, señorita —dijo Ned—. Esto es asunto mío —parecía cansado, pero eso era todo. Sin prisa, se sacó del bolsillo de atrás del pantalón un saquito de harina con varios dobleces, lo desdobló, extrajo su viejo monedero y lo

abrió—. Extiende la mano —le dijo a Lycurgus, que así lo hizo mientras Ned, sobre la palma del muchacho, contaba lentamente seis gastados billetes de dólar y luego un puñado de monedas de distintos valores—. Faltan quince centavos, pero el señor Hogganbeck pondrá el resto.

—¿El resto hasta cuánto? —dijo Otis.

—Lo que tú has dicho. Diez dólares —dijo Ned.

—Parece que tampoco oyes —dijo Otis—. Yo he hablado de veinte dólares.

Ahora fue Boon quien se movió. —Maldita sea —dijo.

—Aguarde un momento —le dijo Ned. Su mano no se detuvo ni un instante, devolviendo primero las monedas, una a una, de la mano de Lycurgus, y después los gastados billetes, al monedero, que luego procedió a cerrar y a guardar en el saquito de harina con todos sus dobleces, para sumergirlo finalmente en el bolsillo de atrás del pantalón—. De manera que no quieres montar ese caballo.

—No he visto el dinero... dijo Otis.

—El señor Boon Hogganbeck se está preparando para dártelo ahora mismo —dijo Ned—. ¿Por qué no confiesas la verdad como un hombre y dices que no quieres montar ese caballo? No importa el por qué —se miraron el uno al otro—. Vamos. Dilo.

—No —dijo Otis—. No lo quiero montar —dijo algo más, grosero, de acuerdo con su manera de ser; malintencionado, lo que también estaba de acuerdo con su carácter; y completamente innecesario, también de acuerdo con su estilo. Sí, incluso cuando ya se sabía qué era lo que estaba mal en su caso, tampoco ayudaba. Pero esta vez Everbe lo tenía ya. Le echó el guante sin contemplaciones. Y Otis le lanzó un gruñido y una maldición—: Ten cuidado. Todavía no he terminado de hablar, ni mucho menos..., si me viene en gana.

—Pide por esa boca —le dijo Butch a Everbe—. Lo molestaría a palos sólo por una cuestión de principios, sin molestarme siquiera en pasarlo bien. ¿Cómo demonios Pico de Oro le ha dejado llegar tan lejos sin zurrarle por lo menos una vez?

—¡No! —le dijo Everbe a Butch. Aún tenía sujeto a Otis por el brazo—. ¡Te vas a volver a casa en el próximo tren!

—A buenas horas, mangas verdes —dijo Otis—. Ya habría llegado de no ser por ti —Everbe lo soltó.

—Vuelve al coche —le dijo.

—No podemos correr ese riesgo —le dijo Boon al instante—. Tendrás que ir con él. De acuerdo. Volved todos al pueblo. Manda a buscarnos a Lucius y a mí al anochecer.

Yo sabía lo que eso significaba, lo que le había costado tomar aquella decisión. Pero Butch nos desconcertó; el pescador seguro de sí mismo estaba dispuesto a dar carrete al pez.

—Claro —dijo—. Manda el coche a buscarnos —Everbe y Otis se marcharon—. Ahora que eso ha quedado decidido, ¿quién va a montar el caballo?

—Este chico —dijo Ned—. A Lightning se le puede llevar con una mano.

—Je, je, je —dijo Butch; esta vez sí se reía—. Lo he visto correr aquí el invierno pasado. Puede que baste una mano para despertarlo, pero van a hacer falta más de las que tiene un ciempiés para que adelante al caballo del coronel Linscomb.

—Puede que tenga usted razón —dijo Ned—. Eso es lo que vamos a saber enseguida. Hijo —le dijo a Lycurgus—, pásame la chaqueta —yo ni siquiera me había fijado aún en la chaqueta, pero Lycurgus la tenía ya; y también la varita pelada. Ned cogió ambas cosas y se puso la chaqueta—. Ustedes se colocarán allí, bajo aquellos árboles, con el tío Parsham —les dijo a Boon y a Butch—, donde estarán a la sombra y no distraerán a Lightning. Pásame el pie —me dijo a mí. Así lo hicimos. Quiero decir que Ned me subió al caballo y Boon, Butch y Lycurgus volvieron junto al árbol donde ya estaba el tío Parsham. Aunque sólo habíamos dado tres vueltas al pastizal por la mañana, disponíamos de un trazado rudimentario que Lightning recordaría tanto si lo veía como si no. Ned lo condujo hasta lo que había sido nuestro punto de partida por la mañana. Una vez allí habló con calma y de manera sucinta. Había dejado de encarnar al tío Remus. Aunque, en realidad, no representaba nunca el papel cuando sólo estábamos presentes otras personas de su raza y yo:

—La pista de mañana tiene media milla, de manera que hay que dar dos vueltas. Es muy parecida a ésta, así que cuando mañana Lightning vea la de verdad, ya sabrá de antemano lo que le espera y lo que tiene que hacer. ¿Entiendes?

—Sí —dije—. Tenemos que dar dos vueltas...

Ned me pasó la varita.

—Hazlo galopar desde el principio. Golpéalo una vez con esto antes incluso de que se dé cuenta. Luego no vuelvas a tocarlo hasta que yo te diga. Haz que vaya lo más deprisa que puedas con los talones y hablándole, pero no lo molestes: límitate a estar encima. Piensa todo el rato en que hay que dar dos vueltas y trata de que también Lightning lo piense, como hacías con los potros de McCaslin. No lo conseguirás, pero tienes en cambio la varita. Aunque no has de golpearlo hasta que yo te diga —se volvió de espaldas; estaba haciendo algo dentro del refugio de su chaqueta, algo infinitesimal, las manos ocultas; de repente olí algo, débil pero muy característico; ahora comprendo que tendría que haberlo reconocido al instante, pero entonces me faltó tiempo. Se giró de nuevo; al igual que cuando convenció a Lightning para entrar en el furgón, su mano tocó, acarició el hocico del animal por espacio quizá de un segundo; luego dio un paso atrás, el caballo tratando de seguirlo si yo no hubiera tirado de las riendas—. ¡Empieza! —dijo Ned—. ¡Dale con la vara!

Así lo hice. Lightning saltó, se proyectó hacia adelante como simple resultado del miedo: nada más; sólo necesitó media zancada para recuperar la calma; otra zancada

más y comprendió nuestro deseo de que siguiera de nuevo la pista, el camino, a galope tendido, sin otra presión en las riendas que la necesaria para mantenerlo en el circuito; y yo clavándole los talones con toda la fuerza de que disponía antes incluso de que empezara a disipársele el miedo. Aunque volvió a suceder lo mismo que por la mañana: buena marcha, aceptablemente obediente, fuerza en abundancia, pero, una vez más, la sensación de que en realidad la cabeza de Lightning no quería ir a ningún sitio; hasta que entramos en la recta de atrás y vio de nuevo a Ned en el lado opuesto del circuito. De nuevo la explosión; me había arrebatado el bocado; había dejado la pista y se dirigía directamente hacia Ned antes de que yo recuperase el equilibrio lo suficiente para extender la mano buena, tirar de la rienda y arrastrarlo, torcerlo hasta conseguir un ángulo que lo devolviera a la pista, muy deprisa ya; tuve que mantenerlo en la parte exterior para hacer el segundo giro y atacar la última recta, donde Lightning vio de nuevo a Ned y una vez más tiró del bocado para ir hacia él en línea recta; tuve que utilizar la mano herida para mantenerlo dentro del recorrido, y me pareció interminable la espera hasta que Ned dio la orden:

—Azótalo —dijo—. Luego tira la vara.

Así lo hice, arrojando la varita hacia atrás; de nuevo el gran salto, pero esta vez lo tenía controlado, porque sólo se necesitaba una rienda, la de fuera, para mantenerlo en la trayectoria, a buena velocidad ya, haciendo el primer giro, y yo preparado para cuando viera a Ned, siempre a buen ritmo por la recta de atrás, luego el último giro, siempre a buen paso, Ned colocado unos veinte metros más allá de donde estaría la meta, hablando lo bastante alto para que Lightning le oyera y exactamente igual a como hiciera en el furgón la noche precedente; y yo no necesitaba ya la varita; no hubiera tenido tiempo de usarla en el caso de que siguiera en mi poder, y aunque estaba convencido de que había montado al menos un caballo al que consideraba fogoso, un potro, mitad purasangre, del primo Zack, con Morgan<sup>[12]</sup> entre sus antepasados: pero nada como aquello, aquel estallido, aquel arranque, como si hasta entonces hubiésemos ido arrastrando una cuerda con un tarugo de madera detrás de nosotros y la voz de Ned hubiera cortado la cuerda: «Vamos, hijo. Aquí lo tengo».

Habíamos llegado, con el hocico de Lightning hundido hasta los ollares en la mano de Ned, aunque ahora todo lo que yo olía era el tufo a caballo y sólo veía el puñado de hierba que Lightning se estaba comiendo; Ned, por su parte, reía «je, je, je» en voz tan baja que también yo le susurré:

—Oye —dije—. ¿Qué ha sido eso?

Pero Boon no susurró mientras se acercaba.

—Que me aspen si lo entiendo. ¿Qué demonios le has dicho?

—Nada —respondió Ned—. Tan sólo que si quería la cena, que viniera a por ella.

Ni Butch tampoco: audaz, seguro de sí mismo, imposible de convencer, sin escrúpulos ni compasión.



—Vaya, vaya —dijo. No retiró la cabeza de Lightning de la mano de Ned: se la levantó de un tirón, y luego le sujetó con violencia por el bocado cuando el caballo intentó retroceder.

—Déjeme que lo haga yo —intervino Ned deprisa—. ¿Qué quiere usted descubrir?

—Cuando necesite ayuda para manejar caballos, gritaré —dijo Butch—. Y no será a ti a quien llame. Te reservo para llamarte cuando estés en Mississippi —alzó el labio de Lightning y le miró primero las encías y luego los ojos—. ¿No sabes que es ilegal dopar a un caballo? Quizá vosotros no os hayáis enterado en las ciénagas de allá abajo, pero te aseguro que es así.

—También tenemos veterinarios en Mississippi —dijo Ned—. Mande a buscar uno para que venga a ver si está dopado.

—Claro, claro —dijo Butch—. Pero ¿por qué se lo has dado un día antes de la carrera? ¿Para ver si funcionaba?

—Así es —dijo Ned—. Si es que le he dado algo, cosa que no he hecho. Y si usted entiende de caballos, ya tiene que saberlo.

—Claro, claro —dijo Butch de nuevo—. No me entrometo cuando se trata de secretos profesionales, con tal de que funcionen. ¿Va a correr mañana ese caballo del mismo modo? Y no hablo de una, sino de tres mangas.

—Le basta con dos —dijo Ned.

—Está bien —dijo Butch—. Dos. ¿Va a correr así dos mangas?

—Pregúntele al señor Hogganbeck, aquí presente, si no será mejor que gane dos veces —dijo Ned.

—No se lo estoy preguntando a Pico de Oro —dijo Butch—. Te lo estoy preguntando a ti.

—Puedo hacer que corra así dos veces —dijo Ned.

—Eso me basta —dijo Butch—. De hecho, si todo lo que te quedan son tres dosis más, yo sólo me arriesgaría dos veces. Luego, si no funciona la segunda, siempre puedes utilizar la última para volver a Mississippi.

—También he pensado en eso —dijo Ned—. Llévalo a la cuadra —me dijo a mí—. Sécale el sudor primero. Luego lo bañaremos.

También Butch se quedó a ver cómo lo hacíamos, en parte al menos. Volvimos al establo, desensillamos a Lightning, Lycurgus trajo un cubo y un trapo y estuvo lavando al animal y secándolo con sacos de estopa antes de colocarlo en una casilla y darle de comer; o por lo menos había empezado a hacerlo, porque Butch dijo:

—Vamos, chico, corre a la casa y lleva una jarra de agua y un poco de azúcar al porche delantero. Yo y Pico de Oro vamos a prepararnos un ponche frío —aunque Lycurgus no se movió hasta que el tío Parsham le dijo: «Ve». Entonces se puso en camino, seguido de Boon y de Butch. El tío Parsham se quedó en la puerta de la

cuadra, mirándolos (mirando a Butch, en realidad). Un anciano enteco y espectacular, todo en blanco y negro: pantalones negros, camisa blanca, rostro y sombrero negros entre los cabellos, el bigote y la perilla blancos.

—La justicia —dijo serenamente, con frío y distante desprecio.

—A un hombre que siempre la ha tenido vacía, se le sube tan deprisa a la cabeza una de esas insignias que consigue que también a los demás nos dé vueltas —dijo Ned—. Aunque no se trata tanto de la insignia como del revólver: muy probablemente ya quería llevarlo cuando era niño, pero sabía que la justicia no se lo permitiría cuando fuese lo bastante mayor para tener uno. Pero ahora con esa insignia está a salvo de que lo metan en la cárcel y le quiten el revólver; todavía puede ser un niño aunque haya tenido que crecer. El problema es que ese revólver va a seguir en la cabeza de ese niño hasta que algún día dispare contra algo vivo antes incluso de que se dé cuenta de que está apuntando.

Luego regresó Lycurgus.

—Os están esperando —me dijo—. El birlocho.

—¿Ha vuelto ya del pueblo? —le pregunté.

—No ha ido a ningún sitio —dijo Lycurgus—. No se ha movido de aquí. La señorita ha estado ahí sentada con ese chico todo el tiempo, esperando. Dice que vayáis.

—Aguarda —dijo Ned. Me detuve; todavía llevaba puesto el calcetín para montar a caballo y pensé que se refería a eso. Pero me estaba mirando—: Vas a empezar a encontrarte con gente.

—¿Qué gente? —dije.

—Ya se habrá corrido la noticia. Sobre la carrera.

—¿Cómo? —pregunté.

—¿Cómo se corren las noticias? —dijo—. No necesitan mensajeros; basta con dos caballos capaces de correr y a menos de quince kilómetros el uno del otro. ¿Cómo te imaginas que ha llegado aquí ese representante de la justicia? ¿Quizá porque olió a esa muchacha blanca a seis u ocho kilómetros de distancia como si fuera un perro? Cabe que yo esperase lo que Boon Hogganbeck cree todavía: que podíamos reunir aquí a esos dos caballos con mucha discreción y hacer la carrera, para ganarla o perderla, y que yo y tú y él podríamos volver a casa o irnos a cualquier otro sitio que quisiéramos, con tal de que esté fuera del alcance del Jefe Priest. Pero ya no. Vas a empezar a encontrarte con ellos a partir de ahora. Y mañana serán muchos más.

—¿Quieres decir que vamos a hacer la carrera?

—No nos queda otro remedio. Quizá estábamos destinados a hacerlo desde que Boon y yo supimos que el Jefe le iba a quitar la mano de encima a ese automóvil durante más de veinticuatro horas. Pero ahora seguro que tenemos que correr.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté.

—Nada. Sólo te lo estoy diciendo para que no te pille por sorpresa. Todo lo que tenemos que hacer es colocar a esos dos caballos mirando en la misma dirección en una pista: tú sentado encima de Lightning y haciendo lo que yo te diga. Vamos, corre ya, antes de que empiecen a llamarte a gritos.

Ned estaba en lo cierto. Me refiero a lo de que se había corrido la noticia. No hubo ningún problema con mi mano cuando Everbe me quitó el calcetín de montar a caballo. Quiero decir que sólo me molestaba como le molestaría a cualquiera un corte que se hubiera hecho el día anterior en un sitio así. Creo que no había vuelto a sangrar, a pesar de haberla utilizado por la tarde contra los tirones de Lightning. Pero Everbe no era de la misma opinión. De manera que nos detuvimos primero en casa del médico, a eso de kilómetro y medio a este lado del pueblo. Butch lo conocía y sabía dónde vivía, pero no sé cómo Everbe lo persuadió para llevarnos allí: lo importunó o amenazó o prometió o quizá lo hizo como una madre trucha tan preocupada por proteger a su alevín que deja de comportarse como si existiera un objeto llamado anzuelo colgado de un sedal, de manera que el pescador tiene que hacer algo, aunque sólo sea librarse del alevín. O quizá no fuera Everbe sino la botella de whisky vacía, puesto que la siguiente libación tendría que esperar hasta el hotel de Parsham. Porque cuando di la vuelta a la esquina de la casa, vi a la madre de Lycurgus en el extremo del porche con un azucarero y un cubo de agua que tenía dentro una calabaza hueca a modo de cacillo, a Boon y Butch que apuraban los dos vasos y a Lycurgus que recogía la botella vacía que Butch acababa de tirar en un rosal.

Así que Butch nos llevó a casa del médico, un hotelito, blanco en otro tiempo, dentro de un jardincillo lleno de las flores polvorientas de crecimiento exuberante y olor fétido que aparecen a finales del verano y el otoño, y en el que una mujer gruesa de color gris acerado con unos quevedos, semejante a una maestra de escuela retirada que incluso quince años después aún detesta a los niños de ocho arios, se acercó hasta la puerta, nos miró una vez (Ned tenía razón), y dijo, volviéndose hacia la casa: «Es la gente del caballo de carreras»; luego giró en redondo y desapareció en la parte posterior de la casa. Butch entró directamente, jovial, seguro de ser bienvenido, o más valía que alguien se ocupara de que lo fuera (la insignia de nuevo, hazte cargo; para quien la llevara o simplemente se supiera que poseía una, entrar en una casa de cualquier otro modo no sería una simple falta individual, sino una traición de casta y un escándalo), diciendo:

—Qué tal, Doc, le traigo un paciente —a un hombre también de color gris acerado, si se le quitara el jugo de tabaco de la barba sin afeitar, con una camisa blanca como la de Ned, aunque no tan limpia, y una chaqueta también negra con una mancha alargada del huevo de anteayer, y que además tenía aspecto de algo y olía a algo, aunque no era simplemente alcohol o, por lo menos, no era todo alcohol—. El hermano Hogganbeck y yo esperaremos en la sala —dijo Butch—. No se moleste; sé dónde está la botella. No te preocupes por Doc —le dijo a Boon—. No prueba el

whisky prácticamente, a no ser que no tenga otro remedio. La ley le permite una dosis de éter como parte de la cura para todo paciente que haya perdido sangre o tenga un hueso roto. Si, como en este caso, sólo se trata de un corte pequeño o un dedo roto o un rasguño en la piel, Doc divide el tratamiento con el paciente: se bebe el éter y deja la cura para el paciente. Ja, ja, ja. Por aquí.

De manera que Boon y Butch se fueron por un lado y Everbe y yo (sin duda te habrás fijado en que nadie había echado aún de menos a Otis. Nos habíamos apeado del birlocho, que parecía ser de Butch; al menos era él quien conducía; hubo cierta demora en casa del tío Parsham mientras Butch trataba de persuadir, luego de engatusar y finalmente de forzar a Everbe para que se sentara delante con él, lo que ella evitó colocándose en el asiento de atrás y llevándome a mí del brazo, mientras que con la otra mano retenía a Otis en el coche, hasta que Boon se colocó delante con Butch; y primero Butch, y luego todos los demás, nos encontramos dentro del vestíbulo del médico, pero nadie se acordó de Otis en aquel momento) seguimos al doctor a otra habitación que contenía un sofá de crin con un sucio almohadón y una colcha guateada, un escritorio de tapa corrediza abarrotado de frascos de medicinas (frascos que también ocupaban la repisa de la chimenea, debajo de la cual nadie había tocado aún las cenizas del último fuego del pasado invierno), un lavabo con jofaina y jarra, un orinal, que nadie se había molestado en vaciar, en un rincón, y en el otro una escopeta de caza; si mi madre hubiera estado presente, las uñas del médico no habrían tocado ni un rasguño suyo, y no digamos nada de cuatro dedos cortados, y evidentemente Everbe coincidía con ella, porque dijo: «Yo le quitaré la venda», y así lo hizo. Yo expliqué que la mano iba muy bien. El doctor la examinó a través de sus gafas con montura de acero.

—¿Qué le puso usted? —preguntó. Everbe se lo dijo. Ahora sé lo que es. El médico se la quedó mirando—: ¿Cómo fue que lo tenía usted a mano? —preguntó. Luego se levantó las gafas por un lado, la miró de nuevo y dijo—: Ah —después añadió—: Vaya, vaya —bajándose de nuevo las gafas (sí, lo hizo, dejó escapar un suspiro)—: Hace treinta y cinco años que no voy a Memphis —estuvo un minuto sin moverse (te lo aseguro, fue un suspiro)—: Sí. Treinta y cinco años —y añadió—: Si yo fuera usted, no haría nada. Tan sólo volver a vendarlo —sí, exactamente igual que mi madre: el médico sacó la venda, pero fue Everbe quien me la puso—. ¿Eres tú el chico que va a montar mañana ese caballo? —preguntó.

—Sí —dijo Everbe.

—A ver si esta vez ganas al caballo de Linscomb, que el cielo lo confunda.

—Lo intentaremos —dijo Everbe—. ¿Cuánto le debemos?

—Nada —dijo—. Usted ya le ha curado. Lo que tienen que hacer es ganar mariana al condenado caballo de Linscomb.

—Quisiera pagarle algo por sus servicios —dijo Everbe—. Por decirnos que está

bien.

—No —dijo él. Se la quedó mirando: detrás de los lentes, los ojos del anciano, agrandados pero desenfocados, tan irreparables como huevos, hasta que te dabas cuenta de que no podían captar ni retener algo tan reciente como yo y Everbe.

—Sí —dijo Everbe—. ¿De qué se trata?

—Quizá si tuviera usted un pañuelo sobrante o algo... —dijo—. Sí, treinta y cinco arios. Una vez tuve uno, cuando era joven, treinta, hace treinta y cinco arios. Luego me casé y... —dijo—. Sí. Treinta y cinco arios.

—Ah —dijo Everbe. Nos volvió la espalda y se agachó; se oyó el frufrú de la falda; no tardó mucho; la falda susurró de nuevo y Everbe se dio la vuelta—. Tenga —dijo. Era una liga.

—¡Gana a ese condenado caballo! —dijo—. ¡Gánale! ¡Lo harás si te lo propones!

Antes de llegar al vestíbulo oímos ya, a todo volumen, las voces (es decir, la voz de Butch):

—¿Qué les parece? Pico de Oro no quiere beber más. Mucha camaradería, toma y daca, nunca agarrar nada sin silbar primero y ahora va y me insulta —sonreía a Boon, triunfante, osado. Boon tenía ya un aspecto realmente peligroso. Al igual que Ned (al igual que todos nosotros) estaba agotado por la falta de sueño. Pero Ned no llevaba otra carga que el caballo; Everbe y la insignia de Butch no eran competencia suya—. ¿Eh, muchacho? —dijo Butch; se disponía una vez más a palmearle la espalda con aquella violencia jovial un poco pasada de rosca, pero no del todo.

—No lo vuelva a hacer —dijo Boon. Butch se detuvo. No retiró el movimiento; sólo detuvo el brazo, sonriendo a Boon.

—Soy el señor Lovemaiden —dijo—. Pero llámame Butch.

Al cabo de algún tiempo Boon dijo:

—Lovemaiden.

—Butch —dijo Butch.

Después de una pausa, Boon dijo:

—Butch.

—Así me gusta —dijo Butch. Luego, dirigiéndose a Everbe—: ¿Os ha resuelto Doc el problema? Quizá os tenía que haber prevenido. Aseguran que cuando era mozalbete, hace cincuenta y seis arios, te hubiera echado mano a las bragas antes incluso de saludar.

—Vamos —dijo Boon—. ¿Le has pagado?

—Sí —dijo Everbe. Salimos. Entonces fue cuando alguien dijo, ¿Dónde está Otis? No alguien; fue Everbe, por supuesto; le bastó una mirada alrededor y dijo: «¡Otis!» en voz muy alta, fuerte, por no decir apremiante, o alarmada o desesperada.

—No me digas que le dan miedo los caballos incluso atados a una cerca —dijo Butch.

—Vamos —dijo Boon—. Lo único que ha hecho ha sido adelantarse; no tiene otro sitio donde ir. Lo recogeremos por el camino.

—Pero ¿por qué? —dijo Everbe—. ¿Por qué no...?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —dijo Boon—. Quizá tenga razón —se refería a Butch. Luego hablaba ya de Otis—: Aunque nunca haya salido de Arkansas, ni de Mississippi si vamos a eso, un hijo de perra con tan mala leche como él, sigue siendo un cobarde de tomo y lomo. Vamos —así que montamos en el coche y nos encaminamos al pueblo. Excepto que yo le daba la razón a Everbe en lo referente a Otis; si no lo veías, era mejor preguntarte dónde estaba y qué hacía. Nunca he visto a nadie perder la confianza del prójimo tan deprisa como él; le hubiera resultado difícil encontrar a alguien en el birlocho dispuesto a llevarlo a un jardín zoológico o a cualquier otro sitio. Y no pasaría mucho tiempo antes de que tampoco encontrara a nadie en Parsham.

Y no lo alcanzamos. No iba por la carretera camino del hotel. Y Ned se equivocaba. Me refiero a encontrarnos con un número siempre en aumento de devotos de las carreras de caballos a partir de entonces. Quizá yo me los imaginaba alineados, ocupando todo el porche del hotel, esperando para vernos llegar. Si era así, me había equivocado, porque en el porche no había absolutamente nadie. En invierno, por supuesto, durante la temporada de las perdices y, de manera especial, durante las dos semanas de las Pruebas Nacionales, sería diferente. Porque, en aquellos días, a diferencia de Londres, Parsham carecía de temporada de verano; la gente iba a otros sitios: en busca de deportes acuáticos o a las montañas: Raleigh, cerca de Memphis, o Iuka, no muy lejos de allí, en Mississippi, o a los montes Ozark o Cumberland. (Tampoco la tiene ahora, a decir verdad, como no la tiene ningún otro sitio, ni de invierno ni de verano; ya no existen las temporadas, desde que el interior de las casas está artificialmente acondicionado a quince grados en verano y a treinta en invierno, de manera que los carcamales reincidentes como yo tienen que salir de casa en verano para escapar del frío y en invierno para huir del calor; sin olvidar que los automóviles, en otro tiempo una simple necesidad económica, ahora son una necesidad social, y está a punto de llegar el momento en el que, si toda la raza humana deja alguna vez de moverse en el mismo instante, la superficie de la tierra se atascará, se solidificará: somos demasiados; la humanidad se destruirá no mediante la fisión, sino mediante otra cosa que empieza con f y que es un verbo transitivo al mismo tiempo que un estado condicional; yo no lo veré pero tú puedes que sí: una ley promulgada e impuesta por una extrema y frenética desesperación social —no económica: social—, según la cual sólo se permitirá a la mujer tener un hijo, de la misma manera que ahora sólo se le permite un marido.)

Pero en invierno, por supuesto (como ahora), era distinto, con la temporada de la perdiz y las Pruebas Nacionales de campo para perdigueros, con el abundante dinero

de los magnates del petróleo y del trigo con sede en Wall Street y en Chicago y en Saskatchewan, y los excelentes perros con pedigrí, de los que sus dueños estaban más orgullosos que si se tratara de príncipes, y las magníficas perreras donde se criaba y entrenaba a los animales, ahora tan sólo a pocos minutos en automóvil: Red Banks y Michigan City y La Grange y Germantown; y los nombres: coronel Linscomb, contra cuyo caballo (suponíamos) íbamos a correr al día siguiente, y Horace Lytle y George Peyton, con tanta magia para los entendidos en perdigueros como Babe Ruth y Ty Cobb para los aficionados al béisbol, y el senior Jim Avant de Hickory Flat y el señor Paul Rainey, a pocos kilómetros del ferrocarril del coronel Sartoris en dirección a Jefferson, ambos entendidos en sabuesos, que (supongo yo) se considerarían rodeados de parientes pobres entre aquellos simples pointers y setters con pedigrí; y el gran hotel laberíntico por entonces floreciente, con su personal al completo, elegante, el aire mismo suave y susurrante por efecto del dinero, con cintas de colores por todas partes y amontonamiento de copas de plata.

Pero no había nadie cuando llegamos nosotros, la calle, con el polvo de mayo, silenciosa y vacía (eran más de las seis ya; todo Parsham estaría en casa preparando la cena o comiéndosela), vacía incluso de Otis, aunque quizá, era lo más probable, se hallase en el interior del hotel. Y, todavía más sorprendente, para mí al menos, vacía incluso de Butch. Simplemente nos condujo hasta la puerta, nos hizo bajar y se alejó, deteniéndose tan sólo lo bastante para dedicar a Everbe una mirada burlona y lasciva y otra similar, aunque más marcada, a Boon, al tiempo que decía: «No te preocupes muchacho, volveré. Si aún tienes algún asunto pendiente, más valdrá que lo soluciones antes de que vuelva; de lo contrario quizá se rompa algo», alejándose acto seguido. De manera que, al parecer, también él tenía alguna obligación que atender de cuando en cuando: o quizá un hogar; aunque yo era todavía ignorante e inocente (no tanto como veinticuatro horas antes, pero todavía lo suficiente), estaba de parte de Boon, mi lealtad era suya, y no digamos nada de Everbe, y desde el día anterior había asimilado lo suficiente (tanto si lo había digerido todo como si no) para saber exactamente lo que quería decir cuando esperaba que quizá tuviese una esposa en ese hogar: alguna inocente raptada de un convento, por lo que, sin amigos y sin venganza, añadiría, al traicionarla, otro cargo a la cuenta definitiva de su despiadada bajeza; o, mejor aún: una arpía ambidextra que sabía estar a su altura dejándole al menos en el rostro recuerdo visible de cada una de sus victorias extramatrimoniales. Porque probablemente la mitad del placer que extraía de la fornicación era que se supiera la identidad de la víctima. Pero fui injusto con él. Era soltero.

Otis tampoco estaba en el interior del hotel: en el vestíbulo, amortajado a medias, encontramos a un único recepcionista interino y, en la puerta del comedor, completamente amortajado, a excepción de una sola mesa, dispuesta para transeúntes tan anónimos como nosotros (tan anónimos, al menos, como lo éramos hasta



entonces, habría que decir), al único camarero interino, agitando su servilleta. Pero Otis seguía sin dejarse ver.

—Más que dónde esté —dijo Boon—, me preocupa averiguar qué demonios ha hecho a estas alturas de lo que todavía no nos hemos enterado.

—¡Nada! —dijo Everbe—. ¡No es más que un niño!

—Claro —dijo Boon—. Tan sólo un niño armado. Cuando sea lo bastante grande para robar...

—¡Cállate! —dijo Everbe—. No voy a...

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Boon—. Encontrar, entonces. Encontrar dinero suficiente para comprar un cuchillo con una hoja de quince centímetros en lugar de ese cortaplumas de cinco centímetros, cualquiera que le dé la espalda será mejor que lleve puesto uno de esos juegos antiguos de ropa interior hechos de hierro que se ven en los museos. Tengo que hablar contigo —le dijo a Everbe—. Va a ser muy pronto hora de cenar, luego tenemos que ir a esperar el tren, y ese semental con la insignia de hojalata volverá en cualquier momento relinchando y haciendo cabriolas —la tomó del brazo—. Vamos.

Entonces tuve que empezar a escuchar a Boon. Quiero decir que no me quedó más remedio. Everbe me obligó a hacerlo. Ni siquiera estaba dispuesta a quedarse con él a no ser que yo los acompañara. Entramos los tres en el salón de las señoras; apenas quedaba tiempo; teníamos que cenar y luego ir a la estación a esperar a la señorita Reba. En los hoteles, por aquellos días, las representantes del sexo femenino no entraban y salían de las habitaciones de los caballeros como, según me cuentan, lo hacen en la actualidad, vistiendo incluso, según me cuentan, lo que en los anuncios llaman los pantalones cortos o la escasa ropa capaz de dar a las mujeres la libertad que necesitan en su lucha por la libertad; a decir verdad, yo no había visto nunca antes a una mujer... sola en un hotel (mi madre no se hubiera hospedado allí sin mi padre) y recuerdo que me sorprendió cómo Everbe, sin una alianza, había conseguido entrar. Los hoteles tenían por entonces los llamados salones para señoras, como el que ocupábamos en aquel momento; un salón más pequeño, aunque decorado con más elegancia, en su mayor parte amortajado también con fundas de Holanda. Pero yo estaba aún del lado de Boon; no quise atravesar el umbral, y me quedé fuera, para que Everbe supiese donde estaba, al alcance de su voz, aunque no me viera. De modo que oí. Sí, claro, escuché. Hubiera escuchado de todos modos; había llegado ya demasiado lejos en sofisticación y en el conocimiento de las realidades de la vida para detenerme; de la misma manera que ya había llegado demasiado lejos en la sustracción de automóviles y de caballos de carreras para dejarlo. De manera que oí lo que dijeron; oí a Everbe, que, casi instantáneamente, reanudó su llanto:

—¡No! ¡No quiero! ¡Déjame en paz! —a continuación Boon:

—Pero ¿por qué? Dijiste que me querías. ¿También eso era mentira? —a

continuación Everbe:

—Te quiero. Precisamente por eso. ¡Déjame en paz! ¡Suéltame! ¡Lucius! ¡Lucius!  
—después Boon:

—Calla. Déjalo ya —luego nada durante un minuto. No miré, no eché una ojeada, me limité a escuchar. No: sólo a oír:

—Si creyera que me engañabas con ese condenado... —después Everbe:

—¡No! ¡No! ¡No te engañó! —luego algo que no pude oír, hasta que Boon dijo:

—¿Cómo? ¿Dejarlo? ¿Qué quieres decir con dejarlo? —a continuación Everbe:

—¡Sí! ¡Lo he dejado! Nunca más. ¡Nunca! —a continuación Boon:

—¿Cómo vas a vivir? ¿Qué vas a comer? ¿Dónde vas a dormir? —y Everbe:

—Encontraré un empleo. Trabajaré.

—¿Qué sabes hacer? No tienes más educación que yo. ¿Qué eres capaz de hacer para ganarte la vida?

—Fregar platos. Sé lavar y planchar. Puedo aprender a cocinar. Hacer cualquier cosa, incluso cavar la tierra y recoger algodón. Suéltame, Boon. Por favor, por favor. Tengo que hacerlo. ¿No ves que tengo que hacerlo? —luego el ruido de sus pies al correr, pese al grosor de la alfombra; un instante después ya se había ido. De manera que esta vez Boon me agarró por su cuenta. Tenía muy mala cara. Ned era un hombre de suerte; sólo tenía que ocuparse de una carrera de caballos.

—Mírame —dijo Boon—. Mírame despacio. ¿Qué es lo que me pasa? ¿Qué demonios es lo que me pasa? Lo normal sería que yo... —daba la sensación de que iba a estallarle la cara. Empezó de nuevo—: Y, ¿por qué yo? ¿Por qué demonios yo? ¿Por qué demonios tiene que elegirme a mí para reformarse? ¡Demonios coronados, es una puta! ¿Por qué no lo entiende? Está en el negocio de pertenecerme de manera exclusiva en el momento en que ponga el pie donde yo esté, de la misma manera que yo estoy en el negocio de pertenecer al Jefe y al señor Maury de manera exclusiva en el momento en que ponga el pie donde estén. Pero ahora resulta que lo ha dejado. Por razones personales. Ya no puede. Pues no tiene más derecho a dejarlo sin mi permiso del que tengo yo para dejarlo sin el permiso del Jefe y del señor Maury... —se detuvo, furioso y desconcertado, rabiando e impotente; y más aún: aterrado. Había aparecido el camarero negro, agitando la servilleta ante nuestra puerta. Boon hizo un esfuerzo tremendo; Ned, al que le bastaba con ganar una carrera de caballos, no tenía ni idea de lo que era un verdadero problema—. Ve a decirle que baje a cenar. Tenemos que ir a esperar el tren. Su habitación es la número cinco.

Pero Everbe no quiso salir de su cuarto. De manera que Boon y yo cenamos solos. Su aspecto no había mejorado mucho. Comió como si fuera una máquina de picar carne: no porque quisiera o dejara de querer los alimentos, sino tan sólo porque era hora de comer. Al cabo de un rato dije:

—Quizá Otis se haya vuelto a Arkansas andando. Esta tarde ha dicho dos o tres

veces que allí es donde habría estado a estas alturas si la gente no se empeñara en meterse donde nadie la llama.

—Seguro —dijo Boon—. Quizá haya ido por delante para encontrarle a Corrie ese empleo fregando platos. O quizá también él haya decidido cambiar de vida y se vayan los dos directamente al cielo sin parar siquiera en Arkansas o en cualquier otro sitio, y Otis se ha adelantado para encontrar el modo de pasar por Memphis sin que los vea nadie —luego ya era hora de ir a la estación. Yo había estado viendo el borde de su vestido más allá de la puerta del comedor desde hacía cosa de dos minutos, pero ahora vino el camarero mismo:

—Dos-cero-ochó, señor —dijo—. Acaba de silbar para One Mile Crossing.

Así que nos dirigimos a la estación, que no estaba lejos, los tres juntos, huéspedes comunes en el hotel por una noche. Quiero decir que no nos peleábamos ya, que no se peleaban; podríamos, podrían, haber hablado incluso, conversado, ecuánimes, sobre pequeñeces. Everbe lo habría hecho, sólo que Boon habría tenido que hablar primero. No era lejos: simplemente había que cruzar las vías para alcanzar el andén, el tren a la vista ya, los dos (Boon y Everbe) esposados pero enajenados, ajenos pero indisolubles, confundidos pero inemparejables por lo que Boon consideraba que no era más que un capricho; Boon que, pese a todos sus años era apenas mayor que yo e ignoraba que las mujeres tienen tan pocos caprichos como dudas o ilusiones o como problemas con la próstata; el tren, cuya locomotora nos pasó envuelta en un trueno susurrante, chispas volando de las zapatas de los frenos; era el largo, el grande, la bala de cañón, el Especial; los furgones de equipajes, el vagón reservado para los negros, los vagones de segunda clase, las innumerables literas, el vagón restaurante al final, cada vez más lentos; era el tren de Sam Caldwell, y si Everbe y Otis habían venido a Parsham en el furgón de cola de un tren de mercancías que en teoría no paraba, la señorita Reba lo haría en un coche salón, si es que no viajaba en el vagón privado del presidente de la compañía; el tren se detuvo al fin, aunque siguieran sin abrirse ninguna de las portezuelas, ni apareciera revisor alguno ni mozo con chaquetilla blanca, aunque sin duda Sam habría estado pendiente de localizarnos; hasta que Boon dijo «Demonios. El coche de fumadores», y echó a correr. Después los vimos a todos, muy lejos, por delante: Sam Caldwell de uniforme junto a la vía, ayudando a bajar a la señorita Reba y alguien —otra mujer— siguiéndola, aunque no descendían del coche de fumadores, sino de la parte reservada a los negros; el tren — se trataba del especial para Washington y Nueva York, el «bala de cañón», que llevaba a las mujeres ricas con sus diamantes y a los hombres con sus aromáticos cigarros habanos en grata y aislada transmigración de un extremo a otro de la tierra— de nuevo en movimiento, de manera que Sam sólo tuvo tiempo de saludarnos con la mano desde el estribo, alejándose hacia el este tras los chorros entrecortados de vapor y los largos silbidos de la locomotora, que terminaron con las luces rojas gemelas,

cada vez más pequeñas, y las dos mujeres entre los maletines y maletas sobre las cenizas junto a la vía, la señorita Reba resuelta y bien parecida y elegante, y a su lado Minnie, que parecía la encarnación de la muerte.

—Hemos tenido problemas —dijo la señorita Reba—. ¿Dónde está el hotel?

Al llegar al vestíbulo iluminado pudimos ver a Minnie. Su rostro no era una imagen de la muerte. La muerte es tranquila. Lo que auguraba el rostro de Minnie, inmóvil, meditabundo, de labios apretados, no era nada tranquilo, y el augurio no se refería a ella. Apareció el recepcionista.

—Soy la señora Binford —dijo la señorita Reba—. ¿Recibieron mi telegrama acerca de una cama turca en la habitación para mi doncella?

—Sí, señora Binford —dijo el recepcionista—. Tenemos alojamiento especial para el servicio, con su comedor especial...

—Pueden guardárselos —dijo la señorita Reba—. Dije una cama turca en mi habitación. Quiero que mi doncella esté conmigo. Esperaremos en el salón mientras la preparan. ¿Dónde está? —pero ya había localizado el salón de las señoras, y los demás la seguimos—. ¿Dónde está ése?

—¿Quién? —preguntó Everbe.

—Ya sabes quién —dijo la señorita Reba. Y de repente supe quién y, al cabo de un momento sabría por qué. Pero no tuve tiempo. La señorita Reba se sentó—. Siéntate —le dijo a Minnie. Pero Minnie no se movió—. De acuerdo —dijo la señorita Reba—. Cuéntaselo —Minnie nos sonrió. Fue horroroso: un frenético rictus de animal depredador, una angustiada herida voraz a partir de la cual los hermosos dientes sin igual se alejaban del negro orificio donde había estado el de oro; supe entonces por qué Otis había huido de Parsham pese a tener que hacerlo a pie; en aquel momento, hace ya cincuenta y seis arios, compartí plenamente ¡ya lo creo que sí! tu asombrada y horrorizada incredulidad de ahora, hasta que Minnie y la señorita Reba nos lo contaron.

—¡Fue él! —dijo Minnie—. ¡Sé que fue él! ¡Lo cogió mientras estaba dormida!

—Demonios coronados —dijo Boon—. ¿Alguien te roba un diente de la boca y tú ni siquiera te enteras?

—Maldita sea, escucha —dijo la señorita Reba—. Minnie quiso que le hicieran el diente así, de manera que pudiera ponérselo y quitárselo, hizo horas extraordinarias y se apretó el cinturón..., cuántos arios, Minnie? tres, ¿no es cierto? Hasta que tuvo dinero suficiente para que le sacaran el suyo y le pusieran ese condenado diente de oro. Sí, claro, hice todo lo que pude por disuadirla, por convencerla de que no estropeará esa dentadura suya que cualquier mujer compraría por mil dólares la unidad, y de propina cualquier otra cosa que tuviera; y no digamos nada del dinero extra que le costó que se lo hicieran de manera que pudiera quitárselo para comer...

—¿Quitárselo para comer? —dijo Boon—. ¿Para qué demonios lo quería?

—Esperé mucho para tener ese diente —dijo Minnie—, y trabajé y ahorré para conseguirlo, hice horas extraordinarias. No voy a consentir que se ensucie con trozos de comida mezclados con saliva.

—De manera que se lo quitaba para comer —dijo la señorita Reba— y lo colocaba delante del plato, donde pudiera verlo, no sólo vigilarlo, para disfrutarlo mientras comía. Pero no fue así como lo consiguió ése; Minnie dice que se lo volvió a colocar cuando terminó el desayuno, y yo la creo; nunca se le había olvidado porque estaba orgullosa de él, era valioso, le había costado demasiado; como tampoco tú dejarías en algún sitio ese condenado caballo que probablemente te ha costado bastante más que un diente de oro, y luego te olvidarías...

—Sé que no me ha pasado nunca —dijo Minnie—. Me lo volví a poner tan pronto como terminé. Lo recuerdo perfectamente. Solo que estaba rendida...

—Así es —dijo la señorita Reba. Ahora hablaba con Everbe—: Imagino que yo seguía bebiendo como una esponja cuando llegasteis todos anoche. Amaneció antes de que me calmara lo bastante para dejarlo, y el sol ya estaba alto cuando convencí finalmente a Minnie de que se tomara un buen lingotazo de ginebra, comprobara que la puerta principal estaba cerrada con llave y se volviera a la cama, y yo misma subí a despertar a Jackie y a decirle que tuviera la casa cerrada, que me tenía sin cuidado que se presentaran todos los tíos cachondos al sur de St Louis, y que de todos modos no dejara entrar a nadie antes de las Seis de la tarde. Así que Minnie fue y se tumbó en la litera del almacén que da al porche de atrás, y pensé al principio que quizás se olvidó de cerrar la puerta con llave...

—Claro que la cerré —dijo Minnie\_ Es ahí donde guardamos la cerveza. Cierro la puerta con llave desde que llegó ese chico, porque lo recordaba del verano pasado, cuando vino de visita.

—De manera que eso fue lo que pasó —dijo la señorita Reba—, se tumbó en la litera agotada y muerta de sueño, y la puerta cerrada con llave, y no se dio cuenta de nada hasta...

—Me desperté —dijo Minnie Estaba aún tan agotada que dormí con demasiada intensidad, como hace usted; seguí tumbada y noté algo curioso en la boca. Pero no creí que fuera más que un trocito de algo que se me había enganchado en el diente, que es una cosa que me pasa a veces por mucho cuidado que tenga, hasta que me levanté, me fui al espejo y miré...

—Me sorprende que no la oyeran en Chattanooga, y no digamos nada de Parsham, aquí al lado —dijo la señorita Reba—. Y la puerta todavía cerrada con llave...

—¡Fue él! —dijo, gritó Minnie ¡Sé que fue él! Me ha estado dando la lata, una vez al menos cada día, preguntándome cuánto costaba y por qué no lo vendía y cuánto me podrían dar y adónde tendría que ir para venderlo...

—Claro —dijo la señorita Reba—. Ése es el porqué de que chillase como un gato montés esta mañana cuando le dijiste que no volvía a casa, sino que tendría que ir a Parsham contigo —le explicó a Everbe—. De manera que cuando oyó silbar al tren salió corriendo, ¿no es eso? ¿Dónde supones que está? Porque tengo que recuperar el diente de Minnie.

—No lo sabemos —dijo Everbe—. Desapareció del birlocho hacia las cinco y media. Pensábamos que estaría aquí, porque no tiene otro sitio donde ir. Pero no lo hemos encontrado aún.

—Puede que no hayáis mirado bien —dijo la señorita Reba—. No es del tipo de los que se consigue que aparezcan silbando. Hay que sacarlo con humo, como a una rata o a una serpiente —el recepcionista volvió a presentarse—. ¿Ya está todo arreglado? —preguntó la señorita Reba.

—Sí, señora Binford —dijo el recepcionista. La señorita Reba se levantó.

—Voy a dejar a Minnie instalada; y me quedaré con ella hasta que se duerma. Luego me gustaría cenar algo —le dijo al recepcionista—. Me da lo mismo lo que sea.

—Es un poco tarde —dijo el otro—. El comedor...

—Todavía será más tarde dentro de un rato —dijo la señorita Reba—. No me importa lo que sea. Vamos, Minnie —Minnie y ella se marcharon. Luego también se marchó el recepcionista. Nosotros seguimos allí; no nos habíamos sentado; también Everbe siguió allí: una muchacha grande a quien no le sentaba mal la quietud; el dolor también, con tal de que fuera inmóvil, como en aquel caso. O quizá no tanto el dolor como la vergüenza.

—Nunca tuvo la menor oportunidad en nuestro pueblo —dijo—. Por eso pensé... en sacarlo aunque sólo fuera por una semana el verano último. Y luego este año, sobre todo después de que llegarais todos vosotros, tan pronto como vi a Lucius supe que ése era el modelo que había querido para él todo el tiempo, sólo que tampoco sabía cómo decírselo, enseñárselo. Y por eso se me ocurrió que quizá si estaba cerca de Lucius, aunque sólo fueran dos o tres días...

—Claro —dijo Boon—. Refinamiento —se acercó a ella, torpemente. No se ofreció de nuevo a estrecharla entre sus brazos. Ni siquiera la tocó, en realidad. Tan sólo le dio palmadas en la espalda; su mano parecía casi tan violenta, tan insensible y pesada como la de Butch cuando le palmeaba a él por la tarde. Pero no lo era en absoluto—. No te preocupes —le dijo—. No pasa nada, compréndelo. Estabas haciéndolo lo mejor que sabías. Lo has hecho bien. Vamos, vamos —había aparecido otra vez el camarero.

—Su cochero está en la cocina, señor —dijo—. Dice que es importante.

—¿Mi cochero? —dijo Boon—. No tengo ningún cochero.

—Es Ned —dijo, en movimiento ya. Enseguida me siguió Everbe, delante de

Boon. Fuimos tras el camarero hasta la cocina. Ned estaba muy cerca de la cocinera, una negra enorme que secaba platos en el fregadero. Ned hablaba:

—Si es dinero lo que te preocupa, hermosa, soy la persona que... —nos vio y leyó como en un relámpago lo que Boon estaba pensando—: Deja de preocuparte. Está en casa de Possum. ¿Qué ha hecho esta vez?

—¿Cómo? —dijo Boon.

—Se refiere a Otis —le expliqué—. Ned lo ha encontrado.

—Yo no —dijo Ned—. Nunca supe que se hubiera perdido. Lo encontraron los sabuesos del tío Possum. Le hicieron trepar a un gomero joven detrás del gallinero hace cosa de una hora, hasta que fue Lycurgus y lo encontró. No ha querido venir conmigo. De hecho se ha comportado como si no tuviera intención de ir a ningún sitio por el momento. ¿Qué ha hecho esta vez? —se lo dijimos—. Así que también está aquí ella—. Ji, ji, ji —rió quedamente—. En ese caso habrá desaparecido antes de que yo vuelva.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Boon.

—¿Seguirías tú allí, si fueras él? —dijo Ned—. Sabe que a estas alturas esa chica se ha despertado y ha descubierto que le falta el diente. Tiene que haber tratado además lo suficiente a esa señorita Reba para saber que no va a parar hasta que le ponga la mano encima, lo cuelgue cabeza abajo y lo sacuda hasta que se le caiga el diente de donde quiera que lo haya escondido. Yo mismo le dije a dónde venía con la mula, y cualquiera le dirá a qué hora llega el tren y el tiempo que se tarda en llegar a casa de Possum. ¿Estarías allí todavía si tuvieras ese diente?

—De acuerdo —asintió Boon—. ¿Qué va a hacer con él?

—Si fuese cualquier otra persona —dijo Ned—, yo diría que tiene tres posibilidades: venderlo, esconderlo o regalarlo. Pero tratándose de él, no son más que dos: venderlo o esconderlo, y si tiene que estar escondido en algún sitio, más valdría que volviera a la boca de esa chica, por lo que a él se refiere. Así que el mejor lugar para vender un diente de oro sería Memphis. Sólo que Memphis está demasiado lejos para ir andando, y para ir en tren (lo que le costaría dinero, y probablemente lo tiene, con tal de que esté lo bastante desesperado para gastar algo del suyo) ha de volver a Possum, donde alguien podría verlo. Así que después de Memphis, el mejor sitio para vender enseguida ese diente de oro es el lugar donde se va a celebrar mañana la carrera. Si se tratara de ti o de mí, quizá apostáramos ese diente a uno de los caballos. Pero Pantalones-de-pana no es de los que apuestan. Apostar no es lo bastante rápido para él, aparte de poco seguro. Pero la pista donde se celebra la carrera será un buen sitio para empezar a buscarlo. Es una lástima que no supiera lo de ese diente cuando aún lo tenía a mano hace un rato. Quizá lo hubiera convencido para que lo devolviera. Luego, si estuviera a mi cuidado, sabiendo que el señor Sam Caldwell va a pasar por aquí en ese tren en dirección oeste a las seis cuarenta de la mañana, lo tendría a esa

hora en la estación, se lo entregaría y le diría que no le quitara la mano de encima hasta que lo hubiese dejado detrás de una puerta cerrada en el primer tren que salga mañana para Arkansas.

—¿Serás capaz de encontrarlo mañana? —preguntó Everbe—. Tengo que encontrarlo. No es más que un niño. Pagaré el diente, le compraré a Minnie otro igual. Pero tengo que encontrarlo. Dirá que no lo tiene, que nunca lo ha visto, pero tengo que...

—Claro —dijo Ned—. Eso es lo que yo diría si estuviera en su lugar. Lo intentaré. Vendré pronto mañana por la mañana a buscar a Lucius, pero la mejor oportunidad la tendremos en la pista, antes de la carrera —a mí me dijo—: La gente está ya empezando a dejarse caer por casa del tío Possum, como si ni siquiera se diesen cuenta de que lo hacen, probablemente tratando de saber quién es el que todavía cree que ese caballo es capaz de disputar una carrera. Así que probablemente tendremos bastante público mañana. Ya es tarde, y más valdrá que duermas un poco mientras yo vuelvo a casa de Possum con esa mula para que también se acueste. ¿Dónde tienes el calcetín? ¿No lo habrás perdido?

—Lo llevo en el bolsillo —dije.

—Ten mucho cuidado con él —dijo—. Su compañero es el del pie izquierdo, y un calcetín del pie izquierdo trae mala suerte a no ser que se utilicen los dos —se dio la vuelta, pero no fue más allá de la cocinera voluminosa; deteniéndose, le dijo—: A no ser que cambie de idea y me quede esta noche en la ciudad, ¿a qué hora preparas el desayuno, hermosa?

—Lo antes que pueda una vez que tengas la boca demasiado lejos para hincarle el diente —dijo la cocinera.

—Buenas noches a todos —dijo Ned, marchándose acto seguido. Los demás volvimos al comedor, donde el camarero, ahora de manga corta y sin cuello duro ni corbata, le trajo a la señorita Reba un plato con las chuletas de cerdo, el maíz, los bollos y la mermelada de moras que habíamos cenado los demás, ni caliente ni frío ya, sino tibio, en *déshabillé* como el camarero, por así decirlo.

—¿Has conseguido que se durmiera? —preguntó Everbe.

—Sí —respondió la señorita Reba—. Ese hijo de mala... —pero se detuvo y dijo—: Perdóname. Creía haberlo visto todo en mi negocio, pero no se me había ocurrido nunca que fueran a robar un diente en una de mis casas. No hay nada peor que un canalla pequeño. Son como las serpientes pequeñas. Las grandes son más fáciles de controlar, porque ya sabes que tienes que estar atenta. Pero una pequeña te muerde por detrás antes de que sepas que tiene dientes. ¿Dónde está mi café? —el camarero se lo trajo y se marchó. Y, acto seguido, incluso aquel gran comedor de muebles enfundados se llenó de repente: era como si cada vez que Boon y Butch se hallaban entre las mismas cuatro paredes todo se sumara, se multiplicase, sin dejar sitio para



nada más. Butch había vuelto a pasar por casa del médico, o quizá en el negocio de las insignias de hojalata conoces a todo el mundo dispuesto a ofrecerte un trago gratis. Se estaba haciendo tarde y yo estaba cansado, pero una vez más teníamos a Butch con nosotros; y de repente comprendí que hasta entonces aún no había pasado nada, y que sólo ahora empezábamos con él, parado en la puerta, voluminoso, brillándole los ojos, alegre y un poco más encarnado, la estrella misma dando la impresión de hincharse en nuestra dirección, con vida propia, sobre su camisa sudada, porque Butch la llevaba no como autorización oficial de su singular dedicación, sino como un *boy scout* lleva su medalla al mérito: como recompensa singular, ganada con esfuerzo, y emblema de una especialización y, al mismo tiempo, como absolución previa para cualquier otra actividad incluida o abarcada por su alcance místico; en aquel momento Everbe se alzó rápidamente (estaba al otro extremo de la mesa) y casi corrió rodeando la mesa para ir a sentarse en la silla vecina a la señorita Reba, a quien Butch estaba mirando, imponiéndole su presencia. Y entonces fue cuando bajé un punto a Boon y coloqué a Everbe en el primer puesto en lo referente a problemas. Todo el problema de Boon era Butch; ella, en cambio, tenía que vérselas con los dos.

—Vaya, vaya —dijo Butch—, des que toda la calle Catalpa se está trasladando al este, hacia Possum? —de manera que en un primer momento pensé que podía ser un amigo o, por lo menos, un conocido de la señorita Reba por motivo de negocios. Si lo era, no se acordaba de su nombre. Pero es cierto que incluso a las once de la noche yo estaba aprendiendo que existen seres humanos como Butch que sólo se acuerdan de alguien por la inmediata necesidad que tengan de esa persona, y lo que Butch necesitaba en aquel momento (o lo que podía usar al menos) era otra mujer, le tenía sin cuidado quién, con tal de que fuera más o menos joven y grata. No: en realidad no necesitaba una; se limitaba a encontrar a una que ya estaba en el camino, como un león dispuesto a pelearse con otro león con motivo de un antílope, seguro siempre de ganar (me refiero a dar una paliza al león, no al antílope), sería un estúpido si no intentase echarse al saco, para que le diera suerte, podríamos decir, a otro antílope que se encontrara por casualidad en el camino. Si bien la señorita Reba resultó no ser un antílope. Butch se encontró con otro león—. Esto es lo que yo llamo saber usar la cabeza, Pico de Oro —dijo—; ¿qué sentido tiene que él y yo nos atormentemos por un trozo de carne cuando tenemos aquí otro, exactamente igual en todos los detalles importantes, excepto quizá una pequeña diferencia en la piel?

—¿Quién es ése? —le dijo la señorita Reba a Everbe—. ¿Un amigo tuyo?

—No —dijo Everbe; trataba incluso de encogerse, de abultar lo menos posible: una chica grande, demasiado grande para esconderse con facilidad—. Por favor...

—Escucha lo que te dice —le explicó Boon a la señorita Reba—. Ya no tiene amigos. No quiere tener amigos. Lo ha dejado, se ha retirado del negocio. Tan pronto como terminemos de perder esa carrera de caballos, se irá en busca de algún sitio

donde le den trabajo fregando platos. Pregúntaselo.

La señorita Reba estaba mirando a Everbe.

—Por favor —dijo Everbe.

—¿Qué quiere usted? —le preguntó la señorita Reba a Butch.

—Nada —dijo Butch—. Nada en absoluto. Yo y Pico de Oro estábamos un poco confundidos el uno con el otro durante algún tiempo. Pero ahora que ha aparecido usted, todo está estupendamente. Miel sobre hojuelas —se acercó y cogió a Everbe del brazo—. Vamos. Tengo el coche ahí fuera. Vamos a dejarles un poco más de sitio.

—Llama al encargado —me dijo la señorita Reba, con voz muy alta. No tuve siquiera que moverme; probablemente, si hubiera estado mirando, también habría visto su silueta al otro lado de la puerta. Entró inmediatamente—. ¿Este hombre representa aquí a la justicia? —preguntó la señorita Reba.

—Vaya, todos conocemos a Butch por estos alrededores, señora Binford —dijo el encargado—. Tiene tantos amigos en Parsham como el que más. Por supuesto viene de más arriba, de Hardwick; propiamente hablando, no tenemos ningún representante de la justicia en Parsham; el pueblo no es lo bastante grande —el denso y expansivo calor de Butch había abrazado, se había apoderado del empleado del hotel antes incluso de que cruzara la puerta, como si hubiera caído de cabeza en el calor y se hubiese desvanecido como un ratón en una masa de ámbar gris todavía blanda. Pero ahora los ojos de Butch se habían vuelto duros y fríos.

—Quizá sea ése el problema que tenéis por aquí —le dijo al encargado—. Quizá por eso no tenéis progreso ni mejoras: lo que necesitáis es un poco más de justicia.

—Vamos, Butch —dijo el encargado.

—¿Me está usted diciendo que, a cualquiera que le apetezca, le basta con entrar de la calle y arrastrar hasta la cama más próxima, exactamente igual que si esto fuera una casa de furcias, a la huésped más atractiva? —preguntó la señorita Reba.

—¿Arrastrar a quién dónde? —dijo Butch—. ¿Arrastrar con qué? ¿Un billete de dos dólares? —la señorita Reba se puso en pie.

—Vamos —le dijo a Everbe—. Hay un tren que regresa a Memphis esta noche. Conozco al dueño de este tugurio. Creo que iré a verlo mañana.

—Vamos, Butch —dijo el encargado—. Espere, señora Binford...

—Tú vuelve a la recepción, Virgil —le dijo Butch al empleado del hotel—. Sólo quedan cuatro meses para noviembre; en cualquier momento puede aparecer algún millonario con dos perdigueros inscritos, y no encontrará a nadie para decirle dónde tiene que firmar. Vamos. Aquí somos todos amigos —el encargado se marchó—. Ahora que todo eso ha quedado arreglado —dijo Butch, disponiéndose de nuevo a coger a Everbe por el brazo.

—En ese caso me servirá usted mismo —le dijo a Butch la señorita Reba—. También nosotros dos vamos a salir al vestíbulo o a cualquier otro sitio donde

estemos solos. Tengo algo que contarle.

—¿Sobre qué? —dijo Butch. La señorita Reba no le contestó, dirigiéndose hacia la puerta—. ¿En privado, dos, ha dicho? —siguió Butch—. Claro que sí, por supuesto; siempre que no pueda complacer en privado a una moza de buena presencia, daré permiso a Pico de Oro para que me sustituya —salieron ambos. Y ahora, en el vestíbulo, durante casi un minuto, quizá incluso un poco más, no pudimos verlos desde el otro lado de la puerta del salón para las señoras, hasta que la señorita Reba regresó, andando siempre con mucha seguridad, firme, bien parecida y tranquila; a continuación apareció Butch, diciendo—: ¿Eso es lo que hay, eh? Pues ya veremos —la señorita Reba dirigiéndose segura hacia donde la esperábamos, viendo cómo Butch cruzaba el vestíbulo sin mirarnos siquiera.

—¿Arreglado? —dijo Everbe.

—Sí —dijo la señorita Reba—. Y eso vale también para ti —le dijo a Boon. Luego me miró—. Cielos —dijo.

—¿Qué demonios le has hecho? —preguntó Boon.

—Nada —dijo por encima del hombro, porque me estaba mirando—... creía haber visto todos los problemas posibles de las casas de furcias. Hasta que me he encontrado una con niños dentro. Tú trajiste uno —ahora se dirigía a Everbe— que consiguió echar al casero y robó todos los dientes sueltos además de catorce dólares de cerveza; y por si eso no bastara, Boon Hogganbeck trae otro que está empujando a todas mis condenadas chicas a la pobreza y a la respetabilidad. Yo me voy a la cama, vosotros...

—Vamos —dijo Boon—. ¿Qué le has dicho?

—¿Cómo se llama esa ciudad tuya? —preguntó la señorita Reba.

—Jefferson —dijo Boon.

—Vosotros, los habitantes de sitios grandes como Jefferson y Memphis, con vuestras ideas de la gran ciudad, no sabéis mucho acerca de la justicia. Tenéis que venir a sitios pequeños, como éste. Yo sí los conozco, porque me crié en uno. Estoy hablando del alguacil. Podría pasar una semana en Jefferson o en Memphis, y vosotros ni siquiera lo veríais. Pero aquí, donde está entre la gente que lo eligió (la mayoría de doce o trece que votó por él, y la minoría de nueve, diez u once que no, y que lo sienten ya o que lo sentirán demasiado pronto), le tienen sin cuidado el sheriff del distrito, el gobernador del Estado y hasta el presidente de los Estados Unidos, los tres fundidos en uno. Porque es baptista. Quiero decir que primero es baptista, y luego es la justicia. Cuando puede ser baptista y además la justicia al mismo tiempo, muy bien. Pero en cualquier momento en que la justicia entre en conflicto allí donde nadie la ha invitado, ya sabe lo que puede hacer y dónde tiene que hacerlo. Cuentan cómo aquel viejo faraón era bastante bueno en eso de ser rey, y también hablan de otro antiguo, en los tiempos de la Biblia, llamado César, que lo hizo lo mejor que

supo. Tendrían que haber venido aquí a hacer una visita y ver una vez en acción a un alguacil de Arkansas o de Mississippi o de Tennessee.

—Pero ¿cómo sabes quién es? —preguntó Everbe—. ¿Cómo sabes siquiera que aquí hay uno?

—Hay uno en todas partes —dijo la señorita Reba—. ¿No te acabo de decir que me crié en un sitio como éste..., todo el tiempo que pude aguantarlo? No necesito saber quién es. Me bastaba con hacer saber a ese hijo de mala madre que estoy al tanto de que también aquí hay uno. Me voy a...

—¿Qué es lo que le has dicho? —preguntó Boon—. Vamos. Tal vez me guste recordarlo más adelante.

—Nada, ya te lo he dicho —respondió la señorita Reba—. Si para estas alturas no hubiera aprendido aún a manejar a estos condenados sementales con la insignia en una mano y la bragueta en la otra, llevaría años en el asilo. Le he dicho que si volvía a verle la jeta por aquí hoy, iba a mandar a ese recepcionista con cara de oveja a despertar al alguacil para decirle que el ayudante del sheriff de Hardwick acababa de traer un par de putas de Memphis al hotel de Parsham. Me voy a la cama, y más vale que hagáis lo mismo. Vamos, Corrie. He dejado constancia de tu virtud ultrajada ante el encargado de la recepción y ahora tienes que respaldarme, por lo menos mientras estés donde pueda verte —se marcharon. Enseguida desapareció Boon; posiblemente había seguido a Butch hasta la puerta principal para asegurarse de que el birlocho había desaparecido. Luego, de repente, Everbe se abalanzó sobre mí todo lo grande que era: una chica grande, murmurando rápidamente:

—¿No trajiste nada en absoluto, verdad? Me refiero a ropa. Llevas puesta la misma desde que saliste de casa.

—¿Qué tiene de malo? —dije.

—Te la voy a lavar —dijo—. La ropa interior y los calcetines, la blusa. Y también el otro calcetín con el que montas a caballo. Ven y quítatelos.

—Pero no tengo nada más —dije.

—No importa. Puedes irte a la cama. Lo tendré todo listo para cuando te levantes. Vamos —así que se quedó fuera mientras yo me desnudaba y le pasaba la blusa y la ropa interior y los calcetines por la rendija de la puerta, y Everbe dijo Buenas noches, y yo cerré la puerta y me metí en la cama; y todavía quedaba algo sin terminar, algo que no habíamos hecho, de lo que no nos habíamos ocupado: la conferencia secreta antes de la carrera; la maquinación en voz baja, minuciosa, ceñuda, feroz de la estrategia para el día siguiente. Hasta que comprendí que, estrictamente hablando, carecíamos de estrategia; no teníamos nada que planear ni tampoco con qué: un caballo cuya propiedad misma era dudosa e incluso (a no ser que Ned lo supiera en realidad) desconocida, de cuyo pasado sabíamos tan sólo que había corrido sistemáticamente a la velocidad justa para terminar segundo; que iba a correr al día

siguiente, exactamente dónde era algo que yo, al menos, ignoraba, contra un caballo que ninguno de nosotros había visto nunca y cuya existencia misma (por lo que a nosotros se refería) había que aceptar como se acepta un artículo de fe. Hasta que me di cuenta de que, entre todas las ocupaciones humanas, las carreras de caballos, y todo lo que tenía que ver con ellas, era, sin duda, la que más estaba en manos de Dios. Luego entró Boon; yo me había dormido ya a medias.

—¿Qué has hecho con la ropa? —me dijo.

—Everbe la está lavando —dije. Se había quitado los pantalones y los zapatos y estaba alargando la mano para apagar la luz. Se paró, inmovilizándose por completo.

—¿Quién has dicho? —me había despertado del todo, pero ya era demasiado tarde. Seguí tumbado, con los ojos cerrados, sin moverme—. ¿Qué nombre has dicho?

—La señorita Corrie —dije.

—Has dicho otra cosa —sentía cómo me miraba—. La has llamado Everbe —sentía cómo me miraba—. ¿Es ése su nombre? —sentía cómo me miraba—. De manera que a ti te ha dicho su verdadero nombre —luego dijo, con tono bastante filosófico—: Maldita sea —y vi, a través de los párpados, que la habitación se oscurecía, luego la cama crujió al tumbarse Boon en ella, como hacen siempre las camas dado lo mucho que hay de él, como siempre las he oído crujir desde que tengo memoria cuando he dormido con él: una o dos veces en casa cuando mi padre se marchaba y él se quedaba en casa para que mamá no pasase miedo, y en casa de la señorita Ballenbaugh dos noches atrás, y en Memphis la noche anterior, hasta que me acordé de que no había dormido con él en Memphis, sino con Otis—. Buenas noches —dijo.

—Buenas noches —le respondí.

Luego ya era por la mañana, ya era el día siguiente: EL DÍA en que iba a correr mi primera auténtica carrera de caballos (y, al ganarla, dejar a Boon y a Ned en libertad —a mí también, por supuesto, aunque yo estuviera a salvo, inmune; yo no sólo era niño, era además nieto del Jefe— para volver a casa, quizá no con honor, ni siquiera indemnes, pero por lo menos volverían), a la que nos había conducido todo aquel trampear y escabullirnos y manipular y revolver (yo ni siquiera sabía qué otros delitos subsiguientes —de acuerdo, consecuentes— al sencillo y realmente espontáneo, y en cierto modo inocente, robo del automóvil del abuelo); en cualquier caso, había llegado la carrera.

—De manera que te dijo su verdadero nombre —repitió Boon. Porque, date cuenta, ya era demasiado tarde; la noche anterior estaba medio dormido y con la guardia baja.

—Sí —respondí; advirtiéndolo acto seguido, aunque demasiado tarde, que era completamente falso: no me lo había dicho ella; ni siquiera sabía que yo lo sabía, que la había estado llamando Everbe desde la noche del domingo—. Pero me lo tienes que prometer —dije—. Que no se lo dirás nunca en voz alta hasta que lo diga ella. No prometérselo a ella: prometérmelo a mí.

—Lo prometo —dijo—. Nunca te he mentado todavía. Quiero decir que nunca te he mentado mucho. Me refiero a que no... Está bien —dijo—. Lo he prometido — luego murmuró de nuevo, como la noche anterior, de manera tranquila y casi con asombro—: Maldita sea —y mi ropa (blusa, calcetines, ropa interior y el otro calcetín para montar a caballo) estaba muy bien doblada, lavada y planchada, sobre una silla, junto a la puerta. Boon me lo pasó todo—. Con ropa limpia —dijo—, tendrás que volver a bañarte.

—Hiciste que me bañara el sábado —dije.

—Estuvimos de camino el sábado por la noche —dijo—. A Memphis no llegamos hasta el domingo.

—De acuerdo. El domingo —dije.

—Hoy es martes —dijo—. Dos días.

—Sólo uno —dije—. Dos noches, pero sólo un día.

—Has viajado todo el tiempo —dijo—. Ahora tienes dos capas de porquería.

—Son casi las siete —dije—. Vamos a llegar tarde al desayuno.

—Tienes tiempo para bañarte —dijo—. He de vestirme para dar las gracias a Everbe por lavarme la ropa.

—Báñate primero —dijo Boon.

—Me mojaré la venda.

—Ponte la mano en el cuello —dijo Boon—. No te lo vas a lavar de todos modos.

—¿Por qué no te bañas tú entonces? —dije.

—No estamos hablando de mí, sino de ti —así que fui al cuarto de baño, me bañé, volví a ponerme la ropa y bajé al comedor. Y Ned tenía razón. La noche anterior sólo habían despejado parte de una mesa, preparándola para nosotros. Ahora había ya siete u ocho personas, todos varones (pero no extraños, forasteros, no te equivoques; en realidad sólo eran desconocidos para nosotros, que no vivíamos en Parsham. Ninguno de ellos se había apeado de un coche cama, ni llevaba ropa interior de seda ni fumaba cigarros Upmann; no era que hubiésemos abierto a mediados de mayo la temporada de invierno caracterizada por su cosmopolitismo. Algunos de los presentes vestían mono y con una sola excepción nadie llevaba corbata: eran personas como nosotros, excepto que vivían allí, con las mismas pasiones y esperanzas y el mismo dialecto, disfrutando —Butch incluido—, por medio de la celebración de una carrera privada entre dos caballos de la localidad, del inalienable derecho constitucional al libre albedrío y a la empresa privada que ha hecho de nuestro país lo que es; si alguien, comité o persona particular, desde un sitio no más distante que el distrito vecino, hubiera venido a entrometerse o a alterar o a impedir o incluso a participar más allá de apostar por el caballo de su preferencia, todos nosotros, partidarios de cualquiera de los dos caballos, nos hubiéramos alzado como un solo hombre para impedirlo). Además del camarero vi la espalda de una doncella de uniforme cuando atravesaba la puerta batiente que daba a la despensa o a la cocina y advertí la presencia en nuestra mesa de dos hombres (uno de ellos era el que llevaba corbata) que hablaban con Boon y con la señorita Reba. Everbe, en cambio, no estaba presente y, por un instante, por un segundo, tuve la horrible visión de Butch acechándola y capturándola finalmente por la fuerza, tendiéndole una emboscada en el corredor, quizá cuando transportaba la silla, para colocarla delante de nuestra puerta (de Boon y mía), con mi ropa recién lavada y planchada. Pero sólo por un segundo y como algo demasiado fantástico; si me había lavado la ropa por la noche, probablemente —sin duda—, se habría quedado hasta muy tarde lavando su ropa y quizá también la de la señorita Reba, y aún dormía. Así que me acerqué a la mesa, donde uno de los desconocidos dijo:

—¿Es éste el chico que va a montarlo? Más parece que lo haya preparado usted para un combate a puñetazos.

—Sí —dijo Boon, acercándome la bandeja con el jamón tan pronto como me senté; la señorita Reba me pasó los huevos y el maíz machacado—. Se cortó anoche comiendo guisantes.

—Ja, ja —rió el otro—. En cualquier caso, llevará menos peso esta vez.

—Claro —dijo Boon—. A no ser que se coma los cuchillos y los tenedores y las cucharas cuando no estemos mirando, y se lleve quizá un morillo para tomárselo luego como tentempié.

—Ja, ja —rió el otro—. Por la manera en que ese caballo corrió aquí el invierno pasado, va a necesitar bastante más que un poco menos de peso. Pero, claro, ¿ése es el secreto, no es cierto?

—Claro —dijo Boon; estaba comiendo otra vez—. Aunque no tengamos ningún secreto, vamos a tener que actuar como si lo tuviéramos.

—Ja, ja —rió de nuevo el otro; luego se pusieron en pie—. Bien, buena suerte de todos modos. Eso puede que sea tan bueno para su caballo como menos peso —vino la doncella, trayéndome un vaso de leche y un plato con bollos calientes. Era Minnie, con delantal recién planchado y cofia (ignoro si la señorita Reba había prestado o alquilado sus servicios al hotel), la desolación pintada en el rostro y una expresión implacable, aunque tranquila y serena ya; evidentemente había descansado, incluso había dormido algo, pero seguía sin perdonar a nadie. Los dos desconocidos se alejaron.

—¿Ves? —dijo la señorita Reba a todo el mundo y a nadie en particular—. Todo lo que necesitamos es el caballo adecuado y un millón de dólares para apostar.

—Oíste a Ned el domingo por la noche —dijo Boon—. Fuiste tú quien le dio crédito. Quiero decir que decidiste creer lo que decía. En mi caso era diferente. Después de que ese condenado automóvil se desvaneciera y todo lo demás, no me quedaba más remedio que creerle.

—De acuerdo —dijo la señorita Reba—. No te sulfures.

—Y tú deja de preocuparte —me dijo Boon—. Ha ido a la estación por si acaso los perros lo pillaron otra vez anoche y Ned lo ha traído para subirlo al tren. Al menos eso ha sido lo que ha dicho...

—¿Ned lo ha encontrado?

—Ned está ahora en la cocina —dijo Boon—. Puedes preguntarle..., eso es lo que ha dicho. Sí. Quizá valga más que empieces a preocuparte un poco, después de todo. La señorita Reba te ha librado del tipo con la estrella de hojalata, pero ese otro..., cómo se llama..., Caldwell, estaba en el tren por la mañana.

—¿De qué estás hablando? —dijo la señorita Reba.

—De nada —dijo Boon—. Yo ya no tengo nada de que hablar. Me he retirado. Ahora es Lucius el que tiene por rivales a la estrella de hojalata y a la gorra de ferroviario —pero yo me estaba levantando de la mesa porque ya sabía dónde estaba.

—¿Has terminado ya? —dijo la señorita Reba.

—Déjalo en paz —intervino Boon—. Está enamorado.

Crucé el vestíbulo. Quizá Ned tuviera razón, y todo lo que se necesitaba para una carrera eran dos caballos con tiempo para correrla y a menos de quince kilómetros de distancia, porque el aire mismo se encargaba de propagar la noticia. Aunque sin llegar aún hasta el salón de las señoras. De manera que quizá, cuando dije que llorar no le sentaba mal a Everbe, me refería a que era lo bastante grande para llorar todo lo



que parecía que necesitaba, y aún le quedaba sitio para que todas aquellas lágrimas se secaran sin dejar churretes. La encontré en el salón, llorando una vez más, la tercera; no: la cuarta, contando las dos veces del domingo por la noche. Hasta que uno se preguntaba por qué. Quiero decir que nadie la había obligado a venir con nosotros y podía haberse vuelto a Memphis en cualquier tren. Sin embargo allí estaba, de manera que debía de estar donde quería. Pero era ya la segunda llantina desde nuestra llegada a Parsham. Me refiero a que incluso a alguien con tantas lágrimas de más como tenía ella no le sobraban como para malgastarlas en Otis. De manera que dije:

—Está perfectamente. Ned lo encontrará hoy. Muy agradecido por lavarme la ropa. ¿Dónde está el señor Sam? Creía que venía en ese tren.

—Ha seguido en el tren hasta Memphis para quitarse el uniforme —dijo—. No puede ir con él a una carrera de caballos. Estará de vuelta en el mercancías de las doce. No encuentro mi pañuelo.

Se lo encontré yo.

—Quizá tendrías que lavarte la cara —le dije—. Cuando Ned encuentre a Otis, recuperará el diente.

—No es el diente —dijo—. Voy a comprarle otro a Minnie. Es que... Nunca ha tenido la menor posibilidad... ¿También le prometiste a tu madre que nunca te llevarías cosas?

—No hace falta prometerle a nadie una cosa así —dije—. Las cosas no se cogen.

—Pero ¿se lo hubieras prometido si te lo hubiese pedido?

—No me lo pediría —dije—. Las cosas no se cogen.

—Sí —dijo. Luego añadió—: No me voy a quedar en Memphis. Esta mañana he hablado con Sam en la estación y también él dice que es una buena idea. Puede encontrarme trabajo en Chattanooga o en algún otro sitio. Pero tú estarás todavía en Jefferson, así que quizá te escriba una postal desde donde esté y, entonces, si se te ocurriera...

—Sí —dije—. Te escribiré. Vamos. Todavía están desayunando.

—Hay algo sobre mí que no sabes. Ni siquiera te lo imaginas.

—Sí que lo sé —dije—. Te llamas Everbe Corinthia. Llevo dos o tres días llamándotelo para mis adentros. Sí. Fue Otis. No se lo diré a nadie. Pero no veo por qué.

—¿No ves por qué? ¿Un nombre tan antiguo y tan de pueblo como ése? ¿Te imaginas a alguien en casa de Reba diciendo, mándame a Everbe Corinthia? Se avergonzarían. Se morirían de risa. Así que pensé en cambiármelo por Yvonne o Billie o Ken. Pero Reba dijo que bastaba con Corrie.

—Pamplinas —dije.

—¿Quieres decir que no tiene nada de malo? Dilo tú —lo dije. Everbe lo escuchó. Luego siguió escuchándolo, exactamente como cuando se espera un eco—. Sí —dijo

—. Ahora puede ser que sí.

—Entonces ven y tómate el desayuno —dije—. Ned me está esperando y tengo que irme —pero Boon apareció antes.

—Hay demasiada gente ahí fuera —dijo—. Quizá no debiera haberle dicho al tipo aquel que ibas a montarlo hoy —se me quedó mirando—. Quizá no tendría que haberte dejado salir de Jefferson —había una puertecita detrás de una cortina al fondo del salón. Era otro corredor. Enseguida llegamos a la cocina. La cocinera voluminosa estaba otra vez delante del fregadero. Ned, sentado, terminaba el desayuno, pero sobre todo hablaba:

—Cuando doy jarabe de pico a las mujeres, no son sólo palabras vacías. También pueden comprarse algo con él... —se detuvo, poniéndose en pie de golpe—. ¿Estás listo? —me dijo—. Ya es hora de que tú y yo volvamos al campo. Hay demasiada gente por estos alrededores. Si todos tuvieran dinero y quisieran apostar, y el caballo al que apostararan fuese precisamente el caballo equivocado, y nosotros tuviéramos el dinero para cubrir esas apuestas y supiéramos cuál era el caballo bueno, esta noche no volveríamos a Jefferson sólo con el automóvil: nos llevaríamos además todo Possum, para endulzar así el carácter del Jefe Priest. No ha sido nunca dueño de una ciudad, y puede que le gustara.

—Espera —dijo Boon—. ¿No tenemos que hacer algún plan?

—El único que necesita un plan es Lightning —dijo Ned—. Y el único plan que necesita es ponerse delante y seguir allí hasta que alguien le diga que se pare. Pero sé a qué te refieres. Vamos a correr en la pista del coronel Linscomb. La primera carrera es a las dos y eso está a seis kilómetros de aquí. Yo y Lightning y Lucius apareceremos con unos dos minutos de anticipación. Será mejor que tú llegues antes. Será mejor que salgas de aquí en cuanto el señor Sam se apea de ese tren de mercancías. Porque ése es tu plan y también el suyo: llegar a esa pista a tiempo para apostar, y tener algún dinero que apostar cuando llegues allí.

—Espera —dijo Boon—. ¿Qué pasa con el automóvil? ¿De qué demonios va a servirnos el dinero si volvemos a casa sin...?

—Deja de preocuparte por el automóvil —dijo Ned—. ¿No te he dicho que también esos muchachos tienen que volver a casa no mucho después de esta noche?

—¿Qué muchachos? —preguntó Boon.

—Sí, señor —dijo Ned—. El problema con la Navidad es el primero de enero; eso es lo que tiene de malo —Minnie apareció con una bandeja de platos sucios, la máscara morena, tranquila, trágica, hambrienta e inconsolable—. Vamos —le dijo Ned—, sonríeme otra vez para tener la medida exacta y colocarte ese diente cuando te lo devuelva esta noche.

—No lo hagas, muchacha —dijo la cocinera gorda—. Quizá gasten ese azúcar de Mississippi en el sitio de donde viene, pero aquí, en Tennessee, no sirve para comprar

nada. Por lo menos, en esta cocina, no, desde luego.

—Pero espera... dijo Boon.

—Espera tú al señor Sam —dijo Ned—. Él te lo podrá decir. De hecho, mientras yo y Lucius estamos ganando esa carrera quizás tú y el señor Sam podáis echar una ojeada entre la gente para localizar a Pantalones-de-pana y el diente ése —esta vez había traído la calesa del tío Parsham, con una de las mulas. Y tenía razón: el pueblecito había cambiado de la noche a la mañana. No era que se viese a mucha más gente, porque no había más que ayer. Era el aire mismo: casi una sensación de júbilo; por primera vez comprendí de verdad que iba a participar en una carrera de caballos al cabo de pocas horas y, de repente, sentí el sabor de la saliva, que me llenó la boca de aspereza.

—¿No dijiste anoche que Otis se habría ido cuando volvieras del pueblo? —pregunté.

—Así fue —me respondió Ned—, pero no llegó muy lejos, porque no tiene ningún sitio donde ir. Los sabuesos ladraron dos veces durante la noche en la parte de atrás, cerca del establo; a esos animales les cae tan mal como a las personas. Se habrá presentado a pedir el desayuno en cuanto me haya ido.

—Pero supongamos que vende el diente antes de que lo pillemos.

—Eso ya lo he arreglado —dijo Ned—. No lo va a vender. No va a encontrar a nadie que se lo compre. Si no aparece para desayunar, Lycurgus saldrá otra vez con los sabuesos, lo hará subir a un árbol y le explicará que, anoche, al volver de Possum, dije que un hombre de Memphis le había ofrecido a esa chica veintiocho dólares en metálico por el diente. Se lo creerá. Si fuesen cien o incluso cincuenta no se lo creería. Pero sí se creerá una cifra como veintiocho, sobre todo porque no le parecerá bastante: pensará que el tipo de Memphis quiere engañar a Minnie. Y cuando trate de venderlo en la pista esta tarde, nadie le dará siquiera esa cantidad, de manera que no tendrá más remedio que esperar hasta volver a Memphis. Así que no te preocupes más de ese diente y piensa sólo en la carrera. Me refiero a las dos últimas mangas. La primera la vamos a perder, y no tienes que preocuparte de ella...

—¿Cómo? —dije—. ¿Por qué?

—¿Por qué no? —dijo Ned—. Sólo necesitamos ganar dos.

—Pero ¿por qué perder la primera? Por qué no la ganamos y nos situamos muy por delante cuanto antes... —Ned siguió atento a la mula, quizá cosa de medio minuto.

—El problema con esta carrera es que tiene demasiadas cosas mezcladas.

—¿Demasiadas qué? —dije.

—Demasiado de todo —dijo—. Demasiada gente. Pero, sobre todo, demasiadas mangas. Si fuera sólo una, una sola carrera, en algún sitio en medio del campo, y nadie más que yo y tú y Lightning y ese otro caballo y quien quiera que vaya a

montarlo, estaría todo arreglado. Porque ayer descubrimos que podemos hacer correr a Lightning una vez. Sólo que ahora son tres las veces que tiene que correr.

—Pero tú hacías que aquel mulo corriera siempre —dije.

—Este caballo no es aquel mulo —dijo Ned—. Todavía no ha nacido de yegua ningún caballo que sea como aquel mulo. Ni ninguna mula. Y este caballo del que dependemos ahora tampoco tiene tanto discernimiento como algunos caballos. Así que ya ves en qué aprieto nos encontramos. Sabemos que puedo hacerle correr una vez y esperamos que incluso dos veces. Pero eso es todo. Sólo esperamos. No podemos arriesgarnos con esa vez que *sabemos* que puedo hacer que corra hasta que nos veamos obligados. Así que lo más que tenemos, en el mejor de los casos, son dos mangas. Y como tenemos que perder una, da lo mismo cuál, vamos a perder aquélla con la que quizá aprendamos algo para la vez siguiente. Y ésa es la primera.

—¿Se lo has dicho a Boon para que no...?

—Déjale que pierda la primera carrera, con tal de que no gaste todo el dinero que las señoras han reunido para que apueste por ellas, y eso no va a suceder, por lo que he visto de esa señorita Reba. Así las apuestas serán mucho más favorables para las otras dos mangas. Además, podemos decirle todo lo que necesita saber cuando llegue el momento. De modo que tú...

—No me refiero a eso —dije—. Hablo del automóvil...

—¿No te he dicho que ya me encargo yo? —me contestó—. Ahora deja de preocuparte. No quiero decir que no pienses en la carrera, porque eso no puedes hacerlo. Pero deja de preocuparte por ganarla. Piensa sólo en lo que Lightning te enseñó ayer sobre la forma de montarlo. Eso es todo. Yo me ocuparé de lo demás. ¿Tienes el calcetín, verdad?

—Sí —dije. Pero no volvíamos a casa del tío Parsham; ni siquiera íbamos en la misma dirección.

—Contamos con una cuadra particular para la carrera —dijo Ned—. Un manantial en una hondonada, propiedad de uno de los miembros de la iglesia de Possum, donde estaremos a menos de medio kilómetro de la pista sin que nadie lo sepa ni nos moleste si no queremos. Lycurgus y el tío Possum se fueron allí con Lightning nada más desayunar.

—La pista —dije. Por supuesto, tenía que haber una pista. No había pensado en ello. Supongo que daba por sentado que alguien llegaría montado en el otro caballo, o llevándolo de las riendas, y que haríamos la carrera allí mismo, en el pastizal del tío Parsham.

—Eso es —dijo Ned—. Una pista con todas las de la ley, exactamente igual que las grandes, aunque ésta sólo tiene media milla de recorrido y le faltan las tribunas y los puestos de cerveza y de whisky, que es lo que se necesita para una carrera de caballos como es debido. Está ahí, en el pastizal del coronel Linscomb, que es el

propietario del otro caballo. Yo y Lycurgus fuimos anoche a verlo. Me refiero a la pista, no al caballo. Al caballo no lo he visto aún. Pero vamos a tener una oportunidad de verlo hoy, por lo menos de espaldas. Aunque lo que queremos es planear las cosas para que ese caballo se pase la mitad de dos de las mangas viendo la parte de atrás de Lightning. Así que tengo que hablar con el chico que va a montarlo. Un muchacho de color; Lycurgus lo conoce. Quiero hablar con él sin que se entere hasta después de que lo he hecho.

—¿Sí? —dije—. ¿Cómo?

—Primero hay que llegar allí —dijo Ned.

Seguimos adelante; para mí todo era nuevo, claro está. Sin duda atravesábamos ya la plantación del coronel Linscomb o, por lo menos, alguna otra de grandes dimensiones: extensos cultivos bien ordenados donde empezaban a brotar ya las plantas de algodón y de maíz, y pastos con cercas en buen estado y cabañas de arrendatarios y casitas para almacenar el algodón en las franjas sin cultivar al extremo de los campos; y enseguida vi los graneros y los establos y, claro, también estaba el nítido óvalo blanco de la pequeña pista; nosotros, Ned, girando a continuación, para seguir un camino casi invisible y entrar en un bosquecillo; y allí estaba, aislado y tranquilo, secreto incluso, si así lo queríamos: las hayas en torno al manantial, Lightning, con Lycurgus al lado, almohazado y lustroso e incluso brillando suavemente bajo la luz moteada, la otra mula atada al fondo y el tío Parsham, espectacular en negro y blanco, incluso regio, príncipe y jefe autoritario, con el empaque de la avanzada edad solvente y ociosa, instalado en la silla de montar que Lycurgus había apoyado contra un árbol a manera de asiento, esperándonos todos. Y aquél fue el verdadero momento en que —Lightning y yo juntos en el mismo aire (respirándolo también) a trescientos metros de la pista y a poco más de cien minutos de la carrera misma— comprendí cómo, en realidad, no sólo el destino de Lightning y el mío eran uno y el mismo, sino que de nosotros dos dependía el de los demás, sin duda el de Boon y Ned, puesto que íbamos a dictar las condiciones de su regreso a casa, una comunión mística de la que no tendría por qué responsabilizarse un muchachito de once años. Lo que quizá explique por qué no me di cuenta de nada o, en cualquier caso, por qué no entendí lo que sí vi: tan sólo que Lycurgus cedió el ronzal de Lightning al tío Parsham, se acercó, tomó nuestra brida y Ned dijo: «¿Le diste el mensaje?», y Lycurgus dijo: «Sí, señor», y Ned me dijo: «Por qué no vas y te haces cargo de Lightning para que el tío Possum no tenga que levantarse?», y así lo hice, dejando a Ned y a Lycurgus, de pie, muy juntos, al lado de la calesa; y eso no mucho antes de que Ned se acercara a nosotros, y dejase que Lycurgus se ocupara de soltar a la mula de la calesa, de recoger las riendas y los tirantes y de atar al animal junto a su compañera y viniera hacia nosotros, al sitio donde Ned se había acuclillado junto al tío Parsham—. Cuéntanos otra vez —dijo Ned— las dos carreras del invierno

último. Dijiste que no había pasado nada. ¿De qué manera no pasó nada?

—Ah —dijo el tío Parsham—. Era una carrera a tres mangas, como ésta, aunque sólo corrieron dos. Ya no hacía falta correr la tercera. O quizá alguien se cansó.

—Quizá se cansó de meter la mano en el bolsillo de atrás —dijo Ned.

—Quizá —dijo el tío Parsham—. En la primera manga tu caballo corrió demasiado pronto, y en la segunda demasiado tarde. O quizá utilizaron la fusta demasiado pronto la primera vez y demasiado tarde la segunda. Lo cierto es que al primer fustazo tu caballo se colocó por delante, con todo un cuerpo de ventaja, y siguió allí todo el tiempo durante la primera vuelta, incluso después de que los fustazos hubieran dejado de hacer efecto, como pasa con los caballos y también con las personas: aceptan una determinada cantidad de latigazos y después les hace tan poco efecto como escupirles. Al empezar la segunda vuelta fue como si tu caballo viera toda la pista vacía delante y se dijera, Esto es una falta de cortesía; yo aquí no soy más que un desconocido, de manera que aflojó el paso lo suficiente para que su cabeza quedara más o menos a la altura de la rodilla del chico que montaba el caballo del coronel Linscomb, y allí siguió hasta que alguien le dijo que podía pararse. En la segunda manga tu caballo empezó como si pensara que no había terminado aún la primera, con la cabeza, siempre muy cortés y educada, a la altura de la rodilla del otro chico, y así siguió hasta el giro final de la segunda vuelta, cuando aquel muchacho de Memphis lo golpeó por primera vez, aunque tampoco lo bastante tarde, porque colocarse al frente sólo sirvió para que una vez más viera que tenía por delante toda la pista vacía.

—Pero sí a tiempo de asustar a McWillie —dijo Lycurgus.

—¿Cuánto le asustó? —preguntó Ned.

—Bastante —dijo Lycurgus. Ned se acuclilló. Debía de haber dormido algo la noche anterior, incluso con los sabuesos obligando a Otis a subirse a un árbol de cuando en cuando. Pero no tenía muy buen aspecto de todos modos.

—De acuerdo —me dijo—. Tú y Lycurgus vais a ir andando hasta las cuadras de Linscomb dentro de un momento. Todo lo que vas a hacer es echar una mirada, cosa natural, al caballo contra el que vas a correr esta tarde. En cuanto a lo demás, deja que sea Lycurgus quien hable y, cuando regreséis, no mires para atrás ni una sola vez —ni siquiera le pregunté por qué. Tampoco me lo hubiera dicho. No era lejos: más allá de la cuidada pista de media milla, con sus barreras pintadas de blanco (¡qué agradable ser rico!), en dirección a los graneros, se hallaban las cuadras; si el primo Zack tuviera algo parecido en la granja McCaslin, lo más probable sería que la prima Louisa lo utilizara para vivir ella. No se veía a nadie. No sé qué era lo que esperaba: quizá más aficionados, en mono y sin corbata, acuclillados y mascando tabaco a lo largo de la pared, como los que habíamos visto en el comedor del hotel durante el desayuno. Tal vez fuese aún demasiado pronto; lo que, ahora me doy cuenta, explica

probablemente que Ned nos enviara; de manera que entramos (entró Lycurgus), como de paseo, en unas cuadras que eran tan grandes como nuestra caballeriza, pero estaban mucho más limpias: un cuarto para los arreos a un lado y al otro lo que debía de ser un despacho, igual que en Jefferson; un mozo de cuadra de raza negra que limpiaba una casilla al fondo y un joven que, por tamaño, edad y color, podía haber sido hermano gemelo de Lycurgus, y que holgazaneaba sobre una bala de heno colocada contra la pared.

—Hola, chico. ¿Buscas un caballo? —le dijo este último a Lycurgus.

—Hola —respondió Lycurgus—. Busco dos. Pensábamos que quizá también estuviera aquí el otro.

—¿Quieres decir que el señor Van Tosch no ha llegado aún?

—No va a venir —dijo Lycurgus—. Son otras las personas que corren esta vez con Coppermine. Lo lleva un blanco, el señor Boon Hogganbeck. Y este chico es el que va a montarlo. Te presento a McWillie —me dijo a mí. McWillie se me quedó mirando. Luego se dirigió hacia la puerta del despacho, la abrió, dijo algo dentro y retrocedió mientras un blanco («Entrenador», murmuró Lycurgus. «Señor Walter») salía y nos interpelaba:

—Buenos días, Lycurgus. ¿Dónde tenéis escondido a ese caballo, si puede saberse? ¿No estaréis intentando darnos gato por liebre?

—No, señor —dijo Lycurgus—. Supongo que no lo han traído aún del pueblo. Se nos ocurrió que quizá lo hubieran enviado aquí. Por eso hemos venido a ver.

—¿Habéis venido andando desde Possum?

—No, señor —dijo Lycurgus—. Trajimos las mulas.

—¿Dónde las habéis atado? Porque ni siquiera las veo. A lo mejor las habéis pintado con la misma pintura invisible que utilizasteis ayer por la mañana para sacar del furgón a ese caballo.

—No, señor —dijo Lycurgus—. Sólo hemos venido con ellas hasta los pastizales y luego las hemos soltado. El resto del camino lo hemos hecho a pie.

—De todos modos, como habéis venido a ver un caballo, no os iréis con las manos vacías. Sácalo, McWillie, a un sitio donde puedan verlo.

—Que le vean la cara, para variar —dijo McWillie—. Los tipos que montaban a Coppermine han estado viendo el trasero de *Akrum* todo el invierno, pero ninguno le ha visto la cara.

—Así por lo menos este chico podrá empezar sabiendo el aspecto que tiene por delante. ¿Cómo te llamas, hijo? —se lo dije—. No eres de por aquí.

—No, señor. Soy de Jefferson, Mississippi.

—Viaja con el señor Hogganbeck, que es quien lleva ahora a Coppermine —dijo Lycurgus.

—Ah —dijo el señor Walter—. ¿Es que lo ha comprado?

—No lo sé, señor —dijo Lycurgus—. El señor Hogganbeck es el que lo tiene ahora —McWillie sacó el caballo; entre él y el señor Walter le quitaron la manta. Era de color negro, más grande que Lightning, pero muy nervioso; salió mostrando el blanco de los ojos; todas las veces que alguien se movía o hablaba cerca de él inclinaba las orejas hacia atrás y se apoyaba sólo en el ángulo de una de las pezuñas traseras, como si estuviera listo para lanzar una coz, y el señor Walter y McWillie le hablaban sin interrupción, los dos susurrándole al mismo tiempo, pero sin dejar de vigilarlo.

—Muy bien —dijo el señor Walter—. Dale de beber y llévalo a su sitio —le seguimos hacia la parte delantera—. No os desaniméis —dijo—. Después de todo no es más que un caballo de carreras.

—Sí, señor —dijo Lycurgus—. Eso es lo que dicen. Muchas gracias por dejarnos verlo.

—Gracias, señor —dije yo.

—Adiós —dijo el señor Walter—. No hagáis esperar a esas mulas. Os veré esta tarde a la hora de empezar.

—No, señor —dijo Lycurgus.

—Sí, señor —dije yo. Enseguida dejamos atrás las cuadras y a continuación la pista.

—Acuérdate de lo que ha dicho el señor McCaslin —dijo Lycurgus.

—¿El señor McCaslin? —dije—. Ah, sí —tampoco esta vez pregunté ¿Qué? Me parecía saberlo ya. O quizá no quería creer que lo sabía; no quería creer que con sólo once años se pudiera progresar tan deprisa en cansada desilusión; quizá si hubiera preguntado ¿Qué? habría admitido que lo sabía—. Ese caballo está mal —dije.

—Está asustado —dijo Lycurgus—. Eso es lo que el señor McCaslin dijo anoche.

—¿Anoche? —pregunté—. Creía que habíais venido a ver la pista.

—¿Para qué iba a querer ver la pista el señor McCaslin? —preguntó Lycurgus—. Las pistas no se mueven. Vino a ver el caballo.

—¿De noche? —pregunté—. ¿Y el vigilante? ¿No estaba cerrado el establo o algo parecido?

—Cuando el señor McCaslin decide hacer algo, lo hace —me respondió Lycurgus—. ¿Todavía no te has dado cuenta de eso? —de manera que no miramos, que no miré hacia atrás. Regresamos a nuestro refugio, donde Lightning (quiero decir Coppermine) y las dos mulas piafaban y azotaban el aire con la cola en la sombra moteada; Ned estaba acuclillado junto a la silla de montar del tío Parsham y había una tercera persona, también de raza negra, sentada sobre los talones al otro lado del manantial; casi lo reconocí, supe que lo conocía, que lo había visto antes, algo, antes de que Ned hablara:

—Es Bobo —dijo. Y con eso todo quedó claro. También era un McCaslin, Bobo



Beauchamp, primo de Lucas, el Lucas Quintus Carothers McCaslin Beauchamp de quien la abuela, gracias a la descripción del viejo Lucius que le había hecho mi bisabuela, dijo que tenía exactamente su mismo aspecto (y su mismo comportamiento, arrogante, testarudo, intolerante), con la excepción del color de la piel. Bobo era otro de los Beauchamp huérfanos de madre que había criado la tía Tennie, pero que, cuando la atracción del mundo exterior se hizo irresistible, se había marchado a Memphis, hacía ya tres años. «Bobo trabajaba para el propietario de Lightning», dijo Ned. «Ha venido a verlo correr.» Porque ahora todo estaba claro: el otro problema que nos tenía preocupados, que me tenía preocupado, quedaba resuelto; sin duda Bobo sabría dónde estaba el automóvil. De hecho, podía ser incluso que lo tuviera él. Pero eso era imposible, porque entonces Boon y Ned simplemente se lo hubieran quitado; hasta que de repente comprendí que la razón de que fuera imposible era que yo me oponía; si para recuperar el automóvil bastaba decirle a Bobo que fuese a buscarlo y que se diera prisa, ¿qué estábamos haciendo allí? ¿Qué sentido tenían tantas molestias y tanta ansiedad? Camuflar y disfrazar a Lightning a medianoche para atravesar el barrio de peor reputación de Memphis y llevarlo a la estación de ferrocarril; utilizar sin escrúpulos un combinado de encantos femeninos y nepotismo para secuestrar un furgón del sistema ferroviario y trasladarlo a Parsham; y no digamos nada de todo lo demás: tener que vérnoslas con Butch, el diente de Minnie, la invasión y el atropello del hogar del tío Parsham y la falta de sueño y (sí) la morriña y (en mi caso, también) la ausencia de una muda para poder cambiarme de ropa; todo aquel esforzarse y forcejear y trampear para celebrar una carrera con un caballo que no era nuestro, a fin de recuperar un automóvil que no teníamos por qué haber tocado como primera providencia, cuando bastaba con enviar a una de las personas de color de la familia para que lo trajera. ¿Entiendes lo que quiero decir? Si el éxito en la carrera de la tarde no era realmente el elemento esencial; si Lightning y yo no éramos el último obstáculo desesperado entre, por lo menos, Boon y Ned y la indignación del abuelo, prescindiendo de su policía; si no era necesario ganar la carrera ni tampoco participar en ella; si Ned y Boon podían regresar a Jefferson (el único hogar que Ned conocía y el único ambiente en el que Boon podía sobrevivir) como si nada hubiera sucedido, y reanudar sus actividades como si nunca se hubieran marchado, todos estábamos participando en una simulación no muy distinta de un juego infantil de policías y ladrones. Pero quizá Bobo supiera dónde estaba el automóvil; eso sería permisible, eso sería justo; y Bobo era uno de nosotros. Así se lo dije a Ned.

—Creía haberte dicho que dejaras de pensar en el automóvil —me respondió—. ¿No te he prometido que me ocuparé de ello cuando llegue el momento oportuno? Tienes otras muchas cosas que pueden darte motivos de preocupación: una de ellas es competir en la carrera. ¿No te basta eso para mantenerte ocupado? —a Lycurgus le

dijo—: ¿Todo en orden?

—Creo que sí —dijo Lycurgus—. No nos hemos vuelto para mirar.

—Entonces quizá —dijo Ned. Pero Bobo ya se había marchado. Ni lo vi ni le oí hacerlo; sencillamente desapareció—. Trae el cubo —le dijo Ned a Lycurgus—. Ahora es un buen momento para tomarnos un bocado, cuando todavía disfrutamos de un poco de paz y tranquilidad —Lycurgus lo trajo: un cubo de hojalata con una bayeta limpia cubriéndolo, que contenía trozos de pan de maíz partidos en dos con lonchas de cerdo frito dentro; en el manantial había otro cubo de suero de leche.

—¿Has desayunado? —me preguntó el tío Parsham.

—Sí, señor —respondí.

—Entonces no comas más —dijo—. Mordisquea un trozo de pan y bebe un poco de agua.

—Buena idea —dijo Ned—. Montarás mejor con el estómago vacío —así que me dio un trozo de pan de maíz y todos nos sentamos en torno a la silla de montar del tío Parsham, los dos cubos sobre el suelo en el centro; luego oímos en la orilla el ruido de uno, o quizá de dos pasos, por detrás de nosotros, y enseguida McWillie dijo:

—Qué tal, tío Possum, buenos días, reverendo —(se dirigía a Ned), mientras bajaba hacia el arroyo, mirando ya, o mirando todavía, a Lightning—. Sí, ése es Coppermine, no hay duda. Esos chicos han asustado esta mañana al señor Walter, haciéndole creer que quizá iban ustedes a presentarse con otro caballo. ¿Es usted el responsable, reverendo?

—Llámale señor McCaslin —dijo el tío Parsham.

—Sí, señor —dijo McWillie—. Señor McCaslin, ¿es usted el responsable?

—El responsable es un blanco, el señor Hogganbeck —dijo Ned—. Ahora trabajamos para él.

—Es una lástima que no tengan ustedes otro animal, además de Coppermine, que pudiera competir de verdad con *Akrum* —dijo McWillie.

—Eso ya se lo he dicho yo al señor Hogganbeck —dijo Ned. Tragó lo que tenía en la boca. Sin prisa alzó el cubo con el suero de leche y bebió, también sin prisa. McWillie le estuvo mirando mientras lo hacía. Ned dejó el cubo en el suelo—. Siéntate y come algo —dijo.

—Muy agradecido —dijo McWillie—. Ya he comido. Quizá el señor Hogganbeck se retrase porque está esperando para traer otro caballo.

—Ahora ya no hay tiempo —dijo Ned—. Tendrá que ser con éste. El problema es que la única persona por aquí que sabe cómo valorar a este caballo es el mismo que sabe que no conviene dejarlo muy atrás. A este caballo no le gusta ir el primero. Quiere correr justo detrás hasta ver la meta, y tener entonces un motivo para correr. Todavía no lo he visto en acción, pero estaría dispuesto a apostar que cuanto más despacio vaya el caballo que tenga por delante, más cuidado pondrá en no adelantarlo

y quedarse solo, hasta que vea la línea de meta y descubra que está en una carrera y corra para alcanzarla. Todo lo que hay que hacer para ganarle es mantenerlo muy tranquilo mientras corre, para que cuando por fin se dé cuenta de que está en una carrera ya sea demasiado tarde. Algún día alguien va a dejarlo tan atrás que quizá se asuste y entonces tendrá problemas. Lo malo es que el único que también sabe eso es el que no tendría que saberlo.

—¿Quién es ése? —preguntó McWillie.

Ned dio otro bocado al pan de maíz.

—Quienquiera que vaya a montar hoy el otro caballo.

—Ése soy yo —exclamó McWillie—. No me diga que el tío Possum y Lycurgus, los dos, no se lo han dicho.

—Entonces deberías ser tú el que hablara y no yo —dijo Ned—. Siéntate y come; el tío Possum tiene más que de sobra.

—Muy agradecido —dijo de nuevo McWillie—. Bueno —prosiguió—. El señor Walter se alegrará de saber que sólo se trata de Coppermine. Nos preocupaba tener que .empezar con uno nuevo. Nos veremos en la pista —se marchó inmediatamente. Pero yo esperé un minuto más.

—Pero ¿por qué? —dije.

—No lo sé —dijo Ned—. Quizá incluso no nos haga falta. Pero si nos hace falta, ya está hecho. ¿No te dije esta mañana que el problema era que había demasiadas cosas distintas mezcladas en esta carrera? Y como no estamos en nuestra tierra ni en nuestra pista, y ni siquiera el caballo es nuestro, tan sólo prestado, por así decirlo, no podemos eliminar ninguna de esas cosas adicionales. De manera que la única solución posible, dadas las circunstancias, es añadir unas cuantas más por nuestra cuenta. Eso es lo que acabamos de hacer. Ese caballo de ahí es un purasangre de mentirijillas; ¿por qué no está compitiendo en Memphis o en Louisville o en Chicago, en lugar de seguir aquí, en una pista casera, corriendo contra cualquiera que se mete de rondón por la puerta de atrás, como nosotros? Te voy a decir por qué, porque anoche lo palpé y no tiene resistencia, es uno de esos caballos a los que nadie puede alcanzar durante la primera media milla, pero veinte metros más y se te puede arrugar debajo antes de darte cuenta. Y hasta ahora, ese chico...

—McWillie —dije.

—...McWillie, sólo ha tenido que preocuparse de mantenerse encima y de llevarlo en la buena dirección; ha ganado ya dos veces y probablemente cree que si le dieran la oportunidad dejaría sin trabajo a Earl Sande y a Dan Patch<sup>[13]</sup> de una sola vez. Ahora le hemos hecho pensar en algo más; ya tiene dos cosas en la cabeza que no acaban de casar completamente. De manera que vamos a esperar y a ver. Y mientras esperamos, será mejor que te vayas detrás de esos matorrales, te tumbes y descanses. Ya se ha corrido la voz, y la gente empezará a presentarse por aquí para

ver si pueden enterarse de algo; allí no te molestarán.

Así lo hice. Aunque no dormí todo el tiempo; oí las voces; no me habría hecho falta verlos aunque me hubiera incorporado sobre un codo y hubiese abierto un ojo para otear más allá del matorral: los mismos monos, la ausencia de corbata, los sombreros sudados, el tabaco de mascar, acucillados, sin prisa, sin hablar mucho, contemplando el caballo, inescrutables. Tampoco estuve despierto todo el rato, porque de pronto Lycurgus estaba a mi lado y había pasado el tiempo; la luz tenía ya color de tarde. «Es la hora», dijo. Ya no había nadie con Lightning a excepción de Ned y el tío Parsham; si todo el mundo estaba en la pista, debía de ser más tarde de lo que creía. Esperaba ver a Boon y a Sam y probablemente a Everbe y a la señorita Reba también. (Pero no a Butch. Ni siquiera había pensado en él; quizá la señorita Reba se había librado de él definitivamente, mandándolo de vuelta a Hardwick o a dondequiera que el empleado del hotel había dicho la noche anterior que pertenecía en realidad. Me había olvidado de él; ahora me daba cuenta de en qué consistía en realidad la paz matutina.) Así lo dije.

—¿No han venido aún?

—Nadie les ha dicho que vengan aquí —dijo Ned—. En este momento Boon Hogganbeck no nos hace ninguna falta. Vamos. Móntalo ya y así lo ejercitas un poco por el camino —me puse en pie: la silla de montar McClellan, muy usada pero en perfecto estado, y la brida de caballería, también usada pero en perfecto estado, que era la otra mitad del botín militar del tío Parsham (o de alguien) procedente de aquella guerra que, cuantos más años vivo más convencido estoy, y pese a la opinión en contra de tus tías solteras, quienquiera que la perdiese, no fuimos nosotros.

—Quizá estén buscando a Otis —dije.

—Quizá —dijo Ned—. Es un buen sitio, tanto si lo encuentran como si no —avanzamos, el tío Parsham y Ned delante, a ambos lados de Lightning; Lycurgus traería la calesa y la otra mula por la carretera, con tal de que pudiera encontrar espacio suficiente para atarlos. Porque el pastizal vecino a la pista se había llenado ya: carretas, con las parejas desenganchadas, puestas del revés y atadas a los varales o al panel abatible posterior; calesas, caballos y mulas de silla atados a la cerca misma; y ahora veíamos, los veía yo, a la gente, negros y blancos, sin corbata y con mono, arracimados ya a lo largo de la barrera y en torno al *paddock*. Porque aquella carrera, recuérdalo, era casera; aquello era democracia, no triunfante, porque cualquier cosa puede ser triunfante con tal de que se la proteja y se la guarde y se la defienda con afecto y con firmeza en su inocente fragilidad, sino democracia en funcionamiento: el coronel Linscomb, aristócrata, magnate, soberano, ni siquiera estaba presente. Por lo que se me alcanzaba, nadie sabía dónde estaba ni a nadie le importaba. Era propietario de uno de los caballos (yo seguía sin saber con certeza quién era dueño del otro), de la tierra sobre la que íbamos a correr, de la agradable barrera blanca que

cerraba la pista por dentro y por fuera, del pastizal adyacente que las carretas y las calesas estaban echando a perder y de la cerca, uno de cuyos segmentos un caballo de silla resabiado o asustado había hecho astillas, pero nadie sabía dónde estaba ni parecía que eso preocupara ni interesase a nadie.

Nos dirigimos hacia el *paddock*. Sí, claro, teníamos uno; teníamos todo lo que debe tener un hipódromo, excepto, como había dicho Ned, las tribunas y los puestos para vender cerveza y whisky; teníamos todo lo que tiene cualquier pista, y, además, democracia: los jueces eran el telegrafista que hacía el turno de noche en la estación, y el señor McDiarmid, que llevaba la cantina, y que, según contaba la leyenda, era capaz de cortar lonchas tan finas que, un verano, toda su familia había hecho un viaje a Chicago con las ganancias de un solo jamón; y su ayudante y maestro de ceremonias era un instructor de perros que cazaba codornices para venderlas y estaba en aquel momento en libertad bajo fianza por su intervención (o participación o quizá tan sólo por su presencia) en un homicidio ocurrido el invierno anterior en una vecina destilería de whisky; ¿no te había dicho que aquello era libre albedrío y libertad de elección y empresa privada en su forma más pura? Y allí estaban también Boon y Sam esperándonos.

—No lo encuentro —dijo Boon—. ¿Lo habéis visto vosotros?

—¿Visto a quién? —preguntó Ned—. Bájate —me dijo a mí. El otro caballo también había llegado, todavía nervioso, con lo que para mí era mal aspecto y, según Ned, de acuerdo con Lycurgus, estar asustado—. Vamos a ver, ¿qué te enseñó...?

—¡Ese condenado renacuajo! —dijo Boon—.

Esta mañana dijiste que estaría aquí.

—Quizá se esconda detrás de algo —dijo

Ned. Volvió a ocuparse de mí—: ¿Qué te enseñó ayer este caballo? Hiciste una carrera de dos vueltas a una pista. ¿Qué te enseñó? Piensa —pensé con fuerza. Pero no se me ocurrió nada.

—Nada —dije—. Todo lo que hice fue evitar que se fuera directamente hacia ti cada vez que te veía.

—Y eso es exactamente lo que tienes que hacer en esta primera manga: mantenerlo en el centro de la pista, hacerlo andar y luego no molestarlo. No molestarlo por ninguna razón; vamos a perder esta primera manga de todos modos y a olvidarnos de ella.

—¿Perderla? —dijo Boon—. Qué demonios...

—¿Quieres encargarte tú de la carrera o quieres que lo haga yo? —le preguntó Ned.

—De acuerdo —dijo Boon—. Pero, maldita sea... —luego añadió—: Dijiste que ese condenado enano...

—Déjame entonces que te lo pregunte de otra manera —dijo Ned—. ¿Quieres

encargarte tú de la carrera y dejarme que vaya yo a la caza del diente?

—Ya vienen —dijo Sam—. Ya no tenemos tiempo. Dame el pie —me lanzó encima del caballo. De manera que no tuvimos tiempo, ni para que Ned me diera más instrucciones ni para ninguna otra cosa. Pero no lo necesitábamos; nuestra victoria en la primera manga (no la ganamos; era sólo un dividendo que cobraríamos más adelante) no se debió a mí ni tampoco a Lightning, sino a Ned y a McWillie; en realidad yo no supe lo que estaba pasando hasta después. Debido a mi tamaño (evidente) y a mi inexperiencia (más que evidente), por no mencionar el estado de casi completa indocilidad hacia el que el otro caballo avanzaba a pasos agigantados, se había estipulado y acordado que los mozos de cuadra nos llevaran hasta la línea de salida, donde nos soltarían a la voz de Ya. Y así lo hicimos (o nos dejamos hacer), con Lightning comportándose como lo hacía siempre cuando Ned estaba lo bastante cerca para frotar el hocico contra su chaqueta o su mano, y *Acheron* comportándose como lo hacía siempre cuando tenía a alguien muy cerca (era una suposición, puesto que sólo lo había visto una vez), asustándose, saltando, llevando al mozo de aquí para allá pero poco a poco acercándose a la línea de salida; empezáramos en cualquier momento; me pareció ver al maestro de ceremonias y sospechoso de homicidio llenarse los pulmones para gritar ¡Ya! cuando no sé lo que sucedió, me refiero a la secuencia de los acontecimientos, pero Ned dijo de repente:

—Agárrate bien —y mi cabeza, brazos, hombros y todo saltaron; no sé lo que utilizó, lezna, punzón para romper hielo, o quizá nada más que un clavo en la palma de la mano para conseguir la sacudida, el salto; la voz sin gritar ¡Ya! porque nunca lo llegó a hacer, sino por el contrario:

—¡Quieto! ¡Quieto! ¡Soo! ¡Soo! —lo que nosotros (Lightning y yo) hicimos, a tiempo para ver al mozo de *Acheron* todavía de rodillas donde el purasangre lo había lanzado, y al caballo y a McWillie a toda velocidad dirigiéndose hacia la primera curva, McWillie tirando de las riendas y torciéndole el cuello a su montura. Pero el animal se había desbocado ya, mientras el maestro de ceremonias y tres o cuatro espectadores se lanzaban atravesando la pista para intentar detenerlo en la recta de regreso, aunque igual podrían haber estado gritando al bala de cañón de Sam para que se detuviera a mitad de recorrido entre dos estaciones. Pero McWillie había conseguido reducir la velocidad, aunque ya daba lo mismo qué camino de vuelta elegir: completar el recorrido o girar en redondo y regresar por donde había venido, puesto que la distancia era la misma, con McWillie (o quizá fuese *Acheron*) eligiendo la primera, Ned murmurando muy deprisa, ahora junto a mi rodilla:

—De todos modos ya le hemos sacado media milla de ventaja. Ahora tendrás que hacerlo tú, porque los jueces van a... —efectivamente; se estaban acercando ya—. No lo olvides —dijo Ned—. Esta manga no importa de todos modos...

Entonces lo hicieron: lo descalificaron. Aunque no habían visto nada: tan sólo que

Ned había soltado la cabeza de Lightning antes de tiempo. De manera que esta vez tuve a un voluntario, salido de la multitud, para sujetar a Lightning, McWillie mirándome con ira mientras *Acheron* se revolvía y saltaba bajo él hasta que, poco a poco, el mozo lo fue llevando hasta la posición de salida. Y esta vez McWillie se llevó la palma. ¿Entiendes lo que quiero decir? Incluso aunque la No-virtud no supiera nada sobre carreras rurales de caballos, tampoco le hizo falta: le bastaba con haberme proporcionado a Sam para que yo consiguiera aquel avance suplementario en el mal gracias a algún proceso primitivo e inconsciente, como ósmosis o quizá simple yuxtaposición. Ni siquiera esperé a que Lightning empezase a moverse, nunca supe por qué: tiré del bocado hacia atrás y (con la ayuda nada despreciable, sino importante, del voluntario que era nuestro juez de salida particular) lo mantuve así, inmovilizado; y, efectivamente, vi las plantas de los pies del mozo de *Acheron* y al purasangre mismo dos saltos más allá en su nuevo recorrido de la pista, mientras Lightning y yo aún seguíamos inmóviles. Pero esta vez McWillie lo dominó antes de entrar en la curva, de manera que el equipo de emergencia no sólo llegó antes a la recta de atrás, sino que incluso detuvo y capturó a *Acheron* y lo trajo de vuelta. De manera que nuestra ventaja —de Ned y mía— era sólo de tres cuartos de milla, y cabía calificar de dudosos los últimos doscientos metros. Aunque nuestra principal ganancia era McWillie, que además de enfadado estaba también asustado, mirándome fijamente de nuevo, pero con algo más que simple indignación en los ojos, dos mozos sujetando ahora a *Acheron* el tiempo suficiente para situarnos más o menos en posición, Lightning y yo muy hacia el exterior para dejarles sitio, cuando el juez dijo ¡Ya!

Y eso fue todo. Estábamos en marcha, Lightning galopando con fuerza y bien dispuesto, con todas las cualidades deseables excepto el entusiasmo, porque su cerebro no había descubierto aún que aquello era una carrera, mientras que McWillie retenía a *Acheron*, de manera que terminamos por delante la primera vuelta, Lightning moviéndose cada vez más despacio, al tener que enfrentarse con toda aquella soledad, hasta que *Acheron* se acercó y terminó por adelantarnos, pese a todos los esfuerzos de McWillie; con lo que Lightning también apretó el paso, acompañado ya, para dar la segunda vuelta galopando de verdad, con *Acheron* sacándonos sólo una cabeza y nuestros partidarios empezando incluso a gritar, como si estuvieran recibiendo satisfacción por el dinero invertido; teníamos delante la meta y McWillie, al propinar a *Acheron* un formidable fustazo, dio la sensación de que también golpeaba a Lightning; seis metros más y hubiéramos superado a McWillie por simple aceleración. Pero no dispusimos de los seis metros más, y McWillie me lanzó una última mirada por encima del hombro en la que se mezclaban la indignación y el miedo, pero también la alegría del triunfo, mientras yo frenaba a Lightning, le hacía dar la vuelta y veía lo que estaba pasando: no una pelea, sino más bien un alboroto,

una agitación de cabezas y hombros y espaldas en medio de la multitud que rodeaba la plataforma de los jueces, en cuyo centro apareció Boon de repente como un pino joven entre un huertecillo de ciruelos, arrancada la mitad de la camisa y un brazo que azotaba el aire con dos o tres hombres colgados de él: desde donde yo estaba veía que aullaba. Enseguida desapareció y vi a Ned que corría hacia mí por la pista. Luego Butch y otro individuo salieron de la multitud hacia nosotros.

—¿Qué? —le dije a Ned.

—No te preocupes por eso —dijo. Cogió la brida con una mano, mientras con la otra se buscaba en el bolsillo trasero del pantalón—. Es ese Butch otra vez; da lo mismo por qué. Ten —levantó la mano hacia mí. Ni precipitado ni agobiado, tan sólo rápido—. Cógelo. A ti no van a molestarte —era una tabaquera de tela que contenía un bulto no muy duro del tamaño de una pacana—. Escóndelo y guárdalo. No lo pierdas. Recuerda sólo quién te lo ha dado: Ned William McCaslin. ¿Te acordarás de eso? Ned William McCaslin Jefferson Mississippi.

—Sí —dije. Me lo guardé en el bolsillo—. Pero qué... —no me dejó terminar.

—En cuanto puedas, busca al tío Possum y quédate con él. No te preocupes por Boon y los demás. Si lo han cogido a él, también han cogido a los demás. Vete directamente con el tío Possum y quédate con él. Él sabrá lo que hay que hacer.

—Sí —dije. Butch y el otro individuo habían llegado a la puerta por donde se entraba en la pista; Butch también había perdido parte de la camisa. Nos estaban mirando.

—¿Es ése? —dijo el hombre que iba con Butch.

—Sí —respondió Butch.

—Trae aquí el caballo —le dijo el otro individuo a Ned—. Lo necesitamos.

—No te muevas —me dijo Ned. Luego llevó el caballo hasta donde los otros esperaban.

—Bájate, hijo —me dijo el acompañante de Butch, con mucha amabilidad—. A ti no te necesito —hice lo que se me decía—. Pásame las riendas —le dijo a Ned, que así lo hizo—. Tienes que venir tal como estás —le dijo a Ned—. Quedas arrestado.



Íbamos a tener enseguida a toda la multitud a nuestro alrededor. Nos quedamos donde estábamos, frente a Butch y el otro individuo, que ahora tenía a Lightning de las riendas.

—¿De qué se trata? —preguntó Ned.

Se trata de la cárcel, hijo —respondió el otro—. Así es como la llamamos aquí. No sé cómo la llamáis en el sitio de donde vienes.

—Sí, señor —dijo Ned—. Eso también lo tenemos nosotros. Sólo que allí explican el por qué, incluso a los negros.

—Ah, un abogado —dijo Butch—. Quiere ver un papel. Enséñale uno... Es igual, lo haré yo —se sacó algo del bolsillo de atrás: una carta con un sobre manchado, que entregó a Ned. Ned se quedó quieto, con la carta en la mano—. Qué te parece —dijo Butch—. Un tipo que ni siquiera sabe leer, y pide que le enseñen un papel. Huélelo entonces. Quizá huela bien.

—Sí, señor —dijo Ned—. Está bien.

—No digas que te das por satisfecho si no lo estás —dijo Butch.

—Sí, señor —dijo Ned—. Está bien —ya nos había rodeado la multitud. Butch recuperó el sobre, se lo volvió a guardar en el bolsillo y habló a los que acababan de llegar—. Todo está en orden, muchachos; tan sólo un pequeño problema legal sobre quién es el propietario de este caballo. La carrera no se ha anulado. La primera manga es válida; las otras dos se retrasan hasta mañana. ¿Me oyen los de atrás?

—Lo más probable es que no, si también se anulan las apuestas —dijo una voz. Se oyó una risotada y luego dos o tres más.

—No estoy seguro —dijo Butch—. Cualquiera que vio a ese caballo de Memphis correr dos mangas contra *Akrum* el invierno pasado y aún sigue apostando por él, ya ha anulado su dinero antes incluso de sacarlo del bolsillo para hacer la apuesta —esperó, pero no se oyó reír a nadie esta vez; luego la misma voz (o quizá otra) dijo:

—¿Es eso lo que piensa también Walter Clapp? Tres metros más, y hoy habría ganado ese alazán.

—Está bien, está bien —dijo Butch—. Decididlo mañana. No ha cambiado nada; las otras dos mangas se retrasan hasta mañana. Siguen en pie las apuestas de cincuenta dólares por manga y el coronel Linscomb sólo ha ganado la primera. Vamos; nosotros tenemos que llevar al caballo y a los testigos al pueblo; allí se podrá aclarar todo y dejarlo listo para volver a correr mañana. Que alguien dé un grito ahí detrás para que me traigan el birlocho —entonces vi a Boon, su cabeza sobresaliendo por encima de las demás. Tenía ya una expresión tranquila, aunque seguía con la cara manchada de sangre, y alguien (temí que lo hubieran esposado, pero no; estábamos aún en democracia; Boon era una minoría pero no una herejía) le había atado al

cuello las mangas de la camisa rasgada, cubriéndole el pecho. Luego vi también a Sam; apenas estaba señalado; fue el primero que se abrió paso.

—Qué sucede, Sam —dijo Butch—. Llevamos media hora tratando de no mezclarte en esto, pero no nos dejas.

—Puedes estar bien seguro de que no —dijo Sam—. Te lo voy a preguntar de nuevo, y que sea la última vez. ¿Estamos detenidos?

—¿Quiénes? —dijo Butch.

—Hogganbeck. Yo. Ese negro de ahí.

—Otro abogado —le dijo Butch a su acompañante. Me enteré enseguida de que era el representante de la ley en Parsham; la persona a la que la señorita Reba se había referido la noche anterior: el alguacil de la circunscripción de Parsham, donde Butch, pese a su insignia y su revólver, no pasaba de ser otro huésped como nosotros, tan sólo uno más de los ayudantes nombrados a dedo por razones de nepotismo en el despacho del sheriff de Hardwick, la cabeza de partido, a veinte kilómetros de distancia—. Quizá también quiera ver un papel.

—No —le dijo a Sam el otro, el oficial de policía—. Puede marcharse cuando quiera.

—Entonces voy a regresar a Memphis en busca de la ley —dijo Sam—. Me refiero al tipo de ley al que una persona puede acercarse sin que le despojen de los pantalones y de la ropa interior. Si no he vuelto esta noche, estaré aquí mañana por la mañana temprano —me había visto ya—. Vamos —dijo—. Tú te vienes conmigo.

—No —dije—. Me voy a quedar aquí —el alguacil me estaba mirando.

—Puedes irte con él, si quieres —dijo.

—No, señor —dije—. Me voy a quedar aquí.

—¿De quién depende este muchacho? —dijo el alguacil.

—Está conmigo —dijo Ned.

—¿Quién lo trajo aquí? —preguntó el alguacil, como si Ned no hubiera hablado, como si no se hubiera producido sonido alguno.

—Yo —dijo Boon—. Trabajo para su padre.

—Y yo trabajo para su abuelo —dijo Ned—. Ya lo hemos arreglado para que se ocupen de él.

—Un momento —dijo Sam—. Trataré de volver esta noche. Entonces podremos ocuparnos de todo.

—Y cuando vuelva —dijo el alguacil—, recuerde que no está ni en Memphis ni en Nashville. Ni siquiera está en el distrito de Hardwick, excepto en términos generales. Donde está ahora, y seguirá estando siempre que se baje del tren en la estación de Parsham, es en la circunscripción cuatro.

—Así se habla, juez —dijo Butch—. El estado libre de Possum, Tennessee.

—Eso va también por ti —le dijo el alguacil a Butch—. Quizá seas tú quien tiene

que esforzarse más por no olvidarlo —el birlocho se acercó a donde tenían sujeto a Boon. El alguacil hizo un gesto a Ned para que subiera. Boon empezó a forcejear de repente; Ned habló con el alguacil, que se volvió hacia mí—. Ese negro dice que vas a quedarte en casa del viejo Possum Hood.

—Sí, señor —dije.

—No sé si me gusta eso: un chico blanco con una familia de negros. Ven a mi casa.

—No, señor —dije.

—Sí —dijo, aunque todavía con mucha amabilidad—. Vamos. No me hagas perder tiempo.

—Hay que pararse en algún sitio —dijo Ned. El alguacil se inmovilizó por completo, vuelto a medias.

—¿Qué es lo que has dicho? —preguntó.

—Hay un sitio donde la ley se para y empieza la gente —dijo Ned. Y el alguacil siguió sin moverse un momento más: un hombre de más edad de lo que parecía en un principio; flaco, muy sano, pero de más edad; no llevaba revólver, ni en el bolsillo ni en ningún otro sitio, y si tenía una insignia, tampoco la llevaba a la vista.

—Tienes razón —dijo—. ¿Es ahí donde quieres estar? —me preguntó—. ¿Con el viejo Possum?

—Sí, señor —dije.

—Está bien —dijo—. Subid, muchachos —añadió, volviéndose.

—¿Qué vas a hacer con el negro? —dijo Butch. El espectador que había acercado el birlocho le había cedido ya las riendas y tenía el pie en el estribo para subir al asiento del conductor; Boon y Sam ocupaban los asientos de atrás—. ¿Vas a dejarlo que monte tu caballo?

—Mi caballo lo vas a montar tú —dijo el alguacil—. Sube, hijo —dirigiéndose a Ned—. Tú eres el experto en caballos —Ned cogió las riendas que sostenía Butch, subió y sujetó la rueda para que el alguacil se colocase a su lado. Boon seguía mirándome, la cara golpeada y magullada, pero en calma ya bajo la sangre que se secaba.

—Vete con Sam —dijo.

—Estoy bien —respondí.

—No —dijo Boon—. No puedo...

—Conozco a Possum Hood —dijo el alguacil—, pero si noto que el chico me preocupa, volveré esta noche y me lo llevaré. En marcha, hijo —el birlocho empezó a moverse y no tardó en alejarse. Me había quedado solo. Quiero decir que si me hubiera quedado a solas, como cuando dos cazadores se separan, en el bosque o entre campos de labranza, para reunirse más tarde, incluso tan tarde como ya de noche en el campamento, no hubiera estado tan solo. Pero entre tantas personas era como si me

rodeara la soledad, convertido en una isla en aquel redondel de sombreros sudados, camisas sin corbata y monos, los rostros de desconocidos sin nombre alejándose mientras yo los miraba, sin dirigirme una palabra de Sí o No o Vete o Quédate: porque volvía a quedarme abandonado después de que ya me hubieran abandonado una vez; y con sólo once años no tienes el tamaño suficiente para compensar por tanto abandono; quedarías obliterado, borrado, disuelto, evaporado bajo su peso. Hasta que uno de ellos dijo:

—¿Buscas a Possum Hood? Me parece que está allí, junto a su calesa, esperándote —así era. Las otras carretas y calesas se alejaban ya; la mayoría se había ido, junto con los caballos de silla y las mulas. Me acerqué a la calesa y me detuve. No sé por qué: sólo me detuve. Quizá no había donde ir. Quiero decir que no había sitio para dar el siguiente paso adelante hasta que alguien moviera la calesa.

—Sube —dijo el tío Parsham—. Iremos a casa y esperaremos a Lycurgus.

—Lycurgus —dije, como si nunca hubiera oído antes aquel nombre.

—Ha ido al pueblo con la mula. Va a enterarse de lo que pasa y luego volverá para contárnoslo. Se enterará también de a qué hora sale un tren para Jefferson esta noche.

—¿Para Jefferson? —pregunté.

—Para que vuelvas a casa —no llegó a mirarme del todo—. Si quieres.

—No puedo volver aún —dije—. Tengo que esperar a Boon.

—He dicho si quieres —respondió el tío Parsham—. Sube —así lo hice. Atravesé el pastizal, hasta llegar a la carretera—. Cierra la puerta de la cerca —dijo el tío Parsham—. Ya va siendo hora de que alguien se acuerde de hacerlo —cerré la puerta y volví a la calesa—. ¿Has llevado alguna vez una calesa con una mula?

—No, señor —dije. Me pasó las riendas—. No sé cómo —dije.

—Entonces aprenderás ahora. Una mula no es como un caballo. Cuando a un caballo se le mete una idea equivocada en la cabeza, todo lo que tienes que hacer es cambiársela por otra. Sirve casi todo: una fusta o una espuela o simplemente asustarlo con un grito. Una mula es distinta. Puede tener dos ideas al mismo tiempo, y la manera de cambiarle una es comportarte como si creyeras que se le ha ocurrido antes a ella. Se dará cuenta de que no es cierto, porque las mulas tienen discernimiento. Pero una mula entiende de cortesía, y cuando te comportas de manera cortés y respetuosa sin tratar de comprarla ni de asustarla, te devolverá la cortesía y el respeto, siempre que no te pases de la raya. Ésa es la razón de que a una mula no se la acaricie como a un caballo; sabe que no le tienes cariño: estás sólo tratando de engañarla para que haga algo que ya ha decidido que no va a hacer, y eso es un insulto. A esta mula tienes que tratarla así. Ya sabe el camino de casa y también se va a dar cuenta de que no soy yo quien lleva las riendas. De manera que todo lo que tienes que hacer es decirle con las riendas que tú también conoces el camino, pero que ella vive aquí, que

no eres más que un niño y que quieres que ella vaya delante.

Seguimos a buen paso, la mula pulcra y ágil, levantando la mitad de polvo que si fuese un caballo, y yo entendí enseguida lo que quería decir el tío Parsham; a través de las riendas me llegaba no sólo una sensación de fuerza, sino también de inteligencia, de sagacidad; no sólo la capacidad sino la disposición para elegir cuando fuese necesario entre dos posibilidades y para tomar la decisión acertada sin vacilaciones.

—¿Qué haces en casa? —me preguntó el tío Parsham.

—Trabajo los sábados —le respondí.

—Entonces ahorrarás parte del dinero. ¿Qué vas a comprar con él? —y así, de repente, me encontré hablando, contándoselo: acerca de los beagles: cómo quería cazar zorros al igual que el primo Zack, y cómo el primo Zack decía que la manera de aprender era ir a por conejos con una jauría de beagles; y cómo mi padre me pagaba diez centavos todos los sábados en la caballeriza y pondría una cantidad igual a mis ahorros para que pudiera comprar la primera pareja y empezar así la jauría; expliqué que necesitaba doce dólares y que ya tenía ocho y diez centavos; y, a continuación, también de repente, se me saltaron las lágrimas y me encontré llorando a moco tendido: estaba cansado, no por haber sido jinete en una carrera de una milla, puesto que ya antes, en una ocasión, había montado más distancia que ésa, aunque no fuese de verdad una carrera; más bien quizá por tener que levantarme muy pronto e ir de aquí para allá sin otro almuerzo que un trozo de pan de maíz. Quizá no fuera más que eso: hambre. Pero, de todos modos, allí estaba yo, berreando como un niño, peor que Alexander e incluso que Maury, mojándole la camisa al tío Parsham, mientras él me sostenía con un brazo y se hacía cargo de las riendas con el otro, sin decir nada, hasta que pasó un buen rato—. Ahora has de sobreponerte. Casi estamos en casa; tienes el tiempo justo para lavarte la cara en el abrevadero antes de entrar. Porque no querrás que las mujeres te vean así.

Hice lo que me decía. Me refiero a que primero desenganchamos la mula, le dimos de beber, colgamos los arreos, la cepillamos, la metimos en la cuadra, le dimos de comer, empujamos la calesa hasta colocarla bajo su cobertizo y luego me manché la cara con agua en el abrevadero, me la sequé (hasta cierto punto) con el calcetín para montar a caballo y después entramos en la casa. La comida de la tarde —la cena— estaba ya lista aunque apenas habían dado las cinco, porque ésa es la hora a la que come la gente del campo, los granjeros; de manera que nos sentamos: el tío Parsham, su hija y yo, dado que Lycurgus no había vuelto aún de la ciudad, y el tío Parsham dijo:

—También en tu casa bendecís la mesa —y yo dije:

—Sí, señor —y él dijo:

—Inclinad la cabeza —así lo hicimos y él dio las gracias brevemente, de manera

cortés pero con dignidad, sin rebajarse ni mostrarse servil; una persona honesta e inteligente hablando con otra: notificando al Cielo que nos disponíamos a comer y dándole las gracias por el privilegio, pero recordándole al mismo tiempo que también había contado con cierta ayuda; que si alguien llamado Hood o Birggins (porque ése era el apellido de Lycurgus y de su madre) no hubieran sudado un poco, el agradecimiento habría sido sobre todo por los platos vacíos; luego el tío Parsham dijo Amén, extendió la servilleta y se metió la esquina por el cuello de la camisa, exactamente como hacía el abuelo, y empezamos a comer las verduras frías que habrían estado calientes si las hubiésemos comido a las once, según la costumbre rural; los bollos, en cambio, sí estaban calientes, junto con tres clases de mermelada, y el suero de leche. Y ni siquiera se había puesto aún el sol: me esperaba un largo crepúsculo, seguido de la velada y de una larga noche, y yo no sabía aún dónde iba a dormir ni en qué cama, con el tío Parsham allí sentado, hurgándose los dientes con un palillo de oro, exactamente igual que el abuelo, y leyéndome los pensamientos como si fueran las imágenes de una linterna mágica:

—¿Te gusta pescar? —en realidad no me gustaba. Se diría que no era capaz de aprender a querer quedarme quieto tanto tiempo seguido (o quizá no era capaz de querer aprender).

—Sí, señor —respondí muy deprisa.

—Entonces ven conmigo. Cuando volvamos ya habrá regresado Lycurgus —había tres cañas, con sedal, flotador, anzuelo y todo, en dos clavos de la pared en el porche de atrás. El tío Parsham cogió dos—. Vamos —dijo. En el cobertizo de las herramientas había una lata con la tapa agujereada—. Los grillos de Lycurgus —dijo—. Yo prefiero los gusanos —estaban en un cajón de madera de poca altura lleno de tierra; el tío Parsham..., no: fui yo, que dije:

—Déjeme hacerlo a mí —le quité el tenedor roto que ya tenía en la mano, saqué de la tierra las largas lombrices frenéticas y las metí en un bote vacío.

—Vamos —dijo el tío Parsham, la caña al hombro, siguiendo primero la pared del establo pero alejándose después bruscamente, para descender al lecho del arroyo, a poca distancia; había un sendero bien marcado entre las zarzamoras, luego los sauces y finalmente el arroyo, con el agua que parecía recoger con suavidad la luz que se desvanecía para después devolverla con la misma suavidad; había incluso un tronco donde sentarse—. Aquí es donde pesca mi hija —me explicó—. La llamamos la poza de Mary. Pero puedes utilizarla. Yo me pondré un poco más abajo —y un momento después ya se había ido. Cada vez había menos luz; no tardaría en llegar la noche. Me senté en el tronco, rodeado por un suave zumbido de mosquitos. No sería demasiado difícil; todo lo que tenía que hacer era decir *no voy a pensar* siempre que fuera necesario. Al cabo de un rato se me ocurrió echar el anzuelo al agua; así podría ver el tiempo que tardaba el flotador en desaparecer en la oscuridad cuando finalmente

cayera la noche. Luego pensé incluso en poner en el anzuelo uno de los grillos de Lycurgus, pero los grillos no siempre son fáciles de capturar, y Lycurgus, que vivía junto a un río, tendría más tiempo para pescar y los necesitaría. De manera que pensé *no voy a pensar*; veía el flotador con más claridad que nunca, ahora que estaba en el agua; probablemente sería lo último que desapareciera en la oscuridad, puesto que el agua misma sería la penúltima cosa; no veía ni oía ya al tío Parsham, y tampoco sabía a qué distancia se encontraba río abajo y ahora tenía la ocasión perfecta, la posibilidad de comportarme como un niño, aunque, después de todo, no servía de nada comportarse como un bebé, malgastar el esfuerzo, cuando no había nadie presente que se enterase o se compadeciera de mí, en el caso de que alguna vez alguien quiera que lo compadezcan o incluso quiera de verdad estar de vuelta en casa, y no, sencillamente, disponer de una cama blanda y familiar en la que dormir de nuevo, para variar; una cama blanda en la que quedarse dormido; ya habían aparecido los chotacabras y, en algún sitio más allá del riachuelo, también un búho, de gran tamaño, a juzgar por su voz; quizá había allí grandes bosques y, si los sabuesos de Lycurgus (o quizá fuesen del tío Parsham) lo habían hecho tan bien con Otis la noche anterior, seguro que se les darían de perlas los conejos o los mapaches o las zarigüeyas. Así que se lo pregunté. Hacía ya algún tiempo que era noche cerrada. Me habló sin levantar la voz desde detrás; hasta entonces ni siquiera le había oído:

—¿Ha picado alguno?

—No valgo mucho para pescar —dije—. ¿Son buenos cazadores tus sabuesos?

—Sí —dijo—. Abuelo —añadió sin levantar la voz. La camisa blanca del tío Parsham también retenía la luz mientras venía hacia nosotros; Lycurgus se hizo cargo de las dos cañas y nosotros le seguimos, de vuelta por el mismo sendero, donde los dos sabuesos se reunieron con nosotros, hasta entrar de nuevo en la casa, a la luz de la lámpara, y ver una bandeja con la cena y un paño por encima, lista para Lycurgus.

—Siéntate —dijo el tío Parsham—. Puedes hablar mientras comes —Lycurgus se sentó.

—Todavía están allí —dijo.

—¿No se los han llevado a Hardwick? —preguntó el tío Parsham—. En Possum no tienen cárcel —me explicó—. Los encierran en la leñera que hay detrás de la escuela hasta que los llevan a la cárcel de Hardwick. Hablo de los hombres. Nunca han tenido mujeres.

—No, señor —dijo Lycurgus—. Las señoras están todavía en el hotel, y alguien hacía guardia en la puerta. En la leñera sólo está el señor Hogganbeck. El señor Caldwell se volvió a Memphis en el número treinta y uno. Se llevó al chico con él.

—¿Otis? —pregunté—. ¿Han recuperado el diente?

—No me lo han dicho —dijo Lycurgus, comiendo; me miró un momento—. Y el caballo también está perfectamente. Fui a verlo. Lo tienen en la cuadra del hotel.

Antes de irse, el señor Caldwell pagó la fianza del señor McCaslin para que pueda cuidar del caballo —siguió comiendo—. Sale un tren para Jefferson a las nueve cuarenta. Podríamos llegar si nos damos prisa —el tío Parsham se sacó del bolsillo un enorme reloj de plata y miró la hora—. Podríamos llegar —dijo Lycurgus.

—No me puedo ir —dije—. Tengo que esperar —el tío Parsham se guardó el reloj y se puso en pie.

—Mary —dijo, sin levantar la voz. La madre de Lycurgus, que estaba en la habitación delantera, apareció en la puerta; yo no había oído ningún ruido.

—Ya está —anunció la hija del tío Parsham. Y a Lycurgus—: Tienes tu jergón preparado en el granero —luego me habló a mí—: Tú duermes en la cama de Lycurgus, como ayer.

—No necesito la cama de Lycurgus —dije—. Puedo dormir con el tío Parsham. No me importa —se me quedaron mirando, muy quietos, muy parecidos—. Duermo a menudo con el Jefe —dije—. También ronca, pero no me importa.

—¿El Jefe? —dijo el tío Parsham.

—Así es como llamamos al abuelo —dije—. También ronca. No me importará.

—Déjale —dijo el tío Parsham. Fuimos a su cuarto. La lámpara tenía flores pintadas en la pantalla de porcelana y, en un rincón, había un caballete dorado con un retrato de marco también dorado: una mujer, no muy mayor, pero con ropa muy antigua; la cama estaba cubierta con una colcha de retazos de muchos colores, como la de Lycurgus, y, a pesar de estar en mayo, había brasas en la chimenea. También una silla y una mecedora, pero no me senté. Me quedé allí de pie. Luego el tío Parsham regresó. Llevaba una camisa de noche y estaba dando cuerda al reloj de plata—. Quítate la ropa —dijo. Yo me desnudé—. ¿Tu madre te deja dormir así en casa?

—No, señor —dije.

—¿No has traído nada, verdad?

—No, señor —le respondí. Dejé el reloj sobre la repisa de la chimenea, fue hasta la puerta y dijo:

—Mary —su hija le contestó—. Trae una de las camisas limpias de Lycurgus —al poco rato una mano introdujo la camisa por la puerta entreabierta. El tío Parsham la recogió—. Ten —dijo. Yo me acerqué y me la puse—. ¿Dices tus oraciones en la cama o te arrodillas?

—Me arrodillo —dije.

—Rézalas —dijo. Me arrodillé junto a la cama y dije mis oraciones. La cama ya estaba abierta. Me acosté, él apagó la lámpara, oí de nuevo el ruido de la cama (la luna tardaría en levantarse, pero había luz suficiente) y lo vi, todo blanco y negro sobre la almohada blanca, el bigote blanco y la perilla, tumbado de espaldas, las manos cruzadas sobre el pecho—. Mañana por la mañana te llevaré a la ciudad y



veremos al señor Hogganbeck. Si dice que ya has hecho todo lo que podías hacer aquí y que te vuelvas a casa, ¿lo harás?

—Sí, señor —dije.

—Ahora duérmete —dijo.

Porque incluso antes de que lo dijera, supe ya que eso era exactamente lo que quería, lo que había estado queriendo probablemente desde el día anterior: volver a casa. Me refiero a que a nadie le gusta perder, pero quizá haya momentos en los que no se puede evitar que pase; en los que todo lo que se puede hacer es no abandonar. Y Boon y Ned no habían abandonado, porque de lo contrario no estarían donde estaban en aquel momento. Y quizá no dijeran que yo había abandonado tampoco, si eran ellos quienes me decían que volviera a casa. Quizá yo fuera demasiado pequeño, demasiado joven; quizá simplemente no era capaz de cargar con la parte que me correspondía, y si hubieran contado con alguien más grande o de más edad o quizá simplemente más listo, no habiéramos perdido. ¿Entiendes? De esa manera: todo aparentemente correcto y racional; irrefutable incluso, aunque la verdad, pura y simple, era que me quería ir a casa, pero me faltaba el valor para decirlo, y menos aún para hacerlo. Así que ya, después de haber reconocido por fin que no sólo era un fracasado sino además un cobarde, debería haberme quedado tranquilo y en paz y haberme hundido como un bebé en el mundo de los sueños, adonde ya se había trasladado el tío Parsham (que debería oír una vez al abuelo), roncando apenas. Aunque eso no tuviera ya ninguna importancia, puesto que al día siguiente me encontraría en casa sin nada —sin caballos robados, ni prostitutas aquejadas de castidad ni revisores errantes de coche-cama, ni Ned ni Boon Hogganbeck, una vez que hubiera superado el látigo de mi padre— que me impidiera dormir, oyendo la voz, los gritos, dos o tres veces, antes de empezar a debatirme para levantarme y salir, a la luz del día, a la luz del sol; por el lado de tío Parsham la cama estaba vacía, y yo oía ya los gritos que llegaban desde fuera de la casa:

—Buenos días, buenos días. Lycurgus, Lycurgus —y me incorporé, salté de la cama, corriendo ya, hasta llegar a la ventana, desde donde se veía el patio delantero. Era Ned, que acababa de llegar con el caballo.

De manera que, a las dos de la tarde, McWillie y yo estábamos una vez más sobre nuestras inquietas monturas (la suya por lo menos), esperando el ¡Ya! del maestro de ceremonias y ayudante de los jueces (el entrenador de perdigueros, cazador mercenario de codornices y sospechoso de homicidio); habíamos preocupado tanto al señor Clapp el día anterior con el problema de nuestra posición, que esta vez, y con victoria de McWillie, echamos a suertes para decidir quién ocupaba el interior de la pista.

Pero antes de eso pasaron unas cuantas cosas. Una de ellas fue Ned y su mal aspecto. Un aspecto terrible. No era sólo falta de sueño; todos estábamos faltos de sueño. Pero al menos Boon y yo habíamos contado con una cama las cuatro noches desde que salimos de Jefferson; Ned, en cambio, sólo con dos; y, de las otras dos noches, una la había pasado en un furgón y la otra en una cuadra, descansando sobre heno en el mejor de los casos. También contribuía la ropa. Tenía la camisa muy sucia, y los pantalones negros no estaban mucho mejor. Por lo menos Everbe me había lavado parte de la ropa la penúltima noche, pero Ned ni siquiera se había quitado la suya hasta el momento presente: ahora llevaba puesto un conjunto de mono y chaqueta, propiedad del tío Parsham, ambas prendas muy limpias y desteñidas, mientras Mary le lavaba la camisa y hacía lo que podía con los pantalones, y estaba en la cocina, sentado a la mesa, desayunando conmigo, mientras el tío Parsham, también sentado, le escuchaba.

Ned dijo que poco antes de que amaneciera, cuando dormía sobre unas balas de heno, uno de los blancos (no había sido el señor Poleymus, el alguacil) lo despertó y le dijo que cogiera el caballo y se marchara con él del pueblo...

—¿Sólo tú y Lightning, y no Boon y los otros? —pregunté—. ¿Dónde están?

—Donde los blancos los llevaron —dijo Ned—. De manera que dije, Muy agradecido, cogí a Lightning y...

—¿Por qué? —dije.

—¿Qué más te da por qué? Todo lo que necesitamos hacer ahora es estar detrás de la línea de salida a las dos de la tarde, ganar esas dos mangas, recuperar el automóvil del Jefe y volver a Jefferson, de donde nunca deberíamos haber salido...

—No podemos volver sin Boon —dije. Si os han dejado marchar a ti y a Lightning, ¿por qué no a él?

—Escucha —dijo Ned—. Yo y tú tenemos ya bastante trabajo con esa carrera. ¿Por qué no terminas de desayunar y luego vas y te tumbas y descansas hasta que yo te llame, a tiempo de...?

—Deja de mentirle —dijo el tío Parsham. Ned siguió comiendo, la cabeza inclinada sobre el plato, de prisa. Estaba cansado; el blanco de los ojos no lo tenía ya

de color rosa, sino completamente rojo.

—El señor Boon Hogganbeck no va a ir a ningún sitio durante algún tiempo. Esta vez lo han metido en la cárcel de verdad. Lo llevan a Hardwick hoy por la mañana y allí lo encerrarán sin remedio. Pero olvídate de eso. Lo que tú y yo tenemos que hacer es...

—Díselo —intervino el tío Parsham—. Ha aguantado todos los líos en que lo habéis metido desde que lo trajisteis aquí; ¿qué te hace pensar que no puede aguantar también el resto, hasta que consigas de algún modo salir adelante y puedas llevártelo a casa? ¿No lo ha visto también él, aquí mismo, en el patio de mi casa, y allá, en el pastizal, prescindiendo de lo que haya visto después en el pueblo, no ha visto a ese individuo, molestando a esa muchacha y comportándose como un semental, y ella tratando de evitarlo y sin nadie a quien acudir, excepto este chico de once años? ¿Ni Boon Hogganbeck, ni el representante de la ley, ni ninguno de los otros blancos, nadie que le diera esperanza, excepto él? Haz el favor de decírselo —y ya había algo dentro de mí repitiendo *No No. No preguntes. Déjalo Déjalo.*

—¿Qué ha hecho Boon? —dije. Ned masticaba, inclinado sobre el plato, parpadeando mucho, como si tuviera arena en los ojos enrojecidos.

—Pegó a ese tipo. A ese tal Butch. Casi acabó con él. Lo soltaron antes que a mí y a Lightning, y fue directamente a por esa chica, sin pararse siquiera...

—Fue la señorita Reba —dije—. Fue la señorita Reba.

—No —dijo Ned—. Fue la otra. La grande. Nunca han dicho su nombre cuando yo estaba delante. Pegó a esa chica y luego...

—¿Le pegó? —dije—. ¿Boon pegó a Ever..., a la señorita Corrie?

—¿Es así como se llama? Sí. Luego dio media vuelta y siguió buscando hasta que encontró a ese tipo, y le dio una paliza, con revólver y todo, antes de que pudieran separarlos...

—Le pegó —dije—. Boon le pegó.

—Así es —dijo Ned—. Gracias a ella Lightning y yo estamos ahora libres. Ese Butch descubrió que no iba a conseguirla de ninguna otra manera, y cuando supo que yo y tú y Boon teníamos que ganar esa carrera para pensar en volver a casa, y que sólo disponíamos de Lightning, se llevó a Lightning y lo encerró. Eso fue lo que pasó. Eso fue todo; el tío Possum te ha explicado que ya previó el lunes lo que iba a pasar, y quizá también yo tendría que haberme dado cuenta si no hubiera estado tan ocupado con Lightning, o quizá si hubiera conocido un poco mejor a ese tal Butch...

—No me lo creo —dije.

—Sí —dijo Ned—. Es así como fue. Simple mala suerte, la clase de mala suerte que no se puede prever. Probablemente fue una casualidad que el lunes estuviera donde estaba cuando la vio, y se imaginó de inmediato que la estrella y el revólver eran todo lo que necesitaba, porque probablemente está acostumbrado a que le

basten. Sólo que esta vez no fue así, de manera que tuvo que buscar otro sistema y, cómo no, ahí estaba Lightning, que nos hacía falta para ganar la carrera y, de ese modo, recuperar el automóvil del Jefe y quizá volver a casa...

—¡No! —dije—. ¡No! ¡No ha sido ella! ¡Ni siquiera estaba en Parsham! ¡Se volvió a Memphis con Sam ayer por la noche! ¡No te han dicho la verdad! ¡Es una equivocación! ¡Fue otra!

—No —dijo Ned—. Era ella. Viste lo que pasó aquí el lunes —sí, claro; y durante el camino de vuelta en la calesa por la tarde, y en casa del médico, y por la noche en el hotel hasta que la señorita Reba lo asustó, creímos (lo creí yo, por lo menos) que definitivamente. Porque la señorita Reba no era más que una mujer después de todo.

—¿Por qué no la ayudó alguna otra persona? Un hombre que la ayudara..., ése, el alguacil que os detuvo a ti y a Lightning, y les dijo a Sam y a Butch que podían ser lo que quisieran en Memphis o en Nashville o en Hardwick, pero que aquí, en Possum, era él... —dije, grité—: ¡No me lo creo!

—Sí —dijo Ned—. Ha sido ella quien ha pagado para que Lightning quedara libre y corriera hoy. No hablo de mí, ni de Boon, ni de los otros; a Butch no le importábamos, excepto quizá tener a Boon a buen recaudo hasta hoy por la mañana. Todo lo que necesitaba era Lightning, pero le convenía meternos en el mismo saco a mí y a Boon y al resto para que el señor Poleymus le creyera. Porque Butch también lo engañó, lo ha estado utilizando, hasta que esta mañana ha sucedido algo: quizá Butch, después de recibir su recompensa, haya dicho que todo era una equivocación o que se habían confundido de caballo, o quizá para entonces el mismo señor Poleymus había sumado dos y dos y sospechaba algo, por lo que dejó en libertad a todo el mundo; en cualquier caso, lo cierto es que antes de que el señor Poleymus se diera la vuelta, Boon pegó a esa chica y luego regresó de inmediato e intentó machacarle la cabeza a ese Butch, revólver y todo, sin más arma que los puños, y entonces el señor Poleymus tuvo más que sospechas. Porque puede que sea pequeño y viejo, pero es todo un hombre. Me han dicho que el año pasado a su mujer le dio un parálisis, y ahora ni siquiera mueve las manos, con todos los hijos casados y lejos, de manera que él la lava y le da de comer y la saca de la cama y la vuelve a meter de día y de noche, además de cocinar y llevar la casa, a no ser que vaya alguna vecina a echarle una mano. Pero nadie lo diría sólo por su aspecto y viéndolo actuar. Llegó allí..., yo no lo he visto, sólo me lo han contado: dos o tres sujetando a Boon y otro tratando de impedir que ese tal Butch le golpeará con el revólver mientras lo tenían sujeto... El señor Poleymus se acercó a Butch, le quitó el revólver y alargó el brazo y le arrancó la insignia y de paso media camisa y luego telefoneó a Hardwick para que enviaran un automóvil que los llevara a todos a la cárcel, las mujeres también. En el caso de las mujeres lo llaman fragancia.

—Vagancia —dijo el tío Parsham.

—Eso es lo que he dicho —dijo Ned—. Llámalo como quieras. Yo lo llamo chirona.

—No me lo creo —dije—. Lo había dejado.

—Entonces más valdrá que le demos las gracias por haber empezado de nuevo —dijo Ned—. De lo contrario yo y tú y Lightning...

—Lo ha dejado —dije—. Me lo prometió.

—¿No nos han devuelto a Lightning? —dijo Ned—. ¿No es cierto que todo lo que tenemos que hacer ahora es correr con él? ¿No dijo el señor Sam que hoy estaría de vuelta y que sabría qué hacer, y que después para mí, para ti y para Boon será igual que si ya hubiésemos vuelto a casa?

Seguí sentado a la mesa. Todavía era pronto. Quiero decir que no eran aún más que las ocho. Iba a hacer calor, iba a ser el primer día caluroso, precursor del verano. Limitarse a repetir *No me lo creo* sólo servía para el momento de decirlo; tan pronto como las palabras, el ruido, desaparecían, allí seguía, congoja, rabia, indignación, dolor, lo que fuera, incólume.

—Tengo que ir al pueblo ahora mismo —le dije al tío Parsham—. Si me permite usar una de las mulas, le enviaré el dinero tan pronto como llegue a casa.

El tío Parsham se levantó al instante.

—Vamos —dijo.

—Un momento —dijo Ned—. Es demasiado tarde ya, el señor Poleymus mandó por el automóvil. Ya se habrán marchado.

—Puede salirles al encuentro —dijo el tío Parsham—. La carretera por donde van está a menos de un kilómetro de aquí.

—Necesito dormir un poco —dijo Ned.

—Lo sé —dijo el tío Parsham—. Voy a ir yo con él. Anoche se lo prometí.

—No quiero volver a casa todavía —dije—. Sólo voy a estar un minuto en el pueblo. Luego volveré aquí.

—Está bien —dijo Ned—. Por lo menos déjame beberme el café —no le esperamos. Faltaba una de las mulas: probablemente Lycurgus se la había llevado para trabajar en el campo. Pero quedaba la otra. Ned apareció antes de que termináramos de engancharla a la calesa. El tío Parsham nos llevó por el atajo a la carretera de Hardwick, pero me daba igual. Quiero decir que ya no me importaba dónde me encontrara con él. Si yo no hubiese estado tan agotado con las carreras de caballos, las mujeres, los ayudantes de sheriff y todas las demás personas que no estaban en el sitio que les correspondía, quizá hubiera preferido, en beneficio de ambos, mantener aquella entrevista con Boon en algún lugar privado. Pero ya me daba lo mismo; podía ser en medio de la carretera o en mitad de la plaza, por lo que a mí se refería; podía haber todo un automóvil lleno de gente. Pero no nos encontramos con el automóvil; es evidente que se me estaba protegiendo; tener que hacerlo en

público hubiera sido intolerable, absurdamente intolerable para alguien que había servido a la No-virtud con tanta fidelidad por espacio de cuatro días pidiendo tan poco a cambio. Me refiero a no tener que verlos más de lo estrictamente necesario, que fue lo que se me concedió; el automóvil, vacío aún, acababa apenas de llegar al hotel cuando nos presentamos; era un Stanley Steamer de siete plazas, donde cabía también el equipaje de dos mujeres (no, tres, incluida Minnie) para un viaje de dos días entre Memphis y Parsham, equipaje que las tres estarían haciendo en aquel momento en el piso de arriba, de manera que incluso el robar caballos se cuidaba de sus adeptos. Ned inmovilizó las ruedas de la calesa para que me apeara—. ¿No quieres decirme qué es lo que vienes a hacer? —preguntó.

—No —le contesté. No estaba ocupada ninguna de la larga hilera de sillas, César podría haber disfrutado allí de su triunfo con todo el aislamiento que la nueva situación de Boon y Butch requería; el vestíbulo también estaba vacío, y el señor Poleyms podría haberlo utilizado. Pero era un hombre de verdad; estaban en el salón para las damas: el señor Poleyms, el chófer del coche (otro ayudante del sheriff; por lo menos llevaba un distintivo) y Butch y Boon, impenitentes y con las señales de la pelea. Aunque a mis ojos allí no estaba más que Boon, que leyó la expresión de mi cara (me conocía desde hacía mucho), aunque pudo ser su mismo corazón o posiblemente su conciencia.

—¡Cuidado! —dijo muy deprisa—. ¡Cuidado, Lucius! —cubriéndose el rostro con el brazo mientras se ponía rápidamente en pie, retrocediendo ya, retirándose, mientras yo me acercaba, lo alcanzaba, con menos de la mitad de su estatura y sin nada donde encaramarme (el ridículo que convierte la indignación en vergüenza), teniendo que abalanzarme, que saltar incluso, que estirarme lo más que pude para golpearlo en la cara; sí, claro, yo lloraba y aullaba de nuevo; ni siquiera lo veía ya; sólo golpeaba lo más alto que podía, teniendo que saltar en su dirección para hacerlo, contra sus hondonadas y colinas, que tenían la dureza de los Alpes, mientras el señor Poleyms decía detrás de mí:

—Dale otra vez. Ha pegado a una mujer, me da lo mismo cuál —y sosteniéndome (aunque quizá fuese otro) hasta que, forcejeando me zafé, volviéndome, ciego, hacia la puerta o hacia donde creía recordar que estaba, la mano guiándome ya.

—Espera —dijo Boon—. ¿No quieres verla? —¿te das cuenta? Estaba cansado y me dolían los pies. Completamente agotado y falto de sueño. Y aún más: estaba sucio. Necesitaba ropa limpia. Everbe me la había lavado el lunes por la noche, pero yo no necesitaba sólo que me lavaran la ropa; necesitaba una muda que hubiera tenido tiempo de descansar un poco, como en casa, que oliera a descanso y a cajones tranquilos y a almidón y añil; pero sobre todo los pies; quería calcetines limpios y mis otros zapatos.

—¡No quiero ver a nadie! —dije—. ¡Quiero irme a casa!

—De acuerdo —dijo Boon—. Escuchen..., cualquiera..., ¿querrá alguien llevarlo al tren esta misma mañana? Tengo dinero..., lo puedo conseguir...

—Cierra el pico —dije—. Ahora no voy a ir a ningún sitio —seguí adelante, ciego todavía; o, más bien, la mano me llevaba.

—Espera —dijo Boon—. Lucius, espera.

—Cierra el pico —dije. La mano me hizo girar; ahora había una pared.

—Límpiate la cara —dijo el señor Poleymus. Me tendió un pañuelo, pero no lo acepté; la venda que llevaba lo absorbería perfectamente. En todo caso, lo hizo el calcetín para montar a caballo. Ya estaba acostumbrado a ser mi paño de lágrimas. ¿Quién podía decirlo? Si seguía conmigo el tiempo suficiente, quizá ganara incluso una carrera de caballos. Ahora veía ya; estábamos en el vestíbulo. Empecé a volverme, pero el señor Poleymus me retuvo—. Estáte quieto un momento —me dijo —, si todavía sigues sin querer ver a nadie —eran la señorita Reba y Everbe que bajaban la escalera, cada una con su maletín, aunque Minnie no iba con ellas. El ayudante del sheriff que conducía el automóvil estaba esperando; cogió los maletines y siguieron adelante sin mirar en nuestra dirección, la señorita Reba muy enfadada, con la cabeza alta y dureza en la expresión; si el ayudante no se hubiera movido deprisa, lo hubiera atropellado, maletines y todo. Salieron del hotel—. Te compraré el billete para volver a casa —dijo el señor Poleymus—. Márchate en ese tren —a él no le dije que cerrara el pico—. Ahora sí que te has quedado sin gente; iré contigo y le diré al revisor...

—Voy a esperar a Ned —dije—. No me puedo ir sin él. Si ustedes no lo hubieran estropeado todo ayer, ahora ya nos habríamos ido.

—¿Quién es Ned? —preguntó. Se lo expliqué—. ¿Quieres decir que vais a correr con ese caballo de todos modos? ¿Solos tú y Ned? —le contesté afirmativamente—. ¿Dónde está Ned ahora? —se lo conté—. Vamos —me dijo—. Podemos salir por la puerta lateral —Ned estaba junto a la mula y el automóvil de espaldas a nosotros. A Minnie seguía sin vérsela por ningún sitio. Quizás hubiese vuelto a Memphis con Sam y Otis el día anterior; quizás una vez que le había echado el guante a Otis no estaba dispuesta a soltarlo hasta que le devolviera el diente. Por lo menos eso es lo que yo hubiera hecho.

—¿De manera que el señor Poleymus te ha echado por fin el guante? —dijo Ned—. ¿Cuál es el problema? ¿No tiene esposas de tu tamaño?

—Cierra el pico —le dije.

—¿Cuándo lo vas a llevar a casa, hijo? —le preguntó el señor Poleymus a Ned.

—Espero que esta noche —dijo Ned; ya no estaba haciendo de tío Remus, ni mostrándose brillante ni divertido ni ninguna otra cosa—. Tan pronto como me libre de esa carrera de caballos y me pueda ocupar de ello.

—¿Tienes dinero suficiente?

—Sí, señor —dijo Ned—. Muy agradecido. Estaremos perfectamente después de la carrera —inmovilizó la rueda y subimos los dos a la calesa. El señor Poleymus se quedó quieto, con la mano en la barra más alta.

—Así que es verdad que vais a correr esta tarde contra el caballo de Linscomb —dijo.

—Esta tarde vamos a ganar al caballo de Linscomb —dijo Ned.

—Esperas ganarle —dijo el señor Poleymus.

—Lo sé —dijo Ned.

—¿Como cuánto de bien lo sabes? —dijo el señor Poleymus.

—Me gustaría tener cien dólares míos para apostarlos —dijo Ned. Se miraron fijamente un buen rato. Luego el señor Poleymus soltó la barra de la calesa y se sacó del bolsillo un monedero muy viejo; tuve la impresión de ver doble, porque era exactamente igual que el de Ned, rozado y gastado e incluso más largo que el calcetín de montar, de manera que no se sabía siquiera quién estaba pagando a quién ni por qué; lo abrió, sacó dos billetes de dólar, volvió a cerrarlo y se los tendió a Ned.

—Apuesta esto por mí —dijo—. Si estás en lo cierto, puedes quedarte con la mitad —Ned tomó el dinero.

—Lo apostaré por usted —dijo—. Pero muchas gracias. Cuando se ponga el sol podré prestarle la mitad de tres o cuatro veces esta cantidad —a continuación echamos a andar (quiero decir que Ned hizo andar a la mula), dando la vuelta; no nos cruzamos para nada con el automóvil—. Has estado llorando otra vez —me dijo Ned—. Jinete de carreras de caballos y todavía no ha perdido la costumbre de llorar.

—Cierra el pico —dije. Pero Ned giró de nuevo la calesa, atravesando la vía y pasando por lo que podría ser el otro lado de la plaza si Parsham alcanzara alguna vez el tamaño suficiente para tener una plaza, y se detuvo; estábamos delante de una tienda.

—Cógelas —Ned me ofreció las riendas, se apeó y entró en la tienda; no estuvo mucho tiempo, y volvió con una bolsa de papel, se subió y recuperó las riendas, de vuelta a casa ya (me refiero a la casa del tío Parsham), y con la mano libre sacó de la bolsa grande otra más pequeña; eran pastillas de menta—. Ten —dijo—. También tengo unos plátanos, y tan pronto como llevemos a Lightning a ese sitio junto al manantial, nos sentaremos y comeremos y después quizá consiga dormir un poco antes de que se me olvide cómo hacerlo. Y mientras tanto, deja de preocuparte por esa chica, ahora que ya le has dicho a Boon Hogganbeck lo que querías decirle. Pegar a una mujer no le hace daño, porque una mujer no devuelve los golpes como hace un hombre; se limita a encajarlos y luego, cuando le vuelves la espalda, agarra la plancha o el cuchillo de cocina. Por eso al pegarles no se rompe nada; todo lo que se consigue, como mucho, es un ojo morado o un cortecito en el labio. Y eso no es nada para una mujer. ¿Sabes por qué? Porque, ¿qué mejor señal puede querer una mujer de



que un hombre no se la puede sacar de la cabeza que un ojo morado y un corte en el labio?

De manera que, una vez más, detrás de la línea de salida, McWillie y yo esperábamos a lomos de nuestras nerviosas e inquietas monturas, sujetas por nuestros respectivos mozos. (Así es, nerviosas e inquietas, Lightning incluida; al menos había aprendido, o por lo menos lo recordaba desde ayer, que le correspondía por lo menos estar a la altura de *Acheron* cuando comenzara la carrera, aunque no hubiese descubierto aún que queríamos (esperábamos) que fuese delante cuando concluyera).

Esta vez las instrucciones finales de Ned fueron simples, explícitas y sucintas:

—Recuerda únicamente: sé que puedo hacerle correr una vez, y me parece que incluso dos. Pero quiero reservar esa vez de la que estoy seguro hasta que sepamos que nos hace falta. De manera que te voy a decir lo que quiero que hagas en esta primera manga: justo antes de que los jueces y demás griten ¡Ya! di para tus adentros *Me llamo Ned William McCaslin* y entonces hazlo.

—¿Hacer qué? —pregunté.

—Yo tampoco lo sé todavía —dijo Ned—. Pero *Akrum* es un caballo, y con un caballo puede suceder cualquier cosa. Si además lleva a un muchacho negro por jinete, es dos veces más probable. De manera que tienes que vigilar y estar listo, para que cuando suceda ya hayas dicho *Me llamo Ned William McCaslin*; entonces hazlo, y hazlo deprisa. Y no te preocupes. Si no funciona y no sucede nada, estaré esperando en la llegada, que es el momento de que yo intervenga. Porque sé que puedo hacer que corra una vez.

Luego la voz gritó ¡Ya! y nuestros mozos saltaron desesperadamente y ya estábamos en marcha (como he dicho, esta vez habíamos echado a suertes y a McWillie le había tocado ir por dentro). O debo decir, más bien, que McWillie estaba en marcha. Porque no recuerdo si yo lo había planeado o lo hice instintivamente, de manera que cuando McWillie estalló, yo estaba ya en tensión y, al dar el primer salto, Lightning se encontró con el obstáculo de la brida, que yo retuve hasta con los hombros, y también con la mano cortada. *Acheron* estaba ya en plena carrera y tres largos por delante cuando dejé marchar a Lightning, pero manteniendo la distancia; así seguíamos cuando vi hacer a McWillie lo que ahora llamáis un *double-take*<sup>[14]</sup>: una única y rápida mirada de reojo, esperando verme, por supuesto, más o menos a la altura de su rodilla, y dando luego la impresión de continuar a toda velocidad por espacio de otra zancada más o menos antes de que sus ojos dijeran a su inteligencia que Lightning y yo no estábamos donde él esperaba. Después se volvió, giró toda la cabeza para mirar hacia atrás y aún recuerdo el blanco de sus ojos y la boca abierta; lo vi frenar salvajemente a *Acheron* para ralentizar la marcha; creo sinceramente que incluso le oí gritarme: «¡Maldita sea, chico blanco, si vas a correr, corre!» mientras la distancia entre los dos se reducía rápidamente porque ya había tirado de *Acheron*

hacia atrás y transversalmente hasta colocarlo en ángulo recto con relación a la dirección de la carrera, más o menos dando la impresión de que llenaba la pista de un lado a otro y mirando hacia la barrera exterior y, durante aquel momento, instante, segundo, se había quedado completamente inmóvil; estoy convencido de que, presa del frenesí, la mente de McWillie acarició realmente la idea de dar la vuelta y correr hacia la salida hasta que pudiera girar de nuevo ya con Lightning delante. Tampoco hubo premeditación, ni ninguna otra cosa: sólo dije para mis adentros *Me llamo Ned William McCaslin*, golpeé a Lightning lo más fuerte que pude con la varita, levantándole la cabeza lo justo para que al saltar por el hueco entre los cuartos traseros de *Acheron* y la barrera interior rozáramos al primero: recuerdo que pensé *Me va a aplastar la pierna* y seguí allí, la varita preparada de nuevo, en completa indiferencia, esperando con curiosidad únicamente el golpe, la colisión, el crujido, el chorro de sangre y de huesos o lo que tuviera que ser. Pero encontramos exactamente el sitio necesario o la velocidad suficiente o tal vez fuera la suerte suficiente: no fue mi pierna sino el anca de Lightning lo que rozó la grupa de *Acheron*: momento en que golpeé de nuevo con toda la fuerza de que fui capaz. Sin que ni juez ni maestro de ceremonias alguno, entrenador de perros, cazador mercenario o sospechoso de homicidio, ni purista ni rigorista de lo más remilgado e irreprochable pudiera afirmar que no golpeé a mi propia montura; de hecho, nos hallábamos los cuatro tan inextricablemente confundidos en aquel momento que sólo *Acheron* supo a ciencia cierta quién había recibido el fustazo.

Seguimos adelante. Me refiero a Lightning y a mí. No miré hacia atrás, ni podía hacerlo aún, de manera que para enterarme de lo que sucedía tuve que esperar. Dijeron que *Acheron* no intentó en absoluto saltar la barrera: se limitó a encabritarse y a caer atravesándola en una especie de polvareda arremolinada de tablas pintadas de blanco, pero todavía en pie, frenético ya, metiéndose más o menos directamente en el pastizal, los espectadores dispersándose ante él, hasta que McWillie logró hacerlo girar; y dijeron que esta vez McWillie, como si se tratara de un caballo de caza, quiso prepararlo para saltar la barrera y volver a la pista (era demasiado tarde ya para regresar por el agujero que había hecho; nosotros, Lightning y yo, íbamos demasiado por delante para entonces). Pero *Acheron* se negó a hacerlo, corriendo en cambio a toda velocidad a lo largo de la barrera, pero todavía por la parte de fuera, con los espectadores aullando y saltando como ranas delante de él para dejarle libre el camino. Entonces fue cuando empecé a oírlos de nuevo. Él, ellos, McWillie y *Acheron*, se nos acercaban muy deprisa, aunque con la barrera exterior entre ambos: Lightning con toda la pista para él solo y marchando con el mismo excelente ritmo y amplitud de zancada y fuerza, puesto que no se le había ocurrido aún que hubiera ningún motivo para apretar más el paso; estábamos ya en la recta de atrás, con *Acheron*, que había hecho al menos cincuenta metros extra y que tendría que correr

otros cincuenta antes de acabar, a nuestra altura ya, aunque por el lado exterior de la barrera; luego la última curva del primer recorrido, y entonces vi cómo McWillie se enfrentaba desesperado con la elección, sin tiempo apenas para decidir, entre alejar lo suficiente a *Acheron* de la barrera para introducirlo de nuevo en la pista por el agujero que él mismo había hecho, y exponerse por tanto a que se negara a atravesar el revoltijo de restos, o jugar sobre seguro y seguir galopando por la nueva pista que ya había limpiado de obstáculos.

Ganó el conservadurismo (como debe ser y de hecho sucede); de nuevo la recta de atrás (ya en el segundo recorrido); después el último giro (también por segunda vez) e, incluso en la curva, más larga por el exterior, McWillie y *Acheron* fueron colocándose delante de nosotros; ya se veía la línea de meta y *Acheron* nos llevaba por lo menos un cuerpo de ventaja y creo que pensé por un instante en recurrir al castigo para guardar las apariencias; nuestros partidarios gritaban ya y, ¿quién podría reprochárselo? Pocos, si es que alguno, habían visto antes una manga como aquella entre dos caballos que corrían a ambos lados de la barrera; *Acheron*, todavía a velocidad máxima, a lo largo de un camino tan despejado y abierto para él como la senda hacia el paraíso; nos sacaba dos cuerpos de ventaja cuando atravesamos (*Lightning* atravesó) la línea de llegada, y *Acheron* (a quien evidentemente le gustaba correr por fuera) iniciaba ya su tercer recorrido cuando McWillie lo arrastró por la fuerza al pastizal y a un círculo cada vez más apretado que ni siquiera él estaba en condiciones de franquear. A nuestras espaldas un gran tumulto ya: gritos: «¡Juego sucio! ¡No! ¡No! ¡Sí! ¡Esta manga no vale! ¡Sí vale! ¡No vale! ¡Preguntad al juez! ¡Preguntad a Ed! ¿Qué dices tú, Ed?». Los espectadores que *Acheron* había expulsado de la barrera exterior entrando en la pista por el agujero para reunirse con los otros en el interior; yo buscaba a Ned; me pareció verlo, pero quien apareció fue Lycurgus, al trote por la pista en mi dirección hasta que pudo coger a *Lightning* por el bocado, haciéndolo girar al mismo tiempo.

—Vamos —dijo—. No te puedes parar. *Lightning* tiene que recuperarse pero sin coger frío. El señor McCaslin ha dicho que lo saquemos de la pista y lo llevemos debajo de aquellos algarrobos, junto a la calesa, para que esté tranquilo y podamos frotarlo —pero yo me hice el remolón.

—¿Qué ha pasado? —pregunté—. ¿Valdrá? Hemos ganado, ¿no es cierto? Cruzamos la línea de meta. Ellos en cambio pasaron por fuera. Ten —dije—, quédate con él mientras voy a ver lo que ha pasado.

—Te estoy diciendo que no —me respondió Lycurgus. Había puesto a *Lightning* al trote—. El señor McCaslin tampoco quiere que aparezcas por allí. Me ha dicho que tú y yo nos quedemos con *Lightning* y lo tengamos preparado para volver a correr; la próxima manga será dentro de menos de una hora y tenemos que ganarla, porque si ésta no cuenta, habrá que ganar la siguiente suceda lo que suceda —de manera que

nos alejamos. Lycurgus retiró un trozo de la barrera al final de la pista y salimos por allí, en dirección al grupo de algarrobos a unos doscientos metros de distancia; ya se divisaba la calesa del tío Parsham atada a uno de ellos. Aún se oían las voces desde el estrado de los jueces en la zona central y yo seguía queriendo volver y salir de dudas. Pero Lycurgus me lo impidió también: tenía en la calesa los cubos y las esponjas y los trapos preparados, e incluso una lechera con agua para trabajar con Lightning después de desensillarlo.

De manera que recibí de oídas —lo poco que Lycurgus había visto antes de que Ned lo enviara para reunirse conmigo y después por conducto de otras personas— mi primera información sobre lo que había sucedido (y aún estaba sucediendo), y tuve que esperar a que se presentara Ned para confirmarla: el alboroto, las voces de protesta y afirmación (ya lo creo que sí, incluso después de perder dos carreras —mangas, lo que quiera que fueran— el invierno pasado, y la primera manga de ésta el día anterior, aún había gente que había apostado por Lightning. Porque yo sólo tenía once años; no había aprendido todavía que cualquier caballo que se dirija a la línea de salida, con tal de que aún siga en pie al llegar allí, encontrará siempre alguien que apueste por él), que en una o dos ocasiones estuvieron casi a punto de transformarse en golpes, con Ned en el centro de todo ello, convertido de hecho en su eje, cortés y tranquilo pero obstinado e insistente también, rechazando todos los ataques:

—No ha sido una carrera. Se necesitan por lo menos dos caballos para que haya una carrera y uno de ellos ni siquiera estaba en la pista —Y Ned:

—No, señor. El reglamento no menciona cuántos caballos. Sólo habla de un caballo cada vez, de manera que si no comete faltas y no deja de moverse hacia adelante y el jinete no se cae y cruza primero la línea de llegada, vence —a continuación otro:

—Entonces acabas de probar tú mismo que ha ganado el negro: no ha hecho ninguna falta aunque haya destrozado siete metros de la barrera, y desde luego no ha dejado nunca de moverse hacia adelante, porque yo mismo he visto por lo menos a un centenar de espectadores salir por los pelos de debajo de sus pezuñas y tú mismo lo has visto cruzar la línea de llegada con más de dos cuerpos de ventaja sobre el alazán —y Ned:

—No, señor. La línea de llegada sólo cruza la pista de una barrera a otra. No se prolonga hasta Mississippi. Si lo hiciera, hay otros caballos por ahí que la habrán estado cruzando desde que salió el sol esta mañana sin que nosotros lo sepamos. No, señor. Es una lástima que esa barrera sea tan frágil, pero estábamos demasiado ocupados corriendo con nuestro caballo para tener tiempo de pararnos y esperar a que volviera el otro —cuando de repente aparecieron en escena tres recién llegados, al menos de acuerdo con el relato: no tres desconocidos, porque uno de ellos era el coronel Linscomb en persona, y todos lo conocían porque eran vecinos suyos. De manera que

probablemente lo que querían decir los narradores era que los otros dos eran invitados suyos, gente de ciudad como él o, sencillamente, de su misma edad y evidente solvencia, de lo que daba prueba su chaqueta y corbata. Uno de ellos pareció tomar las riendas de la situación cuando, al acercarse a la multitud que clamaba en torno a Ned y a los agobiados jueces, se apresuró a decir:

—Caballeros, permítanme ofrecerles una solución. Como este hombre (refiriéndose a Ned) dice, su caballo corrió de acuerdo con las reglas y cruzó primero la línea de meta. Todos hemos visto, sin embargo, que el otro caballo ha corrido más deprisa e iba por delante al terminar. Los propietarios de los caballos son estos caballeros que tengo aquí detrás: el coronel Linscomb, vecino de todos ustedes, y el señor Van Tosch de Memphis, lo que le sitúa lo bastante cerca como para que también llegue a ser vecino de todos ustedes cuando lo conozcan mejor. Los dos han acordado, y los jueces que ustedes han nombrado lo aprobarán, poner esta manga que acaba de correrse en lo que los banqueros llaman depósito. Todos ustedes han tenido que hacer negocios con banqueros tanto si lo deseaban como si no —dijeron que incluso hizo una pausa para la carcajada y que la consiguió— y también saben que tienen nombre para todo...

—Y también interés —dijo una voz, de manera que consiguió gratis esa carcajada y se unió a ella.

—En este caso, lo que significa el término en depósito es que la carrera está suspendida. El resultado de la manga no queda abolido ni suprimido, tan sólo suspendido. Las apuestas se mantienen tal como ustedes las hayan hecho; nadie gana ni pierde; pueden ustedes aumentarlas o hacer apuestas compensatorias o cualquier otra cosa que deseen; el dinero apostado para la última manga sigue igual, los propietarios ya han añadido otros cincuenta dólares cada uno para la manga siguiente, y el que gane será también el vencedor de la que se acaba de correr. Quien gane la próxima manga lo gana todo. ¿Qué me contestan?

Eso fue lo que yo, nosotros, Lycurgus y yo, oímos más tarde. En aquel momento no sabíamos nada: tan sólo esperábamos que Ned o alguien viniera por nosotros o enviara a por nosotros, Lightning limpio y con la manta puesta y Lycurgus paseándolo arriba y abajo, manteniéndolo en movimiento, y yo sentado contra un árbol después de haberme quitado el calcetín de montar para que se me secara el vendaje; me parecieron horas, un tiempo interminable, aunque luego, al volver a pensar en ello, se quedara en nada, desinflado, condensado. Ned vino por fin hacia nosotros, andando deprisa. Ya te he explicado el mal aspecto que tenía por la mañana, aunque eso se debía en parte a la ropa. Ahora llevaba de nuevo una camisa blanca (o casi) y también los pantalones estaban limpios. Pero esta vez la ropa no habría tenido importancia, aunque hubiera seguido estando sucia. Era su cara. No daba la sensación de que hubiera visto un simple e inocente fantasma: parecía como si, sin aviso previo,

se hubiera tropezado con el Destino, solo que el Destino le había dicho: *Cálmate. Aún dispones de treinta o cuarenta minutos antes de que te llame. Tendrás que estar preparado para entonces, pero, mientras tanto, deja de preocuparte y atiende a tus asuntos.* Pero a mí, a nosotros, no nos dio ni un minuto. Fue hasta la calesa, cogió la chaqueta negra y empezó a hablar mientras se la ponía:

—Lo han puesto en lo que llaman depósito. Eso significa que quien pierda la próxima manga lo pierde todo. Volved a ensillarlo —aunque Lycurgus ya le había quitado la manta; no tardamos mucho. Enseguida lo monté, con Ned junto a la cabeza de Lightning, sujetando la brida con una mano, y la otra en el bolsillo de la chaqueta, manoseando algo—. Esta vez te será fácil. Ayer le dimos un codazo y hoy le has engañado de mala manera. Así que se han acabado los trucos. Pero da igual. No nos van a hacer falta; de esta manga me ocupo yo. Todo lo que tienes que hacer es seguir encima hasta el final. No te caigas: eso es todo lo que tienes que hacer hasta que se acabe la carrera. Mantenlo dentro de la pista y no te caigas. Recuerda lo que Lightning te enseñó el lunes. Cuando vayáis a acabar la primera vuelta y justo antes de que Lightning piense en dónde estaba yo el lunes, golpéalo. Haz que siga adelante; no te preocupes del otro caballo, da lo mismo dónde esté o lo que haga: sólo tienes que preocuparte del tuyo. ¿Te has enterado?

—Sí —dije.

—De acuerdo. Entonces, escucha la única cosa que tienes que hacer además. Cuando ya estés en la segunda vuelta a la pista y hagas el último giro antes de la recta final y la meta, no basta con que lo creas, has de *saber* que Lightning se encuentra en una posición desde donde ve toda la pista que tiene por delante. Cuando llegues allí, sabrás por qué. Pero antes de eso, no pienses que quizá sí, ni que para entonces seguro que sí; has de saber que ve toda la pista hasta la línea de meta y más allá de ella. Si el otro caballo está delante, cambia a Lightning de lado, llévalo hasta la barrera exterior si hace falta, de manera que nada le impida ver la meta y lo que hay detrás. No te preocupes por la pérdida de distancia; preocúpate sólo de tener a Lightning donde vea todo lo que hay por delante —había sacado la otra mano del bolsillo de la chaqueta; Lightning restregaba el hocico una y otra vez contra ella y me llegó el mismo olor débil pero característico que ya había notado el lunes en el pastizal del tío Parsham, y que yo o cualquier otra persona debería reconocer de inmediato, y que habría reconocido si me hubiera sucedido cuando tenía tiempo para hacerlo—. ¿Lo vas a recordar?

—Sí —dije.

—Entonces, en marcha —dijo Ned—. Llévalo tú, Lycurgus.

—¿No vienes? —le pregunté. Lycurgus tiró de la brida; tuvo que recurrir a la fuerza para separar el hocico de Lightning de la mano de Ned; y Ned, finalmente, se guardó la mano en el bolsillo.

—Adelante —dijo—. Ya sabes lo que tienes que hacer —Lycurgus siguió tirando de la brida durante un rato; una vez Lightning intentó incluso darse la vuelta, hasta que Lycurgus lo sujetó.

—Dale con la varita, pero no muy fuerte —dijo Lycurgus—. Tiene que volver a pensar en la carrera —así lo hice y seguimos adelante, de manera que, por tercera vez, McWillie y yo nos agachamos sobre nuestros truenos en tensión, dispuestos a empezar. El mozo de McWillie se había negado a salir despedido por tercera vez y, ante la ausencia de cualquier otra persona que se ofreciera voluntaria o que aceptase el reclutamiento, se recurrió a un trozo de la áspera cuerda de yute que se utiliza para atar las balas de algodón, extendido de un lado a otro de la pista y sostenido por dos demócratas, uno frente a otro. Se trató probablemente de la mejor salida hasta el momento. *Acheron*, que no había tenido el menor inconveniente en atravesar una tabla de varios centímetros, se negó, lógicamente, a acercarse a menos de dos metros; Lightning, por su parte, aunque casi la tocaba con el hocico, estaba tan quieto como una vaca (imagino que buscando a Ned entre la multitud) cuando el juez de salida gritó ¡Ya!, cayó la cuerda y en el mismo segundo *Acheron* y McWillie pasaron como una flecha a nuestro lado, mientras el primero me gritaba casi al oído:

—¡Esta vez te voy a enseñar lo que es bueno, mocosito! —adelantándose ya, aunque apenas llegó a sacarnos un cuerpo antes de que Lightning, obedientemente, se situara a la altura de la rodilla de McWillie: la potencia, el ritmo estaban allí; todo, si se exceptúa que nadie había conseguido hacer llegar a su cabeza la idea de que participábamos en una carrera. Aunque, de hecho, fue la primera vez, al menos desde que yo intervenía, desde que era uno de los protagonistas, que dimos incluso la impresión de estar en una carrera, los dos caballos como fundidos y un poco tambaleantes, ya en la recta de atrás de la primera vuelta a la pista, nuestras posiciones respectivas, en relación con el movimiento hacia adelante, cambiando y alterándose casi con una indolencia como de sueño, *Acheron* acelerando hasta casi dar la impresión de que iba a desprenderse de nosotros, y Lightning advirtiendo el hueco y apresurándose a cerrarlo. Parecía incluso un verdadero combate; yo oía a los espectadores, que no conocían en realidad a Lightning, al que lo único que preocupaba era no quedarse demasiado atrás, gritar a lo largo de la barrera; al llegar al último giro de la primera vuelta, te doy mi palabra de que Lightning empezó ya a buscar a Ned; te doy mi palabra de que relinchó; corriendo a galope tendido, relinchó: era la primera vez que yo oía relinchar a un caballo a la carrera. Ni siquiera sabía que pudieran hacerlo.

Lo azoté con toda la fuerza de que fui capaz. Dejó de relinchar, tuvo una vacilación y siguió adelante; ya le habíamos hecho a McWillie un regalo de dos cuerpos, de manera que lo fustigué de nuevo; empezamos la segunda vuelta con dos largos de retraso y el impulso de la varita pelada hasta que el hueco entre *Acheron* y

él reemplazó a Ned en lo que Lightning llamaba su cabeza, y se fue acercando hasta situarse una vez más a la altura de la rodilla de McWillie, en completa obediencia hasta allí, pero ni un centímetro más: aquel organismo magníficamente equipado y organizado, cuyos músculos nunca habían sido informados por el cerebro, o cuyo cerebro nunca había sido informado por sus puestos de observación y de experiencia de que la única finalidad y propósito de todo aquel frenético esfuerzo era llegar el primero a un sitio. McWillie azotaba ahora su montura, de manera que yo no necesitaba hacerlo; tenía tan pocas posibilidades de dejar atrás a Lightning como de colocarse tras él, ya en la recta de atrás y de nuevo en el segundo giro de la última vuelta, yo todavía sobre Lightning y Lightning todavía entre las barreras, de manera que todo lo que quedaba por hacer era cumplir las instrucciones finales de Ned: apartarlo de McWillie, regalándole de nuevo casi otro largo, hasta que nada entorpeciera la visibilidad de la pista, de la línea de meta y aún más allá. Lightning fue incluso el primero que vio a Ned. Lo primero que noté fue el arranque y la embestida que casi me rompieron el cuello, como si él —Lightning— hubiera hecho estallar algún yugo o cinta invisible. Después yo mismo vi a Ned, quizá a unos cuarenta metros tras la línea de meta, pequeño, insignificante y solitario en la pista vacía, y cómo nos acercábamos rápidamente a *Acheron* y a McWillie, que agitaba frenéticamente el brazo; luego, también por un instante, el rostro contraído de McWillie, que quedó atrás enseguida; por fin, la línea de meta.

—Ven, hijo —exclamó Ned—. Aquí lo tengo.

Lightning casi me tiró de la silla al detenerse, cruzar la pista (*Acheron* estaba muy cerca, detrás de nosotros, tratando también, espero, de detenerse) y dirigirse hacia Ned a la misma velocidad, sin importarle bocado, brida ni todo lo demás y, sencillamente, dejar de correr, el hocico hundido ya en la mano de Ned, y yo a la altura de las orejas tratando de sujetarme a lo primero que encontraba, olvidado incluso del corte en la mano.

—¡Lo hemos hecho! —dije, grité—. ¡Lo hemos conseguido! ¡Hemos ganado!

—Hemos hecho esa parte —dijo Ned—. Pídele a tu buena estrella que sea suficiente —porque acababa de montar y de ganar mi primera carrera, compréndelo. Me refiero a una carrera de verdad, con gente, con personas mayores, con más gente reunida de la que había visto nunca, viéndome ganar y (algunos por lo menos) apostando dinero a que era yo el que ganaba. Tampoco tuve tiempo de notar, de advertir nada en su rostro o en su voz o en lo que decía, porque los espectadores ya habían atravesado la barrera y estaban en la pista, viniendo hacia nosotros: todo el tumulto y el hervidero de sombreros sudados y camisas con el cuello abierto y rostros de bocas deformadas por los gritos. «Ten cuidado ahora», dijo Ned; y todavía siguió sin significar nada para mí: sólo los rostros y las voces semejantes a un mar:

—¡Así se monta, chico! ¡Así se corre! —pero nosotros seguíamos sin detenernos,



Ned llevando a Lightning y diciendo:

—Déjenos pasar, hagan el favor. Déjenos pasar —hasta que se apartaron lo bastante para abrirnos paso, pero todavía moviéndose con nosotros, como una ola, y pudimos llegar a la puerta hacia el interior de la pista, donde esperaban los jueces, y Ned dijo de nuevo: «Ten cuidado ahora»; y después no recuerdo ya, tan sólo el caballo inmóvil con Ned sujetando el bocado, como un cuadro, y yo mirando más allá de las orejas de Lightning y el abuelo apoyándose un poco en el bastón (el de pomo dorado) e, inmediatamente detrás de él, otras dos personas que yo había conocido en alguna parte hacía mucho tiempo.

—Jefe —dije.

—¿Qué te has hecho en la mano? —me preguntó.

—Sí, señor —respondí.

—Ahora estás ocupado —dijo—. También lo estoy yo —me habló con un tono muy amable, muy frío. No: sin entonación alguna—. Esperaremos hasta volver a casa —dijo. Acto seguido se marchó. Las otras dos personas eran Sam y Minnie, Minnie alzando hacia mí un rostro tranquilo, solemne, inexorable, durante lo que me pareció muchísimo tiempo, mientras Ned seguía palmeándome la pierna.

—¿Dónde está el saquito de tabaco que te di ayer para que me lo guardaras? —preguntó—. ¿No lo habrás perdido?

—No, claro —dije, sacándomelo del bolsillo.

—Enséñaselo —le dijo a Minnie la señorita Reba. Estaban en nuestro..., en el automóvil de Boon..., no; quiero decir en el del abuelo: Everbe y la señorita Reba y Minnie y Sam y el chófer del coronel Linscomb, que era el padre de McWillie; también el coronel Linscomb tenía automóvil. El chófer y Sam y Minnie habían ido a Hardwick a recoger a la señorita Reba y a Everbe y a Boon para traerlos a Parsham, donde la señorita Reba y Minnie y Sam tomarían el tren de Memphis. Excepto que Boon no regresó con ellos. Estaba detenido, por tercera vez, y pasaron por casa del coronel Linscomb para decírselo al abuelo. La señorita Reba, que no quiso entrar en la casa, nos contó, sin apearse del automóvil, al abuelo, al coronel Linscomb y a mí, lo que había sucedido con Boon y Butch.

—Ya resultó bastante complicado mientras íbamos hacia allí en el coche. Pero por lo menos teníamos al ayudante del sheriff, aparte de ese alguacil bajito y entrado en años que tienen ustedes y que no parece gran cosa, pero que, en mi opinión, tampoco deja que le tome nadie el pelo. Cuando llegamos a Hardwick, tuvieron el sentido común suficiente para encerrarlos en celdas distintas. El problema fue que nunca encontraron la manera de cerrarle la boca al nuevo amigo de Corrie... —al llegar aquí se detuvo; y yo tampoco quería tener que mirar a Everbe: una chica grande, demasiado grande para que le tuvieran que pasar pequeñeces como el ojo morado o el corte en el labio, lo que prefiriese, a no ser que quizá no se contentara, no pudiera conformarse, con menos de los dos; allí sentada, sin remedio, sin ningún sitio a donde ir, ni habitación donde refugiarse, mientras la sangre lenta y avergonzada le teñía la mejilla vuelta hacia mí—. Lo siento, chica; olvídalo —dijo la señorita Reba—. ¿Dónde estaba?

—Nos contaba usted lo que Boon ha hecho esta vez —dijo el abuelo.

—Ah, sí —respondió la señorita Reba—. Los encerraron en celdas separadas con el pasillo de por medio, y cuando nos llevaban a Corrie y a mí...; sí, desde luego, nos han tratado muy bien, como a señoras..., a la habitación de la mujer del carcelero, donde íbamos a quedarnos..., ¿cómo se llama ése?... Butch, abre la boca y dice, «Bueno, algo hemos sacado en limpio: yo y Pico de Oro hemos perdido un poco de sangre y algo de piel, aparte de un par de camisas, pero por lo menos hemos puesto a buen recaudo», perdonen mi francés —dijo la señorita Reba—, «a esas putas de Memphis». De manera que Boon empezó inmediatamente a tratar de arrancar la puerta de la celda, pero se habían acordado de cerrarla con llave, así que cualquiera hubiera pensado que eso le habría calmado un poco, ya me entienden, tener que estar allí dentro, mirándola durante un buen rato. Por lo menos eso fue lo que pensamos. Pero luego, cuando llegó Sam con los papeles que se necesitaban o lo que quiera que fuese..., le estoy muy agradecida —le dijo al abuelo—. No sé cuánto tuvo usted que

pagar, pero si manda la factura a mi casa de Memphis, me ocuparé de devolvérselo. Boon sabe la dirección y quién soy yo.

—Muchas gracias —dijo el abuelo—. Si hay algún gasto, ya se lo haré saber. ¿Qué pasó con Boon? Todavía no me lo ha contado.

—Ah, sí. Abrieron primero la celda de..., ¿cómo se llama? y ésa fue la equivocación, porque con la llave aún en la cerradura, Boon ya estaba fuera y encima de...

—Butch —dije.

—Butch —dijo la señorita Reba—. Le dio un buen puñetazo y lo tiró al suelo y se le había subido encima antes de que nadie reaccionara. De manera que ni siquiera le dejaron descansar un momento; sólo estuvo fuera el tiempo que necesitó para cruzar el pasillo y regresar a la celda, donde volvieron a encerrarlo sin necesidad de sacar la llave de la cerradura. Pero por lo menos hay que admirarle por ello.

—¿Por qué? —pregunté yo, parándola en seco.

—¿Qué has dicho?

—Qué fue lo que hizo para que tengamos que admirarlo. No nos lo ha dicho. ¿Qué fue lo que hizo?

—¿Te parece que seguir tratando de arrancarle la cabeza a ese...

—Butch —dije.

—... Butch, antes siquiera de salir de la cárcel no es nada? —preguntó la señorita Reba.

—Tenía que hacerlo —dije.

—Vivir para ver —dijo la señorita Reba—. Será mejor que nos vayamos; tenemos que coger ese tren. No se olvide de mandarme la factura le dijo al abuelo.

—Apéense y háganme el favor de entrar —dijo el coronel Linscomb—. La cena está casi lista. Tomarán el tren de medianoche.

—No, muy agradecida —dijo la señorita Reba—. Por mucho tiempo que su mujer se quede en Monteagle, algún día volverá y tendría usted que explicárselo.

—Bobadas —dijo el coronel Linscomb—. Soy yo quien manda en mi casa.

—Espero que por mucho tiempo —dijo la señorita Reba—. Ah, sí —le dijo a Minnie—. Enséñaselo —Minnie no nos sonrió: me sonrió a mí, mostrándome la hermosura de aquella uniforme sucesión de porcelana, igual e inigualable, que se curvaba hacia adelante para abrazar, casi con pasión, el recuperado diente de oro, más grande en apariencia que tres cualesquiera de los naturales, simplemente blancos. Luego cerró la boca de nuevo, serena, dueña de sí misma, una vez más inmune, una vez más invulnerable en la medida en que nuestras frágiles telarañas de carne y hueso y coincidencia poseen o reivindican la Invulnerabilidad—. Bien —dijo la señorita Reba. El padre de McWillie se apeó, hizo girar la manivela hasta que arrancó el motor, y volvió a ocupar su asiento; el automóvil se puso en marcha. El abuelo y el

coronel Linscomb se dieron la vuelta y regresaron hacia la casa; también yo me alejaba ya cuando sonó la bocina, no muy fuerte, una sola vez, y me volví. Sam se había apeado del automóvil y me hacía señas.

—Ven —dijo—. La señorita Reba quiere verte un momento —me estuvo mirando mientras me acercaba—. ¿Por qué tú y Ned no me dijisteis que ese caballo iba a correr de verdad? —preguntó.

—Creía que lo sabía —dije—. Que sabía que veníamos por eso.

—Claro, claro —dijo—. Ned me lo dijo. Tú me lo dijiste. Todo el mundo me lo dijo. Pero, ¿por qué no hubo alguien que hiciera que me lo creyera? Sí, desde luego, no es que haya perdido demasiado, pero si hubiera tenido el valor de la señorita Reba, quizá me hubiese salido gratis ese furgón. Ten —dijo. Era un rollo muy prieto de dinero, billetes—. Esto es lo de Ned. Dile que la próxima vez que encuentre un caballo que no corra, no espere a venir a buscarme; bastará con que telegrafíe —la señorita Reba se había asomado a la ventanilla, tan enérgica y bien parecida como siempre. Everbe estaba al otro lado, sin moverse, pero demasiado grande para pasar inadvertida.

—No esperaba acabar también aquí en la cárcel —dijo la señorita Reba—. Pero, por otra parte, quizá tampoco esperaba lo contrario. Sam apostó por mí, en cualquier caso. Cincuenta por el señor Binford y cinco por Minnie, y le dieron tres por dos. Yo..., es decir, nosotros..., queremos darte la mitad. Ahora no tengo todo eso en metálico, debido al viaje adicional inesperado que he hecho esta mañana...

—No lo quiero —dije.

—Me imaginé que dirías eso, de manera que le hice a Sam apostar otros cinco por ti. Te corresponden siete cincuenta. Ten —extendió el brazo.

—No lo quiero —dije.

—¿Qué te había dicho? —intervino Sam.

—¿Es por ser dinero ganado en una apuesta? —preguntó la señorita Reba—. ¿También prometiste eso? —no lo había prometido. Quizá mi madre no había pensado aún en las apuestas ni en el juego. Pero no hacía falta que se lo hubiera prometido a nadie, de todos modos. Aunque no sabía cómo decírselo a la señorita Reba, porque yo mismo ignoraba el por qué; sólo sabía que no lo había hecho por dinero; que el dinero habría sido lo último de todo; que una vez que lo habíamos empezado, yo tenía que seguir adelante, terminarlo, Ned y yo solos aunque todos los demás hubieran abandonado; era como si sólo logrando que Lightning corriera y que llegara el primero pudiéramos justificar (no evitar las consecuencias, tan sólo justificar) todo lo sucedido. No íbamos a conseguir que el principio estuviera menos mal (me refiero a lo que Boon y yo habíamos hecho a sabiendas, con toda libertad, cuatro días antes en Jefferson), pero, por lo menos, no esquivar, eludir, sino terminar lo que nosotros mismos habíamos empezado. Pero no sabía cómo decirlo. De manera

que respondí:

—No, señora; no lo quiero.

—Vamos —dijo Sam—. Quédatelo para que podamos marcharnos. Tenemos que coger el tren. Dáselo a Ned, o quizá a ese otro negro mayor que se ocupó de ti anoche. Ellos sabrán qué hacer con el dinero —de manera que lo cogí; tenía ya dos rollos, el grande y este otro más pequeño. Y mientras tanto Everbe seguía sin moverse, las manos en el regazo, grande, demasiado grande para que le sucedieran pequeñeces—. Por lo menos dale unas palmaditas —dijo Sam—. Ned no te ha enseñado a dar patadas a los perros, ¿no es cierto?

—No lo haré, de todos modos —dijo la señorita Reba—. No lo pierdas de vista. ¡Cielo santo, los hombres! Y aquí se trata de uno que sólo tiene once años. ¿Qué demonios importa uno más? ¿No lleva demostrando desde el domingo que lo ha dejado? ¿Si tú hubieras estado cortando troncos tanto tiempo como ella haciendo lo que hacía, qué demonios importa un tronco más, cuando ya has anulado el contrato y retirado el cartel? —de manera que di la vuelta alrededor del coche para llegar al otro lado. Everbe seguía sin moverse, demasiado grande para que le sucedieran pequeñeces, con demasiada humanidad para ser el receptáculo de cosas mezquinas y baladíes, como salpicaduras de pájaros en un anuncio de gran tamaño o en un bombo; allí sentada, demasiado grande incluso para encogerse, avergonzada (porque Ned tenía razón), el labio un poco hinchado, pero sobre todo el ojo morado; en su caso, incluso un simple ojo a la funerala no se daba por satisfecho y tenía que parecer más grande, más llamativo, más inocultable que en ninguna otra persona.

—No te preocupes —le dije.

—Creí que tenía que hacerlo —dijo ella—. No se me ocurrió ninguna otra salida.

—¿Ves qué fácil es? —dijo la señorita Reba—. Eso es todo lo que tenéis que decirnos, porque nosotras nos lo creeremos. Hasta el más piojoso y raquítico hijo de mala madre de todos vosotros, con tal de que tenga menos de setenta años, conseguirá que cualquier mujer se crea que no tiene otra salida.

—Tuviste que hacerlo —dije—. Recuperamos a Lightning a tiempo para la carrera. Ahora ya no importa nada. Será mejor que os vayáis o perderéis el tren.

—Claro que sí —dijo la señorita Reba—. Y además tiene que preparar la cena. Eso no lo has oído todavía; ésa es la sorpresa. No vuelve a Memphis. No sólo ha dejado el negocio de las tentaciones, ha dejado incluso las tentaciones, con tal de que sea cierto lo que aseguran: que no hay tentaciones en un sitio como Parsham si se exceptúan las esperanzas y apetitos naturales propios de un hombre. Ha conseguido un empleo lavando y cocinando para el alguacil de Parsham y para sacar y meter en la cama a su mujer, además de asearla. Así que tampoco tiene que entregar la mitad de lo que gana y la mitad de lo que tiene a la primera estrella de hojalata que pase por allí, porque le bastará con poner de por medio una cafetera o una sartén grasienta.

Vamos —le dijo a Sam—. Desde aquí ni siquiera tú puedes hacer que ese tren nos espere.

Cuando se alejaron me di la vuelta y me dirigí hacia la casa, que era un edificio grande con columnas y pórticos, jardines clásicos, cuerdas (con Lightning en una de ellas), cocheras y lo que fue en otro tiempo alojamiento de esclavos; la antigua mansión Parsham (todavía lo es), lo que queda de la plantación de un hombre, y de una familia, que dio nombre al pueblo y a sus alrededores y también a algunos de sus habitantes, como el tío Parsham Hood. Ya se había puesto el sol y pronto se haría de noche. Y entonces, por vez primera, me di cuenta de que todo había terminado, de que había llegado el fin de los cuatro días de forcejear y pelear y escabullirse y mentir y de vivir en la ansiedad; todo, excepto la expiación por nuestras culpas. El abuelo y el coronel Linscomb y el señor Van Tosch estarían ahora en algún lugar de la casa, bebiéndose un ponche frío antes de la cena; quizá quedase aún media hora antes del toque de campana para la cena, así que atravesé la rosaleta y llegué a la parte trasera de la casa. E, infaliblemente, allí estaba Ned, sentado en los escalones.

—Ten —dije, ofreciéndole el rollo grande de dinero—. Sam dice que esto es tuyo —Ned lo cogió—. ¿No lo vas a contar? —le pregunté.

—Imagino que ya lo ha contado él —dijo Ned. Saqué del bolsillo el rollo pequeño. Ned se quedó mirándolo—. ¿También te lo ha dado el señor Sam?

—Ha sido la señorita Reba. Apostó por mí.

—Es dinero de juego —dijo Ned—. Eres demasiado joven para tener nada que ver con dinero de juego. No hay nunca nadie que sea lo bastante viejo para eso, pero tú menos que nadie —pero tampoco se lo podía contar a Ned. Entonces me di cuenta de que tenía la esperanza de que él, por lo menos Ned, sin necesidad de decírselo, supiera el porqué. Y cuando abrió la boca de nuevo demostró que así era—: Porque no lo hemos hecho por dinero —dijo.

—¿Tampoco tú te vas a quedar con el tuyo?

—Sí —dijo—. Para mí ya es demasiado tarde. Pero no para ti. Te voy a dar una oportunidad, aunque no sea otra cosa que quitarte una oportunidad.

—Sam dijo que se lo podía dar al tío Parsham. Pero él tampoco querrá dinero de juego, ¿no es cierto?

—¿Es eso lo que quieres que se haga?

—Sí —dije. Ned se quedó también con el rollo pequeño, sacó el monedero y lo guardó todo dentro; ya era casi completamente de noche, pero allí oiríamos con toda seguridad la campana de la cena.

—¿Cómo recuperaste el diente? —pregunté.

—Yo no —dijo Ned—. Lycurgus. Aquella primera mañana, cuando fui a buscarte al hotel. No fue difícil. Los sabuesos ya le habían hecho subirse antes a un árbol, y al principio Lycurgus pensó que le bastaba con los perros; que lo subiría otra vez a ese

gomerito joven y no retiraría a los sabuesos hasta que Pantalones-de-pana envolviera el diente con la gorra o algo parecido y lo dejara caer. Pero luego dijo que estaba un poco molesto con las ideas de Pantalones-de-pana sobre caballos y en especial sobre Lightning. Pero como Lightning tenía que correr por la tarde, decidió utilizar una de las mulas. Por lo visto Pantalones-de-pana le amenazó con una navajita, y la va a guardar hasta que se la pueda devolver a alguno de los otros —dejó de hablar. Aún tenía mal aspecto y estaba falto de sueño. Pero quizá sea un alivio encontrarse por fin con el destino adverso y saber en qué momento concreto hay que empezar a preocuparse.

—¿Sí? —dije—. ¿Qué pasó?

—Acabo de contártelo. Lo hizo la mula.

—¿Cómo?

—Lycurgus puso a Pantalones-de-pana sobre la mula sin brida ni silla, le ató los pies por debajo y le dijo que cuando decidiera envolver el diente con la gorra y lo dejara caer, haría parar a la mula. Luego le dio un golpecito en la grupa, y a eso de la mitad de la primera vuelta Pantalones-de-pana dejó caer la gorra, pero no había nada dentro. Así que Lycurgus le devolvió la gorra y le dio otro golpe a la mula; me explicó que ya no se acordaba de que esa era la mula que salta cercas hasta que la vio al otro lado del alambre espinoso de más de un metro de altura, dando la impresión de que se disponía a llevar a Pantalones-de-pana hasta Possum. Pero no fue así, porque giró en redondo y saltó de nuevo la cerca para volver a casa, de manera que la siguiente vez que Pantalones-de-pana dejó caer la gorra estaba dentro el diente. Sólo que, para lo que me ha servido, igual se lo podría haber quedado. También ella se ha vuelto a Memphis, ¿no es eso?

—Sí —dije.

—Es lo que pensaba. Probablemente sabe tan bien como yo que va a pasar bastante tiempo antes de que Memphis nos vuelva a ver a mí o a Boon Hogganbeck. Y si Boon sigue en la cárcel, calculo que tampoco Jefferson, Mississippi, nos va a ver esta noche a ninguno de los dos.

Yo tampoco estaba seguro; y de repente me di cuenta de que no lo quería saber; no sólo no quería tener que hacer nuevas elecciones ni tomar decisiones, sino que ni siquiera quería saber las que se estaban haciendo o tomando sobre mí hasta que tuviera que enfrentarme con las consecuencias. Luego el padre de McWillie apareció en la puerta que había detrás de nosotros con una chaqueta blanca; además de ser chófer también servía a la mesa. Aunque yo no había oído campana alguna. Me había lavado ya (y cambiado de ropa; el abuelo me había traído un maletín y hasta mis otros zapatos), de manera que el padre de McWillie me llevó hasta el comedor y me quedé allí de pie; enseguida aparecieron el abuelo, el señor Van Tosch y el coronel Linscomb, con un séter viejo y gordo al lado. Todos seguimos de pie mientras el

coronel bendecía la mesa. Luego nos sentamos, el séter al lado de la silla del coronel, y comimos, servidos no sólo por el padre de McWillie sino por una doncella uniformada que cambiaba los platos. Porque yo había dimitido ya; había renunciado a elegir y a tomar decisiones. Casi me había dormido sobre el plato, durante el postre, cuando el abuelo dijo:

—Bien, caballeros, ¿vamos a dejar defenderse al acusado?

—Pasemos al despacho —dijo el coronel Linscomb. Yo no había visto nunca una habitación mejor. Me hubiera gustado que el abuelo tuviera una como aquélla. El coronel Linscomb era abogado, igual que el Jefe, de manera que había estanterías con libros de derecho, pero también información sobre agricultura y caballos, así como una vitrina con cañas de pescar y escopetas, y sillas y un sofá y una alfombra especial para que el viejo séter se tumbara delante de la chimenea, y fotografías de caballos y jinetes en las paredes, con coronas de rosas y las fechas de sus triunfos, y una figura en bronce de Manassas (yo no supe hasta entonces que el coronel Linscomb había sido propietario de Manassas) sobre la repisa de la chimenea, y una mesa especial para un libro enorme que era su registro de sementales, y otra mesa con una caja de cigarros y una botella de cristal tallado para el licor y una jarra de agua y un azucarero y vasos alrededor; y una puerta ventana que daba al porche situado por encima de la rosaleda, de manera que se podía oler las rosas incluso dentro de la casa y también las madreselvas, y hasta oír a un sinsonte en algún sitio.

Luego el padre de McWillie regresó con Ned, y colocó una silla para él en una esquina de la chimenea, y todos nos sentamos, el coronel Linscomb con traje blanco de lino, el señor Van Tosch en el tipo de ropa que se usaba en Chicago (que era de donde procedía hasta que visitó Memphis, le gustó y compró una finca para la reproducción, cría y adiestramiento de caballos de carreras y donde, hacía cinco o seis años, había contratado como empleado suyo a Bobo Beauchamp) y el abuelo con el frac de color gris confederado que había heredado (lo heredado no era el frac sino el gris de la Confederación, porque él no había hecho la guerra; por entonces, en Carolina, sólo tenía catorce años y era hijo único, por lo que tuvo que quedarse con su madre, mientras su padre servía como sargento abanderado en la caballería de Wade Hampton hasta que un pelotón de las fuerzas de Fitz-John Porter lo derribó del caballo en uno de los pasos del río Chickahominy la mañana después de la batalla de Gaines's Mill; el abuelo se quedó con su madre hasta que esta última murió en 1864, y aún siguió allí hasta que el general Sherman le obligó a marcharse de Carolina en 1865 y vino a Mississippi en busca de los descendientes de un lejano pariente apellidado McCaslin —su pariente y él tenía incluso el mismo nombre de pila: Lucius Quintus Carothers—, y encontró uno en la persona de una bisnieta de aquel pariente llamada Sarah Edmonds, con la que se casó en 1869).

—Veamos —le dijo el abuelo a Ned—: empieza por el principio.



—Espere —dijo el coronel Linscomb. Se inclinó, sirvió whisky en un vaso y se lo ofreció a Ned—. Ten —dijo.

—Se lo agradezco mucho —dijo Ned. Pero no bebió, sino que dejó el vaso sobre la repisa de la chimenea y volvió a sentarse. No había mirado ni una sola vez al abuelo y ahora tampoco lo hizo: se limitó a esperar.

—Veamos —dijo el abuelo.

—Bébetelo —dijo el coronel Linscomb—. Quizá lo necesites —de manera que Ned cogió el vaso, lo apuró de un trago y se sentó con él en la mano, siempre sin mirar al abuelo.

—Veamos —repitió el abuelo—. Empieza... Espere —dijo el señor van Tosch—. ¿Cómo hiciste correr a ese caballo?

Ned permaneció completamente inmóvil, el vaso vacío en la mano, mientras todos lo mirábamos, esperando. Luego dijo, dirigiéndose al abuelo por vez primera:

—¿Me disculparán estos caballeros si hablo con usted en privado?

—¿Sobre qué? —preguntó el abuelo.

—Lo sabrá enseguida —dijo Ned—. Si cree que también ellos deben saberlo, podrá usted contárselo.

El abuelo se puso en pie.

—¿Nos perdonan un momento? —dijo, dirigiéndose hacia la puerta que daba al vestíbulo.

—¿Por qué no el porche? —propuso el coronel Linscomb—. Está a oscuras; muy conveniente, tanto para conspirar como para hacer una confesión —de manera que salimos por allí. Porque yo también me había levantado. El abuelo hizo otra pausa.

—¿Qué pasa con Lucius? —le preguntó a Ned.

—También él lo utilizó —dijo Ned—.

Todo el mundo tiene derecho a saber lo que le beneficia —salimos al porche, a la oscuridad y el olor de las rosas y de las madreselvas; además del sinsonte que estaba en un árbol cercano, oíamos a dos chotacabras y, como sucede siempre de noche en Mississippi y, por lo que parece, también en Tennessee, a un perro que ladraba—. Fue una sardina —dijo Ned en voz baja.

—No me mientas —dijo el abuelo—. Los caballos no comen sardinas.

—Éste sí —dijo Ned—. Usted estaba allí y lo vio. Yo y Lucius hicimos antes la prueba. Pero a mí no me hacía falta. Tan pronto como le puse los ojos encima el domingo, supe que tenía el mismo tipo de discernimiento que mi mulo.

—Ah —dijo el abuelo—. Así que eso era lo que tú y Maury hacíais con aquel mulo.

—No, señor —dijo Ned—. El señor Maury no lo supo nunca. No lo sabía nadie excepto yo y mi mulo. Este caballo es igual. Cuando corrió la última manga esta tarde, yo tenía la sardina esperándole y él lo sabía.

Volvimos a entrar. Nos estaban mirando ya.

—Sí —dijo el abuelo—. Pero se trata de un secreto familiar. Me comprometo a revelárselo a ustedes si resulta necesario. Pero ¿me permitirán que sea yo quien decida, de acuerdo con esa condición? Por supuesto, Van Tosch tiene más derecho que nadie.

—En ese caso no me queda otro remedio que comprarle a Ned o venderle a Coppermine —dijo el señor Van Tosch—. Pero ¿no habrá que esperar para todo ello a que Hogganbeck, su empleado, esté presente?

—No conoce usted a Hogganbeck —dijo el abuelo—. Condujo mi automóvil hasta Memphis. Cuando lo saque mañana de la cárcel, lo conducirá de vuelta a Jefferson. Entre esos dos puntos en el tiempo, no se habría reparado en su presencia más de lo que ahora se le echa de menos por su ausencia —sólo que esta vez ni siquiera tuvo que empezar a decidir a Ned que hablara.

—Bobo se comprometió con un blanco —dijo Ned. Y esta vez fue el señor Van Tosch quien dijo Ah. Y así fue como empezamos a enterarnos: gracias a Ned y también al señor Van Tosch. Porque el señor Van Tosch era forastero; un extranjero que no había vivido en nuestro país el tiempo suficiente para conocer al tipo de sinvergüenza blanco con el que puede relacionarse un negro joven, criado en el campo, que no ha salido nunca de su casa y que llega a la gran ciudad convencido de que, por el trabajo que se propone hacer, ganará más dinero y lo pasará mejor. Se trataba probablemente de juego, o empezó con el juego; ése sería el motivo de encuentro más habitual. Pero para entonces ya era más que juego; incluso Ned no parecía saber exactamente de qué se trataba..., a no ser que quizá Ned supiera exactamente lo que era, pero perteneciese al mundo de los blancos. En cualquier caso, según Ned, la cosa se había complicado (Bobo debía ya ciento veintiocho dólares) hasta el punto de que el blanco convenció a Bobo de que, si la justicia lo descubría, perder su empleo sólo sería el menor de sus males; de hecho consiguió hacer creer a Bobo que sus verdaderos problemas no habrían hecho más que empezar cuando ya no tuviera un blanco para dar la cara por él. Hasta que, finalmente, la situación, la crisis se hizo tan desesperada y la amenaza tan grande que Bobo fue a ver al señor Van Tosch y le pidió ciento veintiocho dólares, recibiendo la respuesta que probablemente había esperado de un hombre que no sólo era blanco y forastero, sino muy asentado ya, pasada la edad en que pudiera recordar las pasiones y los apuros de un joven, y que fue No. Eso sucedió el otoño último...

—Lo recuerdo —dijo el señor Van Tosch—. Le ordené que no volviera a poner los pies en mi propiedad. Creía que se había marchado —ya entiendes lo que quiero decir. El señor Van Tosch no era mala persona, pero seguía siendo un forastero. Entonces Bobo, perdida la última esperanza, en la que nunca había confiado realmente, «consiguió», según sus palabras, quince dólares (Ned no sabía cómo o

quizá lo sabía o quizá la manera en que los «consiguió» fue tal que Bobo no estaba dispuesto a contárselo a un miembro de su propia raza que además era pariente suyo) y se los dio al interesado, comprando con ellos precisamente lo que tú esperarías y lo que probablemente también esperaba el mismo Bobo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer, adónde dirigirse? Sólo obtuvo más amenazas y presiones, puesto que acababa de probar que podía conseguir dinero cuando se le ponía entre la espada y la pared...

—Pero ¿por qué no acudió a mí? —dijo el señor van Tosch.

—Lo hizo —respondió Ned. Usted le dijo no —nadie se movió—. Usted es blanco —dijo Ned amablemente—. Bobo no era más que un muchacho negro.

—En ese caso —dijo el abuelo—, ¿por qué no acudió a mí, por qué no volvió al sitio de donde no tendría que haberse marchado en primer lugar, en vez de robar un caballo?

—¿Qué habría hecho usted —dijo Ned—, si Bobo hubiera llegado de Memphis, ya sin aliento, y le hubiese dicho, No me pregunte nada: présteme un poco más de cien dólares para volver a Memphis, y empezaré a pagarle el primer sábado que me lo pueda permitir?

—Podría haberme dicho por qué —dijo el abuelo—; yo también soy un McCaslin.

—Y también es blanco —dijo Ned.

—Sigue —dijo el abuelo.

Así fue como Bobo descubrió que los quince dólares en los que confiaba para salvarse habían servido en realidad para hundirlo. A partir de entonces, según Ned, el atormentador de Bobo no le dio cuartel. O quizá empezó a temer que un simple goteo, unos cuantos dólares cada vez, alargarían demasiado el proceso; o quizá que Bobo, debido al miedo y a la desesperación, junto con lo que el blanco consideraba sin duda ineptitud natural de la raza negra, cometería algún error o incluso algún delito que lo hiciera saltar todo por los aires. En cualquier caso, lo cierto es que a partir de entonces el blanco empezó a trabajar a Bobo para que intentara un único golpe decisivo que le librara de deuda, acreedor, preocupación y todo lo demás. Su primera idea fue que arramblara con el contenido del cuarto de arneses del señor van Tosch, que cargara en una calesa, carreta o lo que fuera, todas las sillas de montar y bridas y arneses que cupieran, y desapareciese; por supuesto se sospecharía inmediatamente de Bobo, pero para entonces el blanco estaría ya lejos y a salvo; y si Bobo se movía con suficiente rapidez, cosa que incluso alguien como él debería de tener el suficiente sentido común para hacer, disponía de todos los Estados Unidos para escapar y encontrar otro trabajo. Pero (dijo Ned) el blanco mismo abandonó aquel proyecto; no sólo se encontraría con una calesa o carreta con un cargamento de arreos equinos mientras se acercaba la luz del día, sino que vender todas las piezas, una a una, iba a llevarle días, incluso aunque dispusiera del tiempo necesario para

hacerlo.

Fue entonces cuando pensaron en un caballo: en condensar el cargamento incoherente de fragmentos de cuero en una entidad que podía venderse en bloque y —si el blanco trabajaba deprisa y no regateaba más de la cuenta— sin demasiada dilación. Es decir, que el blanco, no Bobo, creía que Bobo iba a robar un caballo para él. Bobo sabía, por su parte, que, si no robaba el caballo, el fin estaría próximo —pérdida de empleo, de libertad, de todo— con el amanecer del lunes (la crisis había llegado a su punto álgido el sábado, el día que Boon y yo —y Ned— salimos de Jefferson en automóvil). Y la razón para que se presentara la crisis en aquel preciso momento, lo que hizo la situación tan desesperada, fue la existencia de un caballo del señor van Tosch tan fácil de robar que casi parecía que hubiera sido preparado con ese fin. Se trataba, por supuesto, de Lightning (quiero decir Coppermine) que, en aquel momento, se hallaba en una cuadra para ventas a menos de un kilómetro y donde, en su calidad de conocido mozo de cuadra del señor van Tosch (era Bobo quien había hecho entrega del caballo a la cuadra en primer lugar), podía presentarse allí y llevárselo en cualquier momento sin otra molestia que ponerle un ronزال y sacarlo de allí, lo que, por sí sólo, podría haber sido aceptable. El problema era, y el blanco lo sabía, que se trataba de un caballo criado y entrenado para correr, pero que no corría y que, en consecuencia, estaba tan mal visto por el señor van Tosch y el señor Clapp, el entrenador, que se hallaba en la cuadra de ventas esperando al primero que se presentara y que hiciera una oferta para comprarlo; otra consecuencia más era que, muy probablemente, Bobo podía presentarse y llevárselo sin que se informara al señor van Tosch a no ser que este último preguntara por Coppermine; y la siguiente consecuencia era que Bobo disponía hasta el día siguiente por la mañana (lunes) para hacer algo sobre todo ello o atenerse a las consecuencias.

Tal era la situación cuando Ned se separó de nosotros delante de la casa de la señorita Reba el domingo por la tarde, dobló la esquina de la calle Beale, entró en el primer bar ilegal que se le puso a tiro y se encontró allí a Bobo tratando de desafiar al destino adverso desde el fondo de una botella de whisky.

—De manera que eso fue lo que pasó —dijo el abuelo—. Empiezo a entender. Una noche de sábado entre negros. Bobo borracho ya, y tú, que venías con la lengua colgando desde Jefferson para meterte en el primer bar que encontraras... —se detuvo y dijo, dando casi un salto—: Un momento. Eso no es cierto. Ni siquiera era sábado. Llegaste a Memphis el domingo por la tarde —y Ned allí sentado, sin moverse en absoluto, en la mano el vaso vacío.

—Para mi gente —dijo— la noche del sábado se prolonga hasta el domingo.

—E incluso hasta el lunes por la mañana —dijo el coronel Linscomb—. Te despiertas el lunes por la mañana, mareado, con resaca, en un calabozo tan sucio como tú, y sigues allí tumbado hasta que aparece algún blanco que paga la multa y te

lleva directamente al algodonal o a donde quiera que sea y te pone a trabajar de nuevo sin darte tiempo siquiera para desayunar. Y tú sudas allí la borrachera y quizá cuando se pone el sol tienes la sensación de que quizá no vayas a morirte; y al día siguiente, y al otro, y todavía uno más, hasta que llega otra vez el sábado y se te permite dejar el arado o la azada y volver lo más deprisa que puedes a la celda maloliente de la cárcel el lunes por la mañana. ¿Por qué lo hacéis? No lo sé.

—No lo puede usted saber —dijo Ned—. Le falta el color de piel adecuado. Si pudiera ser negro un sábado por la noche, nunca querría volver a ser blanco durante lo que le quede de vida.

—De acuerdo —dijo el abuelo—. Sigue.

De manera que Bobo le contó a Ned su problema: el caballo a menos de un kilómetro, prácticamente pidiendo que lo robara; y el blanco que lo sabía y que había dado a Bobo un ultimátum medible ya en horas...

—De acuerdo —dijo el abuelo—. Pasemos ahora a mi automóvil.

—Estamos en ello —dijo Ned. Bobo y él fueron a la cuadra a ver el caballo—. Y en cuanto le puse los ojos encima me acordé de aquel mulo que tuve Bobo, como yo, era demasiado joven para acordarse personalmente del mulo, pero, también igual que yo, había crecido con la leyenda—. Así que decidimos ir a ver al blanco y decirle que había pasado algo y que Bobo no podía sacar el caballo como había pensado, pero que, a cambio, le íbamos a conseguir un automóvil. Espere un momento —le dijo Ned muy deprisa al abuelo—. Sabíamos tan bien como pueda saberlo usted que ese automóvil no corría ningún peligro por lo menos hasta que terminásemos nuestro asunto. Quizá dentro de treinta o cuarenta años pueda usted colocarse en una esquina de Jefferson y contar una docena de automóviles antes de que se ponga el sol, pero hoy por hoy no es ése el caso. Quizá entonces se pueda robar un automóvil y encontrar un comprador que no te incordie con muchísimas preguntas sobre cómo, quién y por qué. Pero todavía no. De manera que para un individuo con el aspecto que yo me imaginaba que tenía (no lo había visto aún), ir por ahí tratando de vender un automóvil a toda prisa y de tapadillo, le resultaría tan difícil como vender un elefante a toda prisa y de tapadillo. Una vez que usted y el señor van Tosch se pusieron a ello, no tuvieron ningún problema para descubrir dónde estaba y recuperarlo, ¿no es cierto?

—Sigue —dijo el abuelo.

—Luego —continuó Ned—, el blanco preguntaría ¿qué automóvil?, y Bobo dejaría que yo me ocupara de eso; y a continuación quizá el blanco preguntara qué hacía yo con el automóvil de todos modos, y entonces Bobo le diría que me interesaba el caballo porque sabía cómo hacerlo correr; que ya teníamos una carrera esperándonos el martes y que si el blanco quería, podía acompañarnos y ganar lo bastante con aquel caballo como para recobrar, multiplicados por tres o por cuatro,

los ciento trece dólares, y que entonces ni siquiera tendría que preocuparse del automóvil si no quería. Porque sin duda era el tipo de blanco con experiencia suficiente para saber qué es lo que se vende con facilidad y qué es un problema si a uno lo sorprenden con ello. De manera que eso era lo que íbamos a hacer hasta que llegaron todos ustedes y lo estropearon: íbamos a dejar que ese blanco presenciara la primera manga, sin apostar a favor o en contra, que era lo más probable, y viera perder a Lightning, que era lo que siempre había hecho, circunstancia sobre lo que el blanco habría oído también para entonces toda la información necesaria; entonces le diríamos No importa, espere a la próxima manga, y entonces apostarle el caballo contra el automóvil en ésa, sin necesidad de recordarle que, esta vez, cuando Lightning perdiera también sería suyo —los tres (el abuelo, el coronel Linscomb y el señor van Tosch) miraron a Ned. No voy a tratar de describir su expresión. No podría—. Entonces llegaron todos ustedes y lo echaron a perder —dijo Ned.

—Ya veo —dijo el señor van Tosch—. Todo eso para salvar a Bobo. Supongamos que no hubieras conseguido hacer correr a Coppermine y lo hubieras perdido también. ¿Qué habría sido entonces de Bobo?

—Le hice correr —dijo Ned—. Usted lo vio.

—Pero supongámoslo, desde un punto de vista teórico —dijo el señor van Tosch.

—Eso hubiera sido asunto de Bobo —dijo Ned—. No fui yo quien le aconsejé dejar el cultivo del algodón en Mississippi para dedicarse a las juergas y al juego en Memphis como medio de vida.

—Pero me ha parecido entenderle al señor Priest que es primo tuyo —dijo el señor van Tosch.

—Todo el mundo tiene parientes con tan poco discernimiento como Bobo —dijo Ned.

—Bien —dijo el señor van Tosch.

—Vamos a tomarnos todos un ponche frío —dijo el coronel Linscomb con tono enérgico. Se levantó, mezcló los ingredientes y fue pasando los vasos. Ned presentó el suyo y el coronel Linscomb le sirvió. Pero esta vez, cuando Ned dejó el vaso intacto sobre la repisa de la chimenea, nadie dijo nada.

—Sí —exclamó el señor van Tosch. Luego añadió—: Bien, Priest, usted tiene su automóvil y yo mi caballo. Y quizá he asustado lo bastante a ese maldito sinvergüenza para que deje tranquila a la gente que trabaja en mis cuadras —todos guardaron silencio—. ¿Qué debo hacer con Bobo? —nadie respondió—. Te lo estoy preguntando a ti —le dijo a Ned.

—Consérvelo —dijo Ned—. La gente..., por lo menos los chicos y los jóvenes..., de mi color, no se convencen con facilidad...

—¿Por qué sólo los negros? —preguntó el señor van Tosch.

—Quizá se refiera a los McCaslin —apuntó el coronel Linscomb.

—Eso es cierto —dijo Ned—. Los McCaslin y los negros funcionan como si la mezcla empeorase las cosas. Ahora mismo sólo estoy hablando de jóvenes, aunque éste sea un McCaslin negro. Quizá no oigan bien. De todos modos tienen que aprender en cabeza propia que la tunantería da malos resultados. Quizá Bobo lo haya aprendido esta vez. ¿No es eso más fácil para usted que tener que enseñar a otro nuevo?

—Sí —dijo el señor Van Tosch. Siguió un rato sin hablar—. Sí —dijo de nuevo el señor Van Tosch—. De manera que voy a tener que comprar a Ned o venderle a usted Coppermine —nadie dijo nada—. ¿Puedes hacer que corra de nuevo, Ned?

—Le hice correr esa vez —dijo Ned.

—He dicho otra vez —respondió el señor van Tosch. Todos callaron—. Priest —dijo el señor Van Tosch—, ¿cree usted que lo haría de nuevo?

—Sí —dijo el abuelo.

—¿Como cuánto lo cree usted? —nadie habló durante unos momentos.

—¿Me lo pregunta usted como banquero? —dijo el abuelo.

—Pongamos —intervino el coronel Linscomb— que se lo pregunta en su calidad de habitante, perfectamente normal y sin complicaciones, del norte de Mississippi, que disfruta, en los lugares de perdición del suroeste de Tennessee, de unas vacaciones, perfectamente normales y sin complicaciones, que son un regalo de Dios y que están defendidas por las diez primeras enmiendas de la Constitución.

—Está bien —dijo el señor Van Tosch—. Le apuesto Coppermine contra el secreto de Ned, a una carrera de una milla. Si Ned consigue que Coppermine gane otra vez al caballo negro de Linscomb, yo me quedo con el secreto y usted con Coppermine. Si Coppermine pierde, no quiero su secreto y se queda usted con Coppermine o renuncia a él por quinientos dólares...

—Quiere decirse que si Coppermine pierde, paso a ser su dueño por quinientos dólares; y que por la misma cantidad puedo renunciar a él —dijo el abuelo.

—Exactamente —dijo el señor Van Tosch—. Y para ofrecerle alguna compensación, le apuesto dos dólares contra uno a que Ned no consigue que corra otra vez —nadie habló durante unos instantes.

—De manera que tengo que ganar ese caballo o comprarlo, pase lo que pase —dijo el abuelo.

—O quizá es que no tuvo usted juventud —dijo el señor Van Tosch—. Pero trate de acordarse de la de alguien. Aquí está usted entre amigos; trate durante un rato de no ser banquero. Inténtelo —guardaron silencio.

—Dos cincuenta —dijo el abuelo.

—Cinco —dijo el señor van Tosch.

—Tres cincuenta —dijo el abuelo.

- Cinco —dijo el señor van Tosch.
- Cuatro veinticinco —dijo el abuelo.
- Cinco —dijo el señor van Tosch.
- Cuatro cincuenta —dijo el abuelo.
- Cuatro noventa y cinco —dijo el señor van Tosch.
- Hecho —dijo el abuelo.
- Hecho —dijo el señor van Tosch.

De manera que, por cuarta vez, McWillie sobre *Acheron* y un servidor sobre *Lightning* (quiero decir *Coppermine*) maniobramos detrás de la tensa y frágil cuerda de yute. McWillie ya no me hablaba; estaba asustado e indignado, perplejo y decidido; sabía que el día anterior había sucedido algo que no debería haber sucedido; algo que, en cierto modo, no debería sucederle a nadie y, desde luego, no a un muchacho de diecinueve años que sólo está tratando de ganar lo que cree que no es más que una simple carrera de caballos: sin prohibir ningún recurso, por supuesto, pero al menos un acuerdo mutuo de que nadie recurrirá a la nigromancia. No echamos asuertes para decidir la posición de salida. Se nos ofreció a los dos el privilegio, pero Ned dijo de inmediato: «Esta vez da igual. McWillie tiene la moral muy baja después de ayer, de manera que déjale la posición interior para que empiece a sentirse más a gusto». Lo que, por rabia o caballerosidad, McWillie no aceptó, colocándonos en lo que parecía un callejón sin salida, hasta que uno de los jueces — el que tenía pendiente el juicio por homicidio— lo resolvió rápidamente diciendo:

—Vamos a ver, chicos, si queréis correr esta carrera, colocaos detrás de la cuerda, que es donde tenéis que estar.

Tampoco Ned había llevado a cabo su encantamiento preliminar o ritual de frotar el hocico de *Lightning*. No estoy diciendo que lo hubiera olvidado; Ned no olvidaba nada. Estaba claro que yo no había vigilado, no había observado con la atención necesaria; pero ya era demasiado tarde, en cualquier caso. Tampoco me había dado las instrucciones de última hora; pero, en realidad, ¿qué podía decirme? Y la noche precedente, el señor van Tosch, el coronel Linscomb y el abuelo habían acordado que, por tratarse de una carrera privada, casi podría decirse que una carrera a regañadientes, había que esforzarse por mantenerla privada y por conseguir la cooperación de todos los interesados. Lo que en Parsham habría sido tan fácil como mantener el tiempo atmosférico limitado y restringido al pastizal del coronel Linscomb, dado que en una comunidad compuesta por un hotel de temporada, dos tiendas, una estación y una rampa para el ganado en un nudo ferroviario, además de las iglesias y las escuelas y las desperdigadas granjas de una remota zona rural, cualquier noticia, y no digamos nada de la convocatoria de cualquier carrera de caballos, sobre todo si se trataba de repetir la lucha entre *Acheron* y *Lightning*, se extendía por Parsham tan instantáneamente como el tiempo atmosférico. De manera



que estaban casi todos allí, también en esta ocasión, incluido el juez que hacía el turno de noche en la oficina de telégrafos y que realmente debería dormir de cuando en cuando; no había tantos como el día anterior, pero muchos más de los que el abuelo y el señor van Tosch habían dicho que querían —los sombreros con manchas, el tabaco, las camisas con el cuello abierto y los monos—, cuando alguien gritó ¡Ya!, la cuerda tensa cayó al suelo y empezamos.

Empezamos, como de costumbre, con las dos zancadas habituales de McWillie antes de que Lightning pareciera enterarse de que estábamos en marcha y redujese distancias, rápida y obedientemente, hasta, más o menos, poder apoyar la mejilla contra la rodilla de McWillie (si lo hubiera deseado), primer giro, la recta de atrás, sucesivos cambios en nuestras posiciones respectivas, alejándonos y acercándonos con esa sensación como de pausado ensueño a la que probablemente están muy acostumbradas las personas que pilotan aeroplanos en formación cerrada; segundo giro y la recta para concluir la primera vuelta, yo azotando a Lightning por simple costumbre una zancada antes de que se acordara de ponerse a buscar a Ned entre la multitud; miré rápidamente a la sucesión de rostros junto a la barrera buscando el de Ned y Lightning corrió todo el tramo sin mirar en absoluto por dónde iba, tan sólo escudriñando el torrente de caras para encontrar la de Ned, pero también en vano; de nuevo la primera curva, la recta trasera, la segunda curva y la recta que llevaba a la meta; yo me fui con Lightning hacia la barrera exterior, donde pudiera ver (quizá *Acheron* nos ganase, pero por lo menos no nos obstaculizaría la visión). De todos modos, si mi caballo había visto a Ned, no me lo dijo. Y yo tampoco podía gritarle ¡Mira! ¡Mira hacia allí! ¡Ahí lo tienes!, porque Ned no estaba: tan sólo la pista vacía más allá de la tensa cuerda que señalaba la meta, de aspecto tan frágil como un rayo de luna filtrado o quizá debilitado, McWillie fustigando ya furiosamente a *Acheron* y Lightning respondiendo a las mil maravillas, exactamente a una cabeza por detrás; si *Acheron* hubiera sabido cómo correr a cien kilómetros por hora, nosotros habríamos hecho lo mismo, a una cabeza de distancia; si *Acheron* hubiera decidido detenerse a tres metros de la línea de meta, nosotros habríamos hecho lo mismo, a una cabeza de distancia. Pero no lo hizo. Seguimos adelante, aún emparejados pero un poco escalonados, como si estuviéramos atados el uno al otro; cruzamos la línea de meta, McWillie y yo hablándonos de nuevo, es decir, él lo hacía, gritándome con algo parecido a un júbilo salvaje: «Yah-yah-yah, yah-yah-yah», reduciendo también la velocidad pero sin detenerse, dirigiéndose directamente (imagino) a la cuadra; *Acheron* y él se lo merecían sin duda. Yo hice girar a Lightning y volví sobre mis pasos. Ned venía trotando hacia nosotros, seguido por el abuelo, pero sin trotar; nuestros aduladores de ayer nos habían abandonado; César ya no era César.

—Vamos —dijo Ned, tomando a Lightning por la brida, con rapidez, pero tranquilo: tan sólo impaciente, casi distraído—. Dame...

—¿Qué ha pasado? —preguntó el abuelo—. ¿Qué demonios es lo que ha sucedido?

—Nada —dijo Ned—. Esta vez no tenía una sardina preparada y él lo sabía. ¿No le he dicho que este caballo tiene discernimiento? —luego a mí—: Allí está Bobo esperando. Devuélvele este penco para que se lo lleve a Memphis. Esta noche nos vamos a casa.

—Pero espera —dije—. Espera.

—Olvídate del caballo —dijo Ned—. No nos hace ninguna falta. El Jefe tiene otra vez su automóvil y todo lo que ha perdido son cuatrocientos noventa y seis dólares; no ser el dueño de ese caballo bien vale cuatrocientos noventa y seis dólares. Porque, ¿qué demonios íbamos a hacer con él si dejaran de fabricar esos pececitos malolientes? Más vale que el señor van Man se quede con él; quizá algún día Coppermine les cuente a él y a Bobo lo que sucedió ayer aquí.

Aquella noche, sin embargo, no volvimos a casa. Seguíamos aún en la mansión del coronel Linscomb, otra vez en su despacho, después de la cena. Boon parecía magullado y remendado y mucho más sumiso, pero tranquilo y sereno. Y también limpio: se había afeitado y llevaba una camisa limpia. Quiero decir que, cuando se sentó en la misma silla de respaldo recto que Ned había ocupado la noche anterior, llevaba una camisa nueva que debía de haber comprado en Hardwick.

—No —dijo—. No me peleé con él por eso. Ni siquiera estaba ya furioso. Eso era asunto de ella. Además, no se puede cortar de golpe: se tiene que..., se tiene que...

—¿Ir disminuyendo? —preguntó el abuelo.

—No, señor —dijo Boon—. No se trata de disminuir. Hay que dejarlo, pero, por muy bien que termines, todavía se necesita retirar la basura, la porquería. No fue eso. Quería machacarle el cráneo por llamar puta a mi esposa.

—¿Quieres decir que te vas a casar con ella? —preguntó el abuelo. Pero Boon se volvió hacia mí, casi se abalanzó sobre mí para contestar.

—Maldita sea —dijo—, si por defenderla tú te enfrentas con las manos limpias a una navaja, ¿por qué demonios no me voy a casar yo con ella? ¿No soy tan hombre como tú, aunque ya no tenga once años?

Y eso es todo, más o menos. Hacia las seis de la tarde del día siguiente coronamos la última cuesta, y apareció el reloj del palacio de justicia por encima de los árboles de la plaza.

—Ji, ji, ji —dijo Ned. Estaba en el asiento de delante, con Boon—. Me parece que he estado fuera dos años.

—Quizá quieras haber faltado de aquí todo ese tiempo cuando Delphine te ajuste las cuentas esta noche.

—O quizá no haber vuelto —dijo Ned—. Pero una mujer que tiene que estar barriendo y cocinando y lavando y limpiando el polvo todo el día, calculo que

necesita un poco de animación de cuando en cuando.

Luego ya habíamos llegado. El automóvil se detuvo. No me moví. Cuando el abuelo se apeó, también lo hice yo.

—El señor Ballott tiene la llave —dijo

—No, no la tiene —dijo el abuelo. Se la sacó del bolsillo y se la dio a Boon—. Vamos —añadió.

Cruzamos la calle camino de casa. Y, ¿sabes lo que pensé? Pensé *Nada ha cambiado*. Porque debería. Debería haberse modificado, aunque sólo fuera un poco. No quiero decir que la casa tuviera que cambiar por sí misma, sino que yo, al regresar con los cambios que habían provocado en mí los cuatro últimos días, debería de haberla modificado. Quiero decir que si aquellos cuatro días, mentir y engañar y trapichear, las decisiones e indecisiones y las cosas que había hecho, visto, oído y aprendido que mis padres no me hubieran dejado hacer, ver, oír ni aprender, las cosas que había tenido que aprender para las que ni siquiera estaba preparado, que no tenía dónde almacenar y de las que tampoco sabía cómo prescindir; si todo aquello no había cambiado nada, si era como si no hubiese existido —si no había producido algo más pequeño o más grande, o no me habían transformado en alguien de más edad o más prudente o más compasivo—, algo se había malgastado, desperdiciado, consumido sin producir fruto; o estaba mal o era falso desde el primer momento y no debiera de haber sido, o yo estaba equivocado o era un hipócrita o un débil o, en cualquier caso, era indigno de todo ello.

—Vamos —dijo el abuelo, sin mostrarse ni amable, ni enojado ni ninguna otra cosa. Pensé *Si por lo menos apareciera la tía Callie, tanto si lleva a Alexander en brazos como si no, y empezara a gritarme*. Pero no: sólo tenía delante una casa que había conocido desde antes de poder conocer ninguna otra, y en el momento en que ya habían dado las seis de una tarde de mayo y todo el mundo pensaba en la cena; y mi madre debería de haber tenido al menos unos cuantos cabellos grises, besarme durante todo un minuto y luego mirarme con detenimiento; después mi padre, a quien yo siempre había tenido un poco de..., miedo no es la palabra, pero no se me ocurre ninguna otra; miedo, porque si no hubiera sido así creo que me hubiera avergonzado de los dos.

Luego el abuelo dijo:

—Maury.

—Esta vez no, Jefe —dijo mi padre. Luego dirigiéndose a mí—: Zanjemos este asunto.

—Sí, señor —dije, siguiéndole por el vestíbulo hasta el cuarto de baño, deteniéndome en la puerta mientras él retiraba del gancho el suavizador para la navaja de afeitar; luego me aparté para que pudiera pasar y seguimos adelante; mi madre estaba en el primer peldaño de la escalera que llevaba al sótano; pude ver las

lágrimas pero nada más; todo lo que tenía que hacer era decir Basta o Por favor o Maury o quizá simplemente Lucius. Pero no dijo nada y yo seguí a mi padre escaleras abajo mientras él abría la puerta del sótano; entramos en el sitio donde se guardaban las astillas en invierno y el cajón forrado de zinc para el hielo en verano, y donde se alineaban las estanterías de mi madre y de la tía Callie para guardar conservas y jalea y mermelada, y había incluso una mecedora vieja para cuando llenaban los tarros y donde la tía Callie dormía a veces después del almuerzo, aunque siempre afirmase que no se había dormido. De manera que por fin habíamos llegado al sitio donde me habían llevado cuatro días de fingir, forcejear y escurrirme; lo que había hecho estaba mal, y mi padre y yo lo sabíamos. Quiero decir que si después de todo aquel mentir y engañar y desobedecer y conspirar, lo único que mi padre sabía hacer era zurrarme la badana, no era lo bastante bueno para mí. Y si todo lo que yo había hecho quedaba borrado con el suavizador de la navaja de afeitar, los dos nos rebajábamos. ¿Te das cuenta? Era un callejón sin salida, hasta que el abuelo llamó a la puerta. La puerta no estaba cerrada con llave, pero el padre del abuelo le había enseñado a él, y él se lo había enseñado a mi padre y luego mi padre a mí, que ninguna puerta necesita llave; el hecho de que la puerta esté cerrada es suficiente hasta que a uno se le invita a entrar. Pero esta vez el abuelo no esperó.

—No —dijo mi padre—. Esto es lo que tú hubieras hecho conmigo hace veinte años.

—Quizá es que ahora tengo más discernimiento —dijo el abuelo—. Convince a Alison para que vuelva arriba y deje de lloriquear —luego mi padre se había marchado y la puerta se cerró de nuevo. El abuelo se sentó en la mecedora: sin llegar a gordo, pero con la cantidad justa de tripa para rellenar el chaleco blanco y hacer que la gruesa cadena de oro del reloj de bolsillo colgara como está mandado.

—He mentido —dije.

—Ven aquí —dijo él.

—No puedo —dije—. Le digo que mentí.

—Eso ya lo sé —dijo.

—Entonces haga algo. Haga cualquier cosa, para que sea algo.

—No puedo —dijo.

—Entonces, ¿no se puede hacer nada? ¿Nada en absoluto?

—No he dicho eso —respondió el abuelo—. He dicho que yo no puedo. Tú sí.

—¿Cómo? —dije—. ¿Cómo olvidarlo? ¿Dígame cómo?

—No puedes —dijo—. Nunca se olvida nada. Ni se pierde. Es demasiado valioso.

—Entonces, ¿qué es lo que tengo que hacer?

—Vivir con ello —dijo el abuelo.

—¿Vivir con ello? ¿Quiere usted decir para siempre? ¿Para el resto de mi vida? ¿Sin librarme nunca? No puedo. ¿No ve usted que no puedo?

—Sí que puedes —dijo—. Ya verás como sí. Un caballero siempre puede. Un caballero es capaz de superar cualquier cosa. Enfrentarse con cualquier cosa. Un caballero acepta la responsabilidad de sus acciones y soporta el peso de sus consecuencias, incluso aunque no haya sido el instigador, sino tan sólo consintiese, basta con que se abstuviera de decir No, sabiendo que debía hacerlo. Ven aquí — entonces empecé a llorar a moco tendido, de pie (no: arrodillado; ya era lo bastante alto) entre sus rodillas, una mano suya en mi trasero y la otra en el cogote, la cabeza apoyada en el cuello duro y en la camisa, notando su olor característico: a almidón y a la loción para después del afeitado y a tabaco de mascar y a la bencina con que la abuela o Delphine le habían limpiado una mancha de la chaqueta, y también el débil aroma a whisky que yo siempre atribuía al primer ponche frío que se tomaba en la cama por la mañana antes de levantarse. Cuando yo dormía con él, la primera presencia matutina era la de Ned (sin chaqueta blanca; a veces no llevaba chaqueta ni tampoco camisa, e incluso después de que el abuelo mandara los caballos a la caballeriza, Ned aún conseguía oler como ellos) con la bandeja, la botella de cristal tallado con tapón de plata, la jarra de agua, el azucarero, la cuchara y el vaso, y el abuelo se incorporaba en la cama, preparaba el ponche frío y se lo bebía; luego añadía un poco de azúcar a lo que quedaba en el fondo del vaso, lo movía, le añadía un poco de agua y me lo daba, hasta que una mañana apareció la abuela de repente y acabó con aquello—. Ya está —dijo por fin—. Eso debe de haber vaciado la cisterna. Ahora ve a lavarte la cara. Los caballeros también lloran, pero siempre se lavan la cara.

Y eso es todo. Luego ya era lunes por la tarde, después del colegio (mi padre no permitió que mi madre escribiera una nota excusándome, de manera que me pusieron falta. Pero la señorita Rhodes me dejaría recuperar el tiempo perdido), y Ned estaba sentado en los escalones del porche de atrás, en esta ocasión la de la abuela, pero también a la sombra.

—Si la última vez se nos hubiera ocurrido apostar por Lightning lo que Sam nos dio —dije—, habríamos solucionado definitivamente el problema de qué hacer con el dinero.

—Lo solucioné perfectamente —dijo Ned—. Esta vez saqué cinco por tres. El viejo Possum Hood tiene ahora veinte dólares para su iglesia.

—Pero nosotros perdimos —dije.

—Tú y Lightning perdisteis —dijo Ned—. Yo y ese dinero estábamos con *Akrum*.

—Ah —dije. Luego le pregunté—: ¿Cuánto fue? —no se movió. Quiero decir que no hizo absolutamente nada. Quiero decir que parecía igual que siempre; podría haber sido el viernes de hacía una semana en lugar de éste; los cuatro días completos de hurtar el cuerpo y de trampear y de tener que adivinar sin equivocarse y deprisa y con una sola oportunidad para hacerlo no habían dejado la menor huella en él, pese a

que una vez yo lo había visto muerto de sueño y sin ropa que ponerse. (¿Te das cuenta cómo sigo hablando de cuatro días? Era sábado por la tarde cuando Boon y yo —creyéndonos solos— salimos de Jefferson, y viernes por la tarde cuando Boon, Ned y yo regresamos. Pero para mí sólo contaban los cuatro días —desde el sábado por la noche en casa de la señorita Ballenbaugh, cuando Boon hubiera vuelto a Jefferson al día siguiente si yo se lo hubiese pedido, y el momento en que, el miércoles, montado en Lightning, miré hacia abajo, vi al abuelo y le cedí toda la iniciativa— en los que Ned había llevado a solas todo el peso, había contenido el flujo, había apuntalado el dique con los instrumentos que tenía a su alcance, incluido yo, hasta que se le deshicieron entre las manos. Es cierto que no había ninguna razón para que estuviéramos detrás de aquel dique, pero un caballero nunca se desdice de su mentira, la haya dicho o no.) Y yo sólo tenía once años; no sabía cómo me había enterado de eso, pero también lo estaba: que nunca se le pregunta a nadie cuánto ha ganado o ha perdido en el juego. De manera que dije—: Me refiero a si habrá bastante para devolverle al Jefe sus cuatrocientos noventa y seis dólares —y él siguió allí sentado, sin cambio alguno; de manera que ¿por qué tendrían que haber aparecido cabellos grises en la cabeza de mi madre, puesto que sin duda tampoco yo había cambiado? Porque ahora entendía ya lo que el abuelo quería decir: que tu exterior no es más que donde vives y duermes, y tiene muy poco que ver con quien eres y menos aún con lo que haces.

Luego Ned dijo:

—Has aprendido mucho sobre la gente en ese viaje. Me sorprende que no hayas aprendido también más sobre dinero. ¿Quieres que el Jefe me insulte, o quieres que yo insulte al Jefe, o las dos cosas?

—¿A qué te refieres?

—Si me ofrezco a pagar sus deudas de juego, ¿no le estoy diciendo a la cara que no tiene bastante discernimiento para apostar a un caballo? ¿Y no lo estaría demostrando cuando le dijera de dónde había salido el dinero con el que iba a pagárselas?

—Sigo sin ver cómo te insultaría a ti el Jefe —dije.

—Podría aceptarlo —respondió Ned.

Y finalmente llegó el día. Everbe mandó a buscarme y crucé la ciudad hasta la casita, casi de muñecas, en una calle a trasmano, que Boon se estaba comprando por el procedimiento de pagar cincuenta centavos al abuelo todos los sábados. Everbe tenía a una mujer para cuidarla y debería haber estado acostada, pero se levantó, se puso una bata y se sentó a esperarme; incluso atravesó el cuarto hasta la cuna y se quedó allí, con la mano apoyada en mi hombro mientras yo lo miraba.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Qué te parece?

A mí no me parecía nada. No era más que otro rorro, que ya había alcanzado a

Boon en fealdad, aunque aún tuviera que esperar veinte años para igualarlo en tamaño. Así lo dije—. ¿Cómo se va a llamar?

—No lo digas como si fuera una cosa —dijo—. Es un varón. ¿No lo adivinas?

—¿Cómo? —dije.

—Se va a llamar Lucius Priest Hogganbeck —dijo Everbe.



WILLIAM FAULKNER, (25 de septiembre de 1897-6 de julio de 1962) fue un narrador y poeta estadounidense. Su verdadero apellido era Falkner, que cambió por motivos comerciales. En sus obras destacan el drama psicológico y la profundidad emocional, utilizó para ello una larga y serpenteada prosa, además de un léxico meticuloso.

Como otros autores prolíficos, sufrió la envidia y fue considerado el rival estilístico de Hemingway (sus largas frases contrastaban con las cortas de Hemingway). Es considerado el único probable modernista americano de la década de 1930, siguiendo la tradición experimental de escritores europeos como James Joyce, Virginia Woolf y Marcel Proust, y conocido por su uso de técnicas literarias innovadoras, como el monólogo interior, la inclusión de múltiples narradores o puntos de vista y los saltos en el tiempo dentro de la narración. Su influencia es notoria en la generación de escritores sudamericanos de la segunda mitad del Siglo xx. García Márquez en su *Vivir para contarla* y Vargas Llosa en *El pez en el agua*, admiten su influencia en la narrativa, algo que al leerlos emerge más que como una influencia: son sus discípulos.



# Notas

[1] Probablemente uno de los coches fabricados por Alexander Winton, que produjo automóviles desde 1896 hasta 1924. (*N. del T.*). <<

[2] Un automóvil propulsado por vapor de agua. White fabricó coches desde 1901 a 1919. Taft, el primer presidente de EE UU que tuvo automóvil, fue propietario de un White Steamer. (*N. del T.*). <<

[3] Lo que empezó siendo una burla dirigida a cualquier motorista que tenía problemas con su automóvil, se convirtió pronto en un eslogan general, aplicable casi a cualquier cosa relacionada con un coche. (*N del T.*) <<

[4] Se trata de un falso ciprés de hoja caduca (*Taxodium distichium*) que crece en los lechos de los ríos y en zonas pantanosas. (N. del T.). <<

[5] Como otros muchos personajes de Faulkner sin excesiva educación, Boon pronuncia Mississippi por Mississipi. (*N. del T.*) <<

[6] Shakespeare. (*N. del T.*). <<

[7] J. Horace Lytle, de Dayton, Ohio, ejecutivo del sector publicitario, deportista y autor de libros sobre perros. Fue uno de los tres jueces de las pruebas nacionales de campo de 1933. (*N. del T.*). <<



[8] Una hembra pointer, primera triple campeona de EE UU, que ganó las pruebas nacionales de campo en 1917, 1919 y 1920. Un comentarista ha señalado que su propietario no era Lytle y que, si bien la anécdota es cierta, se trataba de otro perro. (N. del T.). <<

[9] Rico deportista que, en 1898, compró un terreno de cinco mil hectáreas en Mississippi y lo pobló con distintos animales para caza, incluidos lobos y osos. (*N. del T.*). <<

[10] ADA, *Americans for Democratic Action*, asociación no partidista de talante liberal fundada en 1947. (N. del T.) <<

[11] *Uncle Remus*, narrador de la famosa serie del mismo nombre del autor americano J. Ch. Harris (1848-1908), integrada por un gran número de relatos folclóricos, con un conejo como héroe. <<

[12] Se trata del caballo Justin Morgan (muerto en 1821), al que se dio el nombre de su propietario y que fundó una raza y dinastía de caballos estadounidenses. (*N. del T.*) <<

[13] A Earl Sande se le llegó a llamar el «jinete más famoso de Estados Unidos», y ganó tres veces el Kentucky Derby; Dan Patch fue un famoso caballo de tiro vendido por 60.000 dólares en 1903, que mejoró dos veces su propio récord mundial para una milla y cuarto. (*N. del T.*). <<

[14] Técnica de la interpretación cómica cinematográfica según la cual un personaje reacciona primero inadecuadamente (por estar distraído, posiblemente) ante una situación o frase del diálogo y, acto seguido, y rápidamente, reacciona de la manera adecuada. (*N del T*). <<